Solo los locos se atreven a perseguir sus sueños.
Solo los valientes son capaces de seguir a su corazón.

EN TU REFLEJO

SANDRA MIR



VERGARA

En tu reflejo

Sandra Mir



Para mi madre.
Gracias por tu forma de amar, generosa e infinita

Los libros son espejos: solo se ve en ellos lo que uno ya lleva dentro.

CARLOS RUIZ ZAFÓN, *La sombra del viento*

Prólogo

El primer juego de recortables que Jules tuvo en su vida fue una revista *Vogue*.

A pesar del tiempo transcurrido, todavía recordaba aquel día con absoluta claridad. Estaba apilada junto a otras revistas sobre una de las mesitas del salón donde su madre solía pasar las tardes. El brillo de su portada y la fotografía en blanco y negro de la mujer que aparecía en primer plano la hacían destacar entre las demás y atrajeron su atención de inmediato.

Sus manos habían toqueteado el papel cuché con curiosidad y su naricita se había hundido entre sus páginas para oler aquel extraño aroma que desprendían, mezcla de química, papel y sueños. Para disgusto de su madre, se le ocurrió la genial idea de recortar las siluetas de las modelos, los vestidos y complementos, y disponerlos todos sobre su mesa de juego.

Durante el resto de la mañana se dedicó a probar infinidad de combinaciones, cual *collage*, dando sus primeros pasos en lo que algún día se convertiría en un proceso casi automático de su cerebro. Sus tijeras apenas cortaban, las hojas de la revista habían acabado arrugadas de tanto manosearlas y la mesa sobre la que jugaba estaba pegajosa tras haber utilizado medio tubo de pegamento de barra; pero nada de eso importó a aquella niña que, aun sin saberlo, acababa de descubrir su verdadera vocación.

Jules solo tenía cuatro años.

PRIMERA PARTE

Nuestro trabajo debería hacer soñar a la gente.

GIANNI VERSACE

1

A las nueve cincuenta y cinco de aquella tibia mañana de marzo, Jules se encontraba frente al One World Trade Center, debatiéndose consigo misma sobre qué le emocionaba más, si acceder al icónico edificio de cristal de altura infinita, o estar a punto de adentrarse en el lugar más poderoso e influyente del mundo en lo que a la industria de la moda se refería.

¡Qué más daba cuál fuese la razón!, se dijo, entusiasmada. En cuestión de segundos iban a producirse ambas.

Resuelta, atravesó la impresionante entrada con paso seguro y contempló la enorme y aséptica recepción con cierto asombro. El espacio era impresionante, pero sus altas paredes en mármol blanco le recordaban más a un mausoleo que a la recepción de un edificio de oficinas. El único toque de color se encontraba en la pared frente a los mostradores de recepción, que estaba decorada con grandes tapices de arte abstracto en todas las tonalidades del arcoíris.

Tras identificarse, le entregaron una tarjeta de acceso temporal que le permitió atravesar un torno situado al fondo de aquel ecléctico espacio y que la conducía directa a los ascensores. Su estómago dio un vuelco cuando el aparato tomó velocidad. Podía achacarlo a una simple reacción de su cuerpo a la gravedad, pero la realidad era que estaba más nerviosa de lo que quería admitir. Y no era para menos, pues estaba a punto de pisar la sede central de *Vogue* en Nueva York, su revista de cabecera desde que tenía uso de razón y el principal referente de su profesión.

En la planta 25 de aquel rascacielos se hilaban los sueños de millones de mujeres. A través de sus páginas se las inducía con sutileza a consumir, a cambiar sus gustos, a anhelar algo que, con toda probabilidad, no necesitaban. La revista no se limitaba a mostrar las nuevas tendencias al mundo, las creaba. Moldeaba los deseos de sus lectoras a su antojo, encumbraba a nuevos talentos o los dilapidaba

sin compasión sin importar si eran nuevas promesas de la moda o renombrados diseñadores, y conjugaban arte, estilo, fotografía y comunicación con maestría. Cualquier persona con el más mínimo interés en ese vasto mundo sabía que pisar aquel lugar era un lujo.

Contuvo el aliento al encontrarse con las icónicas letras V y G esmeriladas sobre las puertas de entrada de sus oficinas y un burbujeo de emoción que poco tenía que ver con su trabajo la impulsó a revisar su vestuario con indecisión. Había elegido un traje chaqueta de fino crepé en rosa palo, a juego con una blusa semitransparente del mismo tono; todo el conjunto de su propia creación. Con él se sentía femenina y a la vez empoderada, dos sensaciones que trataba de transmitir con todo lo que vestía.

No es que se sintiese intimidada —de algo le tenía que haber servido crecer rodeada de lujo y glamour—, pero era difícil no sentirse impresionada por estar allí cuando se había pasado la mitad de su vida fantaseando entre sus páginas. Poder echar un ojo tras las bambalinas de la revista era un sueño hecho realidad, y su innata curiosidad la empujaba a perderse entre los cientos de metros cuadrados que se extendían frente a ella y meter la nariz en todo lo que tuviese a su alcance.

—Señorita Simmons. La señora Keene la atenderá ahora.

Jules asintió y sonrió con aprobación al comprobar que el asistente de la directora creativa era un chico. Estaba harta de que siempre fueran mujeres las que ocupasen esas posiciones. Los hombres estaban cada día más interesados en tener un estilo propio y mostrar su personalidad a través de la moda, y tener a un miembro del género masculino en aquel trabajo era una prueba más de que, poco a poco, se iban rompiendo tabúes.

El asistente la guio a través de un amplio y aséptico espacio de trabajo, tomó el primer pasillo a la derecha y se detuvo al llegar al final, donde la zona de nuevo se bifurcaba en dos direcciones. Aquellas oficinas eran un vasto laberinto en el que era fácil perderse, pero el chico se decantó por el lado izquierdo con decisión, así que ella solo siguió sus pasos.

Un nuevo escenario apareció ante sus ojos.

Estanterías con zapatos de todas las alturas y colores se alineaban cerca de columnas llenas de bolsos, amontonados en distintas baldas y ordenados por tonalidades. En los paños de pared entre los despachos había colocados armarios sin puerta con un muestrario infinito de maquillajes de las marcas más exclusivas: bases, coloretes, lápiz de labios, contornos, brochas…, y más allá, filas de rieles móviles atiborrados de piezas de alta costura ocupaban la mayor parte de los pasillos impidiendo andar con comodidad por ellos. Al pasar por su lado, el entrenado ojo de Jules distinguió con facilidad el sello de los diseños expuestos: el *tweed* de Chanel, la opulencia de Dior, el estilo transgresor de Galiano, los cierres con candados de Schiaparelli, los femeninos estampados de Carolina Herrera o los ornamentos y transparencias de Zuhair Murad. Cientos de miles de dólares transformados en estilo, glamour y exclusividad esperando su oportunidad para ser mostrados al público.

Jules se acercó a un vestido de chifón en color rosa palo y saboreó con la punta de los dedos la caída y textura sedosa de la tela. Era una maravilla.

—Señorita Simmons. —Jules se volvió al reconocer el acento británico a su espalda—. Gracias por venir tan rápido.

—Un placer, señora Keene.

Tras estrecharle la mano, la directora creativa de *Vogue* le indicó con un gesto que entrase a la sala bautizada con el nombre de la polémica modelo Kate Moss, según rezaba el cartel de la entrada. Jules aprovechó aquellos instantes para observar a su anfitriona con disimulo.

Era la segunda vez en su vida que se encontraba en persona con Grace Keene, y le causó el mismo impacto que la primera.

Su estilo, algo masculino y *oversize*, exudaba carácter. Con unos anchos pantalones sastre de color negro, un jersey del mismo color, su melena canosa y unas gafas de pasta oscura representaba el epítome de la elegancia sin necesidad de recurrir a la ostentación. Ese era el gran poder de los básicos.

—Bien, Julia —dijo Grace, ajustándose la montura—, ¿puedo llamarte Julia? —Ella asintió—. De acuerdo, bien… No quiero hacerte

perder el tiempo, y el mío también es escaso, así que voy a ir directa al grano. —Jules lo agradeció. Estaba impaciente por conocer la razón por la que la habían convocado a aquella reunión de un día para el otro—. Como ya debes saber, la edición de septiembre de *Vogue* es la más importante del año y supone el pistoletazo de salida para la nueva temporada. En todo momento tenemos varios proyectos en marcha a la vez, pero sin ninguna duda el reportaje que siempre nos toma más tiempo es el de las páginas centrales. Este año queremos que lo protagonice Valentina Sensmeier. Simboliza a la perfección el mensaje que queremos hacer llegar a la lectora, pero es algo provocador y estoy teniendo algunos... problemas para conseguir que acepte.

Jules había conocido a Valentina hacía algunos meses, cuando apareció en su atelier en busca de un diseño para su fiesta de cumpleaños. Era pareja del jugador de la NBA Ed Thompson, y, a diferencia de la imagen que se proyectaba de ella en las revistas del corazón, le había parecido una niña dulce y encantadora, además de bellísima.

—La cuestión es que, tras varias reuniones estériles con su agente, decidí hablar con ella en persona y se ha mostrado más receptiva a rodar la sesión de fotos, pero nos impone ciertas condiciones, y entre ellas estás tú. —Jules abrió los ojos con sorpresa—. Quiere posar con algunos de tus diseños.

El hastío en la voz de Grace podría haberla ofendido, pero en aquel momento no pudo importarle menos. No acababa de comprender la razón por la que Valentina la había impuesto como una condición —apenas se conocían y no habían vuelto a estar en contacto desde entonces—, pero no sería ella la que pusiese pegas a su exigencia. Tenía frente a sí la oportunidad por la que tanto había luchado y no la iba a dejar escapar por una absurda cuestión de ego. Años de esfuerzo, sacrificio y obstinación iban a verse recompensados por fin.

Estaba tan excitada que tenía ganas de ponerse a gritar.

—No te ofendas —continuó Grace—. Por lo que pude ver en Madrid el año pasado, tienes mucho potencial, y en *Vogue* nos gusta descubrir nuevos talentos. Lo que no nos gusta es que se nos impongan las decisiones creativas.

Jules se aclaró la garganta.

—No se ofenda —la imitó ella—, pero si estoy aquí, hablando con usted, es porque están dispuestos a considerar sus condiciones. Llevo luchando toda mi vida por hacerme un hueco en la alta costura. Sé de primera mano lo hermético que es este mundo, así que, con todos mis respetos, ahora mismo lo que menos me siento es insultada.

—¡Demonios! —exclamó Grace tras unos segundos de tenso silencio. Entrecerró los ojos y una sonrisa genuina se pintó en sus labios—. Creo que esto puede funcionar —murmuró para sí misma—. Me estoy jugando el pellejo con este reportaje, y apostar por ti es un riesgo adicional con el que no contaba, pero mi instinto me dice que tienes lo necesario para salir airosa de lo que se te viene encima...

—No lo dude. Sea lo que sea, estoy lista.

—Más te vale, porque ya vamos tarde.

Grace extrajo un papel de una carpeta y se lo mostró a Jules. Era un calendario de los seis primeros meses del año, lleno de anotaciones y garabatos. Al final de la página se encontraba el mes de junio, con la segunda semana remarcada en rojo y nombres desconocidos escritos en cada uno de los siete días.

Un inquietante presentimiento se asentó en la boca de su estómago.

—¿Qué pasa la semana del 10 al 16 de junio?

—Son las fechas comprometidas para realizar las sesiones de fotos.

De inmediato, el cerebro de Jules empezó a hacer cálculos para valorar cuán justa iba de tiempo. Si la revista elegía diseños de la colección que ya tenía confeccionada para la próxima temporada, no habría problema. Considerando, además, que la talla de Valentina era como la de una modelo de pasarela, sabía que ninguna pieza necesitaría demasiados ajustes.

—En diez minutos nos reunimos con Marie y el resto del equipo creativo para explicarte en detalle cuál es el lema del reportaje, dónde lo vamos a rodar y qué queremos transmitir. —El ritmo atropellado de Grace y la mención de la editora jefa de la revista la devolvieron de golpe a la reunión—. Ya te adelanto que tienes mucho trabajo por delante. Deberás presentarnos diez bocetos inéditos inspirados en la cultura navajo en un plazo de siete días a partir de hoy.

Jules se quedó helada.

—¿Cultura navajo? —preguntó estupefacta—. ¿Se refiere a… los indios navajos?

—¿Todavía no te lo había dicho? —Grace se golpeó la frente—. Soy un desastre. Sí, exactamente esos.

En cuestión de segundos, Jules vio cómo aquel encargo daba un giro de ciento ochenta grados, igual que su estómago, que se revolvió como si también lo hubiesen puesto del revés.

¿Qué demonios sabía ella de los indígenas americanos?

En circunstancias normales solía necesitar varios días para tener un solo boceto terminado, y eso teniendo en cuenta que en la creación de su colección tenía libertad absoluta. En este caso, sin embargo, le exigían focalizar su creatividad en una temática que ella no había elegido y acerca de la cual debería documentarse antes, ¡¿y le daban siete días para crear diez bocetos?!

La enormidad de aquella hazaña cayó sobre ella como un jarro de agua fría y empezó a hacer mella en sus nervios.

—Valentina lucirá doce modelos distintos a lo largo del reportaje fotográfico, escogidos de entre las marcas de alta costura más prestigiosas en la actualidad. Si nos gustan tus propuestas escogeremos, como máximo, tres piezas que formarán parte de esa colección.

—¿Y si no les gustan? —la interrumpió.

Grace se sacó las gafas y apoyó un codo sobre la mesa, recortando la distancia con Jules.

—Tú asegúrate de que nos gusten. —La mezcla de complicidad y advertencia en su voz envaró a Jules—. Como comprenderás, *Vogue* tiene la última palabra, pero nos gusta complacer a nuestras invitadas en la medida de lo posible.

»En todo caso —dijo, volviendo a colocarse las gafas—, las piezas tendrán que estar listas y ajustadas a la silueta de Valentina la primera semana de junio. Por supuesto, antes de eso tendremos la vista previa con Marie, así que te recomiendo que los tengas confeccionados y a punto para primeros de mayo. La conozco, no va a estar satisfecha con la primera versión… —Hizo una mueca—. Ni con la segunda o la

tercera…

La editora lanzó una carcajada, riéndose de su propia gracia, mientras Jules entraba en pánico. ¡Aquel calendario era absurdo!

—Pero… ¡eso solo me deja dos meses y medio para hacer un trabajo que requiere el triple de tiempo!

A pleno rendimiento, su equipo necesitaba un mes y medio para elaborar un diseño, quizá un mes si ella también se involucraba de lleno, y antes debían haber escogido las telas, bordados, encajes… Solo aquel trabajo podía llevarles semanas.

—¿No me acabas de decir que estabas lista para lo que fuera?

Jules tragó saliva y cuadró los hombros. Había caído en su propia trampa. ¿Cuántas veces le habían advertido de que su bocaza siempre la metía en problemas?

Actuaba sin pensar en más ocasiones de las que debería y solía hablar antes de medir las consecuencias otras tantas, pero eso no le había impedido llegar hasta allí. Lo que le estaban proponiendo era una auténtica locura, sí; pero si había algo que motivase a Jules a dar lo mejor de sí misma era un buen reto.

Y vaya si lo había encontrado.

Miró a Grace de frente y alzó la barbilla.

—Dígame qué tienen en mente.

2

Aunque el metro de Nueva York era la forma más rápida y barata de moverse por la ciudad, Jules trataba de utilizarlo lo mínimo posible. La aprensión de encontrarse varias decenas de metros bajo tierra, confinada en aquellos vagones viejos y rodeada de cientos de personas con dudosos hábitos de higiene y menos educación que un asno, con todo el respeto al pobre borrico, le revolvían el estómago. Por eso, en cuanto el vagón se detuvo en la estación de Spring Street, se lanzó con desesperación al andén, deseosa de recuperar cierto espacio personal y de respirar aire fresco.

Salió a la superficie en pleno barrio del Soho rumiando sobre las reuniones que acababa de tener en *Vogue* y con el piloto automático dirigiéndola hacia su atelier, situado a solo unos doscientos metros de distancia de la parada del metro.

Había sido una cuestión de suerte —o el destino, como solía decirle Rita, su jefa de taller— que entre la herencia que había recibido de su abuela materna, y de la que solo pudo disponer una vez alcanzó los veinticinco años, se encontrase la escritura de un local en pleno corazón de aquel barrio que había estado en desuso desde los años ochenta. Al parecer, su abuelo había invertido en varios edificios de la zona durante los años sesenta, cuando el precio del suelo era una ganga, y los puso a nombre de su abuela en una de sus múltiples triquiñuelas para evadir impuestos.

Y es que el Soho no siempre había sido el barrio sofisticado y exclusivo que era hoy en día.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la que había sido una gran zona industrial textil fue descentralizando su producción a la periferia, de modo que sus fábricas —edificios de ladrillo rojizo, altos y robustos, con estructuras de hierro forjado y grandes ventanales por los que entraba mucha luz— fueron reconvertidas en lofts y estudios de bajo coste en los que comenzaron a vivir bohemios y artistas.

Las estructuras de techos altos y las paredes de ladrillo desnudas, llenas de luz y con un espacio diáfano en el que exponer sus obras con holgura, sirvieron de escenario perfecto para sus galerías de arte, y durante un par de décadas vivieron y desarrollaron su vocación con libertad. Sin embargo, pronto la atractiva atmósfera del barrio atrajo a la clase pudiente enamorada del arte, y aquello supuso el principio del fin. El precio de los alquileres aumentó, se despertó el interés de promotores, y conocidas firmas de moda se establecieron en la zona, hasta tal extremo que llegó un momento en que los antiguos residentes tuvieron que trasladarse a zonas más económicas, lo que convirtió al Soho en cuestión de pocos años en una de las áreas más caras de Manhattan.

Jules todavía recordaba la cara de boba que se le había quedado ante el abogado de la familia el día que le comunicó la noticia, y la incomodidad de este cuando ella no pudo contener la emoción y rompió en llanto. Un llanto que surgía en forma de alivio y esperanza. Tras muchos años de esfuerzo y sacrificio, aquel día, en aquel despacho oscuro y pomposo y frente a un señor tan mayor que podía ser su tatarabuelo, se rompió sin remedio. Era joven y decidida, pero hasta los más atrevidos se merecían un descanso, y aquel fajo de papeles, de entre todo lo que le podría haber dejado su abuela, fue la señal definitiva de que no se había equivocado en el camino que había escogido tantos años atrás, yendo contra viento y marea.

Un delicioso aroma a mantequilla, azúcar y chocolate la arrancó de sus recuerdos y la obligó a detenerse. Se trataba del producto estrella de la panadería Dominique Ansel: el *cronut*, una mezcla de cruasán y dónut que cada día aglomeraba a decenas de personas frente a su puerta incluso antes de que abriese el local, cual adolescentes en plena acampada frente al Madison Square Garden ansiosas por conseguir colocarse en las primeras filas de un concierto de la *boyband* de moda. El éxito de aquella extraña combinación era tal que sobre las doce del mediodía se quedaban sin existencias hasta la mañana siguiente.

—*Belle Juliette! Viens ici*! —le gritó el orondo dependiente de la panadería desde el otro lado de la calle. Alzó una mano y le mostró un delicioso *cronut* de chocolate con una sonrisa en la cara—. Te guardo

uno, *oui*?

Jules rio y consultó su reloj antes de valorar la longitud de la cola. Su organismo agradecería un buen chute de azúcar, pero no le valía la pena la espera. Estaba demasiado ansiosa por llegar al taller y comentar las noticias con las chicas.

—*Merci, Jean-Marie!* ¡Otro día! Hoy tengo prisa.

De entre todas las intrincadas calles de aquel barrio, Greene Street era sin duda su calle favorita. No solo porque su atelier se encontrase allí, sino porque tenía un aire pintoresco y acogedor que parecía trasladarla a otro tiempo y lugar. Los adoquines del suelo invitaban a callejear con despreocupación, y sus preciosos edificios en distintos tonos rojizos y ocres, adornados con columnas y decoraciones florales en hierro pintado, recordaban a la arquitectura clásica de Roma. Le encantaba que ninguno de ellos se alzase por encima de cuatro o cinco pisos de altura. La hacía sentir como si se estuviese moviendo por las calles de un pequeño pueblo de la vieja Europa.

Alzó la mirada y sonrió. Los rascacielos en el horizonte le recordaron que se encontraba en la ciudad más cosmopolita del mundo. Aquella era la magia de Nueva York, donde convivían culturas, estilos, gastronomías y arquitecturas tan dispares que uno podía trasladarse de un mundo a otro a golpe de dos o tres paradas de metro.

Se adentró en el atelier con paso apresurado. Tenía el cuerpo revuelto de emociones, pero eso no impidió que compusiera su mejor sonrisa al traspasar la recepción y encontrar que varias clientas ya esperaban su turno para pasar a la sala de pruebas.

Jules había decorado aquella estancia con mucho mimo. Se había decantado por una moqueta en color *nude* de la mejor calidad para cubrir el suelo de parqué de la sala, no solo por la calidez y elegancia que confería al espacio, sino porque también amortiguaba el repiqueteo de los tacones y el roce de las patas de los mullidos sillones y sofás sobre la madera pulida. Las paredes, cubiertas hasta media altura por un papel pintado con dibujo barroco en color perla, estaban salpicadas aquí y allá con algunos de sus bocetos originales, enmarcados en finos marcos y dispuestos de tal forma que se podía

apreciar la evolución que iba sufriendo un figurín a lo largo del proceso creativo hasta convertirse en un diseño de alta costura, único y exclusivo.

—Señora Winchester, qué alegría volver a verla. —Jules se acercó a su clienta más mayor, la encantadora viuda del multimillonario Ernest Winchester, y la saludó con afecto tomándola de las manos. Por un instante, la sensación de la fina piel de la anciana entre sus dedos la transportó a su adolescencia, y el recuerdo de otras ajadas manos sosteniéndola de forma similar le provocó una oleada de calidez y nostalgia en el pecho. Sorprendida, carraspeó para tragarse la emoción y apretó las manos de la viuda—. ¿Viene a hacerse la última prueba del dos piezas en pata de gallo? Creía que no la teníamos programada hasta de aquí a dos semanas.

—No, querida. Hoy he venido para que me hagáis unos arreglos a un vestido de noche.

—¡Fantástico! —Se inclinó hacia ella y le susurró—: Me aseguraré de que Janet la haga pasar de inmediato.

—Oh, no, Julia, por favor. —Le dio unas palmadas sobre la mano y las arrugas alrededor de sus ojos se marcaron con consternación—. No quiero molestar.

—Ninguna molestia. —Sin poder evitarlo, Jules depositó un suave beso en la mejilla de la anciana—. Las personas especiales merecen un trato especial.

La señora Winchester alzó la mano y le acarició la mejilla mientras le sonreía con ternura.

—Eres una buena chica.

Jules tragó saliva, se apartó con torpeza y se despidió del resto de las clientas con un ligero movimiento de cabeza antes de continuar su camino en dirección a su despacho. Atravesó las salas de pruebas y el taller de costura con la mente en las nubes.

Los pensamientos le iban a mil revoluciones por minuto tras la reunión con *Vogue*, y el encuentro con la viuda Winchester la había acabado de desestabilizar. En cuestión de horas su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados que la había dejado con las emociones a flor de piel y la sensación de que no tenía ningún control

sobre el rumbo que iba a tomar su destino. Perdida entre tantos pensamientos, no escuchó a su jefa de taller cuando le preguntó qué tal había ido, ni se dio cuenta de que Janet, su asistenta, la esperaba sentada en su oficina.

—¡Joder, Janet! —Se llevó la mano al pecho—. Menudo susto me has dado. ¿Qué haces ahí sentada?

—Te estaba esperando. Te he escuchado llegar y he imaginado que tendrías una lista infinita de cosas en las que quieres que me ponga... —Jules la miró con incredulidad. Janet era organizada y muy predispuesta, pero tanta anticipación no era normal. Ni siquiera en ella—. Y también estoy como loca por saber cómo te ha ido en *Vogue* —confesó a media voz con mirada culpable.

Jules soltó una carcajada, lanzó un suspiro mientras colgaba su abrigo y se sentó tras su mesa de trabajo.

—¿Voy a tener que mover mi culo hasta aquí para enterarme de algo? —Rita irrumpió en la oficina tal como se movía por la vida: como un elefante en una cacharrería.

Jules puso los ojos en blanco.

—Sois unas impacientes. ¡No me habéis dado tiempo ni de ir a hacer un pis, y llevo horas aguantándome!

—Pues aguanta un poco más y desembucha. —Rita tomó asiento al lado de Janet y se cruzó de brazos, dejándole claro que no pensaba moverse de allí hasta haber satisfecho del todo su curiosidad—. A ver. ¿Se puede saber por qué has tardado tanto?

—Veréis..., es que la reunión con Marie Delphin, Grace Keene y el resto del equipo creativo de *Vogue* me ha entretenido más de lo previsto —dijo mientras fingía revisarse el esmalte de uñas.

Levantó la mirada y vio que Janet tenía la boca abierta, literalmente, y su piel había adquirido un tono todavía más pálido de lo normal. En contraste, la tez tersa y morena de su jefa de taller resplandecía tanto o más que los zarcillos dorados que colgaban de sus orejas. Incapaz de aguantarse ni un minuto más, se sujetó a la mesa y anunció gritando de emoción:

—¡Me han pedido que les presente bocetos para el reportaje central del número de septiembre!

—¡Alabado sea el Señor y Martin Luther King! —exclamó Rita a la vez que se santiguaba. Se volvió y estrujó entre sus rechonchas manos las mejillas de una estupefacta Janet, que sonreía con lágrimas en los ojos—. ¿Sabes lo que eso significa? Que alguna de esas modelos esmirriadas va a vestir las piezas que han cosido estas manitas.

—Madre mía, Jules —añadió Janet, visiblemente emocionada—. Por fin el mundo va a conocer tu talento. No puedo creer que este día haya llegado... Te lo mereces tanto...

—¡Vale, vale! Un momento —interrumpió Jules, contagiada por la excitación de su equipo, pero agobiada a la vez—. Todavía no tenemos nada garantizado. Primero tengo que presentar diez propuestas inspiradas en la temática que quieren tratar. Si les gustan mis diseños, entonces tendremos una oportunidad.

—¿De qué demonios hablas? —exclamó Rita con un tono más agudo de lo normal.

Jules les explicó con detalle la reunión que había mantenido con Grace, y también la que habían tenido a continuación con la editora jefa de la revista.

—Quieren dedicar la edición completa a personajes conocidos cuyos antepasados pertenecen a razas o etnias que poblaron el país desde el inicio de los tiempos: indios nativos americanos, afroamericanos, latinos, asiáticos... La cuestión es que la persona a quien han elegido para protagonizar el reportaje central quiere lucir nuestros diseños y lo ha establecido como una condición *sine qua non* para aceptar la colaboración.

—¿*Sine* qué? —preguntó Rita con una mueca.

—*Sine qua non* —repitió Jules—. Que solo aceptará si viste alguno de nuestros modelos.

—¿Quién es? —preguntó Janet, ansiosa.

—Valentina Sensmeier.

—¡Ohhh! ¡Me encanta esa niña! Claro que sí —asintió Rita de forma contundente—; si de verdad la quieren, que se lo demuestren.

—La cuestión es que —prosiguió— los bocetos que presente deben estar inspirados en sus orígenes indígenas, y a la vez deben ser piezas de alta costura, elegantes, femeninas e innovadoras.

—¿Valentina es india americana? —la interrumpió Janet.

—Medio navajo, medio mexicana.

—¡Uau! ¡Menuda bomba! —Su asistenta estaba al día de la crónica social del país y sabía con certeza que esa información nunca había salido a la luz.

—Parece que sí. —Se encogió de hombros—. Grace me comentó que su agente había estado poniendo muchas trabas. No me dio detalles, pero tuve la impresión de que estaba en contra de que Valentina participase en este reportaje, y que el acuerdo no fluyó hasta que no hablaron con ella directamente.

—Interesante... —dijo Janet.

—Aquí hay algo más que no nos estás contando.

La suspicacia de Rita no la sorprendió. Más de tres años trabajando codo con codo la habían llevado a conocerla demasiado bien. A veces, incluso mejor de lo que se conocía ella misma.

—Me preocupan mucho los tiempos. —Les detalló las exigencias de la revista—. Una cosa es trabajar bien bajo presión y otra cosa es esto. Suena mal decirlo, pero no tengo ni puñetera idea sobre los amerindios, la sesión de fotos va a tener lugar en distintas localizaciones de las Montañas Rocosas y en una semana tengo que sacarme media colección de la manga inspirada en todo ello.

—Yo te ayudaré.

—Lo sé, Janet. Gracias.

Sonrió a su asistente y estrechó su mano con cariño. Era un tesoro y no quería arrebatarle su entusiasmo explicándole que en el reto al que se enfrentaba no la podía ayudar. La documentación que le pudiese conseguir sería de gran ayuda, pero la verdadera inspiración solo podía encontrarla en su interior y temía no hallarla en el poco tiempo del que disponía.

Rita, en cambio, era perro viejo y entendía la inquietud de su jefa a la perfección.

—No sé a qué estás esperando. Levanta ese culo y vete a crear. No quiero verlo moviéndose por el atelier hasta dentro de una semana.

—Te recuerdo que tenemos pruebas programadas todos los días, así que vas a tener que ver mi trasero más de lo que te gustaría.

—Olvídate de eso. Janet y yo lo podemos hacer perfectamente sin ti. ¿No es así, niña? —La aludida asintió, excitada ante la posibilidad de encargarse por completo de una prueba—. Te voy a decir más: creo que a partir de ahora deberías dejarnos ese trabajo a nosotras. Tú vas a tener cosas más importantes en las que centrarte.

Jules lanzó una carcajada nerviosa y sacudió la cabeza con un sentimiento a caballo entre el agradecimiento y el desasosiego. Rita y ella compartían ciertos rasgos de personalidad: ambas eran dominantes por naturaleza y muy decididas y expeditivas en su trabajo, lo cual suponía una gran ventaja la mayor parte del tiempo. En el caso de Rita, aquellos rasgos unidos a la extrema confianza que habían construido a lo largo de los años la llevaban a organizar el tiempo y disponer el trabajo de la propia Jules en más ocasiones de las que a ella le gustaría, lo que producía algunos encontronazos entre ellas que, por suerte, siempre habían sabido resolver.

En aquel momento, sin embargo, Jules prefirió anteponer el pragmatismo a todo lo demás. Si quería presentar algo decente a *Vogue* debía centrar todos sus esfuerzos en el proceso creativo.

—De acuerdo —aceptó. Al instante, Janet lanzó un gritito y a ella se le escapó la risa—. Aunque solo durante la próxima semana —advirtió, lanzando a Rita una contundente mirada—. Ya hablaremos más adelante sobre esa idea tuya de apartarme del contacto con mis clientas.



Jules encendió la lamparita de su mesa de trabajo al notar que le escocían los ojos y que un ligero dolor de cabeza le impedía concentrarse en el boceto que tenía enfrente.

Había vuelto a su apartamento hacia mediodía, cargada con la compra para toda una semana de encierro autoimpuesto. No pensaba aparecer por el atelier hasta no tener listos los diez bocetos comprometidos, y eso también significaba salir poco de casa durante

esos días. Durante la fase creativa de sus diseños se abstraía del mundo de tal modo que solía perder la noción del tiempo. Era habitual encontrarla con esbozos a medio hacer descartados por toda la mesa o en forma de bolas de papel por el suelo, malcomiendo y con unos pelos que serían el disgusto más grande de su madre si pudiese verla.

Se masajeó las sienes y cerró los párpados al sentir que todo el cansancio y la tensión del día caían sobre ella como un peso muerto. Había estado tan enfrascada revisando la documentación que le había enviado Janet por email, que apenas había sido consciente de cuándo se había puesto el sol y mucho menos se había acordado de cenar.

A medida que había ido profundizando en las lecturas, la aprensión por haber aceptado el encargo había ido creciendo hasta bloquearla. Todo lo que rodeaba a la cultura navajo —sus costumbres, su historia, las supersticiones que todavía hoy influían en el día a día de aquella gente y la evolución que había sufrido su modo de vestir a pesar de conservar sus tradiciones— le resultaba totalmente ajeno y temía no ser capaz de transmitir la autenticidad necesaria a sus diseños.

Su proceso creativo solía tener como origen algún tipo de emoción. Todo comenzaba con una sensación que surgía en su interior y que se dedicaba a explorar durante semanas hasta que entendía qué quería transmitir. Una vez alcanzado ese punto utilizaba el lenguaje de los colores, las formas, las texturas y los ornamentos para dar vida a sus figurines y transformar esa emoción en una pieza de alta costura. El problema era que en aquel momento se sentía completamente seca. No conseguía esa chispa que daba vida a sus dedos y los hacía deslizarse sobre la cuartilla de papel hasta obtener algo parecido a un boceto.

Al documentarse, le había sorprendido descubrir que existía un universo paralelo repleto de diseñadoras indígenas cuyos nombres y diseños *prêt-à-porter* iban ganando peso en el mundo de la moda occidental. No pudo evitar preguntarse por qué Valentina no había pedido que fuera alguna de ellas la que la vistiera. Quizá no tuviesen experiencia en el diseño de alta costura, pero no se le ocurría una forma más genuina de proclamar al mundo sus orígenes que de la

mano de su propio pueblo.

En su lugar, Valentina había preferido que una treintañera caucásica, con un conocimiento nulo de su tribu y una absoluta desconocida en el mundillo de la alta costura, fuese la elegida para crear las prendas que vestiría en tan sonada ocasión.

Era absurdo, y también un pelín abrumador.

—Me rindo —murmuró mientras se levantaba y dejaba atrás el desorden de su escritorio, ubicado frente al precioso ventanal del salón de su apartamento.

Durante algunos meses había compartido espacio con su mejor amiga, Samantha, que se había trasladado desde España para colaborar en un proyecto que acabó cambiándole la vida, y aunque echaba de menos el tiempo que vivieron juntas, estaba feliz de haber recuperado los pocos metros cuadrados en los que consistía su hogar y poder campar a sus anchas sin tantos dramas.

Al entrar en su habitación fue directa a coger el móvil, que descansaba boca abajo sobre su mesita de noche, y se tumbó en la cama para revisar sus mensajes. Con los años había aprendido que para poder ser productiva lo mejor era estar desconectada de todo y todos, y el móvil y las redes sociales eran lo primero que alejaba de su vista. Ahora, en cambio, necesitaba lo contrario. Evadirse en el mundo exterior.

Estuvo un buen rato entretenida con la cuenta del atelier en Instagram.

Janet estaba realizando un trabajo excepcional, ganando visibilidad para el negocio con estilo y proponiendo con mucho acierto contenidos que se alineaban a la perfección con la filosofía que Jules quería proyectar de su marca. No se podía permitir pagar un profesional experto en redes, pero tampoco lo necesitaba pues Janet, una vez más, había vuelto a demostrarle lo capaz que era.

Se sentía afortunada de tenerla en su equipo. En muy poco tiempo se había convertido en su mano derecha y ya no concebía su día a día sin ella a su lado.

Recordaba perfectamente el día que se presentó a la oferta de prácticas que había anunciado en varias escuelas de moda. A pesar de

su apariencia algo anodina se mostró entusiasmada y dispuesta a todo durante la entrevista, y Jules supo que aquella era la actitud que necesitaba. Tardó poco tiempo en descubrir que Janet era la persona ideal para gestionar su desordenada agenda y ayudarla a sacar adelante su incipiente negocio.

Le saltó una nueva notificación de correo.

A aquellas horas de la noche Janet seguía enviándole información y documentos gráficos sobre la cultura navajo y decenas de *pins* de Pinterest de los paisajes de Colorado. A veces se preguntaba si dormía.

Estuvo tentada de abrir el correo y continuar leyendo, pero sabía que necesitaba descansar. Hacía un buen rato que las musas habían ido a visitar a alguien con las ideas más claras, así que lo mejor que podía hacer era ir a dormir.

La pantalla del móvil se iluminó de nuevo.

> Mensaje de Thomas:
> Tu madre me ha dicho lo de *Vogue*. Tenemos que hablar.

Su corazón dio un vuelco y al instante un sabor amargo se extendió por su boca.

Como siempre, él solo aparecía cuando ella conseguía algún éxito. Acalló con rabia la voz de aquella niña necesitada de amor paterno que la empujaba a conectar con él de nuevo y dejó el mensaje sin responder. Aquella vez no iba a permitir que le aguase la fiesta como hizo en Madrid.

Apagó la luz, se metió en la cama y cerró los ojos dispuesta a olvidarse de todo. Diez minutos más tarde supo que aquella noche tampoco iba a dormir. Resopló, apartó el edredón y se calzó las zapatillas.

«Necesito chocolate.»

3

—Utilizaremos muselina de seda para este —dijo Jules, señalando el figurín del vestido de falda larga y vaporosa—. Necesito que la cola tenga mucho vuelo, que se mimetice con la forma de las dunas. La tela será de color azul cerúleo para resaltar el tono de piel de Valentina. —Dejó el Pantone a un lado y volvió al dibujo—. El cuerpo será sencillo, con escote dama de honor y la tela fruncida, no plegada. Para la cintura todavía tengo que decidir el complemento, necesito explorar más, pero en todo caso será algo sencillo, tipo cordón. Lo suficientemente grueso para marcar su cintura y conseguir un mayor efecto en la caída de la falda.

Sentada frente a su mesa de trabajo en el taller, Rita tomaba nota de cada palabra con extrema atención, añadiendo comentarios y algunas dudas al lado de las notas que Jules ya había incluido en los laterales del esbozo. Cada vez necesitaba menos aclaraciones, pero siempre prefería contrastar antes que descoser.

A continuación, extendió los tres diseños elegidos por *Vogue*, uno al lado de otro. Eran muy distintos entre sí, pero todos estaban definidos hasta el más mínimo detalle. A Rita seguía maravillándole la creatividad de su jefa, esa capacidad que tenía de enfrentarse a un papel en blanco y de transformar un concepto abstracto en diseños elegantes y sofisticados. Y en aquella ocasión, teniendo en cuenta las circunstancias, se había superado a sí misma.

Jules era muy meticulosa en sus dibujos, lo cual ayudaba a que cualquier costurera con experiencia pudiese reproducir sus diseños con éxito. Dibujaba a la modelo desde todas las perspectivas, de forma que se pudiese apreciar el diseño completo; marcaba los pliegues, volúmenes y movimientos que quería que tuviese la tela, y siempre dibujaba hasta el más mínimo detalle del conjunto: los complementos, el sistema de cierre, el tipo de calzado que mejor combinaba con la pieza, e incluso la joyería más apropiada.

Nada escapaba a sus lápices.

—¿Ya sabes dónde vamos a conseguir todo esto? —preguntó, fijándose en todos los detalles indígenas de los bocetos.

—Más o menos. —Jules le ofreció una sonrisa que pretendía ser confiada, pero Rita detectó un pequeño temblor en sus manos que no solía estar ahí.

—Oye. —Le tomó las manos—. ¿Qué pasa?

Jules suspiró, incómoda.

—No sé, Rita... La reunión no ha ido del todo como esperaba. —Admitió por fin—. No me malinterpretes, estoy feliz de que hayan escogido tres de mis propuestas, pero son los diseños que menos me esperaba, y ha habido un par de detalles que no me han gustado demasiado.

Aquella mañana había tenido lugar la reunión acordada con *Vogue*, solo siete días después de su primera visita a la revista, aunque parecía que habían pasado meses desde entonces de lo agotada que se sentía. Habían sido días de intenso trabajo, noches de poco sueño y horas de mucha tensión, y ahora que todo había pasado, la falta de descanso le estaba pasando factura.

—¿Y por qué son los que menos te esperabas? —La jefa de taller admiró de nuevo los diseños—. La verdad es que a mí me chiflan todos.

—Ya..., y a mí también, pero estos tres son los que más simbología indígena tienen.

—¿Y?

—Pues que cuando los diseñé tenía en mente una colaboración. De eso va el artículo, ¿no? —exclamó, más para sí misma que porque esperase respuesta. Rita la miró sin entender—. La idea es dar visibilidad a los pueblos indígenas —le aclaró—. Volver a darles el lugar que merecen en la sociedad a través de figuras conocidas. ¿Qué mejor manera de darlos a conocer que mostrando la riqueza de su cultura?

—Mira, niña, o me hablas más claro o no entiendo nada. ¿No es eso lo que estás haciendo?

Jules resopló, frustrada.

—Mi propuesta para estos tres bocetos en particular era contactar con diseñadores locales y trabajar con ellos para lograr este resultado. —Cogió uno de los papeles sobre la mesa de trabajo—. Estos zapatos hechos con cuentas no son idea mía —dijo, señalando los pies de uno de los figurines, que mostraban un colorido calzado—, sino de Jamie Okuma, una diseñadora indígena especializada en el trabajo con cuentas. —Cogió un segundo esbozo—. Y este brazalete, o los pendientes de este otro boceto, son de Keri Ataumbi, una kiowa que lleva años dedicándose a esto.

Rita la observaba con confusión mientras sacudía la cabeza.

—No voy a preguntarte cómo has descubierto todo eso, tus ojeras hablan por sí solas —señaló, tan directa como siempre. Como si Jules necesitara que le recordasen la cara de zombi que tenía, y que ni el maquillaje había podido ocultar aquella mañana—. Pero a mí me suena genial. ¿Qué problema hay? ¿Crees que estos... —Hizo aspavientos con las manos—... kiowas, indígenas o como se llamen no van a aceptar trabajar con nosotras?

—No lo sé. —Se pasó una mano por la frente—. Y tampoco voy a tener la posibilidad de averiguarlo. Cuando les he explicado mi idea, Marie Delphin me ha mirado como si me hubiesen crecido cuernos en la cabeza. Al parecer, ya lo tenía todo previamente decidido: quiere que encargue las telas, los tejidos estampados y los abalorios a proveedores con los que habitualmente colabora la revista. Y para colmo, Grace no ha abierto la boca en toda la reunión —dijo, decepcionada—. No sé por qué, pero me esperaba algo distinto.

Durante su investigación se había topado con un par de artículos en los que varios diseñadores nativos se habían unido para denunciar la apropiación cultural de su simbología y diseños por parte de grandes marcas, y sentir que ella había aceptado hacer lo mismo para *Vogue* estaba arrebatándole la ilusión.

«Joder», maldijo en silencio. Odiaba tener escrúpulos. Eran molestos y solo le complicaban la vida.

—¿Pueden hacer eso? ¿Obligarte a trabajar con sus proveedores?

Ella lanzó una carcajada.

—Claro que pueden. Ellos mandan, y a mí me interesa mucho este

trabajo para negarme. —Se llevó el talón de las manos a los ojos y apoyó los codos sobre la mesa. Estaba demasiado cansada y así no podía pensar con claridad. Tenía que haber alguna alternativa, pero no se le ocurría cuál—. Resulta patético que acabe plagiando a otros para conseguir mi sueño.

—¿Sabes qué te digo, hermana? ¡Que les den! Son tus diseños, tú decides a quién le compras el material.

—Joder, Rita, que no —dijo con frustración—, que esto no funciona así. Es una sesión de fotos y nos han contratado para diseñar y confeccionar las prendas que ellos quieren, como ellos deseen. Las telas, los complementos, la escenografía y cualquier otra decisión dependen de la revista.

La jefa de taller se sacudió el pelo afro con nerviosismo y, en vista de que no había mucho más que hablar al respecto, cambió de tema.

—¿Y qué ha dicho la niña sobre los diseños? ¿Le han gustado?

—Esa es otra… Valentina no estaba en la reunión. —Rita la miró con extrañeza y ella asintió—. Ya, yo he pensado lo mismo. No entiendo que sea ella la que pida llevar mis diseños y después no participe de la decisión de cuáles vestir. Ha sido todo bastante raro, la verdad…

—Pues menuda mierda.

Jules sonrió desanimada.

—Una mierda bien grande.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por lo pronto, irme a dormir. —Recogió su bolso, se puso el blazer que había dejado sobre el respaldo de la silla y se colgó el abrigo sobre un brazo—. ¿Una vez recuperada? Pensar cómo puedo darle la vuelta a la tortilla.



Al día siguiente, Jules se dirigió al atelier con la energía y el ánimo renovados. El cacao obraba milagros en su organismo y se le habían

ocurrido un par de ideas durante el desayuno que, si jugaba bien sus cartas, podían funcionar.

Fue cuestión del destino que varias horas más tarde la primera de sus opciones se presentase en carne y hueso en su oficina.

—Grace, qué placer verla por aquí. —Hizo el ademán de levantarse, pero la otra la disuadió con un gesto de la mano—. Justo hoy iba a llamarla.

—No me digas… —dijo con una sonrisa de medio lado mientras se sacaba los guantes y tomaba asiento, sin desprenderse del abrigo ni del sombrero—. Déjame que adivine: quieres volver a hablar de los diseñadores indígenas.

Jules abrió la boca, sorprendida. Aquella mujer era más sagaz de lo que había pensado.

—Pues sí. Creo que se equivocan al no querer trabajar con ellos. Utilizar réplicas, por muy bien hechas que estén, va en contra del mensaje que quieren transmitir y dudo que tenga una buena acogida entre la población indígena. He estado documentándome…

—Estoy de acuerdo.

—Disculpe, ¿cómo dice? —Jules parpadeó, perpleja.

—Que tienes razón.

—Pero… —Frunció el ceño. Aquello no se lo esperaba—. No comprendo.

Grace lanzó un suspiro, se deshizo del sombrero y fue a cerrar la puerta del despacho. Cuando se volvió a acomodar, el nivel de curiosidad de Jules ya estaba por las nubes.

—A ver cómo te lo digo sin que suene mal… —Tras unos instantes tratando de encontrar las palabras, chasqueó la lengua y se rindió—. Da igual, no hay forma de decirlo de forma elegante. La cuestión es esta: la edición de *Vogue* es un negocio muy lucrativo, y el número de septiembre lo es todavía más. Todos los focos están centrados en él, así que te puedes imaginar cuánta presión e intereses cruzados hay. —Jules asintió. Era muy consciente de lo despiadado y duro que podía ser el mundo de la moda—. Marie tiene muchos compromisos y egos que complacer, y, no nos engañemos, también tiene una buena dosis de esnobismo que a veces no le permite ver que la ambición no está

reñida con tener principios.

—Me temo que esa incapacidad está muy generalizada —murmuró Jules.

—La cuestión es que el artículo de Valentina es idea mía, y, por tanto, mi responsabilidad. Y yo sí que quiero trabajar con diseñadores autóctonos.

—¿Está segura? —Grace enarcó una ceja, sorprendida por su repentina indecisión—. Quiero decir..., estamos yendo en contra de lo que la señora Delphin pidió expresamente.

Grace puso los ojos en blanco.

—Si hiciese caso a Marie en todo lo que pide... —Agitó la mano delante de ella, y le restó importancia—. No te preocupes, ese es mi problema.

Jules sintió que buena parte del peso que acarreaba desde que dejó *Vogue* el día anterior desaparecía. Sonrió aliviada.

—Si usted lo dice... No seré yo quien le lleve la contraria.

No se podía creer su suerte. Le encantaba trabajar con personas inconformistas, y Grace estaba resultando ser un soplo de aire fresco.

Aunque todavía quedaba el otro tema.

—¿Y qué pasa con Valentina? ¿Está de acuerdo con los diseños que han escogido para ella?

—Tendrá que estarlo. La esperábamos en la reunión de ayer y llamó en el último momento diciendo que no podía venir —dijo con fastidio. No dejaba de sorprenderle la poca seriedad de los jóvenes de hoy en día—. En cualquier caso, es la revista la que tiene la última palabra sobre los modelos. Bastante ha conseguido al meterte a ti en todo el proceso.

Jules se mordió la lengua. Nunca había aceptado que nadie le regalase nada. Todo lo que tenía lo había conseguido con su esfuerzo, y que hubieran elegido tres de sus diseños debería ser prueba suficiente de que estaba a la altura de aparecer en *Vogue* por méritos propios, aunque Valentina le hubiese dado el primer empujón.

—Entiendo que la revista decide, pero mi experiencia me dice que la involucración de la persona que va a lucir los diseños durante la fase creativa es clave para que todo el conjunto funcione.

—Esto es distinto al trabajo que tú haces. Llevamos décadas vistiendo a modelos y artistas con piezas que no han visto hasta cinco minutos antes de vestirlas y los resultados siempre han sido espectaculares.

Frustrada, Jules negó con la cabeza. Le costaba mucho aceptar que los demás no viesen algo que para ella era tan evidente.

—Pero este artículo no va de eso, ¿o me equivoco? —Grace frunció el ceño. Empezaba a cansarse de su terquedad—. ¿Saben por qué el agente de Valentina se negó a que ella participase? ¿Por qué ha impuesto mi participación antes de aceptar?

—No lo sé, ni me interesa. Lo único que quería era conseguir que me dijese que sí, y eso ya lo tengo.

—Es que… —Jules se levantó y fue a sentarse en la silla contigua a ella. Estaba acelerada. Cuanto más pensaba en todo aquello, menos le cuadraba, y necesitaba hacérselo ver a ella también—. ¿No siente ni un poco de curiosidad por saber por qué no ha proclamado al mundo sus orígenes antes? ¿O qué la ha llevado a querer hacerlo ahora? —Grace la observaba en silencio y ella solo quería zarandearla para hacerla entrar en razón—. Usted misma me dijo que el artículo era controvertido y generaría polémica. ¡Por Dios! ¿Sabemos qué piensa ella al respecto o solo se han limitado a ponerle un contrato con muchos ceros delante de las narices?

Jules había ido elevando el tono de voz a medida que hablaba, de modo que cuando por fin calló se podía escuchar el sonido de una aguja al caer. Quizá se había excedido con aquel último comentario, pero no había dicho nada que no pensase de corazón.

—¿Te han dicho alguna vez que esa boca tuya algún día te traerá problemas?

—Constantemente —admitió ella de inmediato.

Grace se mordió el labio y reprimió una sonrisa. El mundo era de los valientes.

—Redacción se encargará de hacer la entrevista y conseguir la respuesta a todas tus preguntas. —Se aclaró la garganta—. Pero mi trabajo también consiste en conseguir que las imágenes muestren la esencia de su protagonista, así que… Supongamos que te escucho.

¿Qué propones?

—Déjeme mostrarle los diseños a Valentina. —La editora abrió la boca para replicar, pero Jules no la dejó—. Solo permítame hablar con ella para entender qué espera del reportaje, qué le parecen los bocetos, las telas…

—Tuvo su oportunidad y ni se presentó —replicó con fastidio.

—Lo sé.

A Jules le daba igual todo aquello. Necesitaba hablar con Valentina.

—No lo veo claro… —Cabeceó Grace, pensativa—. Vas a perder un tiempo que no tienes y los plazos de entrega son los que son, en eso no voy a ceder.

—No se preocupe por eso. Le prometo que tendrá los diseños tal como acordamos.

Grace entrecerró los ojos y la observó durante unos instantes. De repente, inspiró hondo y soltó todo el aire de golpe.

—Está bien. Confío en ti. —La señaló con el índice—. No me falles o no volverás a trabajar para *Vogue* nunca más.

Jules no se tomó aquella amenaza a la ligera. Tras veinte años siendo parte de los engranajes de la revista, conocía el poder implícito que tenía Grace Keene en todo lo que allí se cocía.

—Cambiando de tema… —La vio rebuscar en el pequeño bolsito que descansaba sobre su cadera y extraer una tarjeta que dejó sobre la mesa—. Explora y encuentra todo lo que tienes en mente para dar vida a tus diseños y después habla con él. Que te ayude a contactar con los diseñadores navajos que elijas.

Jules puso los dedos sobre el pequeño trozo de cartulina y lo arrastró sobre la madera. Al darle la vuelta sus labios temblaron y su corazón se saltó un latido.

—«Blake Cinnadella. Fotógrafo» —leyó con la voz estrangulada.

Grace asintió, ajena a su extraña reacción.

—Será el encargado de fotografiar a Valentina. Su especialidad es la fotografía documental, pero también es un gran retratista, y es justo lo que quiero para esta ocasión. Necesito que las tomas sean genuinas, espontáneas. El reportaje que tengo en mente está más cercano al documental que a un artículo de moda. Además, tiene muy buenos

contactos. Ha trabajado en diversas ocasiones con tribus indígenas (cubrió las protestas en Standing Rock), así que tiene mano con ellos. Él te ayudará, ya le he dicho que contactarás con él antes de planificar el viaje.

Jules sintió el pulso acelerado golpeándole las sienes. Se llevó los dedos a la frente y presionó para evitar que la molestia se convirtiese en una jaqueca de las fuertes.

¿Podía ser que existiesen dos Blake Cinnadella en el mundo?

«Quizá», se respondió a sí misma.

«¿Y que ambos sean fotógrafos?», insistió su voz interior.

Bueno, aquello ya resultaba menos probable…

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Se enderezó y le mostró la tarjeta—. Así que está esperando mi llamada… ¿Tan segura estaba de que aceptaría hablar con él?

Grace se inclinó hacia delante.

—La idea de colaborar con los indígenas fue tuya —le susurró en plan confidente mientras recogía los guantes que descansaban sobre la mesa y se los colocaba de nuevo—. Yo solo te estoy dando vía libre y facilitándote los contactos.

Jules volvió a mirar el nombre impreso en la tarjeta, y un aleteo de emoción prendió en su pecho.

Iba a volver a verle.

4

Jules

2004, Washington D.C.

Conocí a Blake un día de tormenta, pero no porque lloviese a cántaros —el cielo lucía despejado y el clima era inusitadamente cálido para una mañana de diciembre—, sino porque aquella mañana se desató la rabia que llevaba años cociéndose a fuego lento en mi interior.

Por aquel entonces mi mente adolescente todavía era demasiado inmadura para entender que aquel día marcaría un antes y un después en mi vida.

Entré en casa de mi abuela como un vendaval, entre hipidos y lágrimas, luchando por deshacerme del costoso y cálido abrigo que vestía y que, de pronto, me sofocaba. Me ahogaba su lana de cachemira, su toque suave y su mera existencia. En cuestión de pocas horas, cualquier cosa que proviniese de mis padres se había convertido en veneno para mí.

—Julie, cariño, ¿qué haces aquí? —exclamó la abuela al verme aparecer.

No era de extrañar que mi presencia en su casa la sorprendiese. Los viernes por la mañana tenía clases en el instituto, y tampoco era como si viviésemos a solo dos calles de distancia y pudiese pasarme por allí siempre que me apeteciese.

Cuando mi abuelo murió, hacía ya cinco años, mi padre y ella tuvieron una discusión muy fuerte al respecto. Mi padre poco más que la obligó a mudarse a Georgetown, donde nosotros vivíamos, pero ella se negó en redondo a dejar el único hogar que había conocido durante los últimos cincuenta años de su vida. De modo que continuaba viviendo al sur de la ciudad, en un pequeño barrio de Arlington cerca

del río Potomac.

—Cielo, ¿qué te pasa? —insistió.

Escuchar la voz de mi abuela siempre me calmaba el espíritu, pero aquel día activó un nuevo torrente de lágrimas. Su preocupación genuina, libre de prejuicios y exigencias, era lo que más necesitaba en aquel momento. Me acerqué hasta ella y me arrodillé al lado del sillón donde solía pasar todas las mañanas.

—Abuela... —Me derrumbé.

Permanecí con la cabeza apoyada en su regazo durante lo que me parecieron horas, exorcizando años de frustración a través de los lagrimales, mientras su mano, cálida y sanadora, daba pasadas a lo largo de mi pelo hasta detenerse en mi espalda, y vuelta a empezar.

—No los soporto.

—A ver —dijo ella al cabo de un rato al ver que ya estaba en condiciones de hablar—, explícame qué ha pasado.

—No quiero seguir viviendo con mis padres. Ya no puedo más. ¿Puedo venirme a vivir aquí contigo?

Mi abuela sonrió y unas adorables arruguitas aparecieron en su ajado rostro.

—¿Y qué harías con una vieja como yo, que ya apenas puede salir de casa?

—Prefiero vivir contigo —insistí—. Tú no me estás controlando día y noche, abuela. Estar con ellos me asfixia. «Julia, camina erguida» —imité a mi madre—. «Julia, no sorbas la sopa.» «Julia, ya eres una mujercita, tienes que comportarte como tal.» «Julia, tienes que vigilar el sobrepeso.» ¡Dios! —grité—. ¡Es que ya no puedo más!

Ella me escuchaba con los labios apretados y mirada comprensiva.

—En fin..., ya sabes que tu madre tuvo una educación bastante... digamos peculiar. —En su tono de voz se notaba a la legua que tampoco era su persona favorita—. Pero ahora dime: ¿qué ha pasado realmente? Tu madre no se ha convertido en lo que es de la noche a la mañana. Hay algo que no me estás contando.

—¿Sabes la última? —Me miró con gesto interrogante—. Ahora resulta que tampoco puedo elegir qué quiero estudiar. —Estaba tan nerviosa que empecé a dar vueltas por el pequeño salón. Ella me

observaba ir y venir en silencio—. El idiota de tu hijo tiene planes para mí y no quiere ni oírme hablar de nada que no sea «una carrera de provecho» —dije, acompañando mis últimas palabras del gesto de las comillas con los dedos—. ¿Acaso me ves a mí como una jodida abogada o economista?

—Cuidado con esa boca, señorita —me reprendió—. Admito que tu padre se ha convertido en alguien demasiado autoritario, pero el respeto a los padres no se debe perder nunca.

—¿Ni siquiera cuando ellos no me respetan? —exploté—. ¿A alguno de ellos se le ha ocurrido preguntarme alguna vez qué es lo que realmente quiero? ¿Si me gusta vestir como visto y comportarme siempre como ellos quieren? —La respuesta era obvia—. ¡No, abuela, no! Son unos egoístas —concluí—. Si querían tener un hijo que los obedeciese en todo, ¡que hubiesen adoptado un perro!

La abuela exhaló un suspiro.

—Ay, mi niña. —Alargó el brazo hacia mí y yo tomé su mano, siempre cálida, siempre acogedora. Acerqué mi mejilla a su palma y durante unos instantes disfruté de la suavidad de su piel con los ojos cerrados—. Sabía que este día llegaría. Ese fuego interior tuyo... —Sonrió, y una mirada nostálgica empañó sus ojos azules—. Te pareces mucho a tu abuelo: rebelde, inconformista, orgulloso... Me sorprende que hayas tardado tanto en abrir los ojos, y me alegra haber vivido lo suficiente para verlo.

Me aparté de su contacto y la miré con los ojos abiertos de par en par, el disgusto con mi padre se me había olvidado de repente. Su tono catastrofista me había asustado.

—¿De qué hablas, abuela? —dije temblorosa. La sola idea de perder a la única persona que me aceptaba tal cual era y a la que quería con adoración llenó mis ojos de nuevas lágrimas.

—Nada, cariño. No me hagas caso. Ven aquí.

Cuando estuve entre sus brazos de nuevo, me preguntó:

—¿Qué te parece si llamo a tu padre y le digo que te quedas a pasar el fin de semana? —Me lanzó una mirada cómplice—. Tengo helado de chocolate en el congelador.

Me lancé a su cuello y la abracé con fuerza. Su aroma a limpio

inundó mi nariz y me reconfortó como nada más lo hacía en el mundo.

—Te quiero, abuela.

Nos acabamos el bote de helado de una sentada. Yo sin zapatos y con las piernas cruzadas a lo indio sobre el sofá, y ella recostada en su butaca, atenta a todas las tonterías que le explicaba sobre el instituto. Me pregunté por qué las cosas no podían ser igual de sencillas en casa.

Podía imaginar cuál sería la reacción de mi madre si entrase por la puerta en aquel momento. El castigo sería sonado. ¿Qué sería lo que la haría explotar? ¿Que estuviese comiendo helado, que lo hiciese en el sofá en lugar de sentada a la mesa, que estuviese descalza y con los pies sobre el tapiz, o el mero hecho de estar en el salón de mi abuela cuando debería estar en clase?

Sonreí traviesa, disfrutando en mi mente de aquella escena, cuando vi que la abuela bostezaba. Entonces caí en la cuenta de que hacía rato que había pasado su hora de descanso. Me sentía tan a gusto con ella que las horas pasaban volando. La acompañé a su habitación y, cuando estuve segura de que estaba tranquila, cerré la puerta tras de mí y me lancé sobre el sofá, rebotando sobre los cojines como cuando era pequeña.

Suspiré, feliz de estar a solas y a mis anchas, y saqué el último número de *Vogue* de mi mochila, dispuesta a pasarme las próximas horas entre sus páginas.



Me desperté al escuchar un portazo.

Aturdida, me restregué los ojos y miré alrededor. Tardé unos segundos en recordar dónde me encontraba y por qué. Avergonzada por haberme quedado dormida en mitad del día, me levanté y fui directa hacia el lugar de donde procedía el ruido y en el que, estaba segura, encontraría a mi abuela preparando la comida.

Mientras recorría los pocos metros que me separaban de la cocina

intenté alisar con las manos las arrugas de la falda y la camisa de mi uniforme. Resoplé. Odiaba aquella ropa con toda mi alma y solo deseaba acabar el instituto para poder vestir lo que me diese la gana cada día.

Los golpes de puertas al abrirse y cerrarse se intensificaron a medida que me acercaba; un cajón que se abría, el tintineo de las botellas al chocar en la puerta de la nevera, el crujir de bolsas de papel y de plástico…

Lo primero que detectaron mis ojos al atravesar la puerta fue el reloj en forma de calabaza que colgaba de la vieja pared color canela. Fruncí el ceño al descubrir que todavía no eran las doce del mediodía. ¿Qué hacía la abuela cocinando tan pronto?

La pregunta murió en mis labios al descubrir a un intruso en el lugar donde esperaba encontrarla a ella. Un grito se formó en mi pecho, pero el pánico hizo que se quedase atascado en mi garganta, negándose en rotundo a salir. Estaba paralizada. No sabía qué hacer. Me daba miedo revelarle mi presencia a aquel ladrón y también me asustaba no hacer nada para que se marchase. Acobardada, me limité a observar cómo aquel chico alto y desgarbado se movía con soltura por la cocina de la abuela mientras abría y cerraba cajones, armarios y nevera…, y guardaba comida en ellos.

Un momento.

Estaba colocando la comida… ¿dentro de los armarios?

Confundida, le vi sacar un fajo de billetes arrugados del bolsillo delantero de sus tejanos. Los contó, algunos volvieron a su bolsillo, y el resto los tiró sobre la encimera de cualquier manera. A continuación hizo lo mismo con la calderilla, y fue el sonido de las monedas contra la superficie de madera lo que por fin me sacó del trance.

—¿Hola…? —Carraspeé y tragué saliva con nerviosismo. El chico se volvió hacia mí con las cejas enarcadas y una mirada de sorpresa escondida tras los mechones de su flequillo. Alcé la barbilla—. ¿Quién eres?

La pregunta salió disparada de mis labios con frialdad a pesar de mi recelo.

—¿Quién eres tú? —Sus ojos me echaron un rápido vistazo antes de

volver a centrarse en mi cara.

«Será grosero...»

—Yo he preguntado primero.

Me crucé de brazos con gesto obstinado, ya casi olvidado el temor que me había producido encontrar a aquel extraño en la cocina de la abuela.

Él se apoyó contra la encimera, imitó mi postura y se encogió de hombros.

—Yo estaba aquí antes que tú.

—¿Perdona? —No me podía creer el descaro de aquel idiota—. ¿Pero tú quién te has creído que eres?

—No lo sé, dímelo tú.

¡Dios, aquel tío era muy frustrante! Gruñí y contuve las ganas de patalear el suelo; hasta yo sabía que aquello me haría parecer una niña malcriada, y ya tenía suficiente con el estúpido uniforme que llevaba. Decidí cambiar de estrategia.

—Si no me dices quién eres voy a llamar a la policía.

Me sentí orgullosa al ver que se ponía en tensión. Descruzó los brazos para agarrar los bordes de la encimera con fuerza y un rictus de rabia transformó su rostro. Me observó durante varios segundos, y algo en mí debió de transmitirle que iba de farol, porque de pronto su cuerpo se relajó, me volvió la espalda con gesto tranquilo y continuó con lo que estaba haciendo como si yo no le hubiese interrumpido.

Aquella indiferencia fue la gota que colmó el vaso. Estaba harta de que nadie me tomase en serio, así que me acerqué a él con paso firme y le agarré del brazo con decisión.

—Como no me digas ahora mismo qué estás haciendo en la cocina de mi abuela te juro que grito, y no creo que quieras conocer a mi vecino.

Recé para que el susodicho, del que tanto me había hablado la abuela y supuestamente tanto la ayudaba, estuviese por casa a aquellas horas y tuviese el oído fino.

Mi última amenaza consiguió captar su atención, pues dejó lo que estaba haciendo y esta vez me miró con detenimiento.

—Tu abuela... Así que tú eres Julie... ¿Ves como no era tan difícil

decirme quién eras? —Todavía estaba procesando el hecho de que aquel tío supiese mi nombre, cuando vi que extendía la mano para saludarme. Mi madre había grabado los buenos modales a fuego en mi ADN, así que se la estreché por inercia, cada vez más alucinada de aquella situación surrealista—. Yo soy Blake… —Sonrió con burla y unos curiosos hoyuelos aparecieron en sus mejillas al señalar con el pulgar hacia la derecha y añadir—: el vecino.

5

Sin importar la hora o época del año en que aparecieses, el Black Iron Burger de Midtown West siempre estaba lleno de vida. Sus clientes no eran solo turistas atraídos por las excelentes reseñas de webs especializadas, sino gente local. Neoyorquinos de nacimiento y de adopción que no podían resistirse a la mejor carne de vacuno de la ciudad, con un sabor 100 % *guilt-free*, según rezaba el eslogan de la cadena de hamburgueserías.

Y vaya si tenían razón.

La estrambótica mezcla de gastronomía mediterránea con cultura americana había dado como resultado unas hamburguesas y platos capaces de hacerse chupar los dedos hasta a la persona más refinada de la ciudad.

Blake salivaba pensando en la clásica doble que se iba a pedir mientras observaba con atención la puerta de la entrada. Sentado en uno de los taburetes frente a una mesa alta de cóctel, movió compulsivamente la pierna que tenía apoyada sobre el listón inferior de la silla y miró su reloj. Pasaban quince minutos de las siete y seguía sin llegar. Se subió las mangas de la camiseta azul marino y maldijo en silencio.

Sabía que quedar con ella había sido un error. Debería haber rechazado el trabajo en el momento que supo que Jules estaría involucrada. Siempre había sido impuntual, poco seria, y al parecer el tiempo no la había cambiado.

Hambriento y cabreado, decidió que no iba a esperarla más. Alzó la mano para llamar la atención del camarero, cuando vio que se abría la puerta de entrada por el rabillo del ojo. La sensación de *déjà vu* fue tan intensa que durante unos instantes se olvidó de todo el rencor y la amargura que siempre le provocaba su recuerdo.

Todo era distinto en ella: llevaba el pelo más corto y el rubio era más claro; su figura y facciones se habían estilizado y se movía con

mucha más seguridad. Sin embargo, retenía ese algo que le había dejado sin palabras la primera vez que la vio en la cocina de su abuela. Más afectado de lo que estaba dispuesto a admitir, entrecerró los ojos y esperó. Jules se estaba deshaciendo de su bufanda mientras rastreaba el local en su busca y tenía mucha curiosidad por saber si le reconocería. No quería perderse ni un detalle de su expresión cuando lo hiciese. Años capturando rostros y expresiones con su lente le habían enseñado que las personas se mostraban más genuinas cuando creían que nadie las observaba. La libertad que confería el anonimato, el no sentirse juzgados por lo que eran o hacían, provocaba que las personas se relajasen y sacasen a la superficie su esencia, y Blake tenía una sensibilidad especial que hacía olvidar a la gente que él se encontraba alrededor con una cámara.

Se quedó inmóvil cuando los ojos azules de Jules se detuvieron en él durante más de un segundo, pero acabaron pasando de largo y continuaron escaneando el local. Blake apenas era consciente de estar conteniendo el aliento cuando, de pronto, ella volvió a mirarle y todo el aire salió expulsado de sus pulmones. Supo el momento exacto en el que le reconoció cuando sus pequeñas cejas rubias se fruncieron y sus ojos se entrecerraron.

Incluso a varios metros de distancia pudo ver que un brillo de alegría explotaba en sus pupilas y pequeñas arrugas de expresión transformaban su rostro. Sabía que aquel momento iba a llegar, y aun así su estoicismo se tambaleó cuando los labios de Jules se extendieron y formaron la sonrisa más hermosa que Blake recordaba haber visto nunca. La misma que le había dejado noqueado la primera vez que la vio, tantos años atrás, y que continuaba iluminando todo a su alrededor.

A medida que se aproximaba a él, Blake sintió que el nudo en su pecho se estrechaba un poco más. Era duro aceptar que aquella mujer nunca le dejaría indiferente, pero le bastó recordar lo que sucedió en el pasado para recuperar la perspectiva que necesitaba para afrontar aquel encuentro. Nada quedaba de aquellos adolescentes que compartieron secretos y sueños a las orillas del Potomac, y cuanto antes lo asumiese más fácil sería todo. Para los dos.

Se levantó reacio al ver que Jules se detenía a su lado.

—Llegas tarde —le espetó de malos modos.

—Elegantemente tarde —replicó ella con coquetería, como tantas veces antes.

La vio deshacerse del bolso, el abrigo y la bufanda con impaciencia. Lo dejó todo de mala manera sobre el taburete y, antes de que Blake lo viese venir, se colgó de su cuello en un abrazo.

Durante unos segundos se quedó paralizado, sin saber muy bien qué hacer con los brazos y asimilando el hecho de tenerla pegada a su pecho. Hubo una época en la que estaba acostumbrado a recibir los besos, abrazos y arrumacos de su madre a diario. Siempre los aceptaba a regañadientes, convencido de que era la actitud propia de un chico joven y desapegado como él, aunque en su interior los atesoraba como el más preciado regalo, y su madre lo sabía. Por eso, mientras pudo, jamás dejó de dárselos.

Con Jules nunca fue así.

Con ella siempre habían mantenido una cómoda distancia. Durante el breve período que duró su amistad, Blake siempre tuvo muy clara la diferencia social que los separaba, por eso jamás se le pasó por la cabeza cruzar aquella línea invisible. Del mismo modo, ella nunca dio señal alguna de esperar lo contrario, y, visto desde la distancia, fue mejor así.



Absorta en el inesperado placer de volver a verle, cuando por fin Blake la envolvió entre sus brazos una cálida sensación de estar en casa la inundó como hacía siglos que no sentía. Recuerdos de risas y confidencias anegaron su mente y de inmediato un intenso sentimiento de añoranza le comprimió las costillas. Apretó los puños contra su espalda y apoyó la mejilla en su pecho mientras cerraba los ojos con emoción.

Dios mío, ¿era él de verdad?

Se apartó un poco para mirarle de nuevo y su corazón se saltó un latido. Le costaba conjugar al hombre de facciones masculinas y gesto adusto delante de ella con su mejor amigo de la adolescencia. Apenas quedaba rastro del chico que un día fue.

Sus rasgos, ocultos bajo una barba algo más espesa en la mandíbula que en las mejillas, se habían endurecido, y la expresión de sus ojos había perdido la suavidad que una vez tuvo. Su mirada gris, en cambio, continuaba siendo igual de fascinante.

«Arrebatadora», se corrigió al detectar el brillo acerado con el que la observaba y que le provocó un vuelco en el estómago. Nunca había conocido a otra persona con aquel peculiar color de ojos, y mucho menos con aquella capacidad de cambiar a un tono verdoso, azulado o arena según su estado de ánimo o el modo en que incidiese la luz en su iris.

Su rostro no era lo único que había cambiado en aquellos años. Seguía siendo demasiado alto para ella, le sacaba una buena cabeza, pero ahora la camiseta se tensaba sobre unos hombros más anchos y atléticos que antaño, y su estilo desenfadado, con el pelo lo suficientemente largo como para que se le ondulase en la nuca, le resultó más atractivo de lo que recordaba.

Carraspeó y sonrió algo nerviosa al descubrir que la presencia de Blake le estaba despertando sensaciones que no habían estado allí quince años atrás.

—¿Ya han decidido? —La llegada del camarero la sacó del trance antes de que su escrutinio se convirtiese en una bochornosa escena para Blake. Se sentó en su taburete mientras Blake hacía lo mismo—. Si lo desean puedo volver más tarde...

—No, no hace falta. Dame un momento. —Jules cogió la carta y se fue directa a la página que quería.

—¿Señor?

—Una clásica doble, con triple de patatas, y una cerveza negra.

—Yo quiero una Little Italy y una ración grande de patatas fritas —decidió ella. Blake la miró con asombro—. ¿Qué? Tengo hambre, no he metido nada en el estómago desde esta mañana.

—¿Para beber?

—Una copa de sauvignon blanco.

El camarero asintió y de inmediato les trajo los cubiertos, las salsas y las bebidas. Una vez se marchó, Blake se reclinó contra el respaldo y se cruzó de brazos.

—¿La princesa por fin se ha deshecho de la dieta vegana y come carne y grasas? —preguntó, mordaz.

—Sabes perfectamente que esta princesa siempre ha comido grasas, aunque durante un tiempo fuese a escondidas de su madre. Ahora ya no me escondo. —Se encogió de hombros—. Adoro la comida basura y cuantas más grasas saturadas tenga, más la disfruto.

—Bien —dijo él, observándola con una seriedad que la puso nerviosa.

Jules no tenía muy claro qué había esperado encontrarse aquella noche, pero cada fibra de su ser le decía que Blake había cambiado en muchos más aspectos que los evidentes a primera vista. Le bastaban las reacciones de su propio cuerpo y de su corazón, que aleteaba con inquietud en su pecho desde que le había vuelto a ver, para saber que nada entre ellos era igual.

Quince años eran demasiados. Media vida en la que ambos habían tenido tiempo de dejar atrás los vestigios de niñez que todavía conservaban cuando se conocieron. Años que hablaban de esfuerzo, frustraciones, alegrías y sueños por cumplir y de experiencias que habían forjado su carácter y su destino hasta llevarlos a aquel preciso instante.

Suspiró con melancolía y de pronto deseó que la noche no acabase para conocer cada detalle de la vida de Blake desde el día que dejaron de verse.

—Así que *Vogue*, ¿eh? —dijo Blake, apartándose cuando la camarera les trajo el pedido.

—Te dije que lo conseguiría. —Ella le guiñó un ojo mientras se llevaba una patata a la boca.

Él soltó una carcajada seca.

—Cierto, lo dijiste.

—Pero aquí la cuestión eres tú. ¿*Vogue*? ¿En serio?

Los hoyuelos de Blake aparecieron de forma fugaz.

—Es una larga historia, pero sí, va en serio.

La expresión de Jules se dulcificó al apoyar la barbilla sobre sus dedos entrecruzados.

—Tengo tiempo. Me encantaría conocerla.

—No vale la pena, no es nada extraordinaria.

Jules frunció el ceño, algo desilusionada. Enseguida recordó que Blake siempre había sido parco en palabras, así que lo dejó pasar e intentó conectar con él desde otro ángulo.

—No sabes cuánto me alegró saber que te habías convertido en fotógrafo profesional. Te dije que los sueños se cumplen.

Él sonrió de forma escueta y desvió la mirada mientras le daba un trago a su cerveza.

Blake nunca se había permitido tener grandes sueños. Había aprendido a muy temprana edad que las ilusiones estaban hechas para aquellos que no tenían que preocuparse por tener un plato de comida caliente en la mesa o un techo bajo el que dormir. La fotografía había sido su afición, su refugio, pero jamás se planteó que podría vivir de ello. Fantasear nunca había sido lo suyo.

Hasta que llegó ella, y entonces cometió el error de ponerse a soñar...

—¿Cómo están tus padres? ¿Y tus hermanos?

—Mi madre murió hace cinco años y los gemelos están en la universidad —respondió él con sequedad.

—Oh, no... Cuánto lo siento...

Jules hizo el gesto de cogerle la mano y se quedó de piedra cuando él la retiró de inmediato.

—Oye, ¿por qué mejor no me explicas qué necesitas de los navajos?

—Ya veo que sigues teniendo las habilidades sociales de un orangután —bromeó ella, más cortada con su rechazo de lo que estaba dispuesta a demostrar.

Él se encogió de hombros y le dio un enorme bocado a su hamburguesa.

—No me apetece hablar de temas personales, no estamos aquí para eso —dijo con indiferencia una vez que acabó de masticar—. Mejor concentrarnos en el reportaje. Viajo este fin de semana a la Nación

Navajo y Grace me dijo que querías hablar con algunas personas de la Comunidad. No te garantizo que te vayan a facilitar lo que necesitas. Son muy suyos y les cuesta confiar en los blancos...

Mientras le escuchaba, tan frío y desapegado, sin dirigirle más que una mirada de vez en cuando, una desagradable sensación a la que Jules no supo poner nombre se asentó en su estómago y barrió de un plumazo el hambre que arrastraba desde hacía horas.

¿Se había equivocado al albergar un recuerdo tan especial de su relación con Blake y pensar que era mutuo?

Quizá no se separaron en las mejores circunstancias, pero si hubo algo que permaneció inmutable en su corazón fue la complicidad que nació entre ellos casi desde el principio. El recuerdo de una amistad difícil de igualar. Ahora, con Blake frente a ella comportándose como un completo extraño, no pudo evitar preguntarse si su memoria estaba más oxidada y renqueante de lo que creía y la estaba engañando de forma miserable.



—Bueno..., supongo que nos veremos pronto.

Jules le ofreció la mano con decisión. Si recibía un desaire más de su lado, se pondría a gritar... o a llorar como una niña pequeña.

Se consideraba una mujer de recursos, extrovertida y de conversación fácil, pero durante la última hora su compañero de mesa había demostrado seguir siendo tan obtuso como siempre. Una vez que se cerró en banda, no hubo forma de mantener una charla relajada y tranquila con él. La cena había transcurrido entre silencios incómodos y palabras no pronunciadas que uno no deseaba escuchar y la otra se moría por decir. Tan distinto de aquellas largas conversaciones del pasado, confesiones a media voz que de un modo u otro modificaron el curso de sus vidas. Ahora, sin embargo, sus versiones adultas no se veían capaces de romper aquel velo invisible que los separaba.

—Te llamo cuando tenga novedades.

Blake sonrió con ironía al ver que Jules optaba por una despedida mucho más fría que su saludo inicial. Con ella siempre había sido así; a veces cercana y cariñosa; otras distante, casi altanera. Si podía elegir, la prefería cuando marcaba las distancias. De ese modo no había margen para la confusión o para ponerse a sí mismo en una situación bochornosa.

Tampoco es que ahora importase demasiado, hacía muchos años que había dejado atrás a aquel muchacho sediento de la atención de una chica que jamás estuvo a su alcance. Con el tiempo había aprendido que la única persona con la que siempre podría contar era él mismo, y desde el momento que lo había aceptado había sido mucho más feliz. Vivir sin expectativas le había salvado de más de una decepción, aunque también le dejaba más expuesto en situaciones inesperadas, como sucedió en el momento en que rodeó la pequeña mano de Jules.

No fue el cálido roce de su piel ni la mezcla de fragilidad y fortaleza que percibió entre sus dedos lo que le llevó a contener el aliento, sino el brillo que descubrió en sus ojos. Envueltos por las luces y sombras que se proyectaban desde el interior del local, aquellos dos pozos de un azul infinito hablaban de desilusión, tristeza y anhelo.

Antes de acudir a la cita de aquella noche, se había prometido a sí mismo que mantendría la velada en el plano profesional. Había conocido de primera mano lo manipuladora que podía llegar a ser Jules y no quería volver a caer en su juego. Ingenuo de él, creyó que si no se adentraba en el terreno personal podría salir airoso de la cena. Sin embargo, allí estaba, deseando con una intensidad inusitada capturar en una fotografía su expresión llena de matices para poder contemplarla después durante horas hasta desgranar todos los secretos que escondía.

Apretó los dientes con frustración y se maldijo en silencio al descubrir el derrotero de sus pensamientos. ¿Qué demonios le importaban a él las razones que había tras aquellas emociones? Lo que pasase por su cabeza no era de su incumbencia, se recordó.

Nunca lo fue, y más le valía no olvidarlo de nuevo.



Durante una milésima de segundo, Jules atisbó una grieta en la dura fachada de Blake. Sus ojos grises jamás habían mentido, y la mezcla de reserva y vulnerabilidad con la que la había mirado hacía unos instantes le recordó tanto a su antiguo amigo que le dio las alas que necesitaba para confesarle lo que llevaba dentro:

—Te he echado de menos.

No había comprendido cuánto hasta aquella noche. Hasta aquel preciso instante.

Blake tragó saliva y contempló con gesto abstraído la fusión de sus manos, todavía unidas. Al volver a mirarla, un rictus amargo desdibujó la comisura de sus labios y el color de sus iris se transformó en un negro tan oscuro como una noche sin estrellas.

—Lo dudo.

—Es verdad —le aseguró, consciente de dónde provenían sus dudas. Sabía que le debía una explicación, pero ¿era aquel un buen momento para hablar de lo que sucedió tantos años atrás? Carraspeó—. Blake, después de lo de la abuela...

—No. —Él se apartó de golpe, erigiendo una pared de hielo entre ellos imposible de cruzar—. Aquello pertenece al pasado y no merece la pena darle vueltas.

—Para mí sí merece la pena. —Trató de aproximarse de nuevo, pero él escondió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió los hombros en un claro gesto de rechazo—. Blake, por favor, déjame que te lo explique...

—Te he dicho que lo dejes —espetó con frialdad—. No tiene ninguna importancia. Éramos solo unos críos.

Jules se envolvió en su abrigo, cruzando las solapas con fuerza al notar que la temperatura bajaba en picado. No estaba de acuerdo con él. Que fuesen unos críos no restaba autenticidad a sus sentimientos de entonces y que él lo viese de aquel modo le dolió.

—Limitémonos a hacer este trabajo lo mejor y más rápido posible —

continuó él—. Cuanto antes lo hagamos, más pronto podremos seguir cada uno con nuestra vida como hasta ahora, ¿de acuerdo?

Cada célula de su cuerpo se rebeló contra aquellas palabras. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué tanta prisa por deshacerse de ella? Deseaba sacudirle hasta arrancarle alguna respuesta, pero si en algo conocía a Blake era en el modo como se cerraba en banda cuando no quería hablar de algún tema. Una vez levantaba aquel muro infranqueable a su alrededor, no había persona sobre la faz de la Tierra capaz de atravesarlo.

—Está bien —aceptó—. Dejémoslo estar.

6

Jules

2004, Washington D.C.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Me sujeté con cuidado de la madera astillada de la valla y me puse de puntillas para echar un ojo al interior de la casa. Las ventanas frontales estaban cubiertas por una cortina casi transparente y aun así no fui capaz de detectar ningún movimiento tras ellas. Por un instante pensé en desistir y volver con mi abuela, pero mi padre había llamado hacía una hora diciendo que iba a venir esta mañana a buscarme, y por ahí sí que no iba a pasar.

Todavía seguía muy dolida por la discusión que tuvimos ayer y lo que menos me apetecía era verle la cara. Meditaba sobre qué hacer para evitarle cuando vi a Blake a través de mi ventana, y al instante supe cuál era la solución a mi problema.

Contraviniendo todas las normas de educación, aparté la estrecha puerta de la cerca y me contraje entera cuando las bisagras chirriaron de forma escandalosa. Menuda espía estaba hecha; era más escandalosa que la aspiradora que pasaba cada día la señora Brown en casa. Crucé el pequeño jardín y maldije en silencio cuando pisé un escalón desvencijado y la madera crujió bajo la suela de mi zapato.

«¿Esto qué es? ¿La casa del terror?»

Estaba considerando seriamente recular cuando escuché un ruido al otro lado de la puerta de entrada. Sin pensármelo dos veces, salvé los escalones de dos en dos y golpeé la madera con los nudillos. Cuando pasaron un par de minutos y volví a escuchar vida en el interior, no me lo pensé dos veces: agarré el pomo de la puerta y tiré con fuerza, segura de que me estaba ganando un lugar privilegiado en el infierno

de los maleducados.

La distribución de la casa de Blake era muy similar a la de mi abuela, aunque saltaba a la vista que en esa vivían más personas. Algún que otro juguete desparramado por el suelo, una montaña de ropa sobre la mesa del salón y decenas de marcos colgados de las paredes con fotografías de todo tipo fueron las primeras cosas que captaron mi atención. Di un paso con intención de contemplar más de cerca algunas de ellas, cuando se abrió una puerta a mi derecha.

Blake se paró en seco con cara de pasmo y el pomo todavía en la mano.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Hace rato que estoy llamando y no me respondías —dije, como si aquel fuese un argumento de peso para allanar la morada de un extraño.

—¿Se te ha ocurrido pensar que no te he abierto a propósito?

Me crucé de brazos y fruncí el ceño.

—¿Por qué harías eso? —En mi cabeza no cabía la posibilidad de que alguien fuese tan maleducado.

Blake puso los ojos en blanco y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué quieres? —Sacó una llave del bolsillo, se volvió y aseguró la cerradura.

Me encogí de hombros mientras le observaba con curiosidad. Mi abuela no tenía esa puerta en su recibidor...

—Nada en particular. —Mentí—. Me aburría y te he visto por la ventana. Oye. —Me acerqué y señalé el lugar del que acababa de salir —. ¿Qué hay ahí dentro?

—No es de tu incumbencia —dijo mientras pasaba por mi lado. Se detuvo y me advirtió—: Y no se te ocurra fisgonear.

—¿Por quién me has tomado? —exclamé, y levanté el mentón. Lástima que la intensidad de mi ofensa se viera diluida con las palabras que solté a continuación—: Tampoco es que pudiese, considerando que tienes la puerta cerrada con llave. En serio, ¿qué guardas ahí? ¿Algún cadáver?

Blake había desaparecido en la que supuse que sería la cocina y no dudé en seguir sus pasos. Le encontré recogiendo unos tazones de

desayuno que dejó en el fregadero para lavar más tarde, y de inmediato se volvió hacia una olla que hervía sobre los fogones.

—¿Qué haces?

—¿Todavía estás aquí? —preguntó sin darse la vuelta.

Me crucé de brazos y solté el aire entre los labios en un gesto muy poco femenino.

—¿Siempre eres así de asno con tus amigos?

Esta vez se volvió con un gesto de incredulidad en el rostro. Pensé que le había ofendido al llamarle asno, pero no.

—¿Amigos? —Soltó una carcajada y continuó con lo que estaba—. ¿Tú de qué planeta vienes?

—Bueno, es una forma de hablar, tú ya me entiendes. No creo que te haga ningún daño ser un poco más amable con la gente que demuestra interés en ti.

Blake giró el mando del fogón hasta apagarlo y de nuevo atravesó la estancia, pasando por mi lado sin prestarme la menor atención.

—Soy amable con quien me apetece y cuando me apetece. Y tú sigues sin decirme por qué estás aquí. —Recogió un chaquetón del recibidor y cuando fue a ponerse las botas me fijé en que uno de sus calcetines tenía un buen tomate—. Oye, da igual. Tengo que hacer unos recados, así que...

Me invitó a salir con un movimiento poco amable de su mano y no me quedó más remedio que atravesar la puerta de entrada. En cuanto puse un pie en el porche eché un rápido vistazo a la casa de al lado y vi el BMW de mi padre aparcado. Nerviosa, me volví hacia él para impedirle el paso y espeté:

—Déjame acompañarte a hacer los recados.

Blake frunció el ceño y se puso las manos en las caderas. No le había pasado desapercibido el apremio y ansiedad en mi voz.

—¿Qué pasa? —Apreté los labios y él se cruzó de brazos y asentó su peso en una de sus caderas en respuesta—. O me dices por qué estás siendo tan pesada o no te dejo venir conmigo.

Hundí los hombros y señalé con el pulgar hacia el jardín de la abuela.

—Es mi padre. —Él se tensó, dejó caer los brazos a los costados y

miró en aquella dirección con expresión indescifrable—. Ayer nos peleamos y no tengo ganas de verle la cara. Necesito estar fuera de casa unas horas hasta que se marche.

Blake mantuvo la mirada perdida en el coche de papá más tiempo del que hubiese deseado. Quería largarme de allí de inmediato, desaparecer, pero él parecía estar debatiéndose sobre qué hacer conmigo.

En esos segundos, que transcurrieron con una lentitud desesperante, aproveché para fijarme mejor en él. Estaba bastante delgado y su tez tenía un color ligeramente bronceado, lo cual me resultó curioso para la época del año en la que estábamos. Tenía la mandíbula apretada y sus cejas se habían juntado hasta casi convertirse en una sola mientras continuaba observando algún punto indefinido del jardín de la abuela. Sus pestañas, largas y clareadas en las puntas por el efecto del sol, rodeaban unos ojos de un color que no supe definir.

Como si hubiese estado escuchando mis pensamientos, Blake eligió aquel momento para volverse hacia mí y por unos instantes me quedé sin habla.

Ahora el sol incidía directamente sobre su iris y mis labios se abrieron con sorpresa al contemplar sus ojos en todo su esplendor. Aquel color era imposible. Sobre una base en un tono gris claro, pequeñas incisiones en verde, azul y marrón rodeaban sus pupilas, confiriéndole un aspecto de otro mundo, sobrenatural. Aquel curioso caleidoscopio exponía sus emociones de una forma espectacular, por eso no me fue difícil distinguir las que estaba sintiendo en aquel instante: rabia, confusión, conflicto y determinación. Todas atravesaron sus pupilas en cascada, una tras otra, entremezclándose y creando un fascinante juego de luces y sombras, reflejo del vaivén de emociones y pensamientos que estaban viajando entre su cabeza y su corazón sin orden ni concierto. Finalmente, asintió con gesto seco y espetó:

—Vamos.



Los recados de Blake resultaron ser de lo más peculiares.

Cada mañana hacía un recorrido por el barrio atendiendo a una pequeña agenda que guardaba en su bolsillo y en la que tenía apuntadas peticiones de lo más variopintas por parte de varios vecinos: reparar la tostadora de la señora Livingston, sacar a pasear al perro de la familia Gonzales mientras ellos estaban fuera de casa —al parecer, el can era ya muy mayor y sufría de incontinencia—, arreglar el jardín de la pareja de ancianos dos calles más allá o hacer la compra y colocarla en las alacenas, como había hecho con mi abuela...

Todo esto, por supuesto, no lo hacía llevado por la grandeza de su corazón, sino a cambio de unos cuantos dólares que ahorraba celosamente con un propósito que, por más que insistí, se negó en redondo a desvelar. Blake no sabía que su secretismo instigaba todavía más mi innata curiosidad.

Mientras él se concentraba en sus tareas yo me dediqué a lo que mejor se me daba: curiosear y parlotear sin descanso acerca de las casas que visitábamos, sobre la vida de los vecinos a los que atendía y, lo que resultó un esfuerzo fútil, tratar de averiguar algo más sobre él. A duras penas le sonsaqué unas palabras sobre sí mismo, pero a medida que avanzaba el día descubrí que tenía una habilidad increíble para reparar cualquier tipo de trasto electrónico, que cuando se concentraba no soportaba que alguien le hablase, que le daba tanto asco como a mí desatascar un váter, y que, a pesar de ese carácter seco y parco suyo, tenía una forma muy peculiar de mostrarse amable y atento con los demás. Al parecer, yo todavía no me había ganado el derecho a estar entre ese grupo de gente.

Caminábamos ya de vuelta a casa, él con las manos en los bolsillos y yo exhalando aliento caliente a mis manos enguantadas cada pocos metros. A aquellas alturas debería haber entrado en calor aunque solo fuese por el ritmo que Blake me imponía. Sus pasos recorrían el doble de espacio que mis cortas piernas, de modo que no me quedaba más

remedio que acelerar el paso para mantenerme a su altura.

—¿A qué universidad vas?

—A ninguna.

—¿En serio? —No le creí. Seguro que su respuesta era una forma de zanjar por milésima vez mis intentos de entablar una conversación.

Me miró de reojo.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has conocido a nadie que no vaya a la universidad?

—Pues... —reflexioné unos segundos—... no.

Él sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Menuda princesita estás hecha.

Me detuve en seco y le observé boquiabierta mientras él seguía su camino. Furiosa, me acerqué a él de nuevo y le agarré del brazo.

—¡¿Qué me acabas de llamar?!

—Princesita. —Me miró con burla—. Es lo que eres. Mírate —apuntó, señalándome con la mano—, vestida con tu ropa de marca, con un papaíto que viene a buscarla en su BMW, y escandalizada porque no voy a la universidad. ¿Crees que no me he dado cuenta de la cara de susto que tenías en casa de los McCarthy? Por poco te caes de culo al entrar en su baño.

—¡Tenían una ristra de salchichas colgadas de la ventana!

—Es la única ventana de la casa en la que les da el sol. Tienen que secarse.

—Estás de coña, ¿verdad?

Se encogió de hombros y continuó andando.

—Vale, quizá no estoy acostumbrada a todo esto, pero eso no me convierte en una princesa. No vuelvas a llamarme así.

Mi madre llevaba toda su vida tratando de convertirme en una y yo la mitad de la mía resistiéndome a ello, así que comprobar que, a pesar de mis esfuerzos, mi imagen causaba esa impresión me sacaba de mis casillas.

—¿Qué más da cómo te llame? Tampoco es que vayamos a volvernos a ver.

La casa de la abuela apareció a lo lejos y respiré tranquila al comprobar que el coche de papá ya no estaba.

—Podríamos hacer algo esta tarde. —Le propuse, desoyéndole a propósito—. No me apetece nada quedarme en casa mientras la abuela y sus amigas juegan al Scrabble.

—Ya tengo planes. —Abrí la boca para replicarle—. Y no, no puedes venir conmigo.

—¿Por qué no me explicas tus planes y yo decido si puedo o no ir contigo?

—¡No me jodas! —Una risa ronca le nació en el pecho y escapó de entre sus labios, mostrando unos preciosos hoyuelos en sus mejillas y provocando una agradable sensación de calor en mi pecho—. ¿Siempre eres tan directa?

—En realidad, hoy me estoy comportando —confesé con una enorme sonrisa y el sonrojo cubriendo mis mejillas. Tal como decía mi padre, cuando se me metía algo entre ceja y ceja era como un depredador con su presa: clavaba mis incisivos y no soltaba hasta conseguir la rendición de mi objetivo.

Blake soltó el aire con fuerza por las fosas nasales, tragó saliva y por primera vez desde que nos habíamos conocido sentí que me prestaba atención de verdad. Su mirada se suavizó y el gris de sus ojos se transformó en el color del mercurio líquido mientras recorría mis facciones. Su escrutinio me tensó, sabía lo que estaba viendo, lo insustancial que le debía resultar mi rostro; era algo que había llegado a aceptar tras llevar conviviendo diecisiete años de mi vida con Miss Darlington 1979. Ella sí que era una auténtica princesa.

—Voy a ir al cementerio de Arlington.

—¡Oh, no! —Me cubrí la cara con las manos y me maldije en silencio. Otra cosa que me recriminaba mi padre era que tenía un don para hacer los comentarios más inoportunos—. Perdóname, por favor. Lo siento mucho. ¿Era alguien cercano?

Seguía revolviéndome en mi malestar cuando le escuché troncharse de risa. Abrí mis manos como si se tratasen de las páginas un libro y, efectivamente, me encontré a Blake sujetándose el estómago y con lágrimas en los ojos. ¡Será...!

—Eres un capullo. —Me acerqué y le di un golpe en el brazo en el que descargué todo mi bochorno—. No tiene ninguna gracia.

—Sí que la tiene. —Su voz destilaba diversión—. Tendrías que haberte visto la cara.

—Lo que sea. —Pasé por su lado y le dejé atrás con paso rígido.

—Venga, no te enfades —dijo a mi espalda—. Es verdad que voy a ir al cementerio.

—Sí, claro.

—En serio.

Detuve mis pasos, cerré los ojos e inspiré. Maldita curiosidad, era superior a mí. Me volví hacia él y me crucé de brazos.

—Está bien, voy a seguirte el rollo. Si no vas a visitar la tumba de nadie, ¿qué demonios se te ha perdido allí?

—Voy a hacer fotografías.

Di un paso atrás y compuse una cara de horror que debió ser colosal. No me cabía en la cabeza que una persona en su sano juicio se pusiese a hacer fotografías en un lugar como aquel. ¡Por Dios, era macabro!

—¡Qué mal rollo! ¿Haces fotos a los muertos?

—¡No, bruta! —exclamó, y se echó hacia atrás el flequillo. Se le veía incómodo, dubitativo—. Arlington es un lugar lleno de historia y... también me gusta captar las expresiones de la gente con la cámara. No todo son entierros, también están los cambios de guardia, los turistas... —Le observé con suspicacia, no acababa de estar convencida—. En fin, da igual. Sabía que no lo entenderías.

—Es verdad, no lo entiendo, pero tú me lo vas a enseñar. —Entrelacé mi brazo con el suyo y percibí que su brazo se tensaba—. ¿A qué hora quedamos?

7

—¿Se puede saber por qué no dejas de mirar el móvil? —Samantha la observaba con curiosidad desde el otro lado de la mesa del *lounge* del Provocateur.

—Por nada —masculló Jules, dejando el teléfono boca abajo con rabia. Se acabó. No pensaba volver a mirarlo.

Samantha enarcó una ceja.

—Bueno, ahora sí que me vas a tener que contar qué está pasando. La última vez que te vi tan cabreada por poco me echas de tu apartamento.

Jules sonrió al recordar a qué momento se refería su amiga.

—Te lo merecías. Estabas insoportable con todo el tema de Jack.

—Ni me lo recuerdes. —Samantha suspiró y le dio un sorbo a su copa—. Estaba muy confusa.

—Estabas cachonda y frustrada. Eso es lo que estabas —gruñó ella, dando también un trago a la suya.

Samantha trató de mostrarse escandalizada, pero al instante prorrumpió en una carcajada.

—Tienes razón… —admitió con una tímida sonrisa. Después entrecerró los ojos y señaló con la barbilla hacia el móvil que descansaba sobre la mesa—. ¿Es eso lo que te pasa? ¿Tienes algún hombre nuevo a la vista?

Jules bufó y se pasó una mano por la frente. ¿Era eso lo que le pasaba?

Habían pasado tres días desde su cena con Blake y todavía seguía dándole vueltas a todo lo que sucedió y sintió aquella noche. El ambiente entre ellos había sido de todo menos distendido, y la inesperada atracción que había sentido hacia él añadía una variable extra a la ecuación con la que no había contado.

Había analizado con detenimiento cada detalle e intentado convencerse de que los sentimientos que le había despertado su

reencuentro con Blake eran producto de la nostalgia. Tenerle de nuevo en su vida le había recordado cuánto había significado para ella su amistad, nada más. El problema era que desde el momento en que se despidieron frente a la hamburguesería no había dejado de pensar en él, anhelando el momento de volver a verle, escuchar su voz…

Madre mía, ¿qué le estaba pasando?

Podía engañarse con todas las excusas del mundo, pero sabía que la inquietud que le contraía las entrañas cada vez que pensaba en él se debía a algo más. Para ella las relaciones con el sexo opuesto siempre habían ocupado un segundo plano, y tener a alguien en su mente de forma tan persistente no era normal. Solía mantener excelentes amistades con sus amantes, incluso repetía, siempre que a ambos les apeteciera. Pero jamás sentía el menor remordimiento al dejar atrás la intimidad compartida una vez salía por la puerta, ni le dedicaba un segundo pensamiento a aquel que la había hecho disfrutar en la cama.

Lo que le estaba sucediendo con Blake era diferente y no sabía muy bien cómo enfocarlo. Para empezar, ni siquiera sabía si aquella corriente de atracción había sido mutua.

Algo más fuerte que ella la llevó a mirar el móvil por enésima vez. Nada. Su teléfono estaba más muerto que las plantas de su casa.

—¿Hola? Tierra llamando a Jules… —Esta la miró algo despistada—. Bueno, en serio, explícame ahora mismo qué está pasando.

Resopló.

—Esta semana me he reencontrado con un viejo amigo. Le conocí a los diecisiete años, pocas semanas antes de…, tú ya sabes. —Hizo una mueca de malestar y Samantha asintió mirándola con cariño—. No sé qué había esperado encontrar, pero nada fue como recordaba.

—¿A qué te refieres?

—No sé… Quedamos por un tema de trabajo. Va a ser el fotógrafo en el reportaje de *Vogue*, pero se comportó de forma tan fría y distante que llegó un momento en el que parecíamos dos extraños. —Se encogió de hombros—. Nada que ver con el tiempo que pasamos juntos tantos años atrás. La amistad que tuvimos fue… muy bonita.

Jules sonrió con aquel sentimiento de añoranza que tanto la asaltaba en los últimos días.

—¿Seguro que solo fue una amistad? —preguntó Sam con picardía. Conociendo a su amiga…

—Sí —asintió ella con rotundidad—. Solo amigos.

—Nunca me habías hablado de él. —Era cierto. Tras todo lo que pasó durante aquellas semanas su cerebro se resguardó del dolor bloqueando hasta el más mínimo detalle. Jamás le había hablado a nadie de lo que sucedió entonces—. ¿Cómo se llama?

—Blake Cinnadella…

La forma como pronunció su nombre, con la mirada perdida y a media voz, fue suficiente para que Samantha comprendiera que en aquella historia había mucho más de lo que su amiga siquiera sabía.

—¿Y por eso miras tanto el móvil? ¿Habéis quedado de nuevo?

Jules negó.

—Me tiene que conseguir acceso a la Nación Navajo para hablar con varias diseñadoras indígenas. Al parecer son bastante cerrados y él tiene mano con ellos. Estoy esperando que me confirme que puedo viajar hasta allí.

—Ya…

—¿Qué? —preguntó Jules al ver la mirada de suspicacia de su amiga.

Samantha se cruzó de brazos.

—Pues que hay algo que no me estás contando… Estás demasiado… dispersa como para que solo se trate de una llamada de trabajo.

Jules tomó su manhattan y se lo acabó de un trago.

—Me gustó —soltó de sopetón—. Me gustó muchísimo y no me lo esperaba. El muy cabrón está sexy a rabiar. ¡Ya está, ya lo he dicho!

Samantha sonrió con malicia.

—Te ha costado, ¿eh? —Jules le lanzó una servilleta de papel hecha bolita que ella esquivó—. A ver, háblame más de él. Tiene que ser muy especial para haber conseguido mover el suelo por donde pisa Jules Simmons.

—No sé qué decirte de él, aparte de que hizo que se me encogieran hasta los dedos de los pies al tenerle cerca. Siempre fue callado e introvertido, pero de una forma dulce e interesante. El Blake que vi hace tres noches, en cambio… —Negó con la cabeza—. A ese hombre

no le conozco en absoluto. Ese aire taciturno y esa actitud distante deberían echarme para atrás, y sin embargo me muero de ganas de volver a verle. Debo ser masoquista o algo así.

—Lo que pasa es que a las mujeres nos gusta demasiado un buen reto.

—Y tú lo sabes por experiencia… —Jules le guiñó un ojo y decidió cambiar de tema. Se negaba a que un hombre monopolizase el poco tiempo que pasaba con su amiga—. Y hablando de hombres…, ¿se puede saber dónde está el tuyo?

Samantha consultó su reloj de pulsera y frunció el ceño.

—Ni idea… Me dijo que intentaría pasarse después del trabajo. —Jules se dio cuenta de que Sam miraba hacia la puerta de entrada del *lounge* con gesto nervioso.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí… Es solo que… —Sam hizo un gesto con la mano restando importancia a sus pensamientos—. No me hagas caso. Últimamente pasa más horas de lo normal en el trabajo y cuando nos vemos le noto despistado, pero seguro que debe ser por el proyecto en Río. Le está trayendo de cabeza.

El móvil de Jules vibró en aquel momento, desplazándose levemente sobre la mesa bajo la atenta mirada de ambas.

> Mensaje de Blake:
> Las diseñadoras que te interesan tienen su oficina en Los Ángeles, así que no me necesitas para entrar en la Nación Navajo. Ya están informadas y esperan tu llamada. Suerte. Saludos.

Jules dejó caer la mano que sujetaba el móvil sobre su regazo. Adiós a su oportunidad de volverle a ver. Eliminada la necesidad de acceder a la reserva india, no había ninguna razón para encontrarse con él de nuevo. La decepción revolvió el alcohol en su estómago hasta tal punto que tuvo que tragar saliva para contener una arcada. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al releer el mensaje.

El tono era tan gélido, aséptico e impersonal…

Si había albergado alguna duda sobre los sentimientos de Blake tras su reencuentro o sus ganas de volver a verla, ahí tenía la respuesta.



Jules alzó la vista de su *tablet* al percibir que el Uber que la había recogido en el aeropuerto disminuía la velocidad y se detenía frente a una garita de seguridad.

Acceder al barrio de Hutton Mount, uno de los más exclusivos de Los Ángeles, no había sido tarea fácil. No tanto por las fuertes medidas de seguridad que circundaban la zona, que por lo que estaba viendo no tenían nada que envidiar a las del Pentágono, sino porque había necesitado más de diez minutos de conversación telefónica y toda su capacidad de persuasión para que Valentina aceptase encontrarse con ella. Tras varios días persiguiéndola y tratando de convencerla sin éxito de que viajase a Nueva York para mostrarle los bocetos y hacer las primeras pruebas, había decidido aprovechar su viaje relámpago a la costa este como último recurso.

¿Qué había pasado con la joven alegre y accesible que había conocido el año anterior? Su hermetismo, en especial dadas las circunstancias de su colaboración con la revista, la tenía tan desconcertada que no pensaba volver a casa sin averiguar el porqué de aquel comportamiento.

Una enorme señal en tonos verdes y letras amarillas les dio la bienvenida al lujoso barrio donde residían ricos y famosos. Se adentraron lentamente en una espaciosa avenida de pavimento impoluto, rodeada de abundante y frondosa vegetación gracias al privilegiado clima del que disfrutaban en aquella costa. Los altos arbustos eran el parapeto perfecto para resguardar la intimidad de las celebridades y familias que podían permitirse una propiedad en aquella zona de la ciudad.

Una vez alcanzaron el 17800 de Ridgeway Road, Jules se despidió del conductor asegurándose de tener su número de teléfono a mano para cuando tuviese que volver a la ciudad. Sujetó el asa de su maleta de mano, se recolocó el portatrajes en el hombro y pulsó el timbre mientras resoplaba con sofoco. Adoraba las temperaturas cálidas, pero

no en aquel ambiente húmedo que la había hecho sudar desde que había puesto un pie en el aeropuerto. Con la blusa de seda adherida a su espalda y el cutis levemente transpirado, no veía la hora de llegar al hotel y darse una ducha purificadora y refrescante. Pero para aquello aún se interponían muchas horas y varias reuniones de trabajo.

Escuchó un sonido eléctrico y la puerta de acceso se abrió de forma automática exponiendo el interior de la propiedad y a Valentina, que atravesaba el jardín en su dirección con paso vacilante. Le chocó encontrársela vestida con un jersey blanco de cuello cisne y manga larga y unos pantalones deportivos cuyos bajos rozaban sus pies desnudos al caminar. ¿Qué le pasaba a aquella chica? ¿Tenía el termostato roto?

—Hola —saludó su anfitriona. Su voz era fina como la de una niña.

A decir verdad, ahora que la observaba de cerca, Jules advirtió que todavía lo era. Con el rostro libre de cualquier maquillaje, sus exóticos rasgos se veían más dulces e inocentes, y su pelo recogido en un moño desordenado, tan distinto a la melena lisa que solía lucir siempre, la hacían aparentar como mucho veinte años, no más. ¿Dónde estaba la chica sofisticada a la que vistió el otoño pasado? ¿Cuántos años tendría en realidad? Se reprendió por no haber prestado más atención a aquel tipo de información en cuanto aceptó el encargo de *Vogue*. Con lo curiosa que era para tantas cosas, y lo poco que le interesaba saber nada acerca de los personajes públicos.

—Buenos días. Gracias por haber aceptado verme.

—No pasa nada. —Valentina la invitó a entrar con un movimiento de la mano, oculta bajo el puño de su jersey, y Jules la siguió al interior.

Suspiró de placer al entrar en la casa y encontrarse con espacios amplios, paredes pintadas en un suave tono tierra y techos altos con molduras en color blanco que aportaban elegancia a todas las estancias sin resultar recargado. La decoración, los tapizados, alfombras y cuadros que vestían el salón estaban escogidos con sumo cuidado, siempre dentro de la misma gama del tono de las paredes y combinado con blancos y azules.

Para su sorpresa, sintió un pequeño escalofrío y tuvo que frotarse los brazos al percibir que se le erizaba la piel. Una suave brisa procedente del océano Pacífico se colaba a través de los altos ventanales de estilo mediterráneo de las paredes laterales y refrescaba el ambiente de forma considerable. Más allá del salón, en el exterior, Jules descubrió la hermosa panorámica de un extenso jardín y del agua cristalina de una piscina que la llamaba a gritos, provocándole unas ganas tremendas de desprenderse de la ropa y lanzarse de cabeza.

—Tienes una casa preciosa.

—Gracias, pero la casa es de Ed. —Sonrió con timidez—. ¿Te parece bien si tomamos un aperitivo en la terraza?

—Claro. —Jules se miró las manos—. Pero primero, ¿me dices dónde puedo dejar la maleta? No me ha dado tiempo de pasar por el hotel.

—Oh, sí, claro, perdona. Puedes dejarlo todo en aquella esquina.

—Solo la maleta. —Señaló el portatrajes que llevaba colgado al hombro con una sonrisa cómplice—. Aquí traigo las glasillas de los tres modelos que han escogido en *Vogue*. He pensado que podrías probártelos, vemos qué tal te sientan y de paso me dices qué te parecen.

Valentina frunció el ceño y de inmediato se rodeó el cuerpo con los brazos. Giró la cabeza hacia la escalera que conectaba la planta baja con el piso superior y cuando la miró de nuevo había desaparecido todo rastro de la chiquilla amable que la había recibido.

En su lugar volvió a aparecer la mujer altiva e inaccesible que siempre iba prendida del brazo de su novio y copaba las portadas de las revistas más importantes del país. Con sus más de ciento setenta centímetros de altura en tensión, los ojos afilados y un rictus de crispación en sus voluptuosos labios, la sensación de censura que le transmitió fue instantánea.

—Esto no es lo que habíamos acordado por teléfono. —Miró su reloj de pulsera—. Ahora no me va bien probármelos, así que si has venido solo para eso creo que lo mejor será que te marches.

—Espera un momento. —Jules alzó las manos como si así pudiera

detener su avance. Decir que estaba desconcertada era quedarse corta —. ¿Qué demonios está pasando, Valentina?

—Lo que pasa es que me has engañado, y no soporto que me mientan.

Jules no daba crédito a lo que estaba oyendo. Supo que debía controlarse cuando sintió un intenso calor, que podía convertirse rápidamente en una explosión verbal, creciendo en su pecho.

—No estoy segura de seguirte —dijo en su lugar. Se apretó con fuerza el puente de la nariz y cerró los ojos mientras inspiraba en busca de la paciencia que Dios no le había dado—. En dos meses tienes una sesión fotográfica con *Vogue*, exigiste llevar algunos de mis diseños, lo cual te agradezco sinceramente —dijo con su mejor tono conciliador—, pero desde el momento que firmaste el acuerdo no has vuelto a dar señales de vida, ni a la revista ni a mí. Así que ¿qué esperabas que hiciese?

Valentina alzó el mentón con obstinación.

—Esperaba que no me mintieses —insistió—, y te limitases a confeccionar los vestidos. Tienes mis medidas de la última vez, no me necesitas para nada.

Jules rechinó los dientes y sacudió la cabeza con incredulidad. Al final iba a resultar que Grace tenía razón y lo mejor era dejar a esa chica por imposible.

—¿En serio no tienes..., no sé, al menos curiosidad por ver cómo son los bocetos en papel? —Hizo un último intento—. No se trata de un reportaje cualquiera, va a ser la proclamación al mundo de tus orígenes. ¿Cómo puedes no estar interesada? Tu imagen es el eje central del artículo, y lo que vistas debe comunicar tanto como tú.

Valentina se encogió de hombros con indiferencia y sus ojos se desviaron de nuevo.

—Confío en ti.

—Pues muchas gracias, pero esa no es la cuestión —exclamó Jules con frustración—. Vamos a ver...

—¡Nena! —Jules dio un respingo al escuchar una potente voz masculina a su espalda—. Ah, perdón, no sabía que tuviésemos visita.

El mismísimo Ed Thompson entró en el salón con aquella

característica forma de caminar suya, como si tuviera muelles en las rodillas. En cualquier otra persona aquel vaivén, unido a sus dos metros de altura, le haría parecer una marioneta enorme movida por unos hilos invisibles. No era el caso del famoso jugador, cuya presencia y dimensión le hacían más parecido a un *Transformer*, lleno de aristas y controlada potencia en cada movimiento. A juzgar por la toalla que rodeaba su nuca y la humedad que cubría su piel y empapaba su ropa de deporte, volvía de hacer ejercicio. Su estado, sin embargo, no le impidió acercarse a Valentina y rodearla con su brazo desnudo y brillante. Esta sonrió y se encogió hasta arrimarse a su pecho, y la escena hubiese resultado encantadora si no fuese por la expresión de espanto de la joven justo antes de presentarla:

—Esta es Jules, una amiga del instituto. —Valentina abrió los ojos de par en par y le lanzó una muda petición que ella, aun sin entender las razones, captó al vuelo—. Ha venido a la ciudad por trabajo y ha decidido darme una sorpresa, ¿verdad?

Jules compuso una mueca que quiso parecerse a una sonrisa y aparcó en un rincón de su cabeza los miles de preguntas que le acribillaban el cerebro y para las que esperaba obtener una respuesta más tarde. Ahora, a pesar del desagradable picor que empezaba a recorrer cada centímetro de su piel, se dispuso a seguirle el juego.

—Así soy yo, presentándome sin avisar —dijo con tono alegre y desenfadado—, pero es que hacía tanto tiempo que no nos veíamos que tenía que intentarlo.

—¿Amiga del instituto? —Ed frunció el ceño con extrañeza y la miró de arriba abajo—. No es por ofender, pero pareces varios años más mayor que mi Val.

Jules detectó los ojos desorbitados de Valentina, cada vez más tensa bajo el enorme brazo del jugador, y reaccionó de inmediato.

—Soy su hermana —aclaró con su mejor sonrisa—. La hermana de su amiga de clase, pero acabamos siendo amigas también, ¿no es así?

—Sí, sí... Eso.

—Pues has tenido suerte —Ed estrechó su abrazo—, Val siempre está de un lado para otro. Apenas anda por casa, ¿verdad, cielo?

—Sí, es cierto. —Sonrió, y un ligero sonrojo cubrió sus mejillas. La

confianza de su novio pareció relajarla—. Has vuelto pronto. ¿Todo bien?

El jugador se rio y besó su frente.

—Ya veo que no me echas de menos.

—No es eso —se apresuró en aclarar con demasiada dulzura—, solo me ha sorprendido verte en casa. No sueles volver hasta la tarde.

Jules observaba la cotidiana escena con creciente incomodidad. El enredo en el que la había metido Valentina, y su actitud rayana al temor frente a su novio, enrarecían el ambiente hasta tal extremo que deseó encontrarse en cualquier otra parte.

—Solo he venido a recoger un par de cosas y ver cómo estabas. —Ed pasó una mano por su moño y abarcó su mejilla con la palma en una tierna caricia—. Ya veo que estás preciosa, como siempre.

Valentina miró de reojo a Jules, claramente cohibida por aquella muestra de intimidad frente a una extraña.

—Os dejo —exclamó de repente Ed, se inclinó y besó con suavidad a Valentina—. Todavía tengo muchas cosas que hacer y veo que Val está en buena compañía. Encantado de conocerte, Jules. —Se dirigió a ella y le estrechó la mano mientras le guiñaba un ojo—. La próxima vez avisa y montamos una barbacoa. Estoy deseando conocer anécdotas de Val en el instituto.

—Claro, prometido.

Ambas esperaron en silencio la salida del deportista del salón. Tan pronto este desapareció de la vista de ambas, Jules recortó la distancia que la separaba de Valentina y le exigió entre susurros:

—Explícame qué es lo que acaba de pasar.

8

Tan pronto llegó a la habitación de hotel, Jules se desprendió de toda la ropa y se sumergió bajo litros de agua perfumada. Necesitaba sentir la piel limpia y deshacerse del nudo de malestar que arrastraba toda la tarde. Se pasó una mano húmeda por la frente y masculló en silencio al recordar que ni siquiera se había desmaquillado. Estaba demasiado cansada para volver a salir, así que apoyó la nuca sobre la toalla que había dispuesto a su espalda, cerró los ojos y un suspiro de placer escapó de sus labios al sentir que sus músculos se iban relajando poco a poco en contacto con el agua caliente.

No recordaba la última vez que había tenido un día tan desastroso. Nada había salido como esperaba y un sentimiento de derrota comenzaba a calar en su habitual optimismo, haciéndola dudar por primera vez del éxito del encargo de *Vogue*.

Su carácter obstinado y cierta concepción romántica acerca del esfuerzo le hacían pensar que no había nada que no pudiese conseguir si se lo proponía. Como consecuencia, no se rendía jamás, incluso si el reto al que se enfrentaba parecía imposible. Los engranajes de su cerebro siempre estaban activos, elucubrando maneras para alcanzar su objetivo, descartando opciones a medida que avanzaba… Qué podía hacer diferente, a quién podía acudir para que la ayudase, de qué medios disponía para acercarse a su meta, qué argumentos podía utilizar para convencer a su oponente… Aquella forma de ser la había llevado a obtener grandes recompensas a lo largo de su vida, pero también le había comportado enormes frustraciones, como la que arrastraba en aquellos momentos.

Le costaba la misma vida aceptar que solo podía responsabilizarse de sus propios actos, y que no estaba en sus manos que los demás actuasen como a ella le gustaría. En ocasiones las cosas eran como eran y lo único que quedaba bajo nuestro control era el modo en que nos enfrentábamos a esa realidad.

Nada más, y nada menos también.

Que Bethany Yellowtail hubiese rechazado colaborar con ella para ornamentar los diseños de Valentina no era algo con lo que contase al subirse al avión aquella mañana. ¿Cómo iba ella a saber que la diseñadora india tenía abierto un litigio contra *Vogue* por apropiación cultural indebida?

Apretó los puños de pura frustración y se hundió del todo bajo el agua. Se quedó suspendida en aquel improvisado refugio, dejándose mecer por la presión del agua y por el hueco burbujeo que emitía el oxígeno que iba expulsando cada pocos segundos por la nariz. Repitió varias veces la acción de emerger, coger oxígeno y volver a sumergirse hasta que el aislamiento de su cuerpo alcanzó también a su mente y durante varios minutos disfrutó del bendito silencio de sus pensamientos. Sumida en aquella agradable desconexión, se impulsó fuera del agua cuando, de repente, una idea estalló en su cabeza. Impresionada, se pasó la mano por la cara para retirar algunas gotas y supo que su baño relajante había acabado.

—Hijas de puta… —masculló mientras salía de la bañera y se anudaba el albornoz.

Descalza y todavía goteando agua, fue hacia el armario y cogió el pijama y un conjunto de ropa interior de la maleta.

Todo tenía sentido, pensó mientras se colocaba el pantaloncito corto con gestos bruscos y se peleaba con la camiseta, que se le pegaba a la piel todavía húmeda del baño. Ahora comprendía por qué Marie Delphin había querido utilizar a fabricantes de su confianza para proveerle las telas y complementos. La editora jefa sabía de primera mano que no iba a conseguir nada si contactaba con los navajos para ese trabajo y no le había temblado el pulso en volver a contar con meros imitadores y apropiarse de nuevo de algo que no le pertenecía.

Grace la iba a oír cuando volviese a Nueva York. Estaba convencida de que ella era consciente de aquel «pequeño» detalle cuando le propuso tan generosamente que viajase hasta allí para escoger los ornamentos. La habían utilizado como un caballo de Troya a sus espaldas, con la esperanza de que aceptasen la colaboración al presentarse como una diseñadora independiente.

Maldita sea, si al menos lo hubiese sabido con antelación podría haberse preparado y enfocado la reunión de otra manera en lugar de quedarse con cara de imbécil y sin palabras. Era difícil que alguien la dejase sin algo que decir, y aquel día no habían parado de hacerlo.

Tal como estaban las cosas empezaba a dudar de que la reunión prevista con Jamie Okuma al día siguiente fuese mejor. El intrincado calzado de cuentas de la joven diseñadora era justo lo que había imaginado para acompañar a uno de sus diseños, pero no pensaba presentarse frente a ella sin haber hablado antes con la revista y entender cuál era la dimensión real de la situación.

Cogió el móvil y tecleó con rapidez un mensaje para Grace:

> Yellowtail ha rechazado trabajar con *Vogue*. Necesito hablar contigo con urgencia.

Los dedos de Jules dudaron sobre el teclado. ¿Debía avisarla también sobre lo de Valentina? Solo pensar en ello la hacía desear salir a comprar dos kilos de helado de chocolate, con triple de pepitas de cacao, a poder ser.

Decidió no tocar ese tema con Grace de momento. Al fin y al cabo todavía no sabía qué decisión acabaría tomando Valentina. Le dio a la tecla de enviar y se quedó pensativa, con el móvil entre las manos, recordando la conversación que había mantenido con la chica aquella mañana.

—Eddie todavía no sabe nada —le había confesado Valentina cuando le exigió una explicación.

—¿Nada de qué?

—Sobre *Vogue*. —Se restregó las manos con ansiedad—. Sobre el reportaje que voy a hacer.

Jules entrecerró los ojos, sin saber muy bien cómo encajar aquella nueva información.

—Mmm..., vale. ¿Y no sabe nada porque...?

—Cosas de su agente. —Valentina volvió a esconder sus manos bajo las mangas del jersey y se restregó la cara con el blanco tejido. Suerte que no iba maquillada, pensó Jules, de lo contrario aquella prenda ya estaría hecha un asco—. Cree que será catastrófico para mi imagen y,

de rebote, para la de Eddie. Están negociando la renovación de su contrato y dice que ahora es el peor momento para relacionar su nombre con alguna polémica, así que rechazó la propuesta de la revista sin consultarme.

Jules la miró sin entender nada. No le cabía en la cabeza qué clase de polémica podía generar, en pleno siglo XXI, el que alguien anunciase sus orígenes. Quizá no hubiese hablado abiertamente de ello, pero en vista de sus rasgos, tono de piel y cabello, no había que ser una lumbrera para adivinar que sus antepasados no eran caucásicos.

—Así que cuando Grace te llamó directamente, tú decidiste aceptar y todavía no se lo has dicho a tu novio. —Valentina asintió—. ¿Él comparte la opinión de su agente?

—Tiene una fe ciega en él. Fue el que consiguió que entrase en la NBA, llevan juntos desde que acabó la universidad, así que, sí, lo que diga su agente va a misa.

—Sabes que se va a enterar más pronto que tarde, ¿verdad?

—En realidad… —titubeó y la miró de reojo—. He estado pensando y creo que tienen razón. Tampoco es que necesite ese reportaje ahora mismo, y no me perdonaría si le perjudico por seguir adelante. Después de lo mucho que sufrió Ed tras la lesión… Seguro que en *Vogue* encontrarán a otra persona que pueda reemplazarme.

Jules hundió los hombros y se restregó la frente con desesperación. Sus constantes cambios de opinión y de humor empezaban a marearla, y el cabreo que se había estado cociendo a fuego lento en su estómago desde hacía días estaba tomando proporciones épicas a medida que pasaba la mañana. Como continuase así iba a tener que dar la razón a las voces que tildaban a Valentina de una niña malcriada y caprichosa.

Si Valentina se retiraba, ella también caía, y no había llegado hasta allí para ver ahora cómo su sueño de aparecer en *Vogue* se le escurría entre los dedos.

De pronto recordó algo.

—¿Puedes cancelar el contrato sin penalización?

—¿Cómo? —El espanto en su cara fue toda la respuesta que Jules necesitó. Inspiró hondo y se obligó a calmarse al detectar el temblor en las manos de la muchacha.

Le explicó cómo solían funcionar las cláusulas de cancelación de aquel tipo de contratos mientras Valentina buscaba en su móvil el documento que había enviado firmado a la revista hacía apenas un par de semanas. La piel color canela de la joven palideció al leer el párrafo en cuestión.

—No puedo pagar esta cantidad… —susurró con pavor.

Jules midió sus siguientes palabras con cuidado. Sabía que su oportunidad de colaborar con *Vogue* y conseguir la visibilidad que ansiaba dependía de cuán persuasiva fuese a continuación.

—¿Te puedo preguntar qué te llevó a aceptar el reportaje a pesar de todo?

—No sé… —Valentina vaciló y acabó sentándose con actitud derrotada en uno de los sillones orejeros del salón. Pegó las rodillas a su pecho y se rodeó las piernas con los brazos. Jules la siguió y tomó asiento en el sofá de cuatro piezas a su lado—. Supongo que estoy harta de la imagen que el mundo tiene de mí.

Jules alzó las cejas. De todas las razones que podía imaginar, jamás se le hubiese ocurrido aquella.

—¿Y qué imagen es esa?

—Ya sabes. —Se encogió de hombros y Jules negó con la cabeza. Podía hacerse una idea, pero quería escucharlo de su boca—. Me consideran una mujer florero, y no los culpo, siempre que hago alguna aparición pública lo hago del brazo de Ed. Es a él a quien siempre invitan a todo tipo de eventos, yo solo voy de acompañante. Al principio respondía a algunas preguntas si algún periodista se dirigía a mí, pero Charlie, el agente de Ed —aclaró al ver la confusión en su rostro—, tenía miedo de que dijese algo inapropiado, así que reforzó la seguridad que me acompañaba a todas partes para mantener a la prensa a distancia y me pidió que no hiciese más comentarios. De modo que ahora, además de pensar que soy tonta, también dicen que soy fría y arrogante.

Mientras la joven hablaba, Jules se dedicó a analizarla con nuevos ojos.

Valentina era una mujer muy exótica. Su piel morena tenía un matiz casi dorado que la hacía resplandecer, y su cabello moreno y rizado le

aportaba jovialidad y frescura. Sus oscuros ojos gatunos atraían de inmediato la atención a esa parte de su rostro, aunque estaban rodeados de unas cejas espesas un tanto puntiagudas que podían transmitir un mensaje equivocado. Por otro lado, su esbelta figura le confería una elegancia natural que muchas quisieran, pero no favorecía al impacto que provocaba en los demás, pues las personas tendían a relacionar las líneas verticales con la rigidez y la seriedad. Si a eso, además, se le añadía su altura, el conjunto clamaba a voces distancia e incluso desdén.

—Bueno, déjame decirte que tu físico no te ayuda a parecer más cercana —dijo Jules sin medir el efecto que tendrían sus palabras en la muchacha. Al ver que Valentina se envaraba, le aclaró—: Lo que quiero decir es que las personas tendemos a reaccionar al aspecto de los demás, no a quiénes realmente son. Nuestra mente suele liarse, y cree que lo que «ve» es lo que «es».

—¿A qué te refieres? —preguntó con gesto confuso.

—Uf… Otro día te cuento. —Explicarle acerca de la iconología de la imagen y cómo la podría utilizar a su favor le requeriría un tiempo con el que en ese momento no contaba. Lo que ahora necesitaba era centrarse en sus diseños—. Primero contéstame una cosa: ¿qué te gustaría que los demás perciban de ti?

Valentina se mordió el labio con gesto concentrado mientras se enredaba un mechón de cabello en el dedo. Aquellos gestos, más propios de una adolescente, la hicieron parecer dulce y frágil, una imagen muy alejada de la que el público tenía de ella.

—No tengo ni idea de qué quiero que vean —admitió al cabo de unos minutos—. Solo sé que yo no me reconozco en lo que ellos ven. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Mucho. —Jules asintió y se inclinó hacia delante—. Verás, aunque no seamos conscientes de ello, el impacto que nos causa la primera impresión al ver a alguien es muy potente y esa sensación no cambiará salvo que lleguen a conocerte en profundidad y les hagas cambiar de parecer. Por lo que me explicas, tu vida está plagada de primeras impresiones y el estilo de vida que llevas no le permite a la gente conocerte más allá de lo que ven.

—Por eso me gustaba la idea del reportaje. Pensé que sería una buena forma de que la gente supiese más sobre mí. No soy tan distinta a cualquier otra chica que pueda comprar la revista.

—Entonces, hazlo.

—Pero Eddie…

—Eddie te quiere —la interrumpió—. Si le explicas lo mismo que me estás diciendo a mí, seguro que lo comprenderá y te apoyará.

—No sé…

—Hagamos una cosa. Déjame enseñarte los bocetos que he diseñado para ti y dime qué te parecen. —Sin esperar a que respondiese, alcanzó su bolso y extrajo la carpeta donde guardaba los figurines—. Puede que incluso cambie algunas cosas, ahora que entiendo mejor qué es lo que pretendes conseguir con esta colaboración.

Habían pasado la siguiente hora revisando los bocetos. Jules le había explicado sus ideas acerca de la tela a utilizar en cada caso, los abalorios, calzado y complementos que esperaba conseguir, e incluso logró convencerla para que se probase las glasillas.

Valentina no pudo ocultar su entusiasmo durante todo el proceso; incluso se atrevió a proponerle algunos ajustes que ella aceptó de buen grado. Que estuviese involucrada hasta ese punto era una buena señal, pero para cuando se marchó de su casa Jules seguía sin saber si la colaboración seguiría adelante.

Solo esperaba haber sido lo suficientemente elocuente para inclinar la balanza a su favor…

9

Apenas eran las ocho de la mañana y el día no prometía nada bueno.

Los nervios no la habían dejado dormir, todavía no había recibido noticias de Grace y en un par de horas tenía la reunión con Jamie Okuma. Durante su insomnio, Jules había resuelto acudir a la cita puntualmente, pero se negaba en redondo a repetir la misma escena bochornosa del día anterior y para eso antes necesitaba hablar con la revista.

Volvió a marcar el número de la directora creativa con el mismo éxito de las tres veces anteriores.

—Joder —gruñó con desespero mientras colgaba el teléfono y se arrastraba hacia el salón del desayuno.

—¡Señorita Simmons! —Se volvió y descubrió a un muchacho imberbe haciéndole señales para que se aproximase al mostrador de recepción—. Justo la estaba llamando a su habitación para avisarla de que ya ha llegado su visita.

—¿Mi visita? —Frunció el entrecejo—. No espero a nadie.

—¿Está segura? —titubeó el chico, de pronto inseguro—. Me han dicho que la esperaban tomando un café.

—¿Hay más de una persona? —Jules no salía de su asombro—. ¿Le han dicho sus nombres?

—Solo uno de ellos. —Echó un vistazo a un pequeño papel que había delante de él—. Blake Cinnadella.

La sacudida de emociones la pilló desprevenida.

Tras recibir su escueto mensaje acerca de las diseñadoras indígenas, se había obligado a olvidarse de él. El rechazo implícito en cada una de sus palabras era difícil de ignorar, y ella podía ser muy alocada, pero también tenía su orgullo y no pensaba perseguir a quien no deseaba ser perseguido. Ató en corto la alegría desbordante que inundó su pecho ante la perspectiva de volver a verle y, en su lugar, una maraña de nervios revolvió su estómago. ¿Qué demonios hacía

Blake en Los Ángeles? ¿Se comportaría de forma tan distante como la última vez? Las dudas acrecentaron su agitación mientras avanzaba en dirección a la cafetería con paso acelerado.

El hotel, cómodo y funcional, estaba principalmente destinado a los turistas que visitaban la ciudad a lo largo de todo el año, pero también a aquellos que viajaban por negocios. Le bastó echar un vistazo a la sala del desayuno para saber que estaban a pleno rendimiento, con la mayoría de las mesas ya ocupadas y un ir y venir constante de personas procedentes de la zona del bufet, con platos rebosando una cantidad de comida por encima de sus posibilidades.

Localizó a Blake sentado a una mesa en el otro extremo de la sala. Sin apenas ser consciente de hacerlo, paseó la mirada por su pelo húmedo y su vientre se contrajo de placer al descubrir la sonrisa perezosa que adornaba su rostro soñoliento. Llevaba una camiseta de manga corta en un tono azul grisáceo, unos tejanos desgastados y unas sandalias abiertas que completaban el conjunto, lo que le hacían parecer el típico surfero que sabía de buena tinta que no era. Tragó saliva al notar la boca seca y un intenso aleteo le golpeó las costillas mientras se aproximaba a la mesa con paso ligero y alisándose la falda del vestido veraniego que había decidido llevar esa mañana.

Siempre se sentía a gusto con aquel vestido. Disimulaba sus caderas y no requería llevar sujetador —alguna ventaja debían tener las mujeres con pequeños altiplanos en lugar de pechos—, lo cual era ideal para el calor sofocante de aquella ciudad. Sin embargo, cuando se encontró a escasos dos metros de Blake la asaltaron las dudas, preocupada por si él la encontraría demasiado pálida en contraste con el color verde esmeralda de la tela. Sus pies se detuvieron en seco. ¿Por qué narices le parecía mal el look que hasta hacía dos minutos encontraba perfecto? ¿Hacía cuánto que no le daba importancia a la opinión de los demás sobre su aspecto?

Maldito fuera. La irrupción de Blake en su vida la estaba alterando de tal modo que empezaba a ser alarmante.

El repiqueteo de sus tacones alertó a Blake de su presencia antes de que alcanzase la mesa. Le observó mientras él se levantaba lentamente de su asiento para saludarla, y algo despertó en su interior cuando sus

miradas se encontraron.

«¡Qué atractivo es!», pensó, sintiendo que aquel algo intangible, y a lo que no había sabido ponerle nombre la última vez, volvía a crepitar entre ellos.

Los ojos de Blake, fiel reflejo del azul grisáceo de su camiseta, brillaron con intensidad al recorrerla de pies a cabeza. Se quedó paralizada al sentir su mirada como una íntima caricia sobre la piel, y creyó que se quedaría sin oxígeno cuando él se recreó en el extenso tramo de piel de su escote y de sus hombros, expuestos bajo los finos tirantes de la prenda.

«Mierda, con este vestido es evidente que no tengo tetas.»

Un sonrojo de lo más inoportuno cubrió sus mejillas y se extendió por su cuello sin que ella pudiese evitarlo. Ya era mala suerte que cuando por fin alguien lograba sacarle los colores no contase con más metros de tela para cubrir su rubor.

Con los años se había acostumbrado a que los hombres le echaran un repaso. No era una mujer vanidosa ni se consideraba especialmente hermosa, pero a los hombres les encantaba observar a las mujeres con descaro y ella siempre había reaccionado con naturalidad al atraer sus miradas. En aquel momento, sin embargo, la avalancha de sensaciones la obligó a apartar la vista, incapaz de sostenerle la mirada a Blake ni un segundo más sin ponerse en evidencia.

Al recordar que Blake no había venido solo, se volvió hacia el otro lado de la mesa con rapidez, deseosa de desviar la atención hacia alguien menos peligroso para su paz mental, pero dio un respingo y sus piernas dieron un paso atrás con sobresalto al descubrir la figura de su acompañante.

Un hombre de piel mestiza y con una melena negra y lacia que alcanzaba más allá de su cintura la observaba desde su silla. Reclinado contra el respaldo del asiento con actitud insolente, sus ojos, negros como la noche y de mirada inquietantemente penetrante, la contemplaban con inusitado desdén. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al percibir una clara animadversión hacia ella.

¿Quién demonios...? Miró a Blake en busca de una explicación y su desconcierto creció al ver que este se estaba mordiendo el labio para

contener una sonrisa.

—Jules, te presento a Idaho «Stonehead» Parrish. Miembro respetado de la reserva navajo, y tu salvoconducto con Bethany Yellowtail.

—¿Mi salvoconducto?

Blake asintió.

—Grace me llamó anoche para comentarme el problema que te habías encontrado. Como sabía que estos días estaba en la reserva me pidió si podía mover algunos hilos y echarte un cable. —Cabeceó señalando a Idaho—. Por eso estamos aquí.

—¿Y habéis hecho todo el trayecto hasta aquí solo por eso? —Sus conocimientos de geografía eran pésimos, pero intuía que recorrer la distancia que los separaba les había costado muchas horas de carretera y muy pocas de sueño. En un impulso, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias.

—No hemos venido por ti —aclaró él de inmediato, apartándose de su contacto con brusquedad—. Teníamos intención de venir a Los Ángeles de todos modos.

Idaho alzó una ceja y dirigió a su amigo una elocuente mirada que Blake se negó a atender.

—Pues espero que tengáis un buen as bajo la manga —dijo Jules con más entusiasmo del que sentía, como si la impertinencia de Blake no le estuviera doliendo en lo más hondo. Consultó su reloj de pulsera y finalmente se sentó entre los dos hombres—. En algo más de una hora tengo la visita con Jamie Okuma y no tengo ni idea de cómo abordar la reunión.

—Según me dijo Grace, con ella no tendrás problemas. Al menos ninguno relacionado con *Vogue*. —Jules rechinó los dientes, cada vez más molesta. ¿Tanto le había costado a Grace responder a su mensaje con aquella información y dejar que pasara la noche más tranquila?—. Es con Bethany con quien tenemos que poner en marcha una estrategia, y aquí es donde Idaho interviene.

Jules observó al susodicho y se reafirmó en su primera impresión. Tenía un aire indómito difícil de ignorar. Su rostro anguloso, de frente despejada y pómulos y mandíbula muy marcados, sumado a esa

actitud silenciosa y taciturna, le recordaban a un animal salvaje: fuerza contenida, acechante, siempre listo para atacar. Su presencia le producía tal repelús que no entendía de qué manera aquel hombre podía interceder por ella, y mucho menos por qué querría hacerlo, pero a aquellas alturas estaba dispuesta a aceptar cualquier ayuda, viniese de quien viniese.

—De acuerdo, os escucho.

Cruzó las piernas con naturalidad y de inmediato la tela de su falda trepó varios centímetros por su muslo sin que ella se diera cuenta. Blake carraspeó y apartó los ojos del trozo de piel sobreexpuesta con rapidez.

—Es tan sencillo como decirle a Bet quién va a llevar sus complementos. —La voz rasgada del amerindio la sorprendió. Tenía un matiz cálido, como de chocolate fundido, que no encajaba para nada con el resto de su persona.

—¿Eso qué tiene que ver? —preguntó, confusa—. Su problema era con la revista, en ningún momento se interesó en saber quién sería la modelo que luciría el conjunto.

—Cambiará de idea cuando hable con ella —aseguró Idaho sin mover un músculo.

—Disculpa si lo dudo. —Tanta arrogancia no podía ser buena. Hasta ella lo sabía—. Ayer se mostró muy cerrada a escuchar nada más al respecto.

—¿Por qué no le dijiste que se trata de Valentina? —intervino Blake.

«¡Porque no tengo ni puta idea de si al final va a hacer el trabajo!», quiso gritarle a la cara. En su lugar, se encogió de hombros y soltó lo primero que le pasó por la cabeza.

—No me pareció relevante.

Había acordado con Valentina que la llamaría aquel día para darle una respuesta, y hasta entonces no quería remover más aquel tema. No había puesto sobre aviso a Grace, y tampoco iba a utilizarlo como baza para conseguir la colaboración de Yellowtail.

—No es a ti a quien tiene que resultarle relevante —espetó Idaho con insolencia—, sino a Bet.

Jules le miró con asombro. ¿Cuál era el problema de aquel tío? Abrió la boca, dispuesta a aclararle por dónde podía meterse su relevancia…

—Para los nativos, los bordados, dibujos pintados y ornamentos de su tribu no son solo eso. —Blake la interrumpió antes de que soltase alguna barbaridad—. Están inspirados en elementos muy significativos de su cultura: animales sagrados, hechos históricos, los vestidos que lucen en las *powwows*…

—*Pow*… ¿qué?

—*Powwows* —repitió Idaho, pronunciándolo en idioma navajo. Su rostro fue solemne al explicar en qué consistía aquel rito—. Son eventos anuales donde honramos nuestra cultura. Asisten nativos de todas las tribus; se baila, se canta, se socializa. Es un tiempo de reconexión con la naturaleza y con nuestros ancestros. Una ceremonia de trascendencia espiritual para todos.

Nerviosa como estaba, las palabras de Idaho evocaron en su mente una escena de lo más surrealista. Sin pretenderlo, imaginó a toda aquella multitud medio colocada y compartiendo espacio con extraños en pos de una iluminación divina que los apartase durante unas horas de sus miserias, y tuvo que hacer un esfuerzo gigantesco para no soltar una carcajada.

—Ahora ya sé de dónde surgieron las comunas de hippies de los años sesenta —bromeó con una risita traviesa.

Sintió el latigazo de los ojos de Blake incluso sin mirarle.

—Esto es una pérdida de tiempo —masculló Idaho, levantándose de repente y provocando un estrépito con la silla. El desprecio y la ofensa pintaban sus duras facciones y tiñeron también las palabras que dijo a continuación—. Esta… *ałjiłnii*[1] no se merece mi tiempo. Lo siento, *ishna witca*,[2] tendrás que encontrar ayuda en otra parte.

Jules no entendió la mitad de lo que dijo, pero supo con total certeza que el indio acababa de insultarla. Estaba a punto de saltar y corresponderle del mismo modo, cuando vio que Blake se incorporaba con gesto furibundo y detenía al indio con un gesto brusco.

—Mucho cuidado, Idaho. —El amerindio contempló con gesto airado la mano Blake, que le sujetaba el brazo con fuerza. La fiereza

en la postura de ambos hombres la clavó a la silla. De pronto ya no parecían tan amigos—. No voy a permitir que le faltes al respeto.

—Ella ha faltado al respeto a mi pueblo primero.

Blake asintió con gesto serio.

—Aun así. No se te ocurra volver a insultarla o tú y yo tendremos un problema.

Idaho dio un paso hacia él con lentitud, inclinó la cabeza hacia un lado y su extensa melena resbaló por su espalda con un movimiento hipnótico. Jules sintió que el corazón se le subía a la garganta ante la amenaza velada de aquel lenguaje no verbal; apenas se atrevía a respirar, asustada por la tensión que había surgido entre ambos hombres y que se mantuvo durante lo que a ella le parecieron horas. De repente, Blake relajó el gesto y susurró:

—No estás aquí por ella —le recordó, señalándola con la cabeza—, sino por Valentina. Desde el principio ha sido así, ¿recuerdas? Si te marchas, también la perjudicarás a ella.

Un músculo palpitó en la escarpada mandíbula de Idaho, que inspiró hondo y la miró de reojo, aquellos dos pozos negros mostrando con claridad su conflicto interno. Jules quiso interrumpirlos y confesar que la participación de la chica estaba en duda, pero algo le decía que aquel no era un buen momento.

—Lo haré por Valentina. —Idaho liberó su brazo con brusquedad y añadió—: Pero no pienso lidiar con ella. Te espero fuera.

10

Jules se tapó la cara con las manos y sintió que todos sus músculos se convertían en gelatina tras la tensión de los últimos minutos. Escuchó un resoplido y el chirriar de una silla aproximándose.

—No me puedo creer que hayas dicho eso. ¿Te has vuelto loca o qué?

—Era una broma —gimió, y dio un respingo al levantar la mirada y encontrarse el rostro de Blake muy cerca—. Solo era una maldita broma, joder.

—Hay ciertos temas de los que no se puede bromear con un nativo, y sus creencias espirituales son uno de ellos.

—Lo que pasa es que este tío no tiene ningún sentido del humor. ¿Cuál es su problema?

—Jules... —le advirtió él antes de resoplar. Parecía a punto de perder la paciencia—. No puedes ir soltando todo lo que se te pase por la cabeza. Ya no tienes diecisiete años.

—No me sermonees —siseó entre dientes—. Como bien dices, ya no tengo diecisiete años.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. —Apretó los labios y sacudió la cabeza con hastío—. Tal como temía, no has cambiado nada. Sigues comportándote como una cría caprichosa.

La bofetada verbal le dolió en el alma.

—Vete a la mierda —soltó, horrorizada al descubrir lo que opinaba de ella—. No tengo por qué aguantar esto.

Agarró el bolso que había dejado sobre la mesa, y cuando hizo el ademán de levantarse él se lo impidió mientras mascullaba:

—Lo siento, princesa, pero esta vez te va a tocar aguantarme si quieres conseguir tu objetivo.

Jules apenas escuchó sus últimas palabras, demasiado ocupada intentando insuflar oxígeno a sus pulmones. Con el aire atascado en la garganta, clavó la mirada en la mano de Blake, que descansaba sobre

su rodilla desnuda, y sintió que el suelo perdía la solidez bajo sus pies.

Abrasador. El calor que irradiaba a través de la palma de su mano le resultó abrasador, delicioso e inesperado. Gimió bajito cuando su piel amplificó la sensación y la extendió más allá de su muslo hasta acomodarla en su bajo vientre, como si unos dedos invisibles la rozaran en una caricia sensual. Solo al percibir el temblor de Jules, Blake tomó conciencia de la situación.

Completamente paralizado, observó su mano sin dar crédito a lo que veía. ¿Cómo demonios había acabado ahí?, parecía preguntarse mirando su extremidad como si fuese la de un extraño. Su nuez se movió de forma compulsiva un par de veces, arriba y abajo; su mirada aferrada al lugar donde la estaba tocando como si en él pudiese encontrar todas las respuestas del universo. Lejos de apartarse, los dedos de Blake se aventuraron a recorrer el sendero de su piel con extrema lentitud bajo la atónita mirada de ella. La tocó con reverencia, como si saborease su delicada textura a través de las huellas dactilares, y la sensación fue tan exquisita y sobrecogedora que a Jules se le erizó hasta el vello de la nuca.

Blake eligió aquel instante para alzar la mirada, y con aquel gesto el mundo de Jules se detuvo.

Sus ojos se habían convertido en mercurio líquido, de un gris tan claro que durante un instante ella creyó ver todo lo que habitaba en su interior. El anhelo tensaba cada una de sus facciones y su mandíbula se contrajo al observar sus labios con voracidad.

«¡Dios santo!», gimió Jules en su interior, sintiendo que se derretía por dentro, sin apenas moverse por temor a romper la magia del momento. No se lo estaba imaginando. Lo que estaba sucediendo era real. ¡La atracción entre ellos era real! Estaba a punto de lanzarse a besarle cuando algo en su expresión la hizo retroceder. Blake seguía escrutándola con el rostro tenso, su mano todavía acariciando su rodilla, pero ahora, a diferencia de antes, el mensaje que transmitían sus ojos no era de deseo, sino de desafío.

¿Qué demonios...?

—Blake, ¿qué...?

El sonido de un teléfono la dejó a media frase y le arrebató el calor

de la mano de Blake sobre su piel, que se apartó como si quemase. Estaba tan desubicada que tardó unos instantes en comprender que la llamaban a ella. Metió la mano en su bolso con gesto ausente y deslizó el dedo para descolgar.

—¿Diga? —respondió con voz ronca mientras veía a Blake levantarse y dejar varios billetes sobre la mesa.

Su corazón se aceleró. ¿Se iba? Tapó el micrófono con la mano y susurró:

—Dame un minuto.

—Hola, ¿Jules? —escuchó que alguien decía al otro lado de la línea al tiempo que Blake negaba con la cabeza.

—Mejor te espero fuera —murmuró él sin mirarla a la cara.

Tuvo que contenerse para no colgar la llamada y salir corriendo tras él. En aquel momento no se le ocurría nada más importante que entender qué acababa de pasar entre ellos y el porqué de aquel reto en su mirada.

—¿Hola?

Parpadeó al recordar que seguía al teléfono.

—Sí, sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Valentina.

—Ah, hola.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, ¡no! —«Céntrate, Jules»—. ¿Qué tal todo?

—Bien... Te llamaba por lo que hablamos ayer.

—¿Ya has tomado una decisión?

—Sí. Bueno, más o menos... —Jules puso los ojos en blanco y se armó de paciencia. La indecisión de aquella chica empezaba a ponerla de los nervios—. He estado pensando y... Ayer me ayudó mucho hablar contigo y me gustaría saber más sobre la imagen que proyecto. Quiero trabajar en ello.

—Mmm..., vale, si quieres quedamos un día que estés por Nueva York y nos tomamos un café.

—No, eso no —rechazó con demasiada premura—. Es decir... No sé cuándo... voy a ir por allí y quiero trabajar en mi imagen cuanto antes.

—Valentina… Lo que te comenté ayer es solo la punta del iceberg. Mis conocimientos sobre iconología de la imagen son los justos para poder hacer mejor mi trabajo, pero no soy asesora de imagen y comunicación.

—No me importa. Eres la primera persona a la que le he explicado cómo me he estado sintiendo estos últimos meses. —A Jules le extrañó aquella confesión. ¿Qué clase de círculo cercano tenía aquella chica si ella era la única en conocer algo tan íntimo e importante?—. Por eso he pensado que podríamos aprovechar la semana de las sesiones de fotos con *Vogue* para que me ayudes… —Se hizo un silencio y a continuación añadió—: Haré el reportaje si me acompañas y asesoras durante esos días.

Jules se apartó el móvil de la oreja y lo miró unos instantes con perplejidad. ¿Qué demonios tenía aquella chica en la cabeza? ¿De verdad la estaba chantajeando? Un cabreo descomunal le calentó las orejas y le aceleró el corazón. Se moría de ganas de soltarle qué pensaba exactamente de su «petición», pero sabía que no le convenía hacerlo. Ella era la primera interesada en que Valentina aceptase el encargo.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza mientras se pinzaba el puente de la nariz. No pintaba nada en aquel rodaje y mucho menos en el papel de asesora de imagen de una niña caprichosa, pero ¿qué era lo peor que podía pasar si la acompañara?

Significaría posponer las pruebas previstas para aquella semana, salvo que decidiese aceptar la propuesta de Rita y ella se encargase de hacerlas. Si no lo había delegado hasta ahora no era por falta de confianza en su patronista, sino porque las pruebas con sus clientas eran un momento mágico y una de las partes favoritas de su trabajo, y le costaba renunciar a ello. No había nada más satisfactorio que acabar de modelar un diseño sobre el cuerpo de la persona, y contemplar cómo al llevarlo se sentía preciosa y especial.

—Te pagaría por tu trabajo y los gastos del viaje, por supuesto —añadió Valentina al encontrarse solo silencio tras su propuesta.

Un movimiento a su derecha captó su atención. Blake le hacía señales a través del cristal, señalando con un dedo su reloj de muñeca.

Sobresaltada, dio un brinco y miró su propio reloj. ¡Eran las nueve y media pasadas! En treinta minutos tenía su reunión con Jamie Okuma. Se levantó y cruzó el comedor a toda prisa, olvidando por un instante que Valentina seguía esperando una respuesta al otro lado del teléfono.

—Oye, ¿te parece si lo hablamos más tarde? Tengo una reunión en menos de treinta minutos y todavía no he salido del hotel.

—Está bien. —Estaba a punto de colgar cuando escuchó que Valentina añadía entre susurros—. Jules..., por favor..., por favor, di que sí. Te necesito más de lo que puedas imaginar.

A continuación se cortó la llamada.

Recorrió los últimos pasos hasta la salida del hotel con el estómago revuelto y el espíritu intranquilo.

Demonios, si no supiese que era absurdo habría jurado que Valentina le estaba suplicando que la acompañase.



—¿Se puede saber qué ha sido eso de antes?

Blake no se molestó en abrir los ojos al escuchar la pregunta de Idaho. De pie, apoyado contra la pared de la recepción de Bethany Yellowtail, continuaba haciendo esfuerzos por controlar los inoportunos efectos de su encuentro con Jules mientras ella seguía reunida. La sacudida que había sentido al acariciar su piel todavía hacía estragos en su organismo, y cuando vio que ella no solo no se apartaba sino que parecía tan ansiosa como él por tocarle...

«¡Mierda!», masculló al sentir que su cuerpo volvía a cobrar vida.

Solo podía dar las gracias a aquella llamada, fuese de quien fuese, que le había salvado de cometer una estupidez todavía mayor de la que después se habría arrepentido.

¿En qué cojones había estado pensando para tocarla de aquella manera? Había sido un estúpido al creer que tenía sus emociones bajo control. En cuestión de segundos había pasado de estar cabreado con

ella a querer tenderla sobre la mesa y tomarla como desayuno. Sacudió la cabeza con fastidio y sonrió a su pesar al recordar la inadecuada comparación de Jules acerca de las *powwows*. Joder, jamás lo admitiría delante de ella, pero el comentario había tenido su gracia.

—Te tiene cogido por los huevos.

Blake se tensó y abrió los ojos. No hacía falta que dijera nombres para saber a quién se refería. Observó a Idaho con expresión impasible y negó con rotundidad.

—Te equivocas.

El indio contrajo la cara en una mueca sardónica y se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

Blake resopló con fastidio. No soportaba cuando actuaba con tanta arrogancia.

—¿Y a ti qué te pasa? Estás de un humor de perros desde que llegué a la reserva.

Idaho había sido objeto de su cámara en más de una ocasión, y aunque con cada fotografía descubría nuevos matices de la hermética personalidad del indígena, continuaba siendo un completo misterio. Jamás había conocido a alguien tan cerrado como él, y aquello era mucho decir viniendo de alguien como Blake.

—Cosas mías.

—¿Tiene algo que ver con Valentina?

Idaho se volvió a mirarle. Sus ojos no transmitían nada, tan carentes de emoción como el color negro de sus ojos.

—No.

—Si tú lo dices… —se la devolvió Blake.

El indio entrecerró los ojos y el asomo de una sonrisa curvó sus gruesos labios.

—Capullo. —Se dejó caer en una silla y Blake le imitó en la que tenía a su lado. Ambos se mantuvieron con la vista al frente durante varios minutos hasta que Idaho rompió el silencio—: Así que ella es la que te convirtió en un nómada solitario.

Blake tomó aire con fuerza y miró al techo antes de asentir.

—Pues déjame decirte que se te está dando de puta pena lo de

mantener las distancias, y ya no digamos lo de no querer volver a saber nada más de ella. Casi te olvidaste los calzoncillos en la reserva de las prisas que tenías ayer por venir hasta aquí.

—Lo de hoy no estaba previsto y era importante solucionarlo para el reportaje —respondió a la defensiva—. Si todo va bien, esta será la última vez que nos veamos.

—Ya... ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—¡No me jodas! —exclamó cada vez más cabreado. Se volvió y le miró con ironía—. Además, ¿qué mierda de pregunta es esa? Creo que te prefiero cuando eres borde y taciturno.

Idaho sonrió con suficiencia y le palmeó el hombro.

—Lo que yo decía. Te tiene cogido por los huevos.

Blake se sacudió su mano con un gesto brusco de los hombros y volvió a ponerse de pie, más molesto con las palabras de Idaho de lo que estaba dispuesto a admitir, pues no estaban demasiado alejadas de la verdad.

Existía una razón por la que había decidido mantener una prudente distancia. Jules era única colándose entre las rendijas de su coraza y despertando emociones que él prefería no volver a sentir. En el pasado su capacidad de hacerse un hueco en su corazón le había parecido fascinante, adictiva hasta el punto de que se convirtió en un yonqui desesperado por su dosis de felicidad semanal el día que dejó de recibirla.

Ahora era más mayor, y también más sabio, y había aprendido que no todo lo que le hacía sentir más vivo era necesariamente bueno para él.

—¿Vamos?

Jules apareció de la nada, con una sonrisa radiante en los labios y acompañada de una joven y oriunda indígena que se detuvo a hablar con Idaho.

Sin duda habían llegado a un acuerdo, pensó Blake al ver cómo Jules se acercaba a él exultante como una niña pequeña. Apretó los dientes y se obligó a controlar los latidos de su corazón. Jamás hubiera creído posible que la versión adulta de Jules le resultase todavía más tentadora e irresistible que la joven; pero ahí estaba,

deseando poner tierra de por medio entre ellos antes de meterse en un lío de dimensiones incontrolables.

—Te invito a desayunar —dijo ella entonces, poniéndole en un abrir y cerrar de ojos contra las cuerdas—. Para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No tengo tiempo —respondió más brusco de lo que pretendía—. He venido a encargarme de otras cosas además de lo tuyo, ¿recuerdas?

La alegría en los ojos de Jules se apagó como una vela y él se sintió como un auténtico cabronazo.

—Venga. —Se pasó la mano por la frente y buscó a Idaho con la mirada—. Será mejor que te llevemos al hotel.

Una vez instalada en el asiento trasero del jeep de Idaho, Jules reclinó la cabeza y cerró los ojos, emocionalmente agotada.

El silencio en el interior del vehículo se le antojó tan asfixiante que casi sin proponérselo su mente viajó a otro tiempo y lugar. Uno en el que su amistad con Blake había fluido de forma tan sencilla y natural que al poco tiempo de conocerle ya no concebía su vida sin que él formase parte de ella.

11

Jules

2004, Washington, D.C.

—¿Haces esto a menudo?

A pesar de que los caminos que atravesaban el cementerio de Arlington estaban sobradamente iluminados, no pude evitar sentir un escalofrío al recordar lo que me rodeaba. Por muy honorables que fuesen todas las personas que yacían bajo aquella tierra, continuaba pareciéndome bastante escabroso el lugar escogido por Blake para practicar su afición.

—¿La fotografía o venir aquí? —respondió él mientras guardaba su vieja cámara en la mochila.

—Ambas.

—Sí y de vez en cuando.

Puse los ojos en blanco y resoplé con fastidio.

Blake se había pasado la mayor parte de la tarde respondiéndome con monosílabos. Solo había conseguido que dijese varias frases seguidas los ratos en los que estaba concentrado capturando el paisaje o el rostro de algunas personas con su cámara. Estaba tan absorto en la imagen que observaba a través del visor que bajaba la guardia, momento que yo aprovechaba para acribillarle a preguntas sin compasión. Mientras se colocaba en las posiciones más extrañas, a veces incluso tirado en el suelo para encontrar el ángulo perfecto, me había ido explicando qué buscaba con cada plano y cómo cambiaba el resultado final de la fotografía dependiendo de la posición del sol. Según me había confesado, disfrutaba particularmente tomando fotos poco antes del atardecer.

—¿Qué tiene de especial la luz de la tarde? —le pregunté con

curiosidad al recordar ese detalle.

Blake me miró de reojo y se colgó la mochila al hombro con un gesto brusco.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Eres un imbécil. Solo intento mantener una conversación contigo —espeté, molesta, adelantándome unos pasos por delante de él como una chiquilla.

—La hora mágica —dijo Blake a mi espalda unos segundos más tarde. Aunque seguía molesta, me detuve y esperé hasta que estuvo a mi altura. Su tono solemne cuando señaló al bello astro, que en aquellos instantes se ponía en el horizonte, me hizo olvidar mi enfado —. Ahora mismo el sol emite una luz natural muy suave, de un color rojizo-rosado, que me permite obtener imágenes con el color, saturación y exposición que quiero sin necesidad de utilizar ningún equipo de iluminación.

Me perdí a media frase.

—¿Cómo es que sabes tanto de fotos?

—Por mi padre. Era fotógrafo profesional.

Algo en su voz me hizo mirarle. Sus facciones estaban tensas y su mano sujetaba la correa de la mochila con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos.

Tragué saliva cuando caí en la cuenta de que había utilizado el tiempo pasado al hablar de su padre, y un terrible pensamiento me pasó por la cabeza.

—¡Oh! ¿Está…? —Me abotoné el abrigo hasta el cuello con gesto nervioso mientras buscaba una forma delicada de preguntarle aquello —. Quiero decir…

—No. No está muerto —dijo, sacándome de mi miseria. Un pequeño hoyuelo apareció en su mejilla. El alivio que sentía era tan grande que no me importó que se estuviese divirtiendo a mi costa, así que retomé el camino junto a él, ya olvidada la razón por la que me había enfadado hacía unos minutos.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Se encogió de hombros y después añadió en un susurro—: Ojalá lo estuviera.

Aquella afirmación, dicha del modo en que lo hizo, sin la más mínima duda o afección en la voz, me dejó de piedra. No estaba escandalizada, sabía que era solo una forma de hablar, pero no pude evitar preguntarme qué era lo que habría sucedido entre Blake y su padre para llevarle a desear lo peor. Al parecer teníamos más en común de lo que había pensado en un principio.

—Te entiendo, a veces pienso que lo primero que hacen mis padres al despertarse es pensar en nuevas formas de joderme la vida.

—¿Qué sabrás tú de una vida jodida... princesa? —se mofó, ahora ya sin ocultar su sonrisa. Una preciosa sonrisa que calentó mi pecho y aceleró mi pulso. Que Blake se mostrase bromista y cercano me provocó tanta alegría que ni siquiera me acordé de pedirle que dejase de llamarme «princesa».

—¡Eh! —Le di un codazo y él se apartó y se llevó la mano al costado de forma exagerada como si le hubiese roto tres costillas. ¡Menudo cuentista!—. Tú no sabes la tortura que es vivir con mis padres.

Él alzó una ceja con escepticismo.

—Claro, tiene que ser muy duro ser el centro de atención de tu casa y tener todo lo que deseas.

Le miré con asombro y sacudí la cabeza. Qué equivocado estaba. Nacer en el seno de una familia adinerada no era la gran bendición que la gente imaginaba. Si bien con los años había llegado a apreciar las ventajas implícitas que conllevaba el estatus de mis padres, lo cierto era que mi infancia no había estado libre de las miserias propias de cualquier familia. Mis padres tenían las mismas flaquezas que cualquier otro hijo de vecino —me atrevería a decir que incluso más —, y yo a los diecisiete años me sentía el ser más desafortunado sobre la faz de la Tierra por tenerlos como progenitores.

—No tengo todo lo que deseo... —mascullé, y sentí un nudo en el estómago al pensar en la discusión que había mantenido con mi padre el día anterior—. Y créeme, ser hija única es un asco.

Un espeso silencio nos rodeó y durante unos minutos nos dedicamos a pasear uno al lado del otro, cada cual perdido en sus pensamientos. Había estado tan absorta en nuestra conversación que ni cuenta me di del momento en que habíamos abandonado el cementerio para

adentrarnos de pleno en el Memorial Bridge, situado sobre las caudalosas aguas del río Potomac y a solo algunos cientos de metros de uno de los lugares más simbólicos de la ciudad: el monumento a Lincoln.

—Deberías probar a vivir con dos hermanos más pequeños —dijo Blake de repente, trayéndome de vuelta—. Eso sí que es un asco.

—¿Tienes hermanos? —No sé por qué aquella información me sorprendió tanto. Quizá era incapaz de imaginar que alguien tan reservado como él pudiese compartir su espacio vital con alguien que no fuera él mismo—. ¡No me lo habías dicho!

Blake se detuvo y me observó con las manos en las caderas. De pronto, se dobló por la mitad y estalló en una carcajada profunda y contagiosa que transformó todo su rostro.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —Me crucé de brazos y contuve la sonrisa que quería curvar mis labios en reacción a la suya.

Blake se enjugó las lágrimas y puso una mano en mi hombro.

—¿En serio me estás recriminando que no te haya contado nada de mis hermanos? —Alcé una ceja—. ¡Si solo hace veinticuatro horas que nos conocemos! —Abrí la boca y fruncí el ceño. Vaya..., en eso tenía razón—. Además, hablas tanto que apenas me das margen para hablar a mí.

Ah, no, ¡eso sí que no!

—¿Perdona?¡Hasta las cotorras del parque hablan más que tú! Si no fuera por mí, esta tarde hubiera sido deprimente.

No era cierto, pero eso él no tenía por qué saberlo. Estaba descubriendo que los silencios con Blake eran igual de agradables que nuestras conversaciones, y que el tiempo a su lado se esfumaba entre mis dedos como el más dulce algodón de azúcar.

La sonrisa de Blake se fue desvaneciendo poco a poco de sus labios, hasta que una expresión indescifrable acaparó su mirada gris. Me contempló con intensidad mientras se restregaba la nuca y se despeinaba el cabello, como si estuviese debatiendo consigo mismo. Cuando pareció llegar a una conclusión —de la que no me hizo partícipe, claro—, asintió y me dijo:

—¿Te apetece cenar algo antes de volver a casa?



Aplastada entre una jugosa porción de carne y una loncha de queso fundido, una grasienta y sabrosa capa de beicon me hacía ojitos y me decía: «Cómeme».

—¿Ya sabes lo que quieres?

Llevábamos diez minutos frente a aquel puesto de hamburguesas y todavía no había sido capaz de decidirme. Mi estómago tenía clara su preferencia, y no se trataba precisamente de una ensalada. No, todo mi ser ansiaba devorar la hamburguesa completa con patatas fritas que se había pedido Blake. El problema era que mi conciencia —que casualmente tenía el tono y la voz de mi madre— ya había hecho un cálculo pormenorizado de las calorías que estaría ingiriendo y el modo preciso en que estas se instalarían por todo mi cuerpo si me dejaba llevar por la tentación.

—Una ensalada César y un agua sin gas —pedí con tono deprimente.

Minutos más tarde nos sentábamos en las escaleras frente al monumento a Lincoln con la intención de saborear la comida con calma. La realidad era que con cada bocado que Blake daba a su jugoso bocadillo, yo me irritaba un poco más.

—¿Quieres? —me preguntó minutos después.

Sin darme cuenta me había quedado embobada mirándole mientras masticaba sus patatas fritas. Avergonzada, negué y giré el rostro hacia mi insulsa lechuga.

Dios, cómo odiaba el color verde.

Removí los pequeños pedazos de pollo seco y me dediqué a comer los trozos de pan tostado con fricción. Aquella sería toda mi ingesta de hidratos para aquella noche.

—Anda, toma. —Hizo el gesto de poner su bandeja de papel con media hamburguesa y algunas patatas sobre mi regazo—. Yo me acabaré tu ensalada.

—¡Que no! —Sujeté el envase de plástico que contenía mi cena y

continué comiendo con un entusiasmo que en realidad no sentía.

—¿Por qué no te has pedido una hamburguesa si es lo que querías? —insistió él.

—Porque no.

A veces los chicos podían ser muy obtusos. ¿Acaso no era evidente el porqué?

—La verdad es que está riquísima —añadió él segundos después, lanzando un gruñido de placer que me hizo rechinar los dientes—. Y estas patatas... son las mejores que he comido en mucho tiempo.

—Cállate.

Pinché un trozo de lechuga con fuerza y el tenedor de plástico se curvó peligrosamente. Sabía lo que estaba haciendo Blake; lo sabía y aun así no podía evitar que me molestase. Apreté los puños hasta clavarme las uñas y seguí masticando mientras sentía la rabia crecer dentro de mí.

—Aunque lo mejor sin duda es el beicon...

—¡Vete a la mierda! —grité, explotando al fin.

Las carcajadas de Blake se fueron colando en mi interior y crearon una bola en mi garganta que fue creciendo hasta que apenas pude respirar. Un picor en la nariz y tras los ojos me obligó a recoger el bolso y levantarme del escalón.

—¡Eh! —Me sujetó del brazo, todavía riéndose—. Espera, solo era una broma.

—Déjame —siseé mientras descendía la escalinata.

—Oye... —Le escuché seguirme, pero estaba demasiado cabreada y avergonzada de mí misma, así que lancé los restos de mi cena en la primera papelera que encontré y me fui en dirección a la estación de metro—. Jules, ¿quieres parar?

Notar la risa en su voz me puso todavía más furiosa. Al ver que no me detenía, me sujetó del codo con la fuerza suficiente para que no pudiera desasirme de él de nuevo. Resoplé.

—¡¿Qué quieres?! —le grité, volviéndome hacia él.

Algo en mi rostro debió delatar mi angustia, pues su semblante cambió y tragó saliva varias veces de forma compulsiva. Estaba más que dispuesta a mandarle a la mierda si seguía mofándose de mí, por

eso sus siguientes palabras me desarmaron.

—Joder..., lo siento. —Cuando se aproximó a mí, yo di un paso hacia atrás de forma instintiva. Me arrepentí en cuanto vi la tensión en su rostro al desviar la mirada—. No quería molestarte.

La angustia creció todavía más en mi garganta. Aquel chico parco en palabras, en apariencia tosco y distante, era el que me había ayudado a olvidarme durante unas horas de lo que me esperaba en casa. Me estaba tratando con una sensibilidad y dulzura que pocas personas me habían mostrado y no sabía qué hacer con ello.

A los diecisiete años todavía no era capaz de comprender que él no era el responsable de la rabia que sentía; que aquel calor abrasador que cada día me consumía un poco más y me iba arrebatando partes esenciales de mí misma no era más que otro síntoma de que algo no estaba bien en mi vida.

—¿Quieres hablar de ello?

Se me escapó una risa nerviosa. ¿Hablar de ello? La sola idea de compartir con él mis inseguridades hizo que mis mejillas se sonrojaran.

—Soy un buen oyente, y como hablo poco... —Se encogió de hombros—. Tus secretos están a salvo conmigo.

Inspiré hondo y mi atención se perdió en el estanque frente a nosotros. A aquellas horas lucía resplandeciente gracias a las pequeñas luces de su interior. En la quietud de sus aguas, serenas tras otro ajetreado día, se reflejaba el gran obelisco blanco construido en honor a George Washington, que se alzaba más allá de la rectangular laguna. Desde aquella perspectiva daba la impresión de que su punta piramidal rozase el oscuro y nublado cielo de diciembre. Aquel efecto y el modo en que la iluminación acariciaba sus paredes conferían un aura casi mística a la elegante y esbelta columna de mármol.

«Elegante y esbelta.»

Solté un bufido y sentí un regusto amargo en la boca.

—No tiene importancia.

12

La alta costura contaba con uno de los clubs más secretos y elitistas del mundo.

No había ninguna norma escrita que estableciese los criterios para entrar a formar parte de él, ni comité oficial que decidiese si permitía entrar o no a un nuevo miembro. Quizá por esa razón, hasta entonces, solo doscientas mujeres en todo el planeta ostentaban semejante privilegio. Mujeres con una alta capacidad financiera y apasionadas de la moda. Damas deseosas de adquirir los diseños más exclusivos que el dinero pudiese comprar, y cuya identidad, igual que los precios de las piezas que adquirían, eran un secreto muy bien guardado que ni los propios diseñadores estaban dispuestos a desvelar.

Dos veces al año, aquel selecto grupo viajaba desde los lugares más recónditos del planeta hasta la Ciudad de la Luz con el único propósito de presenciar los desfiles de las casas de moda más antiguas, de sus diseñadores fetiche o de la marca del momento. Ataviadas con sus perennes gafas de sol, copaban las primeras filas de las pasarelas más exclusivas mientras analizaban al detalle cada nueva pieza que aparecía frente a ellas. Pasada una semana, retornaban a sus hogares con sus cuentas varios cientos de miles más ligeras y la promesa de recibir en pocos días los encargos que solo ellas, y nadie más que ellas, tendrían el placer de lucir.

A pesar de los nuevos tiempos, algunas de las componentes más antiguas del club continuaban rigiéndose por las rígidas normas establecidas por la Chambre Syndicale de Haute Couture, allá por el siglo XIX, para considerar una pieza de alta costura como tal. Aquel grupo de rancias con abolengo, como solía denominarlas Jules, estaban plenamente convencidas de que el estilo y el aprecio por una pieza artesanal les pertenecía única y exclusivamente a ellas. Lo cierto era que la democratización de la moda les había robado el protagonismo y la singularidad de la que habían gozado antaño, y

aquello, junto a la pérdida de una época más lozana, no era fácil de aceptar.

Agatha Simmons pertenecía a aquel elitista grupo de mujeres desde hacía más de tres décadas. La apostura con la que se paseaba por el saloncito del atelier a la espera de que Jules saliese a recibirla no pasó desapercibida a las clientas que esperaban su turno para ser atendidas. De vez en cuando se detenía frente a alguno de los bocetos que decoraban las paredes y lo observaba con detenimiento y ojo crítico, del mismo modo que el resto de las señoras a su alrededor la observaban a ella.

Nada en su atuendo era particularmente llamativo, y sin embargo desprendía tanta elegancia y estilo que era imposible no admirarla. Iba ataviada con una gabardina de color mostaza, un sencillo jersey de manga larga y cuello cisne en color negro y unos prácticos pantalones del mismo tono. Llevaba las mangas de la gabardina dobladas hasta medio codo, mostrando parte de la sencilla manga del jersey; y el cuello levantado de la misma prenda atraía la atención hacia el rostro de su dueña, que lucía una piel fantástica a sus sesenta y cinco años. El cabello apenas le alcanzaba los hombros, y las distintas tonalidades de rubio, junto al peinado que despejaba su frente, resaltaba el azul ahora ya algo apagado de sus ojos.

—Madre.

Agatha se volvió y compuso una mueca de desagrado al ver a Jules cruzar la salita.

—Vas hecha un desastre —murmuró en tono quedo cuando le dio un beso en la mejilla.

Jules puso los ojos en blanco y supo que no iba a salir nada bueno de aquella visita.

—Yo también me alegro de verte.

Tras saludar brevemente a sus clientas, hizo un gesto a su madre y se encaminaron juntas hacia su despacho. Una vez dentro, Agatha se aseguró de que la puerta estuviera cerrada y se acercó a su hija con gesto decidido.

—¿Cuántas veces te he dicho que no debes descuidar tu aspecto de este modo? —Agatha le deshizo el moño despeinado y pasó los dedos

entre las hebras de su cabello. Jules cerró los ojos durante unos segundos y se balanceó sobre los pies, disfrutando de la reconfortante caricia. Estaba tan agotada que ni siquiera le importó que su intención no fuese darle cariño, sino acicalarla.

Pretender mantener el ritmo de producción habitual del taller a la vez que confeccionaban los diseños de Valentina había resultado ser una locura. Al contratar a varias costureras y auxiliares temporales para hacer frente al aumento de trabajo, hubo ciertos detalles que Jules no consideró en su debida proporción. Como comprobó muy pronto, no se trataba solo de contar con más mano de obra, también se las debía proveer de un espacio del que no disponía. Aquel pico de trabajo sería temporal y no se podía permitir hacer grandes inversiones, así que no le quedó más remedio que pedir a las costureras que trabajasen desde su casa. No era una solución óptima, pero dadas las circunstancias no le quedaban demasiadas alternativas.

Al inconveniente de acomodar al equipo adicional se le sumó el retraso en la entrega de algunas telas indígenas, y el hecho de que estaban elaborando el vestuario sin probarlo ni ajustarlo sobre el cuerpo de Valentina. La negativa de la muchacha a viajar a Nueva York las había obligado a amoldar uno de los maniquíes del taller con sus medidas exactas y rezar por que no decidiese darse un atracón de hamburguesas los días previos a la sesión de fotos.

Desde que había puesto un pie en las oficinas de *Vogue*, hacía ya casi dos meses, la vida de Jules se había convertido en un auténtico caos, una sucesión de obstáculos e imprevistos que la habían mantenido al límite de forma permanente. Por eso, relajó los hombros, lanzó un suspiro y se permitió un instante para sí misma. Estar sola frente a aquel reto estaba siendo muy duro, incluso para ella, que se consideraba una mujer fuerte y determinada. Tragó saliva al sentir una opresión en el pecho. No estaba acostumbrada a la sensación de derrota.

«No es momento de rendirse, Jules», le recordó aquella parte inagotable de sí misma que siempre la acompañaba y que la había conducido hasta aquel momento. Al día siguiente tenían la vista previa con Marie Delphin y el resto del equipo creativo que iba a

participar en el reportaje, y mentiría si dijese que no estaba nerviosa. En realidad, estaba atacada.

Al sentir que su madre le entremetía el faldón de la camisa en los tejanos dio un respingo y se apartó de sus manos.

—¡Madre, ya está bien! Que ya no tengo cinco años, por Dios.

—Nadie lo diría... Haz el favor de ponerte bien la ropa.

—¿A qué has venido? —preguntó con tono lastimero mientras se recolocaba la camisa. No lo hizo con afán de obedecerla, la época en la que vivía por y para recibir el visto bueno de su madre había quedado atrás hacía tiempo, pero si había un rasgo en común entre madre e hija era la obstinación, y Jules no tenía ni la energía ni la paciencia necesarias para seguir escuchándola criticar su aspecto.

—¿Acaso una madre necesita alguna excusa para visitar a su hija después de meses sin verla? Sinceramente, esperaba un poco más de entusiasmo por tu parte —añadió con aquel particular tono suyo que siempre la dejaba con la duda de si la había ofendido o herido en sus sentimientos. Jules se dejó caer en la silla y se masajeó las sienes. No podía con la vena melodramática de su madre.

—Claro que me alegro de verte, es solo que llevamos varias semanas trabajando a contrarreloj y ahora mismo no puedo dedicarte ni un minuto de tiempo. Deberías haberme avisado de que vendrías a Nueva York estos días.

—Cielo, la recaudación de fondos está programada desde hace un año. Janet lo sabe desde entonces. Le pedí que te reservase la velada y se asegurase de que asistirías.

Por muchos años que pasaran jamás comprendería la obsesión de su madre de que acudiese a cualquier evento social del que ella era anfitriona. Por suerte, la mayoría tenía lugar en Washington, donde todavía residían sus padres, así que casi siempre contaba con la excusa perfecta para no asistir. Sospechaba que de aquella gala le iba a resultar más difícil librarse. Suspiró y se rindió a lo obvio.

—Mañana tenemos una fecha de entrega importante, es probable que Janet no me haya querido decir nada hasta haber pasado la reunión. Veré qué puedo hacer... ¿Qué día es?

—Julia... La gala benéfica es esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó con incredulidad. Desde que volvió de Los Ángeles había perdido la noción del tiempo y solo era consciente de que los días pasaban cuando tachaba un número del calendario que tenían colgado en el taller, a la vista de todas, en una especie de perversa cuenta atrás—. Lo siento, madre, pero...

—Ni se te ocurra —la detuvo—. Vas a venir. No me dejarás en evidencia delante de los cientos de invitados que esperan vernos a los tres reunidos esta noche.

—¿Papá ha viajado contigo? —preguntó con incredulidad. Le costaba creer que su padre hubiese encontrado el tiempo suficiente para hacer algo que no estuviese relacionado con su bufete.

—Por supuesto. Él mejor que nadie comprende la importancia de demostrar que somos una familia unida.

Jules resopló con mofa.

—Querrás decir «aparentar» que somos una familia unida.

—Bah, cuestión de semántica —espetó Agatha restándole importancia con un gesto de la mano—. Todas las familias tienen sus rencillas. Te aseguro que la nuestra es de lo más normalita comparada con las historias que conozco. ¿Te acuerdas de Felicia Carrington...?

—Madre —la interrumpió—, no sé quién es la señora Carrington y no tengo tiempo ni ganas de que me expliques sus chismes. Y en cuanto a nuestros problemas familiares... —se detuvo e inspiró con fuerza—. Tú sabes mejor que nadie que son algo más que simples rencillas.

La realidad era que los pocos encuentros en los que su padre y ella coincidían siempre acababan en un intercambio de reproches que la dejaban con un cabreo monumental y un profundo disgusto. Si a aquello le sumaba lo asfixiante que podía llegar a ser su madre, no era de extrañar que sus viajes a Washington se hubiesen ido dilatando en el tiempo hasta reducirse únicamente a visitas en fechas señaladas.

—Sinceramente, no comprendo que sigas guardándole tanto rencor a tu padre. Aquello pasó hace muchos años y lo hizo por tu bien. Cuando seas madre comprenderás...

—¡Por favor! —exclamó con una carcajada carente de humor—. ¡Esa es la excusa más trillada de la historia! Si algún día llego a ser

madre, te aseguro que procuraré darles a mis hijos más libertad de la que vosotros me disteis.

Agatha elevó el mentón y sus ojos brillaron con indignación.

—Tu padre te dio la libertad de elegir.

—Tú y yo tenemos un concepto muy distinto de «libertad» —masculló.

—Y al final resultó en tu beneficio —añadió su madre como si no la hubiera escuchado. Se tensó al verla hacer un gesto abarcando todo lo que la rodeaba—. Mira todo lo que has conseguido desde entonces. No muchas diseñadoras anónimas pueden decir que han desfilado en la Fashion Week de Madrid. Si papá no hubiera intervenido...

—No te atrevas a insinuar que he llegado hasta aquí gracias a él —gruñó, levantándose de la silla y plantando las manos sobre la mesa—. Y mejor no hablar de lo de Madrid. Jamás se me hubiera ocurrido participar si hubiese sabido que papá estaba detrás.

—¿Te das cuenta? Después nos echas en cara que no te lo dijéramos. Ese orgullo tuyo te complica la vida en exceso.

—¡Mi orgullo es lo único que me protege! —gritó Jules, enfurecida al recordar aquella semana—. Jamás me habéis dado nada gratis. Cada jodido logro me ha costado muchos sacrificios y ya no me apetece deberos nada más.

—¿Sacrificios? —inquirió Agatha, elevando una ceja como único indicio de emoción—. ¿Te tengo que recordar que te pagamos los estudios en el FIT y que gracias a nosotros pudiste alojarte en Manhattan durante la carrera sin ningún coste? Eso sin mencionar que este local es tuyo gracias a la herencia de mi familia. —Jules sintió un intenso sofoco trepándole por el cuello. Estaba tan furiosa que sentía que estaba a punto de explotar—. Y cuida ese lenguaje, señorita. No es propio de una dama ser tan mal hablada.

—Hablaré como me dé la puta gana —siseó sin poder contenerse más.

—¡Julia! —exclamó, escandalizada—. ¿Se puede saber qué diantres te pasa?

—¡Lo que me pasa es que estoy harta de escuchar siempre la misma historia! Tú mejor que nadie sabes cuánto sacrifiqué para conseguir

que me pagaseis la universidad, así que no pienso permitirte que ahora vengas y le quites valor. ¡Porque lo tenía! ¡Todavía lo tiene!

Hacía semanas que la asaltaban multitud de recuerdos cuando menos se lo esperaba. No importaba lo que estuviese haciendo o cuán concentrada tuviese la mente en el trabajo, instantes de aquella época se colaban entre las ranuras de su subconsciente, tan vívidos que volvía a experimentar las efervescentes emociones de entonces, y también la impotencia y tristeza que la asoló después.

La reaparición de Blake había traído consigo mucho más que a un simple amigo de la adolescencia. Había abierto la puerta de aquel apartado rincón de su corazón que raras veces se permitía visitar, y preguntarse qué habría sido de ellos si aquel día hubiese elegido algo distinto.

—Por Dios, hija, te juro que muchas veces no te comprendo. Tampoco era para tanto.

La genuina confusión de Agatha la desconcertó.

¿Podía ser que su madre no estuviese restándole importancia a lo que pasó sino que realmente nunca hubiese comprendido su alcance? ¿Podía alguien estar tan centrado en su propio mundo y necesidades como para no ver nada más allá de sus narices, incluso aunque se tratase de su propia hija? En el fondo siempre había sabido la respuesta. Quizá por eso nunca le había guardado el mismo rencor que a su padre. Su baremo interno debía considerar que la infracción por omisión era más leve que la que implicaba intención.

Dejó escapar un suspiro. No tenía ningún sentido darle más vueltas.

—Dejémoslo estar, por favor. De verdad que me alegro de verte, pero ahora mismo no puedo estar por ti.

—Está bien, está bien. Ya me voy. —Se levantó con fluidez y se llevó las manos al cuello de la gabardina y al cabello para asegurarse de que todo continuaba en su sitio. Nadie diría que acababa de tener una fuerte discusión con su hija—. Entonces, te veo esta noche a las ocho.

—No podré ir.

—Julia Marie Simmons...

—Necesito cada minuto que queda hasta la reunión de mañana para

asegurarme de que todo está perfecto.

A Agatha Simmons no le habían pasado desapercibidas las profundas ojeras y las marcadas líneas de expresión alrededor de los ojos de su hija, que hablaban a voces de su nivel de agotamiento y de una determinación que le era muy familiar, y aun así se tuvo que contener para no insistir.

—En fin. —Agatha lanzó un suspiro que sonó a rendición—. Supongo que me tendré que conformar con presumir ante todas esas viejas cotillas de que los diseños de mi hija van a copar las páginas centrales de *Vogue*. Aunque, bien pensado… —añadió, sujetándose la barbilla con la mano—, creo que no haré demasiado énfasis en el tema. No quisiera ofender sus bolsillos y que la recaudación de fondos se viese boicoteada por una cuestión diplomática.

Jules estalló en carcajadas y se acercó a darle un abrazo.

—Gracias.

—No se te olvide llamarme mañana en cuanto salgas de la reunión —replicó, apartándose sin disimulo, incómoda con la muestra de afecto de su hija.

—Prometido.

Agatha se recolocó de nuevo la gabardina, cuadró los hombros y elevó el mentón. A continuación, abrió la puerta del despacho y se marchó con el mismo porte de una reina. Solo le faltaba el séquito.

Jules sacudió la cabeza con una sonrisa en los labios.

Genio y figura.

13

—Este no es el trabajo que habíamos acordado.

La cara de póker y el tono monocorde de Marie Delphin sumió la sala en un tenso silencio. Amanda, la directora ejecutiva de moda, permaneció inmóvil como una estatua. La experiencia le había demostrado que era lo más inteligente en aquellos casos. Mientras, su joven e inexperta asistente se removía como si estuviera sentada sobre cientos de hormigas, sobrepasada por el ambiente asfixiante que se respiraba allí dentro, y Grace la fulminaba con la mirada, claramente molesta por que hubiese aplicado cambios a los diseños sin consultarle ni informarle previamente al respecto.

Jules tragó saliva y por primera vez en semanas dudó de su sano juicio.

Tras su visita a Los Ángeles se había debatido entre mantener los diseños tal como los había concebido en un principio o modificarlos de acuerdo con lo que creía que Valentina deseaba transmitir. Continuaba molesta con *Vogue* por la argucia en la que la habían implicado para conseguir la colaboración de las diseñadoras indígenas, así que, llevada por su temperamento impulsivo y convencida de que los ajustes favorecerían a Valentina, se había pasado el vuelo de vuelta a casa modificando texturas, volúmenes y tonalidades para suavizar su imagen, hacerla más cercana, accesible y dulce.

No se había parado a pensar en lo suicida de sus acciones ni en el riesgo que correría con ellas.

—Los ajustes son menores —dijo con un hilo de voz. Tenía la garganta seca. Carraspeó y lo intentó de nuevo—. Tras hablar con Valentina consideré oportuno suavizar algunas líneas, utilizar telas más vaporosas y tonalidades más claras. Además, he añadido los estampados indígenas que nos autorizaron, y en este caso —puntualizó Jules, señalando el maniquí con el blusón color marfil—

hemos bordado la gasa con abalorios nativos en tonos nácar, formando círculos concéntricos a lo largo de la superficie de la prenda.

Jules estaba especialmente orgullosa de aquella pieza. El trabajo artesanal que habían hecho las bordadoras era extraordinario.

—Grace, ¿tú estabas al corriente? —preguntó Marie mientras se acercaba al lugar donde reposaban los tres maniquíes con sus correspondientes diseños para analizarlos con minuciosidad.

—Hasta cierto punto —respondió la aludida con tono seco, al unirse a su inspección.

—No me convence el vestido —declaró Marie tras varios minutos rodeando los maniquíes—. Demasiado insulso. Metros de tela que no dicen nada.

Jules se obligó a relajar la mandíbula. Estaba tan tensa que temía acabar haciéndose una herida en la lengua.

Antes de entrar a la reunión, Grace le había dado una sola instrucción: «Diga lo que diga Marie, no se te ocurra contradecirla en nada. Yo me encargo de ella». En el momento le había parecido una buena idea —sin duda, Grace sabría manejarla mejor que ella—, pero claro, eso había sido antes de escuchar a Marie echar pestes sobre el que se había convertido en su vestido favorito, y ahora todo su cuerpo se estaba revelando contra aquel mandato y reclamaba pelea.

Preocupada por meter la pata en un momento tan delicado, dirigió la mirada hacia el rincón de la sala donde estaba sentado Blake para distraerse. De brazos cruzados y con un tobillo reposando sobre la rodilla, observaba la escena con total desafección, la misma que había mostrado al saludarla al inicio de la sesión. Apretó los puños con rabia. Estaba harta de aquella actitud.

De golpe, como si hubiera percibido su inquietud, él se volvió a mirarla. Clavó sus ojos en ella con intensidad, asintió de forma casi imperceptible e hizo un ligero movimiento de cabeza, animándola a seguir. Fue todo tan rápido que Jules creyó haberlo imaginado.

—No estoy de acuerdo —escuchó decir a Grace, poniendo en palabras lo que ella pensaba—. Es etéreo y femenino. Fíjate en la caída que tiene la seda de la falda, todo ese volumen en movimiento

será un sueño…

La editora jefa chasqueó la lengua con fastidio.

—Tú siempre tan idealista y romántica…

—De eso trata la moda, Marie, de hacer soñar a la gente. Y esta pieza arrancará suspiros, te lo aseguro.

Las tensiones entre la editora jefa de *Vogue* y su directora creativa eran harto conocidas. Llevaban casi dos décadas trabajando juntas y, aunque no tenían demasiada afinidad personal, en el ámbito profesional funcionaban como un reloj suizo bien engrasado. El ojo experto de Marie combinado con la visión poética, casi mágica, de Grace, habían dado como resultado decenas de editoriales que pasarían a la historia por su excepcional belleza y sensibilidad.

—Deduzco que vas a seguir adelante con esta pieza a pesar de mi opinión.

—Funcionará, Marie. Confía en mí.

Jules dejó salir el aire que había estado conteniendo y se mordió el labio para disimular la sonrisa que pugnaba por dibujarse en su boca.

—Blake. —Grace le invitó a que se uniese al grupo con un gesto de la mano—. Tengo pensado que Valentina lleve este modelo en las dunas. Llevaremos ventiladores que hagan volar la falda y la cola a su espalda. —Entrecerró los ojos—. Irá descalza, pelo suelto, maquillaje muy natural…

—Suena bien —afirmó Blake con gesto concentrado, su mente a miles de kilómetros de allí, recorriendo de memoria los ángulos y planos más adecuados del vasto desierto para la imagen que conjuraba Grace. Conocía el sitio perfecto—. Haremos la sesión al atardecer.

Jules sonrió al recordar el día que Blake le había confesado que aquella era su hora preferida del día para tomar fotografías y cayó en la cuenta de que su amistad se había forjado entre obturadores, objetivos y carretes de fotos. ¡Qué fácil había sido conectar con él en aquel entonces! La melancolía la golpeó con fuerza. Desde que se habían vuelto a encontrar todo era complejo y extraño; lleno de matices y contradicciones. Pero también excitante e inspirador…

—Jules, ¿qué tal si nos presentas el resto de los conjuntos? —La voz de Grace la trajo de vuelta al presente.

A partir de aquel momento dejó de lado el embrollo de sentimientos que le producía Blake y se centró en la reunión, todo bajo la expresión de desidia de Marie Delphin presidiendo la sala.



—Que sea la última vez que haces el más mínimo cambio sin informarme primero. —Los hombros de Jules se tensaron al escuchar el siseo de la directora creativa a su espalda.

Había empezado a desmontar los maniquíes tan pronto el equipo de *Vogue* había abandonado la sala. No debería haberle sorprendido que Grace no se hubiese marchado con ellos. Apretó la mandíbula, inspiró con fuerza y dejó lo que estaba haciendo para enfrentarse a ella.

La pálida piel de Grace lucía un rojo brillante. Un rojo furioso, en realidad.

—Podría decirte lo mismo —replicó Jules, tuteándola por primera vez y alzando el mentón con desafío a pesar de sentir el corazón en las sienes y tener las palmas sudadas. Quizá no había actuado del todo bien, pero no pensaba dejarse intimidar por ello.

Le pareció escuchar una risa ronca a su izquierda, pero estaba demasiado exaltada para procesarlo.

—¡¿Cómo dices?! —El tono agudo de Grace reflejó su incredulidad.

—Que a mí tampoco me gustó que me enviaras a tratar con alguien en nombre de la revista sin informarme antes de todos los detalles de vuestra relación con ella.

—No te preocupes —masculló—, si sigues así, esta va a ser la primera y la última vez que nos representes.

—¡Entonces, no lo niegas!

Grace se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tendría hacerlo? Y por cierto, reza para que Marie no cambie de opinión y elimine tus diseños de la sesión de fotos.

Indignada con la sutil amenaza, Jules hizo acopio de hasta el último ápice de energía que le quedaba en el cuerpo y lo dejó escapar por la

boca de la forma más inoportuna.

—Me importa bien poco. —Se cruzó de brazos al sentir que le temblaban las manos. Algo en su interior la advertía de que se estaba pasando, pero estaba demasiado furiosa para prestarle atención—. Es más, quizá sea yo la que no quiera...

—¡Oh, por favor! —gritó Grace, alzando los brazos—. ¿Nunca sabes cuándo parar? De verdad que admiro tu espíritu luchador, incluso esa vena rebelde tuya que me mete en problemas, pero tienes que aprender a saber cuándo callarte. —Jules apretó los labios en una fina línea—. ¿Es que no te das cuenta? Si no te enviaba a hablar con ella, *Vogue* tendría una nueva demanda sobre la mesa en seis meses.

—Me engañaste —masculló Jules entre dientes—. Me utilizaste para tus propósitos.

—¿En serio? —Soltó una carcajada—. Que yo sepa tú eras la primera interesada en colaborar con las indígenas. Quizá mis métodos no fueron los más adecuados, pero en esto todas hemos salido ganando, ¡así que no me vengas ahora con...!

—Señoras —intervino Blake de repente—. Creo que deberíamos calmarnos.

Jules se tensó al notar su mano en la parte baja de la espalda, que paseó en un movimiento hipnótico al tiempo que le susurraba al oído:

—Tranquila.

Al instante ella le lanzó una mirada asesina y movió los hombros con un golpe seco para deshacerse de su caricia. Odiaba aquella palabra. La odiaba con todas sus fuerzas y no le importaba quién se la dijese. Ni siquiera si era Blake.

¿Acaso la gente no sabía que aquello era lo peor que se le podía decir a una persona cuando su cabreo estaba en plena ebullición?

—Acabemos con esto de una vez. —Grace ya había recogido sus cosas y se encontraba cerca de la salida. Le dirigió una dura mirada—. Creo que ambas hemos dejado clara nuestra postura. Espero que no se repita nada parecido en el futuro.

Jules se mordió la lengua y asintió. Ya había tensado la cuerda lo suficiente.

—Por cierto. —Grace se detuvo con el pomo en la mano e inspiró

con fuerza antes de decir—: Enhorabuena por el trabajo. Los diseños son magníficos.



En cuanto Jules escuchó el clic de la puerta al cerrarse tras de sí, los últimos dos meses de trabajo extenuante, de mantenerse en constante tensión y de salvar obstáculo tras obstáculo cayeron sobre sus hombros como un peso muerto. Buscó asiento y apoyó la frente sobre una mano. Tenía el estómago revuelto y la cabeza le daba vueltas.

—Yo también me marcho.

Jules se incorporó de golpe.

—¿Te vas?

—Sí —respondió Blake sin mirarla—. Por hoy mi trabajo ya está hecho.

—Claro —masculló ella mientras se levantaba y retomaba la tarea de desvestir a los maniquíes con mal humor. Empezaban a sacarla de quicio las prisas que siempre tenía por marcharse.

—En fin... —titubeó él—. Supongo que esto es un adiós.

Las manos de Jules se detuvieron sobre el cuerpo del vestido que estaba desmontando. La idea de no volver a verle nunca más le abrió un hueco en el centro de las costillas que apenas le permitió hablar.

—Supongo —susurró ella sin volverse.

Y como si se tratase de un sueño, el tiempo que siguió a continuación se dilató hasta detenerse. En el espacio de apenas unos segundos Jules comprendió que todavía no estaba preparada para despedirse de él, por eso, al escuchar que Blake se encaminaba hacia la salida, soltó de repente:

—¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? —Su cuerpo protestó en cuanto pronunció aquellas palabras. Lo que de verdad necesitaba era ir directa a casa y dormir las próximas setenta y dos horas, pero la necesidad de arañar algunas horas más en su compañía eran más fuertes que cualquier cansancio—. ¿Por los viejos tiempos?

—insistió Jules al ver que él no respondía, haciendo un ligero puchero con los labios.

El rostro de Blake se contrajo y una sombra de duda atravesó su mirada. Sus fosas nasales se dilataron al tomar una fuerte inspiración, que expulsó a continuación con determinación.

—No creo que sea buena idea.

Jules frunció el ceño y ladeó la cabeza, confundida por aquella respuesta.

—¿Qué no es buena idea? ¿Cenar conmigo o hacerlo por los viejos tiempos?

Un músculo tembló en su mandíbula.

—Ambas.

—¡Vaya! —exclamó ella, dando un paso atrás y cruzándose de brazos—. Desde luego, no se te puede culpar de falta de sinceridad.

—Jules...

—No, no. —Alzó una mano—. Soy mayorcita. Te aseguro que sé encajar una negativa, pero aquí hay algo más que no me estás contando. ¿Se puede saber cuál es tu problema?

—No hay ningún problema. Es solo que... —Con una mano sobre su cadera, se frotó la frente con la otra—. Ya te dije que era mejor dejar el pasado atrás y centrarnos solo en el trabajo.

—Sí, eso me dijiste, pero sigo sin comprender por qué.

—Ya no somos los mismos de entonces.

Jules soltó una risa hueca.

—Por supuesto que no, pero ¿qué tiene de malo querer ponerse al día?

Pretender que ninguno había cambiado sería estúpido, pero precisamente por cuán diferentes eran ahora las cosas entre ellos necesitaba ir más allá. Las emociones que despertaban en su interior cada vez que estaban juntos eran estimulantes, poderosas, y tras lo que había sucedido en Los Ángeles sabía que él lo sentía también.

Avanzó unos pasos con lentitud y solo se detuvo cuando la punta de sus zapatos rozó la de los mocasines de él. En el instante en que invadió su espacio personal, Blake se envaró y apretó las manos a los costados.

—Venga, Blake. ¿Tanto han cambiado las cosas que ya no soportas compartir una cena conmigo? —dijo ella con media sonrisa, provocándole.

La mirada de él se suavizó.

—Ese es el problema. —Blake alzó la mano y le colocó un mechón tras la oreja con delicadeza, sus pupilas dilatadas al roce con su fina piel—. No han cambiado lo suficiente.

—¿De qué hablas? —preguntó con un hilo de voz. Empezaba a tener serias dificultades para respirar con normalidad y tanto enigma la estaba volviendo loca. Tenía el cerebro demasiado embotado para ponerse a descifrar mensajes.

Él sacudió la cabeza y compuso una sonrisa tensa mientras volvía a poner distancia entre ellos.

—Olvídalo, no tiene importancia. Tu trabajo está prácticamente hecho y el mío empezará en un par de semanas. Lo mejor es que nos despidamos y olvidemos que nos hemos encontrado.

Quizá estaba demasiado sensible tras tantos meses de sobreesfuerzo, o puede que su cuerpo le estuviera dando señales de que hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, pero Jules se negó a dejarlo pasar. Sus latidos se descontrolaban en cuanto le tenía cerca, su estómago cosquilleaba cuando le dirigía aquella sonrisa llena de hoyuelos y cada célula de su cuerpo reaccionaba a sus caricias de un modo abrumador. ¿Cómo demonios pretendía que se olvidara de todo y continuara como si nada?

De pronto, procesó lo que Blake acababa de decirle y sintió una punzada de satisfacción al pronunciar las siguientes palabras:

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Voy a acompañar a Valentina durante la sesión de fotos. —Blake agrandó los ojos y un atisbo de pánico cruzó sus pupilas—. Fue una de sus condiciones para seguir adelante con el reportaje. Me temo que no te va a quedar más remedio que soportarme durante una semana más.

SEGUNDA PARTE

> Nada te puedo dar que no exista ya en tu interior. No te puedo proponer ninguna imagen que no sea tuya… Solo te estoy ayudando a hacer visible tu propio universo.
>
> HERMAN HESSE

14

A pesar de su carácter impulsivo y alocado, Jules era muy previsora cuando se preparaba para viajar. Su extraordinaria habilidad para encajar en una minúscula maleta hasta el más nimio detalle le permitía andar arriba y abajo con un solo bulto, lo cual le iba a resultar de lo más útil en la semana que tenía por delante.

Echó un vistazo a Janet y se apiadó de ella arrebatándole una de las bolsas que llevaba colgada al hombro.

—¿No se te ocurrió consultar la previsión del tiempo antes de viajar? —le preguntó al observar el sarpullido que comenzaba a aparecer en el cuello de su asistenta.

—¡Claro que lo miré! El problema es que en este rincón del mundo pasan por las cuatro estaciones del año en un solo día —refunfuñó mientras se retorcía intentando calmar el picor de la piel.

—Solo hace algo de frío por la noche —musitó Jules mientras localizaba al tipo del sombrero que las había ido a buscar al aeropuerto. De rasgos claramente indígenas y tez quebrada, se había presentado como Joe Mckenzie e iba a ser el encargado de acompañarlas durante su travesía por aquellas áridas tierras—. El resto del día hace un calor infernal.

El aeropuerto de Page se encontraba al noroeste de la Nación Navajo, fuera de sus fronteras, y era el que se encontraba más cerca de la primera localización del rodaje. Sus instalaciones era tan diminutas que tardaron apenas unos minutos en atravesarlas de un extremo a otro hasta alcanzar el aparcamiento.

Se detuvieron al llegar a un enorme jeep de color rojo polvoriento, con el techo y los laterales descubiertos.

—Haremos una parada en Big Water para repostar —las informó Joe mientras colocaba sus equipajes en el maletero—. Después pondremos rumbo a La Ola y en una hora se reunirán con el resto del equipo.

El rostro de Janet se iluminó con una enorme sonrisa y Jules supo que había tomado la decisión acertada al aceptar su propuesta de acompañarla.

Ambas habían pasado muchas horas debatiendo cuál sería la mejor forma de promocionar su colaboración con *Vogue*. Tenían intención de lanzar una campaña de publicidad en las redes sociales y actualizar la página web del atelier haciéndose eco de la noticia en cuanto la revista les diese permiso. Su ayudante había tenido la genial idea de hacerlo con una entrada en el blog que relatase sus aventuras durante el rodaje, mostrando todo lo que las lectoras no solían ver: el día a día de una sesión de fotos de alta costura, la organización del set, el proceso de preparación de Valentina, momentos distendidos del equipo...

A Jules la idea le había parecido tan original y excitante que no había tenido mucho que pensar. Convencer a Grace de que aceptase le costó un poco más. Solo accedió una vez que ella se comprometió a hacerse cargo de los gastos, y tras firmar acuerdos de confidencialidad con *Vogue*, obtener la autorización de cesión de los derechos de imagen de todo el equipo y asegurar que no aparecería ninguna de las personas que se había negado a darlo.

Tras cuarenta minutos de trayecto, Janet había guardado su cámara, aburrida de grabar el paisaje desértico que los había acompañado desde que se habían incorporado a la autopista, y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en un terreno llano repleto de pequeños matojos y poco más. Si no hubiese sido por la enorme señal con la que se habían topado hacía unos veinte minutos dándoles la bienvenida al estado de Utah, hubiesen jurado que se movían en círculos.

Jules lanzó un alarido y se sujetó con fuerza al marco de la ventana al sentir que el jeep daba una fuerte sacudida y viraba a la izquierda. Joe se había adentrado en un camino pedregoso y algo accidentado sin disminuir la velocidad, dejando el asfalto atrás en cuestión de segundos.

—La primera vez por estas tierras, ¿eh? —dijo Mckenzie con picardía.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Jules sonrió al escuchar la carcajada del indio.

—Después de veinte años haciendo de guía local puedo distinguir a una chica de ciudad a kilómetros de distancia.

No se ofendió. Siempre se había considerado una *city girl*.

—¿Suelen venir muchos turistas por esta zona?

—No demasiados, pero solo porque el gobierno limitó el acceso a un máximo de veinte personas al día.

—¿Y eso?

—Microsoft.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañada. Se puso la mano sobre el sombrero cuando una ráfaga de viento levantó uno de los laterales y se inclinó hacia delante para facilitar la conversación.

—Lo que oye. La culpa la tuvo Microsoft, que en la versión de su sistema operativo de 2009 incluyó una fotografía de La Ola entre sus nuevos fondos de escritorios. Desde entonces, ¡puf! —Joe despegó las manos del volante en un gesto que imitaba a una explosión—. La gente empezó a venir en manadas hasta que tuvieron que poner orden para asegurar que se preservaba el entorno natural.

—No se le ve muy contento.

—Si por mí fuera no entraría nadie en este territorio ni en ningún otro.

—Extraña reflexión para alguien que se gana la vida mostrando estas tierras a los turistas.

—Así soy yo, señorita. —Sujetó el alerón de su sombrero entre dos dedos y asintió con un gesto seco al tiempo que la miraba con intensidad a través del retrovisor—. Alguien extraño.

El tono solemne del nativo la desconcertó.

—¡Ya llegamos!

Janet recuperó con urgencia la cámara de la bolsa y empezó a grabar a medida que entraban en el campamento base. Asentado a los pies de una curiosa formación rocosa en forma de U, un reducido enjambre de personas se movía con soltura entre sus paredes.

Jules distinguió a Grace enseguida; un punto negro entre la gama cromática de colores tierra que la rodeaba. Solo aquella mujer era

capaz de ser fiel a su estilo incluso bajo el fuego abrasador del sol de mediodía. Las botas de montaña la hacían caminar con torpeza, sus escuálidas y pálidas piernas resaltaban contra el oscuro pantalón corto y el sombrero de montaña en color *camel*, con visera y tela de protección para la nuca, le daba una apariencia rayana en lo cómico. Parapetada tras unas sofisticadas gafas de sol que desentonaban gravemente con el resto de su atuendo, las saludó con entusiasmo cuando llegó hasta ellas.

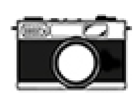
—¡Bienvenidas! Llegáis justo a tiempo. Estaba a punto de salir hacia el set.

—¿Todavía no habéis empezado? —preguntó Jules sorprendida mientras bajaba del vehículo y recogía su maleta de manos de Joe.

—¿Estás de broma? Blake y Valentina están allí desde primera hora de la mañana. —A Jules le dio un vuelco el corazón al escuchar el nombre del fotógrafo—. Yo he tenido que volver para coordinar un par de temas de la próxima localización, pero ya están resueltos. Venga, dejad vuestras cosas y vamos juntas. Tenemos media hora de camino y hay que saber cómo llegar hasta allí. Señor Mckenzie, ¿les puede mostrar cuál es su autocaravana?

No se entretuvieron demasiado. En cuanto dejaron el equipaje y Janet se hubo cambiado, las tres partieron rumbo a La Ola.

Aquel primer día de rodaje no iban a utilizar ninguno de los diseños de Jules, pero ella estaba igual de impaciente por llegar hasta ellos. Aunque continuaban sin gustarle los medios de Valentina para obligarla a ir hasta allí, aquel entuerto le había brindado la oportunidad de hacer un paréntesis en su ajetreada vida y, lo que era todavía más importante, de estar cerca de Blake día y noche durante los próximos siete días. Había viajado hasta allí decidida a aclarar las cosas con él; necesitaba comprender qué estaba sucediendo entre ellos, por qué se empeñaba en mantener las distancias y actuaba como si la atracción que había surgido entre ellos fuera inexistente, y no pensaba volver a Nueva York sin averiguarlo.



Apenas faltaban cien metros para llegar al set de rodaje cuando Jules comprendió de dónde provenía el nombre de aquella formación rocosa y la razón por la que habían escogido aquel lugar como uno de los escenarios del reportaje.

La Ola, también conocida como «la Ola Petrificada», parecía un lugar sacado de otro mundo.

Las profundas intersecciones onduladas en tonos amarillos, anaranjados y rojizos la dejaron boquiabierta. Pasó un pie sobre el terreno que pisaba y se sorprendió al descubrir que la superficie tenía una textura rugosa. Compuesta de cientos de miles de láminas, las distintas tonalidades areniscas creaban un efecto visual espectacular e hipnótico del que costaba apartar la mirada.

Por lo que pudo observar, solo el equipo de *Vogue* ya copaba el aforo de visitas de aquel día. Al distinguir los bártulos desperdigados de cualquier manera sobre aquel espacio natural comprendió mejor las palabras de Joe y se alegró de las fuertes restricciones que existían para visitar aquel lugar. No quiso ni pensar en lo que habría pagado la revista para poder utilizar el espacio en exclusiva.

—¿Dónde están? —preguntó Grace sin resuello tras cinco kilómetros de caminata.

—Detrás de aquella duna —señaló un técnico que andaba cerca—. Valentina se acaba de cambiar de ropa, y Blake quiere hacer más tomas aprovechando la sombra.

—Vamos.

Las chicas siguieron a la editora hasta una zona oculta a primera vista mientras observaban fascinadas el enclave que las rodeaba. Jules andaba tan distraída que dio un traspié y dejó de escuchar la cháchara de Janet, que no había dejado de parlotear durante todo el camino, en cuanto divisó a Blake reclinado contra una de las paredes de la ola, cámara en mano y con gesto relajado. Sus latidos empezaron a ganar velocidad y su estómago se cerró de golpe al observar la genuina sonrisa que adornaba su rostro mientras escuchaba a Valentina.

La muchacha lucía radiante, exótica y sofisticada en un ajustado pantalón *camel* con dos bolsillos extragrandes superpuestos en los laterales y un sencillo top blanco bajo una preciosa torerita negra de

manga tres cuartos. La chaqueta estaba exquisitamente adornada con intrincados bordados indígenas de color tierra en las solapas y los puños, y un sutil trenzado en rojo rodeaba las costuras de las sisas. Una ancha gargantilla amerindia destacaba su esbelto cuello, y de sus orejas y pecho colgaban joyas de plata con incrustaciones en ámbar. El conjunto lo completaban unos guantes de fino cuero rojo y unas sandalias con tacón, confeccionadas con abundantes motivos navajos, en color rojo, granate, tierra, blanco y negro, anudadas con unas tiras de cuero a sus pantorrillas.

—Ya estamos todos —anunció Grace, dando palmadas con entusiasmo y provocando que fotógrafo y modelo se percatasen de su presencia.

Blake se incorporó con lentitud y sus ojos la buscaron de inmediato. En cuanto la localizó, una mirada inescrutable tiñó sus ojos y todo rastro de relajación desapareció de su rostro. Hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo y se colocó las gafas de sol como escudo, cualquier emoción ahora oculta tras los cristales tintados.

—¡Qué bien que ya estéis aquí! —La efusividad de Valentina la pilló desprevenida. Tenía una expresión relajada y feliz que no le había visto en meses y se preguntó cuánto tendría que ver Blake en aquello.

Tragó saliva y sonrió.

—Hola, Valentina. No sé si recuerdas a Janet, mi ayudante.

—Madre mía, ¡me encanta tu look! Estás impresionante —la agasajó Janet.

Ambas jóvenes entablaron conversación enseguida. Mientras charlaban, una maquilladora retocaba los brillos del rostro de Valentina y le aplicaba *gloss* en los labios, y una peluquera repasaba el alisado de su melena.

En cuanto tuvo la ocasión, Jules se alejó en dirección a Blake, incapaz de permanecer apartada de él durante más tiempo. Empezaba a pensar que una fuerza invisible la empujaba hacia él siempre que le tenía cerca.

—... es muy bonita y fotogénica —escuchó que él decía—, pero se nota que no está acostumbrada a la cámara. He necesitado horas para conseguir que se relaje.

—No podemos permitirnos perder horas cada día, Blake. Cada minuto de esta semana vale miles de dólares.

Jules carraspeó para hacerles saber que estaba allí.

—Disculpad, ¿interrumpo?

—Jules, no, acércate —dijo Grace—. Quizá tú puedas ayudarnos en esto.

Blake apretó la mandíbula y desvió la mirada hacia algún punto más allá de las dunas de piedra.

—Comentábamos que Valentina sigue estando muy tensa. De verdad que no sé qué tiene esa chica en la cabeza.

—Bueno, no es modelo profesional, quizá se siente abrumada por todo esto.

—Grace —interrumpió él—, ya te he dicho que yo me encargo. Estoy acostumbrado a encontrarme este tipo de problemas y sé qué necesita Valentina para relajarse.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es? —Las palabras salieron de la boca de Jules de forma más abrupta de lo que pretendía.

Él la miró de reojo y alzó una ceja.

—He observado que la mayor parte del tiempo está a la defensiva. Solo necesito pasar tiempo con ella, conseguir que se acostumbre a tenerme cerca, a su alrededor, hasta que se olvide de que estoy ahí y actúe con naturalidad.

Lo que explicaba sonaba del todo razonable, incluso obvio si uno se ponía a pensar en ello; sin embargo, que Blake buscase expresamente la compañía de Valentina cuando evitaba la suya a toda costa la molestó sobremanera.

—Bien. Haz lo que haga falta —espetó Grace, y a continuación masculló—: Este maldito reportaje va a acabar con mis nervios y solo acabamos de empezar.

—No te preocupes, vas a tener unas fotografías magníficas.

—¿Las podré ver hoy?

Blake asintió.

—Esta tarde, cuando estemos de camino, las descargaré y podremos echarles un vistazo. Todavía tendré que editarlas, pero podrás hacerte una idea.

—Fantástico. —Le palmeó un hombro y desapareció en busca de alguna otra víctima a la que presionar.

Una vez solos, Blake se dedicó a cambiar la lente de la cámara como si ella no estuviese allí. Jules esperó algunos segundos en silencio a que acabase la tarea, pero cuando el ambiente se volvió denso e incómodo comprendió que la estaba ignorando a propósito. Se cruzó de brazos y le observó enfurruñada. No quería discutir con él. Había viajado hasta allí para salvar la distancia que los separaba, no para ahondarla. Miró a su alrededor y soltó un suspiro resignado al ver que Valentina empezaba a acercarse para retomar la sesión. Aquella conversación iba a tener que esperar todavía un poco más, pensó, dándole la espalda a Blake.

—Espero que hayas traído algo para cubrirte.

—¿Cómo dices? —Jules se volvió con el ceño fruncido.

Blake señaló sus hombros desnudos, solo cubiertos por los finos tirantes de la camiseta, y los pantalones cortos por encima de la rodilla.

—Tu piel es demasiado clara y delicada. Si no te cubres acabarás quemada en una hora.

—¡Pero hace un calor horrible!

—Mejor pasar algo de calor que acabar en el hospital por insolación.

Entonces se fijó en la camisa de lino de manga larga que él llevaba, y los anchos pantalones del mismo material, y negó lentamente al comprender a qué se refería.

—No me he traído nada parecido.

Blake soltó un bufido y se arrancó las gafas de sol con un gesto brusco. Un profundo ceño partía su frente en dos cuando la miró con enfado.

¿Y ahora qué le pasaba?

—Al menos habrás traído protección solar, ¿no?

¿Acaso creía que era tonta? Le lanzó una mirada mordaz y estaba a punto de responderle un satisfecho «por supuesto» cuando recordó las prisas por dejar la maleta para unirse al set, su bolso tirado de cualquier manera en la autocaravana… y el bote de crema solar +50

que había traído consigo y descansaba dentro.

—Pues...

—¡No me lo puedo creer! —masculló él mientras se inclinaba para rebuscar en una mochila que yacía a sus pies. Segundos después se acercó a ella con un protector solar en las manos—. Póntela ahora mismo por toda la piel y repites en media hora.

—¿Media hora? —rezongó ella con fastidio.

—No me discutas. Vas a sudar la mayor parte en cuestión de minutos.

Ella le arrebató el tubo de las manos.

—Está bien, pero que sepas que eres un mandón.

—Y tú, una cabeza hueca.

—Eres insoportable.

—Vale. —Se cruzó de brazos, para nada afectado por su insulto, y le hizo un gesto con la cabeza, claramente a la espera de que ella empezara a embadurnarse de crema.

Desenroscó el tapón con un resoplido y cuando fue a apretar el envase se le ocurrió una idea perversa. Le ofreció la loción.

—Ya que estás tan preocupado por mi bienestar —dijo con un tono casual que nada tenía que ver con el desafío en su mirada—, ¿qué tal si me ayudas y así te aseguras de que no quede ni un centímetro de piel sin protección?

Los brazos de Blake se tensaron contra las mangas de su camisa y el gris de sus ojos, ahora en penumbra, brilló con burla.

—¿Estás segura de que soportarías que vuelva a tocarte?

Boquiabierta, Jules dejó caer el brazo que sujetaba la crema con laxitud. Había esperado una respuesta mordaz, quizá juguetona, pero no aquella pregunta tan directa.

—Así que por fin vamos a hablar de ello. —El recuerdo de los dedos de Blake sobre su piel y el indescriptible placer que había sentido con aquella simple caricia le calentaron la sangre y dieron rienda suelta al tumulto de emociones que llevaba dentro desde hacía semanas—. No he dejado de pensar en aquel momento desde entonces. No sé cuántas veces he fantaseado con la idea de qué habría ocurrido si no nos hubieran interrumpido, así que... Juzga tú mismo si me gustó o no que

me tocaras.

Más tenso de lo que jamás le había visto, Blake entrecerró los ojos con suspicacia y durante unos instantes la analizó con tanta intensidad que la asustó. Jules no fue consciente de haber estado conteniendo el aliento hasta que por fin él apretó los labios y asintió con lentitud, momento en el que sus pulmones volvieron a insuflar oxígeno.

—Debería volver a trabajar —dijo él, mirando alrededor.

—Claro —respondió ella con humor al ver que él volvía a eludirla.

—Ponte la crema —le ordenó Blake, apuntándola con el dedo. Después se sacó la gorra para peinarse con los dedos y volvió a colocársela con rapidez.

—Sobre lo otro...

—Después —respondió él, poniéndose las gafas de sol otra vez.

—No voy a dejarlo pasar —le advirtió.

Blake sacudió la cabeza con resignación y soltó una escueta carcajada que hizo aparecer los hoyuelos en sus mejillas.

—Lo sé.

La sesión se extendió hasta bien pasadas las cuatro de la tarde. La minuciosidad de Blake a la hora de obtener lo mejor de cualquier imagen se combinaron con la creatividad y experiencia de Grace, y muy pronto fue evidente que formaban un gran tándem.

Mantener a Valentina relajada, abierta a la cámara y cómplice de la persona que se encontraba tras el visor fue una hazaña, pero cuando Blake por fin lo consiguió se produjo la magia. Todo fluyó de tal modo que los que se encontraban alrededor se sumieron en un respetuoso silencio, encandilados por la bella coreografía que interpretaban fotógrafo y modelo, con el sonido del disparador y las instrucciones dadas a media voz como única melodía.

Jules mantuvo los cinco sentidos puestos en Valentina todo el tiempo. Se dedicó a examinar su gestualidad y a tratar de comprender los altibajos en su humor, tan cambiantes como las olas que los rodeaban. Si iba a ayudarla a revisar su imagen, toda la información que pudiese recoger sería útil, y en vista de la volatilidad de la chica,

sin duda iba a necesitarla. A medida que avanzaban las primeras horas de la tarde, sin embargo, sintió que su energía se agotaba. En un solo día había atravesado el país, ganado tres horas debido al cambio de zona horaria y permanecido bajo un sol abrasador la mayor parte del tiempo, todo ello solo con un minúsculo desayuno y tres sándwiches vegetarianos en el estómago que había cogido del catering del rodaje.

Su cuerpo no estaba acostumbrado a tanto ajetreo, por eso cuando dieron la sesión por finalizada no se detuvo a esperar a nadie y emprendió la vuelta al campamento decidida a tomarse un descanso y recuperar fuerzas.

La semana acababa de comenzar y algo le decía que iba a necesitar hasta el último ápice de energía para afrontar los próximos seis días.

15

Blake

2004, Washington, D.C.

Estaba a punto de llegar al monumento a Lincoln por tercer sábado consecutivo, y aun así todavía me sorprendía volver a estar allí. Cada semana me decía que no pintaba nada paseando por la ciudad durante horas con aquella niña bien, de vida tan distinta a la mía. Sin embargo, cada sábado acababa sentado en las mismas escaleras ansiando el momento en el que la vería aparecer.

Observarla se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

La primera vez que me pillé a mí mismo ensimismado en su cara me convencí de que era mi curiosidad como fotógrafo lo que me atraía tanto de ella. Jules tenía unas facciones muy expresivas, muy acordes con su forma de ser, así que me pareció del todo razonable robar algún primer plano de su rostro cuando ella no se daba cuenta.

Gasté un carrete entero solo con ella.

La excusa que me di la segunda vez fue el Potomac. La panorámica del río, circundada por espesa vegetación, y con ella como única protagonista, me pareció una buena forma de adentrarme en el estilo paisajístico.

Menuda memez.

A la tercera me preocupó estar convirtiéndome en un acosador. Ya no se trataba de experimentar nuevas técnicas o de capturar sus expresiones. Simplemente, no podía parar de mirarla. El aura que desprendía era tan especial... Su luz interior, su optimismo y sus ganas de vivir me habían atrapado de tal modo que me descubría en más de una ocasión contando los días y las horas que faltaban para volver a

verla.

El estómago se me retorció de nervios al descubrirla frente a mí, a menos de dos metros de distancia, esperando a que me diese cuenta de su presencia. Entonces desplegó la artillería pesada, su sonrisa de mil megavatios, y agradecí estar sentado.

Joder, joder, joder. ¿En qué lío me estaba metiendo?

—Llegas tarde —me quejé con fastidio para disimular.

—Elegantemente tarde. —Jules agitó sus pestañas de forma coqueta, se sentó en el escalón a mi lado y cuando golpeó su hombro con el mío su aroma fresco y floral inundó mis sentidos.

Aquella forma de saludarnos también se había convertido en un hábito. Me había acostumbrado a que Jules nunca fuese puntual, pero yo seguía viniendo a la misma hora de siempre para disfrutar del placer de verla acercarse a mí sin levantar sospechas.

—¿Adónde vamos hoy?

A excepción de la primera tarde que pasamos juntos en Arlington, el resto de los sábados era ella la que había marcado nuestra ruta. Junto a Jules descubría rincones de mi propia ciudad que jamás había pisado, y era agradable dejarse guiar por otra persona, para variar.

—¡Es una sorpresa! —exclamó, levantándose entusiasmada y tirando de mi brazo con fuerza.

Me dejé llevar con recelo. No era muy amante de las sorpresas, pero la vi tan ilusionada trotando a mi lado que no tuve valor de aguarle la fiesta.

—Hoy estás de muy buen humor.

—¡Lo estoy! —El frío enrojecía la punta de su nariz respingona y la curva de sus mejillas y, aun así, su rostro resplandecía de pura emoción—. Por si no te has dado cuenta, estreno la falda que llevaba semanas cosiendo. ¡Deberías sentirte halagado! La he reservado para una ocasión especial.

Miré hacia abajo con indiferencia, una expresión en absoluto acorde con el errático golpeteo en mi pecho ante la panorámica de sus piernas cubiertas por aquel escueto trozo de tela.

—¿Una ocasión especial? ¿Y qué tiene esta tarde de especial?

A mí se me ocurrían mil razones, pero tenía curiosidad por conocer

la suya.

—Lo descubrirás en diez minutos.

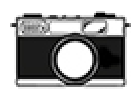
Cruzamos la avenida Pensilvania y nos adentrábamos en la Novena noroeste cuando empecé a ralentizar mis pasos al comprender hacia dónde nos dirigíamos. Noté el retumbar de mi corazón en los oídos y de inmediato sentí un rechazo físico ante la idea de volver a entrar en aquel edificio. Los recuerdos lucharon por boicotear el muro que había construido alrededor de aquella otra vida, pero años de práctica me habían ayudado a perfeccionar su estructura y no lograron atravesarlo. El Blake de diez años no tenía nada que ver con el que era ahora.

Jules andaba tan ensimismada en su propia burbuja de emoción que apenas reparó en que yo no la seguía escaleras arriba hacia la puerta de acceso de la Galería Nacional de Retratos.

—¿Qué te parece?

Con los brazos alzados abarcando el edificio del museo, la sonrisa que pintaban sus labios en aquel momento podría haber competido con el brillo del sol más intenso y salir ganadora. Cada línea y curva de su rostro estaba expectante por ver mi reacción, su ilusión tan palpable que, de repente, me vi incapaz de decepcionarla. Sonreí de medio lado y cabeceé en asentimiento antes de subir de dos en dos los escalones que me separaban de ella.

Quizá lo que necesitaba era construir nuevos recuerdos que borrasen los antiguos, y no se me ocurría nadie mejor junto a quien crearlos que Jules.



—Hace semanas que nos conocemos y todavía no me has dicho tu apellido.

La miré con una ceja alzada.

—¿Y para qué lo necesitas saber?

Ella se encogió de hombros y sonrió con inocencia, como si no estuviese tramando algo. Todavía no se había dado cuenta de que, para mí, era tan transparente como el agua, pero quería ver dónde

andaba esa cabecita suya.

—Cinnadella —le dije, siguiéndole el juego.

Arrugó la nariz y en aquel momento me pareció más princesa que nunca.

—¿Qué clase de apellido es ese?

—Italiano —respondí a la defensiva.

—¡¿Tu padre es italiano?!

Asentí con sequedad, incómodo por el rumbo que estaba tomando la conversación, y miré a nuestro alrededor. La cafetería del museo estaba llena y más de una persona se había girado en nuestra dirección al escuchar el entusiasmo de Jules.

—Entonces, ¡hablas italiano!

—No.

—¡No me lo creo! Anda, va, dime algo en italiano.

—Te acabo de decir que no sé hablarlo, así que para ya —le respondí cada vez más cabreado.

—A veces eres imposible —gruñó ella con fastidio mientras trasteaba dentro de su bolso y extraía un papel algo arrugado—. Da igual, ya tengo lo que necesitaba.

Intentó alisarlo con las manos sin demasiado empeño y de inmediato se puso a escribir algo en él. Curioso, eché un vistazo por el rabillo del ojo y me tensé al leer lo que ponía en el encabezado.

—¿Qué haces?

—Ser una buena amiga, eso es lo que hago.

—Ni se te ocurra —siseé entre dientes.

—¿Por qué no? —Volvió la hoja de papel hacia mí y me dio el bolígrafo—. Anda, firma aquí.

—No. —Empujé el formulario en su dirección.

Jules se cruzó de brazos y me dirigió una mirada enfurruñada.

—¿Se puede saber qué te pasa? No has dejado de gruñir en toda la tarde y ahora te niegas a firmar la inscripción. No me digas que no tienes ganas de participar en el concurso. ¡Expondrán la foto ganadora en el museo! Además, he estado informándome y la Exposed DC es la plataforma perfecta para darte a conocer y empezar a crear conexiones profesionales.

—No sé de dónde has sacado la idea de que querría apuntarme, pero olvídalo.

—¡Pero la fotografía es tu sueño!

Lancé una carcajada seca y negué con la cabeza mientras me cruzaba de brazos.

—Yo no tengo sueños.

Al principio me miró con incredulidad, pensaba que le estaba vacilando, pero entonces debió ver la seriedad en mi rostro y sus cejas cayeron sobre sus ojos repentinamente tristes, casi desolados.

—Eso es lo más triste que he oído nunca… ¿Acaso no son los sueños los que nos empujan a vivir? —Incapaz de darle una respuesta, desvié la vista lejos de su rostro cuando me resultó imposible sostener su mirada cargada de emociones—.Yo no soy capaz de recordar un solo día de mi vida en el que no soñara con ser diseñadora de moda.

—¿Y no crees que es suicida agarrarte a esa ilusión si sabes que es un sueño imposible de cumplir?

—Mi sueño no es imposible. —Alzó el mentón con un brillo de determinación en los ojos—. Sé que lo conseguiré, cueste lo que cueste.

Aunque admiraba su valentía, no podía evitar verla como la niña mimada que era y preguntarme si su fortaleza de espíritu se tambalearía en el caso de no tener la seguridad y medios de los que disponía. Soñar jamás salía gratis, y me pregunté hasta dónde estaría Jules dispuesta a llegar por el suyo.

—¿Sea cual sea el precio?

—Cueste lo que cueste.

16

El sol empezaba a caer en el horizonte cuando las cinco caravanas que conformaban la expedición aparcaron a las orillas del lago Powell, justo frente a la entrada de la Nación Navajo.

Cada una de ellas alojaba a tres miembros del equipo, excepto la quinta, que transportaba el vestuario y accesorios de Valentina, los productos de maquillaje y peluquería, trípodes, flashes y reflectores de distintos tamaños y una buena cantidad de enseres de lo más dispar que iban a necesitar a lo largo de la semana para la composición de los diferentes escenarios. Una sexta caravana, más pequeña que las demás y adaptada para hacer las veces de cocina profesional, aparcó en último lugar. En cuanto se detuvieron, dos personas salieron de su interior dispuestas a distribuir varias mesas y sillas en la explanada que había a pocos metros del agua, y un delicioso olor a barbacoa se propagó por el aire.

—Decidme que eso que huelo es para nosotros —gimió Jules mientras su estómago rugía con fuerza.

—¿Ya te has despertado? —preguntó Janet desde la parte delantera del vehículo.

—Mis tripas lo han hecho. —Se desperezó en el reducido espacio de su litera.

—Tienes que ver esto, Jules. ¡Qué ganas de meterme en el agua!

—¿Dónde está Valentina?

Las tres iban a compartir alojamiento durante toda la semana. Era lo óptimo, no solo por su obvia afinidad, sino porque Valentina apenas tenía ratos libres entre sesiones, de modo que solo contaban con las horas de trayecto entre localizaciones para trabajar en su imagen.

—La han llamado por teléfono. Imagino que habrá salido para hablar con más intimidad.

—Uf, he dormido más de lo que esperaba. —Se restregó los ojos—. Pensaba aprovechar el camino para plantear la semana de trabajo con

ella.

—Tranquila, Valentina también estaba bastante cansada. No creo que hubierais avanzado mucho.

—Bueno. Menos mal que mañana no tiene sesión hasta la tarde —dijo mientras cogía algo de ropa limpia y su neceser.

—¿Vienes?

Jules sonrió al ver a Janet en la puerta de la autocaravana, con la bolsa de la cámara al cuello. Como todo en lo que se metía, su asistenta se había tomado muy en serio lo de la campaña de publicidad y no escatimaba a la hora de grabar todo lo que sucedía a su alrededor. Prefería no pensar en la cantidad de trabajo que iban a tener cuando tuviesen que revisar tantas horas de imágenes grabadas y editarlas hasta conseguir tres minutos de publicidad.

—No. Ve tú, yo salgo en cinco minutos —dijo, arrastrándose hasta el baño.



Jules no había sido la única que había aprovechado el camino para descansar, y eso se notó en el ambiente revitalizado y distendido de la cena. Además, una buena parte del equipo se conocía de trabajos anteriores, así que las conversaciones fluyeron con facilidad y camaradería, pero fue la cerveza, purificadora y refrescante tras un duro día de trabajo, lo que acabó de soltarles la lengua.

—Cuidado con el alcohol, señores —advirtió Grace tras la cena—. Mañana tenemos por delante otro largo día de trabajo.

—Con el calor que hace, lo habremos sudado todo antes de irnos a dormir —replicó Susan, la maquilladora del grupo, mientras se acercaba el frío cristal del botellín a la frente.

—Estoy ansiosa por entrar en la Nación Navajo —anunció Janet—. ¿Veremos indios de verdad?

Las conversaciones cesaron de golpe y todos a su alrededor la miraron con una expresión rara. Joe Mckenzie fue el encargado de romper el incómodo silencio. Con una ceja alzada hasta casi tocar el borde de su sempiterno sombrero, espetó:

—¿Y qué crees que soy yo, muchacha? ¿Un chihuahua?

La gente estalló en carcajadas y Jules se compadeció de su ayudante cuando la vio sonrojarse hasta la raíz del pelo.

—No seas muy duro con nosotras, Joe —intervino—. Todas las chicas de ciudad creemos que los indios son salvajes que llevan la cara pintada y plumas en la cabeza.

—¡Un poco salvajes sí que son, sí! —exclamó José, el joven con acento hispano que Jules había visto cargando el trípode y los reflectores durante toda la sesión de fotos.

Mientras tanto, Blake permanecía callado en una esquina de la mesa, con el asiento orientado ligeramente hacia el lago y la vista perdida en el cielo estrellado, pero atento a cada detalle de la conversación visto su gesto divertido y la sonrisa en sus labios.

—En realidad, técnicamente Valentina también es india, ¿no? —dijo Janet.

—Medio india —matizó la aludida.

Jules se volvió hacia ella y la escrutó con detenimiento.

Aquella respuesta, y sobre todo el tono en el que la había dado, estaban fuera de lugar, especialmente cuando se encontraban en pleno rodaje para compartir con el mundo sus orígenes nativos. Por más vueltas que le daba no conseguía desenmarañar el misterio que envolvía a aquella chica. La mujer cálida que le había dado la bienvenida en La Ola había vuelto a desaparecer para dejar paso a la figura que el público conocía: alguien frío y distante, con una actitud que rozaba la mala educación. Durante la cena apenas había pronunciado palabra; concentrada en la pantalla de su móvil la mayor parte del tiempo, su gesto ausente tampoco invitaba a incluirla en ninguna conversación. Si se comportaba así en un ambiente tan amistoso como aquel, ¿qué no haría cuando estaba fuera de su zona de confort?

Alguien carraspeó antes de decir:

—¿Qué tal si nos damos un baño?

La propuesta fue más que bienvenida y la excusa perfecta para que el grupo se dispersase. Grace, Valentina y Mckenzie decidieron retirarse a su autocaravana y el resto fue a cambiarse para darse un

buen chapuzón. Jules se hubiera unido a estos últimos, pero cambió de idea al ver que Blake no se movía de su sitio.

Los nervios se apoderaron de ella en cuanto se quedaron a solas y todo el coraje que había sentido por la mañana se evaporó junto con los restos de alcohol en sus venas.

—¿Tú no vas? —preguntó él.

—¡No! —dijo con más ímpetu del esperado mientras se golpeaba el muslo con una palmada seca—. Dios, cómo odio los mosquitos.

—Es por el agua. Seguramente estamos frente a toda una comunidad de insectos.

Jules se estremeció.

—Calla, por favor, o esta noche no voy a poder dormir.

—Imagina lo jugosa que les debes resultar —continuó él con la diversión tiñendo su voz—. Debe ser difícil resistirse a una ración de piel limpia y sangre dulce venida directamente de la ciudad...

—Ja, ja, muy gracioso. —Blake rio con suavidad y dio un trago a su cerveza. Ella le observó con detenimiento—. Se te ve muy cómodo con todo esto. —Abarcó el espacio que los rodeaba: la naturaleza, la sencillez de aquella acampada, aquel estilo de vida...

Él asintió.

—Estoy bastante acostumbrado por mi trabajo.

Hablar de un extremo a otro de la mesa era de lo más incómodo, así que Jules se levantó y se sentó junto a él, ahora ambos contemplando la oscura silueta de las rocas que se elevaban más allá del lago.

—¿Has estado en muchos lugares como este?

—Sí.

—¡Oh, por favor! —bufó Jules con frustración cuando se dio cuenta de que no pensaba desarrollar aquella respuesta, recordando lo mucho que la había fastidiado en el pasado tener que arrancarle las palabras —. Así es imposible mantener una conversación. Anda, concédeme el capricho y respóndeme con algo que no sean monosílabos.

Blake apretó los labios y reprimió una sonrisa. Se quedó contemplando algún punto ciego de la oscuridad que los rodeaba y después la miró.

—Hagamos una cosa. Yo respondo tus preguntas si tú respondes las

mías.

Sorprendida por la propuesta, ni siquiera se paró a pensar cuando respondió:

—Hecho.

—Sobre cualquier tema —matizó él, y fue la intensidad de su mirada lo que la hizo entender que ya no hablaban solo de compartir anécdotas sobre sus vidas.

Al instante su cuerpo se inundó de calor y cada una de sus terminaciones nerviosas despertó, consciente del más leve estímulo a su alrededor. El canto de los grillos, las risas y el chapoteo del grupo en el agua, a lo lejos, la leve brisa refrescándole la piel y el suave aroma masculino de Blake inundando su nariz.

Ahí estaba; lo que ella había estado buscando desde que se habían vuelto a encontrar, servido en bandeja de plata, y sin embargo dudó. ¿Estaba preparada para desenterrar el pasado? ¿Un pasado que había empujado a lo más profundo de su mente y cuyos recuerdos apenas había empezado a rescatar?

Inspiró con fuerza y tragó saliva.

—De acuerdo —aceptó finalmente—. Lo que sea.

—Bien. —Un gesto de alivio suavizó su rostro—. ¿Qué quieres saber?

Ah... Aquella pregunta abría un mundo de posibilidades, pero por una vez el vértigo a lo desconocido fue mayor que su necesidad de saber e hizo que se decidiese por algo neutro y que también tenía curiosidad por conocer.

—Grace me dijo que eres un gran fotógrafo documental.

—Si ella lo dice... —Se encogió de hombros y volvió a beber.

—No empieces, ¿eh? Explícame qué significa. Suena serio y trascendental...

—Para nada. En realidad es bastante simple. Siempre me gustó fotografiar escenas mundanas, de la gente, de mi entorno...

—Lo sé.

Él le echó un rápido vistazo.

—Cierto. —Se removió en su silla y carraspeó—. Bien, pues la fotografía documental consiste en eso solo que con un trasfondo

reivindicativo detrás. Me interesa el estilo de vida de la gente, sus tradiciones, el porqué son como son. Sin darme cuenta mi fotografía cada vez se centró más en recoger instantes, secuencias de vida que merecían ser conocidas por el resto del mundo, ya fuese a través de un paisaje, una comunidad o las líneas de expresión de una persona en concreto, hasta que lo convertí en una especie de denuncia a través de imágenes.

—Por eso fuiste a Standing Rock.

—Correcto. La historia de los nativos americanos es fascinante y una de las más terribles que ha tenido lugar en este país. Es una vergüenza lo poco que sabemos de ellos. Mi serie de fotografías de aquellos días fue lo que impulsó mi trabajo a otro nivel. Fue un antes y un después en mi carrera profesional.

—Escuchándote hablar me resulta todavía más extraño que te hayan elegido para hacer el reportaje de Valentina. No te pega nada.

—Vaya, gracias.

—Ya me entiendes. —Descartó cualquier atisbo de ofensa con una mano—. Esto no deja de ser fotografía de moda.

Blake sacudió la cabeza levemente.

—Te equivocas. Lo que busca Grace es contar una historia. La historia de Valentina y de tantos otros nativos o personas de otras etnias que estuvieron aquí mucho antes que nosotros y que esta sociedad ha decidido olvidar. La ropa, el entorno... Todo lo que envuelve a Valentina es solo un complemento. Atrezo, si quieres llamarlo así.

Jules frunció el entrecejo.

—¿Me estás diciendo que los últimos meses me he estado quemando las pestañas en tres diseños que van a acabar siendo un simple adorno en Valentina?

—¿Acaso la ropa no es un simple adorno? —preguntó él con las cejas en alto.

—No. La ropa es una forma más de expresión; a través de ella comunicamos algo de nosotros mismos al mundo, y la alta costura, en particular, significa todavía más. —Alzó la barbilla—. Hay círculos que consideran una prenda de alta costura como una pieza de arte. Las

coleccionan, las cuidan y las muestran con el mismo mimo que se haría con un cuadro del pintor más cotizado del momento.

—Para mí no deja de ser un medio para un fin. Me da igual si va vestida con harapos o con algo muy caro. Su ropa me ayuda a reforzar el mensaje, pero la verdadera protagonista es Valentina y lo que me cuenta su rostro, sus gestos, su mirada…

Indignada con aquel punto de vista tan simplista de lo que suponía su medio de vida y su sueño, volcó su mal humor atacando a la joven indígena.

—Pues suerte con eso —masculló, dejando la botella vacía con un golpe seco sobre la mesa—. Esa chica es la persona más volátil y hermética que he conocido en toda mi vida.

Quizá no estaba siendo del todo justa con Valentina, pero aquella conversación le estaba crispando los nervios. No era una mujer dada a necesitar la aprobación de nadie y, sin embargo, descubrir el poco valor que Blake daba a su trabajo la había molestado de una forma distinta a todo lo demás.

—Venga, Jules. No te enfades.

—No estoy enfadada —mintió mientras cogía su móvil de la mesa y se levantaba.

—Claro. —Blake soltó una carcajada, cruzó las manos tras el cogote y se balanceó sobre las patas traseras de la silla —. Esas chispas que veo en tus ojos no son cuchillos, sino estrellitas de felicidad.

—Debe ser que tanto mirar a través de tu cámara te ha estropeado la vista. —Él ni se inmutó. Al contrario, cada vez parecía divertirse más con la situación y aquello solo añadió más leña a un fuego que ya ardía en exceso. Resopló y se giró en dirección a su autocaravana—. Se hace tarde. Mejor me marcho.

—¿Y mi pregunta? —Escuchó a su espalda.

—¿Qué? —Se volvió hacia él.

—Mi pregunta… —dijo con suavidad—. Yo todavía no te he preguntado nada…

—¿Ahora? —preguntó, incrédula.

—¿Por qué no? —respondió él mientras se aproximaba a ella con paso despreocupado.

Con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones cargo, los faldones arrugados de su camisa de lino y el pelo despeinado, Jules pensó que jamás había visto a un hombre más atractivo que él.

—¿Qué quieres saber?

—Hemos dicho sobre cualquier tema... —le recordó Blake en un murmullo, y su corazón dio un brinco al detectar la leve advertencia que escondían sus palabras.

Aceptó con un leve gestó de la cabeza y observó pasmada cómo él se inclinaba lentamente, recortando el poco espacio que los separaba. Para cuando se detuvo, los labios de Blake descansaban cerca de su oído como si fuese a contarle un secreto y ella luchaba por insuflar oxígeno a sus pulmones. Su garganta se había comprimido y sus ojos se habían cerrado casi con voluntad propia al encontrarse pegada a su cuello y respirando un aroma que le fundía las entrañas. Solo con mover un poco la cabeza podría besar su piel bronceada y descubrir su textura y el leve sabor salado que sabía que tendría...

—¿Todavía... —Jules dio un respingo al sentir el primer roce de su aliento, el tono ronco de su voz—... te gusta... —Enroscó los dedos en su camisa y arrugó el lino entre los puños—... comer helado de chocolate cuando te enfadas?

Abrió los ojos de golpe y de inmediato percibió un leve temblor en el cuerpo de Blake que muy pronto se transformó en sacudidas. Debería haberla molestado que se estuviese divirtiendo a su costa, pero Jules fue incapaz de enfadarse. Sonrió y apoyó la frente en su pecho, hasta que sus hombros se sacudieron de risa también.

—Estás loco —masculló antes de apartarse y mirarle a los ojos.

La sonrisa de Blake se fue apagando y una expresión de ternura ocupó su rostro.

—¿Entonces?

—Todavía —confirmó ella.

Él alzó una ceja.

—¿Con pepitas de chocolate?

—Sin duda, el mejor.

—Genial —exclamó con la ilusión de un niño y sus ojos se iluminaron con un aire travieso—. Ven. Tengo la solución perfecta

para que dejes de estar enfadada conmigo.

En un gesto del todo inesperado, la cogió de la mano y entrelazó los dedos con los suyos mientras la arrastraba hacia la caravana más pequeña. Ella se dejó llevar, algo más rezagada que él, y con una pequeña sonrisa de satisfacción en los labios. Lo cierto era que en general era incapaz de permanecer enfadada demasiado tiempo, pero no iba a ser ella quien rechazase comer un buen helado de chocolate, especialmente si lo hacía en compañía del Blake que tenía frente a sí.

Su Blake.



A lo largo de los años Blake había desarrollado una habilidad notable a la hora de mantener las distancias con la gente que le rodeaba.

No es que fuese brusco o frío con los demás, solo había aprendido a practicar el desapego de modo que, cuando llegaba el momento en el que una persona desaparecía de su vida, cosa que siempre acababa sucediendo, asumía aquella pérdida con naturalidad. Tampoco es que hubiese muchas personas cercanas con las que practicarlo; su trabajo era perfecto para no echar raíces ni establecer relaciones a largo plazo.

Sin embargo, todo plan que se preciase tenía una excepción, y Jules siempre había sido la suya.

Desde el principio aquella chiquilla había conseguido traspasar su coraza como si estuviese hecha de mantequilla, y empezaba a temer que aquello no hubiese cambiado a pesar de los años. Cada hora que pasaba cerca de ella le costaba más recordar lo que se suponía que debía sentir. A su lado, el resentimiento que le había acompañado durante años se evaporaba a una velocidad asombrosa, arrasado por la calidez de sus sonrisas y su carácter risueño y atrevido. Su férrea determinación se tambaleaba cuando coqueteaba con él con descaro, y las riendas que mantenían a raya su autocontrol se convertían en cenizas al encontrar deseo en unos ojos que antaño solo le habían mirado con cariño.

Sentado en el primer peldaño de la escalera de la caravana, se

recreó en la imagen de Jules relamiéndose con placer mientras volvía a hundir la cuchara en el cremoso helado con gesto concentrado. Sintió una inexplicable alegría al comprobar que ahora, a diferencia de tantos años atrás, no había ni un atisbo de culpabilidad en su mirada.

—No sabes lo que te estás perdiendo —dijo ella al sentir que la observaba.

—A juzgar por tu cara, un auténtico manjar. —Blake se inclinó hacia delante y echó un vistazo con gesto escéptico al cuenco que ella sostenía entre las manos—. ¿Estás segura de que solo lleva chocolate?

—Ríete, pero gracias a este manjar estoy dispuesta a perdonarte que hayas menospreciado mi trabajo.

Blake hizo una mueca.

—No he menospreciado tu trabajo, solo te explicaba cómo hago yo el mío y la importancia relativa que tiene para mí la ropa que llevan las personas.

Ella le lanzó una mirada asesina desde donde se encontraba sentada, un par de peldaños por debajo de él, y volvió a coger otra cucharada de helado.

—Mejor déjalo estar o volveré a cabrearme, y estoy disfrutando demasiado para estropearlo.

—¿Prefieres que os deje solos?

Jules le dio un golpe con el hombro en la rodilla y se rio.

—Idiota.

Blake sonrió en respuesta y la observó en silencio mientras ella continuaba saboreando el helado. Le encantaba bromear con ella. Tenía un sentido del humor fantástico, siempre con una pulla lista para darle la contrarréplica. Y aquella sonrisa… Inspiró con fuerza. Aquella sonrisa iba a matarle algún día, y aun así buscaba cualquier ocasión para arrancarle una.

—No, en serio. Tus diseños son muy bonitos. No estoy acostumbrado a hacer fotografía de moda, tiendo a buscar otro tipo de cosas en una foto, pero es evidente que cuando Valentina se pone la ropa algo se ilumina en su interior, así que decir que solo es atrezo ha sido una gilipollez.

Los labios de Jules se curvaron en una pequeña sonrisa de satisfacción. A continuación, cogió una generosa porción de helado y, casi sin darle tiempo a reaccionar, se la introdujo a Blake en la boca. Este abrió los ojos de par en par y tragó de forma compulsiva, pero no pudo evitar que varias gotas del líquido resbalaran por la comisura de sus labios. Ella estalló en carcajadas cuando vio el desastre que había hecho e ignoró la mirada furibunda que él le dirigió.

—¡¿Se puede saber a qué ha venido eso?! —preguntó él mientras se limpiaba los restos de chocolate de la barba y la camiseta.

—Te estaba dando un premio. «Al gilipollas más encantador» —anunció ella, extendiendo sus manos como si leyese un cartel.

Se carcajeó cuando él la agarró por los hombros y la estrujó contra su pecho hasta inmovilizarla. Cuando le arrebató el cuenco casi vacío de las manos, ella se quejó:

—¡Eh, devuélvemelo!

Él la soltó de golpe.

—No, si este es mi premio, me merezco acabarlo.

Con parsimonia, Blake rebañó la porcelana con el dedo ante la mueca enfurruñada de Jules y sonrió con arrogancia mientras se lo llevaba a la boca. De pronto, ella saltó sobre él, le cogió el brazo y recogió con los labios y la lengua la crema de chocolate de su dedo.

El corazón de Blake se detuvo y tardó tanto en volver a latir que pensó que había sufrido un infarto. Su entrepierna se abultó en reacción al calor de la boca de Jules rodeándole, y cuando la aspereza de su lengua recogió las últimas gotas de helado supo que aquella noche iba a ser incapaz de dormir. Todavía con su dedo entre los labios, ella sonrió de forma traviesa. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo y no se avergonzaba de ello.

Él entreabrió la boca cuando le resultó difícil continuar respirando con normalidad.

—¿Esto también formaba parte del premio? —dijo con voz ronca.

Lentamente, ella le pasó los dientes sobre la yema del dedo y le soltó.

—Yo no soy ningún premio.

Blake rio con suavidad y sacudió la cabeza al recordar lo

inalcanzable que ella siempre le había parecido.

—Para algunas personas lo serías.

Jules ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Eso crees?

Una luz rompió la intimidad que los rodeaba y de inmediato se abrió la puerta de la caravana de Jules. Janet apareció vestida con un ligero pijama, el pelo revuelto y la cara soñolienta. Cuando los vio se acercó con paso torpe.

—Me ha parecido oír unas voces.

Blake carraspeó y se puso de pie.

—Es tarde. Será mejor que nos vayamos todos a dormir.

Cuando pasó por su lado, Jules le detuvo cogiéndole de la mano.

—¿Para ti lo sería? —preguntó Jules.

Blake la observó durante unos segundos, una súbita tristeza empañando sus ojos, y a continuación le apretó los dedos y le regaló una sonrisa indescifrable.

—Buenas noches —dijo mientras la besaba con suavidad en la frente.

17

Que una mujer adquiriese una pieza de alta costura podía deberse a múltiples razones: que anduviese buscando la máxima calidad en los tejidos, confección y hechuras; que desease distinguirse del resto y mostrar su singularidad; o simplemente que anhelara pertenecer a ese universo refinado, glamuroso y elitista que solía rodear a sus consumidoras.

Existía un motivo, no obstante, en el que todas ellas coincidían y que había permanecido inmutable a lo largo del tiempo. Un motivo tan poderoso que cualquier mujer estaba dispuesta a pagar ingentes cantidades de dinero por él: sentirse hermosa.

Aquella era la magia de la alta costura, el secreto de su éxito y lo que la hacía adictiva una vez que se experimentaba en primera persona. Las prendas se confeccionaban con las medidas exactas de quien las llevaría, potenciando las partes positivas de su físico a través de unas determinadas líneas, ángulos, colores y texturas. Cada pieza se elaboraba con tal maestría y precisión que las mujeres que finalmente las lucían no podían más que sentirse hermosas. Porque lo eran, de una forma individual, única y especial que en la mayoría de los casos poco tenía que ver con su atractivo físico y sí con un conocimiento profundo de su persona.

No había nada que produjese mayor satisfacción personal a Jules que obligar a sus clientas neófitas a enfrentarse con el espejo antes de decidir qué prenda deseaban que les diseñase. Durante aquel proceso las invitaba a mirarse con otros ojos —menos castigadores, más generosos—, y les desmontaba un buen puñado de ideas preconcebidas sobre su propio cuerpo. Estaba harta de que la primera frase que salía de los labios de muchas de ellas fuera: «Quiero el mismo vestido que llevó…». No había nada más dañino e irrealista que pretender parecerse a otra persona, aquello solo llevaba a un profundo sentimiento de inferioridad y de frustración constantes.

Jules lo sabía de primera mano.

Ser hija de la bella y filantrópica Agatha Simmons no había sido tarea fácil. Su madre poseía una extraordinaria belleza y una elegancia innatas que, aún hoy en día, seguían despertando admiración. Durante la primera mitad de su vida, la sombra de aquella belleza había sido demasiado alargada para su salud física y mental, llevándola a esforzarse hasta lo indecible para parecerse a ese reflejo que su madre proyectaba.

Había necesitado que un muchacho introvertido y desgarbado, con un talento especial para captar la hermosura hasta en la cosa más insignificante, se cruzase por su vida para empezar a comprender que la belleza era, en el mejor de los casos, una cuestión de genética. Efímera, pues tarde o temprano acababa siendo devorada por las fauces del tiempo; subjetiva y pasajera, pues era percibida bajo unos cánones muy reduccionistas y para nada realistas que la sociedad se encargaba de inculcar según las modas.

El día que comprendió que ella era mucho más que las expectativas de su madre empezó su propio proceso de aceptación. Había sido liberador entender que su autoestima no estaba vinculada exclusivamente a una combinación genética determinada; que dependía de ella decidir la imagen que quería proyectar al mundo y que para ello debía sacar el máximo provecho a todo su potencial, no solo a través de su imagen externa, sino también con su expresión y su actitud.

Por eso el caso de Valentina le resultaba una curiosa paradoja.

Una mujer joven de físico espectacular, con un estilo sofisticado y una imagen pública cuidadosamente planificada por asesores profesionales que, yendo contra todo pronóstico, producía rechazo y desafección entre la gente. ¿Por qué?

Tras las interacciones que había mantenido con ella, Jules empezaba a tener una opinión bastante formada sobre las razones de esa distorsión, pero, en última instancia, debía ser Valentina quien decidiese cómo se quería presentar al mundo. Y aquellos habían sido precisamente los deberes que le había mandado hacer y la base sobre la que iban a trabajar durante aquella semana: que se enfrentase al

espejo para entender qué opinión tenía de su propia imagen y ayudarla a modificarla según sus objetivos.

—Así no vamos a ninguna parte.

Tras una improductiva hora plagada de «noes», «no sé» y su favorita: «no estoy segura», Jules estaba dispuesta a tirar la toalla, recoger sus cosas y volver a casa. Lanzó el informe de iconología de Valentina sobre la mesa y se restregó la cara con las manos. El problema real de aquella chica era su actitud y, mientras no estuviese dispuesta a hacer un cambio en ese sentido, ya podía darle todos los consejos del mundo para suavizar el impacto emocional que producía su imagen en los demás que nada funcionaría.

Más que una asesora de imagen, lo que necesitaba era una psicóloga, y ella no era ni lo uno ni lo otro.

—¿Por qué? —dijo Valentina con extrañeza.

—Me estás dando muy poco con lo que trabajar.

—Tenemos tu informe —dijo la chica, señalándolo—. Cuando estuviste en casa me dijiste que podíamos cambiar algunas cosas de mi aspecto...

—Esto solo contiene un análisis sobre el mensaje que transmites hoy en día —dijo con cansancio. Era la tercera vez que se lo repetía—. Acordamos que vendrías con una idea clara de qué es lo quieres comunicar a partir de ahora, de manera que esta semana pudiésemos trabajar sobre qué aspectos modificar en tu físico, tu movimiento, tu sonido...

—No he tenido tiempo, he estado bastante ocupada. —Jules no era experta en lenguaje no verbal, pero hasta ella sabía que alguien mentía cuando era incapaz de sostenerte la mirada.

Inspiró con fuerza. Estaba a punto de perder la paciencia.

—Tampoco se necesita tanto rato —dijo entre dientes.

—Perdona si no todos tenemos las cosas tan claras como tú —refunfuñó, cruzándose de brazos.

Jules la miró con incredulidad. ¡Maldita niña caprichosa! Llevaba media mañana dándose de cabezazos contra la pared y encima, cuando la presionaba un poco, se ofendía. Aquello era el colmo.

—¿Estás segura de que quieres seguir con esto? —preguntó,

rindiéndose a la evidencia—. Si has cambiado de idea, no pasa nada. Todavía estoy a tiempo de coger un avión…

—¡Ni se te ocurra! —exclamó con violencia.

—¡¿Entonces, deja de comportarte como si todo te diese igual?! —estalló, levantándose del asiento.

Jules supo que la situación se le había ido de las manos al ver la reacción de Valentina, apretada contra el respaldo de la silla y con los ojos abiertos de par en par.

Mierda.

Cerró los ojos y suspiró. Aquella chica tenía algo que la sacaba de sus casillas.

—Lo siento —se disculpó, volviendo la vista hacia el lago.

Habían elegido un rincón algo apartado del lugar donde estaban asentados para poder charlar sin interrupciones. Una zona dispuesta para quien le apeteciese hacer un picnic o una barbacoa, con varias mesas y bancos de raída madera ocupando la mayor parte del espacio y un par de fogones llenos de vieja ceniza un poco más allá.

La panorámica volvía a ser espectacular. Con el lago todavía en calma, su superficie era un espejo en el que se reflejaba la temprana luz del sol, que besaba sus cristalinas aguas y las templaba para el resto del día. En la otra orilla, majestuosos acantilados de arenisca roja se alzaban y superponían hasta donde alcanzaba la vista, componiendo una escena impresionante a la par que reconocida gracias a las antiguas películas del Oeste.

—No me da igual —dijo de pronto Valentina con un hilo de voz.

Jules la miró.

—Entonces, no lo entiendo.

La chica se encogió de hombros y la miró con una disculpa en sus ojos del color del chocolate, que en aquel momento brillaban con sospechosa intensidad. Se la veía… desbordada, y aquello acabó de descolocar a Jules.

—Es solo que… Soy bastante insegura, me cuesta saber qué es lo que quiero. —Se miró las manos, que jugaban con su móvil sobre su regazo, y sonrió con amargura. Su bonito cabello rizado le ocultó medio rostro—. Al final será verdad que soy tonta.

—Oye. —Jules se acercó a ella y la sujetó de la barbilla con suavidad. A continuación susurró—: No vuelvas a decir eso. Aquí no hay nadie tonto.

Valentina asintió, poco convencida, y ella inspiró con fuerza mientras volvía a tomar asiento en el banco frente a ella y le daba vueltas a lo que estaba pasando.

Había algo que estaba enfocando mal, pero que la matasen si sabía el qué. Solo sabía que tratar con aquella chica iba a requerir una paciencia de santo, de la que ella carecía.

—Buenos días, señoritas.

La llegada de Blake les dio a ambas un respiro. Volvía a ocultar los ojos tras sus gafas de sol, pero la perezosa sonrisa que adornó su cara cuando la miró provocó que Jules sintiese un cosquilleo en el estómago y recordase la madrugada anterior.

Un bote de helado, una cuchara y dos viejos amigos cuchicheando a la luz de la luna habían sido suficientes para desear que la noche no llegase a su fin.

Un inocente beso de despedida en la frente que duró más de lo que cabía esperar, la razón de que ella hubiese permanecido despierta varias horas después. Inquieta y sofocada por el calor, su mente no había parado de dar vueltas alrededor de una misma idea.

Si no fuese Blake…, a aquellas alturas ya se hubiese lanzado a besarle.

Si no fuese Blake…, no le preocuparía que él la rechazase.

Si no fuese Blake…, ¿se sentiría como lo hacía?

Nerviosa, emocionada, insegura, excitada…, viva.

Carraspeó cuando se dio cuenta de que se había quedado abstraída mirándole. Por suerte, él hablaba con Valentina de forma distendida. Frunció el ceño al detectar el cambio que se había producido en la muchacha en los pocos minutos desde que Blake estaba con ellas. La tensión había desaparecido de su rostro, y en su lugar una suave sonrisa iluminaba su boca y sus ojos. Había recogido sus piernas bajo las nalgas y escuchaba atenta a lo que el fotógrafo le explicaba, sentado a su lado con una taza de café entre las manos. La encantadora mujer que había conocido en su atelier había vuelto a

aparecer, de nuevo en presencia de Blake, y ella empezaba a sospechar que aquello no era casualidad. Entrecerró los ojos y sintió un nudo en la garganta que, por más que intentó, no consiguió deshacer.

¿A qué estaba jugando aquella chica?

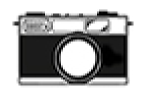
—Le decía a Valentina que ha habido un cambio de planes. Esta tarde se avecina tormenta, así que tendremos que avanzar la sesión de hoy si queremos contar con la luz del sol. Salimos rumbo a Antelope Canyon en cuarenta minutos.

—Está bien —dijo Jules de forma distraída.

No podía apartar la mirada de Valentina, y tanto ella como Blake fueron conscientes de ello.

—Bu… bueno, será mejor que vuelva… —tartamudeó, incómoda bajo su escrutinio—. Quiero darme una ducha antes de salir… Eh, esto…, Jules… ¿Te parece bien si seguimos esta tarde?

—Claro —aceptó ella con un filo acerado en la voz.



—Eres muy dura con ella —le reprochó Blake.

—¿Cómo dices?

Jules se volvió a mirarle con incredulidad.

—Os he estado escuchando antes de llegar. La presionas demasiado y ella es muy tímida. No creo que la ayude tu estilo de acoso y derribo.

Jules se tensó, un sabor amargo invadiendo su boca al escuchar cómo defendía a Valentina.

—¿Desde cuándo te has convertido en un experto en interpretar a las personas? —carcajeó con ironía.

—Te sorprendería lo que se aprende con la fotografía… y con un poco de paciencia.

—Ya, bueno, pues yo no sé demasiado sobre ninguna de ellas, así que perdóname si no soy tan comprensiva como tú.

—No es una cuestión de comprensión, sino de respeto y confianza. —Ella le fulminó con la mirada—. Yo tampoco sé qué hay dentro de su mente y no pretendo averiguarlo, pero para hacer mi trabajo

necesito que ella confíe en mí, que se relaje y me deje ver más allá de la fachada que muestra al mundo. Y eso no lo conseguiré si la obligo a abrirse a mí.

—Sí, ya he visto cuán relajados y a gusto estáis juntos… —masculló con fastidio.

Blake sonrió tras su taza de café.

—¿Celosa?

—¿Yo? ¿Celosa? —Lanzó una carcajada y alzó la barbilla. No. Ella nunca se ponía celosa—. Para nada.

—Claro, menuda ocurrencia la mía —susurró Blake para sí mismo.

—Lo que estoy es cabreada —continuó ella, ajena a sus palabras—. A mí me cuesta un mundo que se suelte, pero después la veo contigo, toda sonrisas y palabras almibaradas, y me dan ganas de zarandearla.

—¿Y no te has planteado que el problema puede que seas tú?

Ella le miró con la mandíbula desencajada.

—¿Se puede saber qué pasa hoy contigo?

Él se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Solo digo que sigues siendo demasiado impetuosa, y eso te impide escuchar y observar lo que sucede a tu alrededor —continuó él, ignorando su tono molesto.

—¡¿Ahora me estás llamando egoísta?!

Él resopló, miró al cielo y dejó las gafas de sol sobre la mesa.

—¿Me escuchas cuando te hablo? —preguntó frustrado—. Todos somos egoístas en cierta medida; eso no es ni bueno ni malo. Es solo que… —Se restregó la barba unos instantes mientras pensaba en cómo poner en palabras sus pensamientos—. Cuando te obcecas con algo no lo sueltas hasta conseguirlo, sin importar lo que suceda a tu alrededor.

—¡Vaya! Para hacer más de quince años que no nos vemos, parece que me conoces muy bien.

—Ya eras así con diecisiete años —gruñó—. Obstinada e implacable.

¿Por qué aquellas características de su personalidad, que Jules siempre había considerado como parte de sus fortalezas, de repente él las hacía sonar como tremendos defectos?

—Esa forma de ser me ha permitido llegar hasta aquí. —Se defendió

—. Y no me ha ido tan mal.

—Seguro que no. —Asintió y después la observó durante tanto tiempo que empezó a ponerse nerviosa—. Pero quizá te has perdido detalles importantes por el camino que, de haberlos detectado, te hubiesen hecho ajustar ligeramente tu forma de actuar. O no, quién sabe.

—¿De qué demonios estás hablando? —Aquella conversación la estaba enfureciendo y confundiendo a partes iguales. Masculló—: Y deja de hablar con acertijos, nunca se me ha dado bien leer entre líneas.

—Eso me quedó claro hace mucho tiempo… —musitó él.

—¿Y eso qué significa? —Ver que no le respondía acabó de agotarle la paciencia. Se levantó de forma abrupta—. Mira, no sé qué mosca te ha picado esta mañana conmigo, pero no estoy de humor para seguir escuchándote.

—Solo intentaba ayudar.

—Pues no necesito tu ayuda, gracias.

Él asintió y se unió a ella.

—Voy contigo.

—Prefiero irme sola.

La miró interrogante y un brillo divertido iluminó sus ojos mientras se ponía a caminar a su lado.

—Parece que el helado ya no tiene tanto efecto sobre tu humor como antes.

Por desgracia, en aquel momento Jules no estaba para bromas.

—Quizá es que ahora necesito algo más fuerte que lo que tú puedas ofrecerme.

Estaba siendo injusta y lo sabía. La pasada madrugada había sido especial y diferente a cualquier otra que hubiera pasado junto a otros hombres, y aunque había deseado más, al mismo tiempo todo había sido… perfecto. Pero las emociones que se arremolinaban en su pecho en aquel momento le exigían pelea, y vaya si la encontró.

Blake la sujetó del codo con fuerza, obligándola a detenerse.

—Disculpa —dijo con un tono peligrosamente suave y la furia oscureciendo el gris de sus ojos—. No me había dado cuenta de que

estabas tan necesitada...

Ella se tensó.

—Imbécil. —Se removió y trató de deshacerse de su agarre—. ¡Suéltame!

—¿Hubieras preferido un revolcón rápido en la encimera de la cocina? —La acercó a su cuerpo y Jules sintió ondas de rabia y calor recorriéndola de arriba abajo al entrar en contacto con su duro contorno—. ¿O quizá te apetecía hacerlo a la intemperie?

—Te he dicho que me sueltes —masculló entre dientes. Su corazón latía desaforado, rabiosa y excitada al mismo tiempo.

—¿Es eso lo que has estado buscando desde que volvimos a encontrarnos? ¿Sacarte la espinita?

Ella retrocedió, impactada por el dolor que sintió en el pecho al escuchar sus palabras. Algo precioso, antiguo y de incalculable valor, y que había permanecido intacto durante más de una década, se rompió en su interior y dejó paso a una frialdad que le entumeció todos los sentidos.

—Serías el último hombre sobre la faz de la Tierra a quien buscaría para satisfacer mis necesidades —dijo con la voz carente de toda emoción.

Por el contrario, el rostro de Blake era una amalgama de sentimientos encontrados. Su tez estaba lívida; los músculos de su cara, rígidos, y sus ojos, repentinamente hundidos bajo profundas ojeras, irradiaban una rabia monumental.

—Eso pensaba. —Apretó la mandíbula y volvió a colocarse las gafas de sol—. Me alegro de que por fin lo hayamos aclarado.

18

La tensión durante la sesión de fotos era irrespirable. Ni siquiera el hecho de que Valentina estuviese luciendo uno de sus diseños consiguió que Jules viviese la experiencia como ella había soñado durante su proceso creativo.

El blusón de gasa transparente con bordados en color marfil lucía espectacular en la muchacha. El peso de los abalorios en nácar hacía que la tela se adhiriese a su torso y a sus brazos como una segunda piel, acentuando el profundo escote en uve de su pecho, y provocando que sus anchos faldones cayesen con fluidez hasta las caderas. En el último momento, Jules había decidido añadir al conjunto un ancho fajín de seda del mismo material que los pantalones. Un modo sutil de mantener la tela sujeta en su lugar, y a la vez enfatizar la estrecha cintura de la muchacha.

Para aquella localización habían decidido que el look de Valentina fuese neutro y austero, por eso solo llevaba dos grandes aros de plata, con dos pequeños atrapasueños en color turquesa en el centro, que adornaban sus orejas y ensalzaban la elegancia de su cuello de cisne. Ninguna otra joya o complemento rompía la armonía monocromática del conjunto, que cedía el protagonismo a la espectacular formación rocosa en la que se encontraban.

Con la luz adecuada, las paredes de Antelope Canyon cobraban vida y mostraban una variedad infinita de colores: rojo, magenta, dorado, bermellón, púrpura… Cada tonalidad se fundía con la siguiente en una hermosa sintonía que ascendía desde el suelo hasta los más de cuarenta metros de altura de aquellas ranuras, se escondía tras los recovecos naturales formados por la erosión del agua a lo largo de miles de años y jugaba con las estrías que atravesaban el cañón, tan armoniosas y peculiares al mismo tiempo que ni siquiera un artista hubiese conseguido modelarlas con sus manos en una pieza de barro.

—¡Espera!

La voz de Valentina resonó entre las rocas y alcanzó a Jules y al resto del equipo, que se mantenían apartados del espacio donde Blake y ella estaban realizando la sesión. Solo Grace y José, el asistente de fotografía, permanecían con ellos. Casi de inmediato, se escuchó a Grace maldecir y exclamar:

—¡Jules, te necesitamos!

La diseñadora dio un respingo y se dirigió hacia el otro grupo con rapidez. Solo necesitó ver la extraña posición de la cabeza de Valentina para entender qué había sucedido.

Masculló entre dientes y desanduvo sus pasos hasta su mochila, de donde extrajo un abultado neceser. Al acercarse a la muchacha vio que su barbilla temblaba y que hacía un esfuerzo por no echarse a llorar.

—Eh…, tranquila —le decía Blake con suavidad—. Jules lo resolverá enseguida.

—Jules al rescate —anunció esta mientras recogía una caja de metal que había cerca y la situaba cerca de Valentina—. Siéntate.

La tensión del momento y los vestigios de todo lo sucedido aquella mañana hicieron que la voz de Jules sonase más dura de lo habitual.

—Lo siento…, soy un desastre… —se lamentó Valentina con la voz rota.

—Tranquila, puede pasar. —Y con mucho cuidado procedió a revisar la magnitud del desastre.

Una pequeña anilla del pendiente se había enganchado con algunas cuentas de marfil del blusón, con la mala suerte de que Valentina no se había dado cuenta hasta que, al mover la cabeza, había rasgado la seda del hombro.

Analizó el trozo de tela con detenimiento y abrió el enorme estuche rezando para que Rita la hubiese surtido de todo lo necesario.

—¿Tiene arreglo? —preguntó Grace con ansiedad, revoloteando a su alrededor mientras se restregaba las manos.

Jules permaneció en silencio y abrió cremalleras y pequeños compartimentos sin cesar hasta que encontró una bolsita de tela con cuentas de marfil dentro. En otra sección del neceser, el hilo transparente y la aguja necesaria para bordarlas en la seda.

—¡Bingo! —Cuando viese a su patronista se la iba a comer a besos—. Dadme treinta minutos y lo soluciono.

—Gracias a Dios —murmuró la directora creativa a su espalda y después gritó—: ¡Atención todo el mundo! ¡Treinta minutos de descanso! Aprovechad para comer algo ahora. En cuanto el problema esté solucionado continuaremos con la sesión hasta acabarla.

No podía remendar la prenda sobre el cuerpo de Valentina, así que le pidió que se la sacase y, mientras tanto, rebuscó entre los bártulos esparcidos por el suelo en busca de algo que le sirviese de soporte para mantener la tela tensa mientras la bordaba.

—¿Qué buscas? —preguntó Valentina unos minutos después.

—Necesito algo para sujetar la tela.

—¿Un bastidor?

Sorprendida de que supiese a qué se refería, dirigió a Valentina una rápida mirada y asintió mientras continuaba buscando.

—¿Y si..., y si yo sostengo la tela sobre mis piernas? —Jules se volvió hacia ella y entrecerró los ojos—. Puedo mantenerlas separadas para que tú puedas trabajar por arriba y por abajo...

La posición que adoptarían sería digna de ver, pero podía funcionar...

Asintió.

—¡Probemos!

Diez minutos más tarde la mitad de la tela rasgada ya había sido disimulada por una bonita ristra de cuentas color marfil. El trabajo de bordado era muy delicado y requería gran concentración —o una dilatada experiencia de la que Jules carecía—, por eso, a pesar de que la temperatura entre las rocas era fresca y agradable, sus manos transpiraban cada pocos minutos, y debía secárselas cada tanto contra la tela de los pantalones para evitar estropear la prenda o que se le escapase la aguja.

—Lo siento mucho —dijo Valentina de repente.

—No te preocupes —musitó ella sin perder de vista cada puntada. La chica estaba haciendo un trabajo excelente manteniendo la tela en su sitio, así que había avanzado más rápido de lo esperado—. Le puede pasar a cualquiera.

—No... Me refiero a lo de esta mañana.

—Ah..., eso. —Al recordar la frustración que había sentido y la posterior discusión con Blake, se le encendió la sangre de nuevo.

Continuó haciendo puntadas en silencio, ensartando cuentas por la fina aguja con cuidado.

—Crees que la gente tiene razón al pensar lo que piensa de mí, ¿verdad?

Jules dejó de coser e inspiró con fuerza. Mantener el enfado durante tantas horas no era propio de su naturaleza y, sin embargo, en esa ocasión era incapaz de soltar aquella especie de amargura que la corroía por dentro. ¿Qué era lo que la había molestado tanto esa mañana? ¿La actitud díscola y huidiza de Valentina o su discusión con Blake? Sin duda ambas habían influido en su estado anímico, pero eran las palabras del fotógrafo las que habían abierto una herida en su pecho que no dejaba de supurar.

—No te conozco lo suficiente para opinar. —Continuó con su trabajo.

—Bueno, todavía nos quedan cinco días para revisar mi imagen. —La esperanza en el tono de Valentina la incomodó. Algunas horas en su compañía habían sido suficientes para intuir qué era lo que aquella chica realmente necesitaba. Sabía que estaba a punto de traspasar una línea que no le correspondía, pero nunca se había caracterizado por respetarlas, así que decidió ser del todo sincera.

Dejó la aguja con cuidado sobre la tela y la miró de frente.

—Sobre eso... No creo que pueda ayudarte como tú necesitas.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertada. De pronto, una chispa de alarma brilló en sus ojos y su mirada se endureció—. Tenemos un trato, puedo obligarte a cumplirlo.

Jules chasqueó con la lengua y la señaló con la mano con fastidio.

—¿Ves? Precisamente a esto me refiero. ¿Sabes cuál es tu verdadero problema? Tu actitud. —Valentina se tensó y la tela que sujetaba sobre sus piernas se aflojó—. Tan pronto eres dulce, amable y cercana como, de repente, te muestras esquiva, fría e incluso agresiva. Un día tienes muy claro lo que quieres hacer y al siguiente eres toda inseguridad, dudas y evasivas. La verdad, no consigo comprenderte...,

y llegados a este punto creo que tampoco me apetece demasiado hacerlo. Lo que sí te puedo decir es que te estás engañando si crees que cambiar tu imagen externa será suficiente para despertar emociones más positivas en la gente. No va a funcionar mientras continúes actuando de este modo.

Ni el maquillaje profesional consiguió disimular la lividez del rostro de la muchacha. Sus manos temblaron cuando le entregó el blusón que había estado sosteniendo, y aunque Jules no tenía el corazón de piedra, su más que evidente malestar no consiguió que se arrepintiese de nada.

Las duras palabras de Jules todavía flotaban en el aire cuando Blake se acercó a ellas, seguido de cerca por Janet, que llevaba en las manos una bandeja de cartón con un par de tacos hechos con pan navajo y una escuálida ensalada.

—Os hemos traído algo para comer —dijo Janet con voz alegre—. Tienes que probar esto, Jules. Estos navajos hacen el pan más rico del mundo.

—¿Ya está arreglado? —preguntó Blake, mirando con sospecha a una y otra.

—Casi. —Jules dio los últimos pespuntes a la prenda y se la devolvió a Valentina sin apenas mirarla. Después, se dedicó a colocar todo de vuelta en el neceser en silencio.

—Yo…, será mejor que vaya a cambiarme —musitó Valentina con un hilo de voz.

—¿No vas a comer antes? —preguntó él.

—No tengo hambre, gracias.

La evidente preocupación de Blake y la dulce respuesta de Valentina provocaron que Jules chirriase los dientes y se clavase la punta de las tijeras al encajarlas en su sitio con demasiado ímpetu.

—¡Joder! —Se llevó el dedo a la boca.

En cuanto Valentina desapareció en un recodo del cañón, Blake se volvió hacia ella.

—¿Ha pasado algo?

—Solo lo que tenía que pasar —respondió con tirantez mientras metía el neceser en la mochila—. Janet, mañana volvemos a Nueva

York.

—¡¿Por qué?! —exclamó su ayudante con pesar—. ¿Ha pasado algo en el atelier?

—No, todo está bien por allí. Es solo que mi trabajo aquí ya ha terminado.

—Pero..., pero todavía faltan cinco días de viaje —musitó Janet confundida—. Además, está el reportaje para la promoción...

—Olvídalo. —Jules fue tajante—. Lo que tengas grabado tendrá que servir.

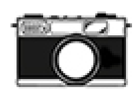
No quería tener aquella conversación frente a Blake, que se mantenía en silencio desde que había anunciado que se marchaban. Ningún comentario pidiendo alguna explicación, ninguna palabra para hacerla cambiar de parecer. Sin duda debía sentirse aliviado de deshacerse de ella.

«Qué tonta eres», se recriminó.

—Bueno..., siendo así, será mejor que aproveche las horas que nos quedan para conseguir tanto material como pueda. —Janet extrajo la cámara de vídeo de su bolsa y volvió a la carga.

Jules hizo un amago de sonrisa. Maravillosa Janet. Siempre positiva e inasequible al desaliento. No hacía mucho ella también había sido así, comprendió de repente. En las últimas semanas había perdido aquella vitalidad y necesitaba recuperarla. Una razón más para volver a casa y a su normalidad.

Necesitaba volver a sentirse ella misma otra vez.



—Llegaremos en el vuelo de las 20.45. Después te mandaré todos los datos por mensaje.

—De acuerdo —respondió Samantha desde el otro lado de la línea.

—¿Estás bien? —preguntó Jules al percibir el tono apagado de su voz—. Si no te va bien venir a recogernos podemos coger un taxi...

—No, ¡no! ¡Claro que puedo! Estaré allí puntual —exclamó con demasiado entusiasmo.

—A ti te pasa algo...

—Que no... —titubeó su amiga, y después escuchó un suspiro—. No tiene importancia...

—Samantha, de verdad que no estoy de humor para arrancarte las palabras. ¿Me quieres decir qué tienes?

—Creo que Jack está con otra —soltó su amiga de golpe, dejándola estupefacta.

—¡¿Pero qué gilipollez es esa?! —exclamó dos decibelios por encima de lo normal.

—Ninguna gilipollez, Jules. Ya le he pillado dos veces mintiéndome.

Jules dejó de guardar los productos de higiene en su neceser y se sentó sobre la litera. Aquella conversación requería toda su atención.

—Seguro que hay una explicación del todo razonable —dijo esta vez con un tono más suave al percibir que Sam estaba pasándolo mal de verdad—. Jack está loco por ti. Jamás te engañaría.

No lo decía solo para calmarla. Nunca había visto a un hombre tan enamorado de una mujer como Jack de su mejor amiga.

—Ya... Supongo...

—¿Has hablado con él?

—No me he atrevido.

—Hazlo. Hoy mismo. O si no esa cabecita tuya, tan inteligente para algunas cosas, va a acabar jugándote una mala pasada.

Un silencio sepulcral se hizo con la línea.

—¿Y si no me equivoco? —dijo Sam, poniendo en palabras su mayor temor—. ¿Y si me confirma que hay otra?

—Pues entonces nos hincharemos a helado y alcohol hasta que te desenamores de él.

A ella misma no le iría mal aquella terapia, pensó, sintiendo en el corazón el peso de todo lo ocurrido los últimos días.

—Tú lo arreglas todo con helado.

—El helado de chocolate es la penicilina para los males del corazón —dijo convencida, y sonrió al escuchar la risa de Sam—. En serio, habla con él. Verás que hay una explicación totalmente razonable. Y ahora te voy a dejar, que todavía tengo que acabar de hacer la maleta antes de cenar.

—Vale, vale, ves. —Estaba a punto de colgar cuando escuchó que

Sam la llamaba—. ¡Jules!

—Dime.

—Tú sí que eres penicilina para mi corazón.

—¡Anda ya! ¿Serás cursi? —espetó Jules, más emocionada de lo que quería demostrar—. Venga, cuelga de una vez, pesada.

—¡Te quiero!

—¡Yo más!

Sacudió la cabeza con una sonrisa pintada en los labios y colgó antes de retomar la tarea donde la había dejado. Preparar el equipaje de vuelta a casa siempre le resultaba más sencillo, pues no tenía que detenerse a escoger nada, solo arrasar con todo lo que se había llevado en la ida y volver a colocarlo en la maleta como si se tratase de un juego de Tetris.

—Así que te rindes.

Jules se incorporó, sobresaltada al escuchar la voz de Blake a su espalda. ¿Cuánto rato hacía que estaba ahí? Lo encontró apoyado contra la puerta de la caravana, con las manos en los bolsillos y una expresión ausente al mirar la ordenada montaña de ropa cerca de la maleta de mano que había dispuesta sobre la litera.

Soltó una seca carcajada y negó con la cabeza mientras continuaba guardando sus pertenencias.

—A veces hay que saber retirarse a tiempo. —Chasqueó la lengua y admitió—: De todos modos tampoco tenía mucho sentido que estuviera aquí. No tengo ni idea sobre asesoría de imagen.

—Si es así, ¿entonces por qué aceptaste venir? Estoy seguro de que pensaste que la podías ayudar de alguna forma.

—Y claramente me equivoqué. —Le miró de soslayo y sus miradas se cruzaron durante un instante.

Blake fue el primero en romper el contacto al inclinar la cabeza y hundir la barbilla en su pecho. Al ver que inspiraba con fuerza y se frotaba los ojos repetidamente, ella dejó de empaquetar y, a salvo de ojos indiscretos, se permitió observarle con el corazón.

Saber que en unas horas iba a alejarse de él, quizá para siempre, le producía tal sentimiento de tristeza que sintió que iba a ponerse a llorar de un momento a otro. No había pasado suficiente tiempo a su

lado, no habían podido hablar de lo que pasó tantos años atrás, demasiado ocupados discutiendo por tonterías.

Era como revivirlo todo una vez más. La rabia, la frustración, la impotencia…

Se sentó sobre la cama con gesto abatido y decidió que esa vez, al menos, haría las cosas diferentes. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y musitó:

—Puede que las razones que me hicieron venir aquí fueran puramente egoístas. —Blake alzó la cabeza y la miró con el ceño fruncido, sorprendido de que admitiese algo que solo el día anterior había provocado una discusión entre ellos—. Quizá acepté venir porque era la única forma de asegurarme de que mis diseños apareciesen en *Vogue*. —Se aclaró la garganta—. O puede que esta semana fuese la única oportunidad que me quedaba para reconectar con alguien importante de mi pasado…

Blake se acercó a ella con paso lento y la mirada perdida, como si su mente se encontrase a miles de kilómetros de allí… o muchos años atrás. Un músculo tembló en su mandíbula hasta que por fin su atención volvió al tiempo y lugar donde se encontraban y la miró con determinación.

—Entonces, ¿por qué te vas?

La respiración de Jules se descompasó al tiempo que su corazón comenzaba a latir al galope. Alzó el rostro para poder mirarle a los ojos.

—Creo que es obvio que he fracasado en mis objetivos. No hay nada que me retenga aquí.

—Nunca fuiste de las que aceptaban un no como respuesta —la presionó.

—Quizá he cambiado.

Una suave risa acompañó a Blake mientras se acuclillaba frente a ella. La expresión de sus ojos era pura miel cuando alzó una mano y, tras un titubeo, le colocó un mechón tras la oreja.

—No es verdad —dijo con voz ronca.

Tenerle tan cerca, sentir su caricia, le produjo tal vértigo que Jules agradeció estar sentada.

—¿Qué estamos haciendo, Blake? —Su voz salió estrangulada debido a la falta de oxígeno. No respiraba. Literalmente, había dejado de respirar en cuanto había sentido el roce de Blake en su piel.

Él cerró los ojos y su pecho se hinchó antes de expulsar el aire de forma sonora. Cuando la volvió a mirar, un profundo pesar dilataba sus pupilas. Sacudió la cabeza y admitió:

—No lo sé...

Su vulnerabilidad la conmovió. Que él, siempre tan hermético y dueño de sí mismo, mostrase algún signo de debilidad, le produjo una ternura infinita que la impulsó a acariciarle la mejilla con la palma de la mano. Apenas consciente de lo que hacía, se inclinó y le besó con suavidad. Pretendía ser un gesto de cariño, pero bastó un simple roce de sus labios para despertar la atracción latente entre ambos.

Jules se separó con lentitud y le observó con los ojos entornados, el corazón atronando en sus oídos y cada vello de la piel erizado de puro placer. Sus bocas se encontraban a escasos centímetros la una de la otra, la humedad de sus respiraciones entremezcladas provocando un delicioso caos en sus entrañas que Blake percibió a juzgar por su mirada turbia.

La tensión la estaba matando y, si él no actuaba, iba a ser ella quien tomase el control. Ansiaba sentir la carne de los labios de Blake entre sus dientes, la humedad de su lengua acariciando el interior de su boca y su aliento excitando cada rincón de su cuerpo. Sentía los músculos rígidos de pura necesidad y, en contra de lo que le había dicho el día anterior, sabía que solo él podría saciarla como deseaba.

—¿Qué te parece si nos limitamos a disfrutar del momento y aprovechamos el poco tiempo que nos queda...? —susurró ella.

La expresión de Jules reflejaba todas y cada una de sus emociones.

El crudo anhelo que Blake encontró en su mirada, del todo improbable solo unos meses atrás, convirtió la necesidad que sentía por ella en algo real y tangible.

Con cada mirada, con cada suspiro tembloroso que escapaba de entre los labios de Jules y acariciaba su rostro, se rompía una de las cadenas que siempre habían frenado a su loco corazón. Incapaz de contenerse ni un minuto más, dejó que el instinto contra el que había

luchado largo tiempo tomase el control y sus manos volaron hasta rodear las mejillas de Jules. La acarició con los pulgares mientras observaba su boca entreabierta y dejó escapar un suspiro al inclinarse sobre ella. Cerró los ojos, preparado para el impacto que supondría saborear por fin sus labios…

—¡¿Quién cojones ha publicado esto?!

Se separaron de un salto y se volvieron sobresaltados al escuchar la voz histérica de Valentina. Se observaron por un instante, ambos con la respiración alterada, y sin pensárselo dos veces se precipitaron hacia el exterior con la respiración agitada.

—¿De qué hablas? —Grace sostenía una revista *Vogue* entre las manos cuando la muchacha le enseñó la pantalla de su móvil.

—Salgo en todas partes —dijo entre dientes. A medida que deslizaba el dedo por la pantalla su rostro fue demudando hasta que se convirtió en una máscara de horror y susurró—: Dios mío…, dicen dónde estoy…

—A ver, déjame verlo. —Grace alargó una mano para que le pasara el móvil, pero la chica solo lo blandió contra ella.

—¡Se suponía que la sesión de fotos se iba a mantener en secreto! ¡Que no se sabría nada hasta que se publicase la revista! —Se volvió con brusquedad y miró a las personas del equipo que se habían acercado atraídas por los gritos—. ¿Quién de vosotros ha sido? ¿Eh? ¿Quién? ¡Tenéis que borrarlo ahora mismo!

La gente la miró con incredulidad; algunos cruzaron miradas confusas y otros se limitaron a observarla con retorcida fascinación.

—Hace horas que corre por la red —dijo Grace, que había estado revisando su propio dispositivo para ver lo que había alterado tanto a la chica.

—Valentina…

Jules la sujetó del brazo para llamar su atención, pero ella se soltó con brusquedad.

—¡Déjame! —Sus manos temblaban, todo su cuerpo lo hacía—. Tengo que borrarlo todo… Tengo que…

—¿Por qué no vamos adentro y me explicas qué está pasando?

—¡Te he dicho que me dejes! —gritó ella, histérica.

—Solo quiero ayudarte.

—No necesito tu ayuda —le escupió con rabia—. Tú misma lo dijiste, no puedes ayudarme, ¿recuerdas?

Jules retrocedió un paso y tragó saliva. Suponía que se lo merecía, pero aun así le molestó. Volvió la vista hacia Blake, que las observaba con las manos en las caderas, y le hizo un gesto negativo con la cabeza cuando ella le pidió en silencio que interviniese.

El sonido de un motor acercándose al campamento distrajo al grupo por un instante.

Un todoterreno de color negro atravesó el camino de tierra, enlodado por las lluvias que habían caído aquella tarde, y se detuvo al otro lado de las caravanas.

Valentina alzó la mirada de su pantalla casi por reflejo, y cuando vio el vehículo a tan solo cincuenta metros de ella palideció.

—Oh, Dios… —musitó con pavor.

19

En el instante en que el recién llegado puso un pie fuera del vehículo, la expedición se convirtió en una fiesta.

No sucedía todos los días que una estrella de la NBA se dejase caer entre los simples mortales, y si se trataba de Eddie Thompson, un tipo que siempre se mostraba encantador con las masas, el nivel de exaltación era máximo. Su presencia de más de dos metros absorbió toda la atención cuando se acercó hasta su novia con una sonrisa alegre y la rodeó con su cuerpo en un estrecho abrazo que la engulló por entero.

Janet no podía dejar de grabar, anonadada con la inesperada visita y exultante al imaginar la espléndida campaña de publicidad que iban a conseguir con la llegada del famoso jugador. Su público objetivo acababa de multiplicarse varios ceros, y a juzgar por la expresión pletórica de Grace, el de *Vogue* también. Hizo un barrido, ansiosa por no perder un solo detalle, y el objetivo de su cámara captó el arrobo de las chicas al presenciar aquel momento tan romántico, los apretones de manos y las palmadas en la espalda con los que Ed saludó a sus fans masculinos, Blake incluido, y la mirada de aprensión que compartieron Jules y Valentina cuando su novio les dio la espalda.

Decenas de preguntas se agolparon en el rostro de Jules. En los pocos minutos que mediaron mientras el jugador saludaba al resto del grupo, la diseñadora trató de obtener respuestas en la expresión de Valentina, pero esta tenía las facciones congeladas en una extraña mueca, mezcla de alegría y recelo, y sus ojos no se apartaban de su novio, de modo que le fue imposible establecer contacto.

Jules se maldijo por no haber preguntado antes a Valentina cómo había resuelto el asunto del reportaje con él. La primera y única vez que se había encontrado con Ed, Valentina la había presentado como una amiga de su juventud, y ahora no sabía cómo debía actuar ni qué

decir. Las posibilidades de que no la recordase existían, pero cuando Ed se acercó a ella, con un brazo sobre el hombro de Valentina, las palpitaciones en su pecho aumentaron.

—Hola. —La sonrisa del jugador era genuina cuando extendió su brazo para saludarla. Igual que lo fue el ceño de confusión cuando la miró más de cerca. Por sus ojos atravesó la duda, claramente preguntándose si la conocía de algo, pero pareció desechar el esfuerzo de recordarlo con rapidez y simplemente añadió—: Soy Ed.

Jules soltó una risa forzada por lo obvio de su presentación y relajó los hombros al sentir que el peligro había pasado.

—Jules. Encantada.

—No sé si me voy a acordar de tantos nombres —exclamó él de repente, pasándose una mano por la nuca con apuro y hablando para todos los que estaban congregados a su alrededor.

Y con aquella franca confesión se acabó de ganar a su reducida audiencia.



Ed invitó a todo el grupo a cenar a un restaurante para celebrar su presencia allí.

Kayenta, el lugar donde habían establecido el campamento aquel segundo día, era la ciudad más poblada de toda la Nación Navajo y, sin embargo, su población apenas alcanzaba las cinco mil personas, la mayoría amerindios. No era de extrañar, pues, que la oferta gastronómica fuera bastante limitada, y el lugar donde ir, muy fácil de elegir.

Acordaron encontrarse frente al único restaurante de comida local una hora más tarde, y mientras tanto Ed y Valentina se dirigieron a los dos únicos hoteles en cincuenta kilómetros a la redonda para consultar si tenían habitaciones disponibles. No había espacio para el jugador en ninguna de las caravanas, y era de esperar que Valentina y él quisieran tener algo de intimidad aprovechando que había ido hasta allí solo para verla.

El ambiente era festivo cuando todos iniciaron la marcha hacia el

restaurante en un par de autocaravanas. Solo Jules permanecía en silencio mientras Grace, Janet y Susan charlaban de forma animada con Joe, que iba al volante. Blake y el resto del equipo viajaban en la otra caravana.

—Al parecer ha sido uno de los turistas que salían del cañón —decía Grace—. La ha reconocido y le ha faltado tiempo para tomar una foto y subirla a Twitter.

Joe chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Tanta modernidad... Hoy en día es imposible mantener algo de privacidad —gruñó.

—Bueno, tampoco nos ha ido mal. —La directora creativa no parecía tan disgustada como cabía esperar—. No deja de ser una publicidad gratuita fantástica y tampoco es que sepan exactamente qué estaba haciendo allí. Cuanta más expectación y revuelo se genere a su alrededor, mejor para nosotros.

Jules la observó con el ceño fruncido y se preguntó en qué medida había sido casualidad que aquel turista estuviese por allí justo a su llegada. La revista había sido muy tajante respecto a la confidencialidad de lo que estaban haciendo, pero no sería la primera vez que Grace manipulaba sutilmente la situación para servir a sus intereses.

De pronto, recordó el altercado que había protagonizado Valentina al descubrir las fotos. Habían estado tan ocupados recibiendo al inesperado invitado que nadie parecía recordar la explosión que había tenido lugar justo antes de su llegada. Valentina había estado fuera de sí por un cotilleo que, a fin de cuentas, solo había desvelado que se encontraba por aquella zona. Nada escandaloso, nada hiriente o retorcido que pudiese haberla ofendido. Y ella, sin embargo, parecía al borde del colapso tras descubrir que aquel tuit había corrido como la pólvora por las redes. ¿Qué la había puesto tan nerviosa?

Jules resopló y cerró los ojos mientras recostaba la cabeza contra el asiento. Tanta conjetura estaba empezando a darle migraña, y los arranques de Valentina o las conspiraciones de Grace eran la menor de sus preocupaciones.

Su maleta descansaba preparada en la parte trasera del vehículo,

lista para volver a Nueva York en un vuelo sin escalas que saldría desde Page a las 12.55 del día siguiente. Cuando había reservado los billetes aquella misma tarde, el sentimiento de derrota era tan agudo que solo deseaba desaparecer de una vez y dejar atrás aquel fiasco de viaje.

Ahora, tras lo que había estado a punto de suceder con Blake, ya no estaba segura de nada. No había dejado de pensar en ello desde que las cosas se habían calmado. Necesitaba encontrarse a solas con él, que se produjera aquel contacto íntimo entre ellos para entender... Para entender qué demonios significaba aquel remolino que le oprimía el pecho y agitaba su estómago desde que se habían vuelto a encontrar y que cada vez se parecía más a un tornado. El problema era que no habían vuelto a cruzar palabra desde la llegada de Ed, y a aquellas alturas estaba tan desorientada que ya no sabía ni cómo actuar. Tanto vaivén le estaba volviendo a provocar dolor de cabeza.

¿Debía ir a buscarle? ¿Dejaba que fuera él quien viniese? ¿Actuaba como si no hubiesen estado a punto de fundirse el uno con el otro y se marchaba sin más?

No tenía ni idea de por dónde tirar, pero más le valía aclararse rápido. Un avión la iba a alejar de él en algo más de doce horas.



El restaurante resultó ser de lo más variopinto y acogedor.

La sencillez y funcionalidad de sus instalaciones se compensaban con la preciosa decoración tribal en cojines y manteles, las ilustraciones amerindias que cubrían las paredes, la amabilidad del servicio y la suave música navajo en directo que amenizaba el ambiente. Una enorme chimenea de piedra caliza y oscura madera, que permanecía sin vida en aquella calurosa época del año, presidía el salón donde servían la cena y separaba aquella zona de otro espacio con sofás donde los clientes podían tomar una copa más tarde.

Jules se rezagó en la pequeña tienda de objetos típicos navajos situada en la entrada del restaurante, atraída por la belleza artesanal del fular que adornaba al maniquí del escaparate. A su lado, las

coloridas joyas y complementos expuestos mostraban el extraordinario trabajo por el que eran tan conocidos los indios: el trabajo con cuentas.

En el pasado los amerindios se habían servido de huesos, conchas, e incluso dientes, para crear los abalorios que después unían a través de finos hilos hasta conformar preciosos adornos. En la actualidad, sin embargo, utilizaban cuentas de cristal, mucho más pequeñas, y de distintos colores y matices, que permitían dar vida a auténticas obras de arte en forma de pendientes, collares, brazaletes y una infinidad de ornamentos más.

La propia Jules había conseguido que Jamie Okuma cediese sus derechos para utilizar los zapatos que la diseñadora navajo había confeccionado en colaboración con Christian Louboutin. Su intrincado y colorido diseño de cuentas bordadas a mano representando la cola de un pavo real abierta en todo su esplendor, junto a pequeñas flores que simbolizaban la fertilidad y la belleza, eran el complemento perfecto para el vestido que Valentina llevaría en la sesión del día siguiente.

—¿Vienes?

Se volvió al escuchar la voz de Blake y asintió en silencio al darse cuenta de que había estado abstraída más tiempo del que pensaba. El resto del grupo ya estaba sentado a la mesa, con Ed en la cabecera, y se disponían a pedir al joven indio que estaba de pie junto a ellos. Si no se espabilaba se iba a quedar sin cenar.

—He pedido por ti —dijo él, como si le hubiese leído el pensamiento.

—¡Oh! Perfecto, gracias.

Dio un par de pasos hacia la mesa y su corazón se saltó un latido al notar que él entrelazaba sus dedos con los de ella y la arrastraba suavemente de vuelta. Jules observó sus manos unidas con la garganta comprimida, toda su atención centrada en la inexplicable emoción que le producía aquel simple contacto. ¡Por el amor de Dios! Solo le sujetaba la mano y, sin embargo, ella sentía como si aquello fuera el principio y el fin de todo, un sentimiento que superaba a cualquier otro que hubiese experimentado antes.

Cuando alzó la vista la sorprendió hallar esa misma emoción en los ojos de Blake.

—Tenemos que hablar... —Su voz rasgada le produjo un escalofrío.

No creía que pudiese pronunciar una sola palabra en aquel momento, así que asintió de forma casi imperceptible mientras asimilaba el significado de sus palabras. Él avanzó un paso y le apretó los dedos entre los suyos mientras con la otra mano le pellizcaba la barbilla con suavidad.

—¿Después?

Cuando Jules volvió la mirada hacia donde estaba el grupo, todo algarabía y risas, su cuerpo se reveló contra la idea de unirse a ellos. El tiempo de la cena se le antojaba interminable cuando lo único que deseaba era desaparecer con Blake en aquel mismo instante.

—Si nos vamos la gente se preguntará dónde estamos —dijo él entonces.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Tienes una línea directa con mi cerebro de la que yo no me he enterado?

Blake rio con suavidad, sus ojos dos pozos de diversión y picardía, y Jules sonrió, feliz hasta lo indecible por provocar aquella reacción en él.

—Siempre has sido muy expresiva. —Se aclaró la garganta y luego añadió—: Y yo siempre he estado muy atento.

Aquella pequeña revelación acabó de romper con la poca compostura que le quedaba.

¡A la mierda la cena y el grupo!, quiso gritar. No le importaba en absoluto lo que nadie pudiese pensar de ellos, no era de su incumbencia. Su estómago, sin embargo, tenía otra opinión y eligió aquel inoportuno momento para gruñir con desesperación, recordándole bajo la divertida mirada de Blake que no había comido nada desde el desayuno. Hundió los hombros, dividida entre aquellas dos necesidades que apremiaban a su cuerpo.

—Después, entonces —aceptó al fin con resignación.

Esta vez fue él quien no dijo nada. Solo se inclinó y besó su sien con delicadeza antes de iniciar la marcha hacia la mesa, con ella detrás

todavía cogida de su mano.

Jules se pasó el resto de la velada sumida en una burbuja de irrealidad que apenas le permitió disfrutar de la cena o participar de la conversación. Su mente no dejaba de rememorar instantes junto a Blake. De un pasado lejano, pero también del más reciente. ¿Podía ser que aquel sentimiento que ahora percibía con tanta claridad ya hubiese estado presente quince años atrás?

En un momento dado, durante los postres, Blake pasó un brazo por el respaldo de su silla, acercándose a ella con tanta naturalidad que nadie vio nada extraño en aquel gesto, ni siquiera la propia Jules. Blake tenía una expresión concentrada mientras escuchaba a Ed explicar algunas anécdotas del vestuario de su equipo, en apariencia atento a cada palabra del jugador y sonriendo de forma relajada con sus bromas. Por eso Jules dio un respingo cuando notó el roce de su pulgar en la nuca, por debajo de su cabello, y la sutil caricia que resiguió las vértebras de su cuello una a una, con premeditada lentitud.

El placer que experimentó fue tan intenso e inmediato que tuvo que morderse el labio para reprimir un gemido. Apretó los muslos con fuerza bajo la falda cuando un calor abrasador se propagó desde su columna vertebral hacia todas sus terminaciones nerviosas, y echó un rápido vistazo en su dirección, no sabía si para pedirle que parase o todo lo contrario.

A pesar de su exhaustiva exploración, Blake parecía del todo relajado. Hasta tal punto que, si no fuera porque su dedo continuaba provocando pequeños incendios a lo largo de su piel, Jules hubiera jurado que lo estaba soñando. Espoleada por su estoicismo, extendió un brazo bajo el mantel y puso la mano sobre su musculoso muslo, cubierto por el pantalón tejano habitual. En aquel juego participaban los dos, y no estaba dispuesta a ser la única que ardiese por combustión espontánea aquella noche.

La reacción de Blake no se hizo esperar.

Jules sintió cómo su cuádriceps se tensaba bajo su contacto y, de inmediato, la presión que él ejercía sobre su nuca se intensificó. La leve transpiración en las sienes de Blake y su respiración, superficial y

algo acelerada, delataron que ya no estaba tan sereno como quería aparentar, y la situación se hizo del todo insostenible cuando ella abarcó el interior de su muslo con la mano, alcanzando cotas que se abultaban cada vez más a medida que avanzaba hacia arriba.

Oyó que él mascullaba algunas palabras ininteligibles y una sonrisa de pura satisfacción femenina extendió sus labios. Tembló cuando él se inclinó sobre su oído y le advirtió:

—Si sigues por ahí, vas a quemarte.

Su mano se detuvo de inmediato al tomar conciencia de lo que estaban haciendo. En aquel juego no había vencedores ni vencidos, solo la promesa de algo tan grande que les robaba el aliento y el sentido común.

—Bueno, gente, si no os importa, va siendo hora de llevarme a mi chica al hotel —anunció Ed—. Hace días que no la veo y estoy deseando que me explique cada detalle de este viajecito.

Guiñó un ojo y los demás rieron a sabiendas de que lo que menos iba a hacer la pareja aquella noche sería hablar.

—Sí, será mejor que nos vayamos. —El suspiro apenado y algo ebrio de Grace fue una clara señal de lo bien que se lo había pasado durante la cena—. Mañana toca madrugar.

—¿Podríamos ir a dar una vuelta por el pueblo antes de volver? —sugirió Susan—. No nos iría mal caminar un rato para bajar la cena y el alcohol.

A todos les pareció una buena idea, así que fueron despidiéndose del invitado antes de salir. Todos a excepción de Jules y Blake, que permanecieron exactamente en la misma posición de hacía unos instantes, cada uno con una mano en alguna parte del cuerpo del otro.

Cuando sus miradas finalmente se encontraron todo lo que los rodeaba desapareció.

El corazón de Jules galopaba en su pecho a tal velocidad que temía que se le saliera por la boca. Sus venas se habían convertido en ríos de puro deseo, su cuerpo clamaba por seguir explorando a Blake a sus anchas, y la sola idea de perder el contacto con su piel le hacía querer rugir como un animal herido. Su necesidad de él se había transformado en algo tan extremo que sintió lágrimas en los ojos de

pura frustración.

Blake, rígido a su lado, echaba ojeadas hacia la puerta del restaurante, atento a la salida de sus compañeros.

—¿No venís? —Janet era de las más rezagadas.

—Ahora vamos —anunció Blake con tranquilidad—. Jules antes quiere ir al baño.

Esta le observó con gesto interrogante. Al pensar en ello, sin embargo, concluyó que no era una mala idea. Le iría bien refrescarse un poco y recobrar el aliento a solas. Solo ella sabía lo mucho que necesitaba calmarse tras aquel interludio con Blake.

—Te espero fuera —dijo él con gesto imperturbable y la mirada de nuevo en la puerta.

20

Estaba tan acalorada que temía que el agua se evaporase en cuanto entrase en contacto con su piel.

Suspiró al refrescarse los brazos, el escote y la nuca, y se estremeció de placer al recordar los dedos de Blake recorriendo aquella zona hacía tan solo unos minutos. Cerró los ojos y se obligó a calmarse. Si continuaba pensando en él no iba a ser capaz de recuperar el aliento y, considerando la poca intimidad de la que gozaban para hacer algo al respecto, la frustración sexual no la dejaría dormir en toda la noche.

Antes de salir del baño se echó un último vistazo en el espejo. El agua fresca no había conseguido rebajar el rubor de sus mejillas, sus ojos refulgían más despiertos que nunca y sus labios parecían haber adoptado una sonrisa perenne que era incapaz de borrar. Se llevó los dedos a la boca y suspiró cerrando los ojos un instante.

El juego de Blake la había seducido por completo.

Los hombres cada vez se atrevían menos a dar el primer paso y ella era demasiado impaciente como para esperar sus avances, de modo que, casi sin pretenderlo, solía acabar tomando el control de la situación. Con Blake, sin embargo, estaba siendo distinto. Siempre lo había sido, comprendió al echar la vista atrás.

Su amistad se construyó a base de constantes tiras y aflojas; una partida de ajedrez en la que ella se había lanzado como un kamikaze hacia la figura del rey mientras su oponente medía su siguiente jugada con estudiada calma y una clara estrategia. Ingenua de ella, se había sentido victoriosa cada vez que lograba conquistar una nueva casilla y acercarse un poco más a él. La realidad, no obstante, era que Blake nunca había cedido el control, solo le había dado una falsa sensación de seguridad permitiéndole conseguir pequeños triunfos que ella había atesorado, uno tras otro, en un rincón de su corazón.

Para alguien que se enorgullecía de ser la única dueña de su vida, descubrir que otra persona tenía la capacidad de arrebatarle el control

sin que tan siquiera ella se diera cuenta supuso un fuerte impacto que, sorprendentemente, también le produjo un íntimo placer.

Acabó de lavarse las manos y salió del baño riéndose de sí misma. Quién le iba a decir que algún día un hombre conseguiría desestabilizarla de aquella manera. Desorientada en aquel laberinto de puertas escondido al fondo del restaurante, necesitó un par de intentos fallidos antes de encontrar la salida correcta.

Apenas había dado un paso cuando sintió un tirón en el brazo y se vio arrastrada tras una planta de hojas enormes. En el instante en que se recuperó del susto e identificó quién la retenía contra la pared de ladrillos, su estómago dio un vuelco y la expectación por lo que sucedería a continuación se instaló en la base de su garganta, impidiéndole no solo hablar, sino respirar.

Blake la contempló con una sonrisa pícara al apoyar las manos contra la pared, una a cada lado de su cabeza. Su mirada, un mundo infinito de posibilidades, se detuvo al alcanzar su boca. En aquella posición la diferencia de altura entre ellos era todavía más evidente, su cuerpo envolviéndola de tal modo que podía distinguir con total claridad el aroma masculino que desprendía la cálida piel que mostraba el cuello de su camiseta.

—¿Ibas a alguna parte?

El susurro le derritió las entrañas.

—Parece que no...

—Bien.

Jules tragó saliva y sintió que sus rodillas flaqueaban al notar el cálido aliento de Blake en sus labios.

«De acuerdo, estoy metida en un buen problema», pensó con aprensión. Ella nunca, *nunca*, titubeaba a la hora de flirtear. Disfrutaba del arte de la seducción como la que más, y en cambio ahora estaba bloqueada y hecha un manojo de nervios, sin ninguno de sus habituales comentarios pícaros a mano para aligerar el calor abrasador que crepitaba entre ellos.

Desarmada, contuvo el aliento cuando Blake rodeó sus mejillas en una lenta caricia y se sujetó a sus muñecas con fuerza al notar que jugaba con la piel de su labio inferior. Acostumbrada a la acción, su

lento sondeo estaba reduciendo su control a cenizas.

Blake la tenía donde quería, justo como la quería: dócil y anhelante, y por una vez en la vida a ella no le importó mostrarse así de vulnerable con un hombre. Había algo sumamente atractivo y liberador en la idea de cederle el mando; dejar que decidiese por ella, centrarse solo en el placer que le proporcionaba.

Relajó los músculos y rio con suavidad mientras apoyaba la cabeza contra la pared desnuda a su espalda, asombrada de sus propios pensamientos. Abrió la boca dispuesta a mofarse de sí misma, pero las palabras murieron en sus labios cuando él le dio un fuerte tirón en la nuca y aplastó su boca contra la suya, lo que hizo que todo desapareciese a su alrededor.

El primer roce de su lengua provocó un estallido de placer en las papilas gustativas de Jules, que gimió de gusto y se dejó caer contra él en una clara muestra de rendición. Blake respondió acercándola todavía más a su cuerpo. La ancló a cada arista de su anatomía y abarcó su cabeza con la mano mientras se hundía todavía más en su boca. Su invasión fue tan vehemente que ella solo pudo dejarse llevar, deslizarse por la humedad de su lengua y retozar con ella, degustar su sabor a pasión y a café, y hacerse añicos bajo sus expertas caricias. El violento roce de sus dientes sobre la trémula carne de sus labios era desgarrador. Sus caricias sabían a ansia y deseo; eran desesperadas, incrédulas y delicadas a la vez. Le bastaron apenas unos instantes para comprender que ser besada por Blake era la sensación más sobrecogedora que jamás había sentido, y supo que toda mujer merecía que la besasen de aquel modo al menos una vez en su vida.

Debilitada por la sobrecarga de sensaciones, se agarró a la camiseta de Blake hasta casi desgarrarla cuando sintió que sus piernas ya no la sostenían. Sin separarse de sus labios, él le pasó un brazo bajo las nalgas y la subió a sus caderas. El tiempo se detuvo en el instante en que ella le rodeó la cintura y él quedó encajado entre sus piernas. Blake apoyó la frente contra la suya y masculló sin aliento:

—Espera… Dame un momento…

El cuerpo de Jules temblaba de tal manera que las sacudidas solo conseguían intensificar el roce entre sus cuerpos. Gimió cuando él

presionó su pelvis con la intención de detenerla, y sus dedos se crisparon sobre sus hombros cuando los primeros espasmos de un orgasmo amenazaron con desmoronarla por completo.

—Blake... —suplicó, contoneándose en busca del desahogo que su cuerpo reclamaba.

Él le inmovilizó las caderas.

—Vamos a dar un espectáculo —dijo él con voz ronca.

—No me importa.

Él rio con suavidad y el temblor de su pecho le lanzó pequeñas descargas a los pezones.

—No sé por qué, pero me esperaba esa respuesta —ronroneó, acariciando las tersas curvas de sus nalgas bajo la falda, solo cubiertas por el encaje de sus braguitas.

Jules se estremeció.

—Dios... —musitó, asombrada de lo rápido que estaba escalando la intimidad de aquel encuentro.

—¿Jules? —Giró la cabeza por instinto al escuchar que alguien decía su nombre a lo lejos.

Con la mente saturada de placer, le costó unos segundos descubrir de dónde procedía aquella voz. Arrugó el ceño al distinguir a Janet oteando el salón de copas entre las hojas de la planta que los ocultaba. Masculló entre dientes y miró a Blake con expresión desolada.

Consciente de la situación, él sonrió con resignación e inspiró con fuerza al masajearle los muslos una última vez antes de soltarla. En el instante en que sus pies tocaron el suelo, Jules apoyó la cabeza contra su pecho y su estómago se contrajo al percibir el errático latido de su corazón retumbando en su oído.

—No era esto lo que tenía en mente cuando te propuse que habláramos...

—Hablar está sobrevalorado —dijo ella con voz ronca.

La carcajada de Blake puso una perezosa sonrisa en sus labios.

—No seré yo quien te contradiga.

Aunque Janet podía aparecer en cualquier momento, Jules se sentía incapaz de romper su abrazo, así que se apartó lo justo para poder mirarle a los ojos.

—¿Y ahora qué? —le preguntó en un murmullo tras varios segundos observándose en silencio.

—Bueno… —La nuez de Blake se movió con rapidez en su garganta antes de sonreír con ternura y pellizcarle delicadamente la barbilla—. Todavía tenemos que hablar.

Jules frunció el ceño.

—¿Cuándo? Me voy mañana, ¿recuerdas?

El semblante de Blake cambió.

—¿Sigues decidida a irte?

Ella asintió.

—Nada ha cambiado. Ya no me queda nada que hacer aquí.

Blake desvió la mirada e inspiró con fuerza. Cuando la volvió a mirar, todo rastro del hombre apasionado con el que había estado hacía solo unos minutos había desaparecido.

—Cierto.

La gélida distancia que se impuso entre ellos la estremeció, y la ansiedad se asentó en su estómago.

—Eh… —susurró Jules con dulzura mientras tiraba de su camiseta para reclamar su atención. Él la miró con un gris apagado en los ojos, ninguna expresión que delatase qué pasaba por su cabeza—. Sigo queriendo hablar. Cuando acabe la semana podrías venir a…

—Tengo programado otro trabajo en el extranjero —la interrumpió. A continuación le apartó las manos de su camiseta con estudiada indiferencia y dio un paso atrás—. Lo mejor será dejar las cosas como estaban.

La frustración y la ira borraron de un plumazo cualquier vestigio de docilidad que quedase en su sangre. Se puso las manos en las caderas y frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora?

—Olvídalo.

Y sin decirle nada más, Blake se dirigió hacia la salida, no sin antes indicar a Janet dónde se encontraba. Iba a matarle. Iba a coger su bonito cuello y retorcérselo hasta que admitiese…

Se detuvo en seco. Hasta que admitiese, ¿qué?

—¿Qué haces ahí escondida? —La voz risueña de su asistente la

irritó. Al ver que Jules no respondía, la chica lanzó una rápida mirada hacia la puerta del restaurante y ató cabos—. Eres tremenda. No has perdido el tiempo, ¿eh?

—No es lo que piensas —comentó Jules, distraída.

—¡Venga ya! —Se carcajeó—. Si pudiera, yo también le hubiese hincado el diente antes de irme.

La pícara mirada que le dirigió su ayudante pretendía ser un momento de complicidad, como tantos otros que las chicas habían compartido en el atelier. El problema era que, en aquel momento, Jules no encontraba nada divertido en hablar sobre lo que acababa de suceder con Blake. Se sentía frustrada a tantos niveles que no sabía ni por dónde empezar.

—Déjalo, Janet.

—Cómo te envidio —continuó la muchacha, ajena a la incomodidad de su jefa—. Tiene ese aire descuidado que dan ganas de...

—¡Te he dicho que lo dejes!

El estallido las pilló a ambas desprevenidas. Jules se maldijo en silencio al advertir el asombro y la lividez en el rostro de Janet. Acababa de pagar su rabia y frustración con la persona menos indicada.

—Lo siento. Yo... —Carraspeó. No sabía qué explicación darle. Lo que sentía por Blake era demasiado confuso, a duras penas se entendía a sí misma, así que optó por darle una versión reducida de la verdad —. Blake y yo nos conocemos desde la adolescencia y estábamos poniéndonos al día. Justo cuando has llegado estábamos... discutiendo.

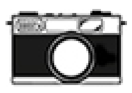
—¡Lo siento, yo... —titubeó, mostrando aquella inseguridad que Jules había percibido en ella cuando llegó por primera vez al atelier y que hacía tiempo que no había vuelto a ver—. Yo... No sabía nada.

—¿Cómo lo ibas a saber? —exclamó Jules aligerando el tono y tratando de quitar hierro a la situación. La rodeó con un brazo por los hombros y la achuchó—. Soy una idiota. Perdona por haberte hablado así. Blake siempre ha tenido el don de sacarme de mis casillas.

Janet asintió con timidez.

—No pasa nada.

—Si es que no te merezco. —Le dio un último abrazo—. Venga, vamos a reunirnos con el resto o esta noche dormimos a la intemperie.



Un grito desgarró la quietud de las primeras luces del alba. Aquel día tenían programada la sesión de fotos muy temprano por la mañana, así que, en cuestión de segundos, el campamento se convirtió en un hervidero de gente que se acercó alarmada a la caravana que transportaba el vestuario y atrezo.

Jules, que apenas había pegado ojo en toda la noche, se arrastró hacia el lugar de donde provenía todo el alboroto con el cerebro nublado y refunfuñando por lo bajo, mientras escuchaba exclamaciones y maldiciones surgiendo del interior del vehículo. En cuanto tuvo un pie dentro se detuvo en seco y parpadeó varias veces, incapaz de creer lo que estaban viendo sus ojos. Cuando por fin asimiló la escena que tenía ante sí, se dio cuenta de que su corazón había dejado de latir.

El suelo era un amasijo de telas mezcladas con restos de maquillaje y decenas de cuentas que yacían desparramadas por toda la superficie, desprendidas del hilo que las había unido solo unas horas atrás. La ristra de colgadores que había sostenido los diseños para Valentina estaba medio descolgada, con varias prendas arrugadas a sus pies, y otras tantas convertidas en trozos irregulares e inservibles de tela, en vista de cómo habían sido rasgadas y cortadas con violencia.

—La madre que... —La blasfemia de Grace a su espalda sacó a Jules de su estupor.

Solo cuando alzó la mirada de aquel desastre vio a Susan y a Valentina agarradas del brazo, ambas con diversos grados de espanto en los ojos. La maquilladora apenas podía contener el llanto y solo negaba con la cabeza mientras miraba una y otra vez el caos que la rodeaba. Valentina, a su lado, estaba lívida y temblorosa, con la vista ida y los hombros, cubiertos por una fina chaqueta, curvados con desolación. No tuvo ninguna duda de que habían sido ellas las que habían descubierto aquel desastre.

Blake se unió al grupo con el teléfono móvil en la mano. Tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que sujetaba el aparato y su rostro estaba marcado por una expresión de furia que jamás le había visto antes.

—¿Estáis bien? —preguntó dirigiéndose a las chicas. Estas asintieron, todavía temblorosas.

—¿Quién cojones puede haber hecho esto?

Jules giró la cabeza al escuchar la voz proveniente del fondo de la caravana y se encontró a Ed apoyado sobre un hombro y de brazos cruzados. Había olvidado por completo que estaba allí.

Blake negó con la cabeza con gesto grave y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los tejanos.

—No tengo ni idea, pero vamos a averiguarlo. Acabo de llamar a la policía local.

21

La tensión y la incertidumbre se fueron apoderando de la atmósfera mientras esperaban a que llegase la policía.

Aquel incidente había lanzado por los aires la minuciosa planificación de la semana, de modo que, pasado el shock inicial, todos parecieron asumir que su trabajo allí había terminado. Todos excepto Grace, que no se daba por vencida.

Jules dio un brinco cuando la editora la arrinconó junto a su autocaravana.

—¿Podemos hacer algo?

—¿Cómo? —Jules la miró con gesto ausente y el cuerpo entumecido.

Todavía le costaba asimilar que meses de duro trabajo yacieran destrozados a pocos metros de allí. Por más vueltas que le daba no lograba imaginar quién podría haber hecho algo semejante y, aún más importante, por qué. Por lo poco que habían podido observar, no se habían llevado nada, así que quien fuese que hubiera cometido aquella atrocidad debía tener otros motivos, pero ¿cuáles?

—Julia, ¿me estás escuchando? —Esta parpadeó y volvió a prestarle atención—. Dime qué necesitas para que podamos acabar el reportaje.

Jules frunció el ceño y miró a Janet, que se encontraba a su lado, en busca de confirmación de que estaba escuchando bien, pero esta se limitó a encogerse de hombros con gesto retraído.

—Grace... —dijo con tacto—, la mayor parte de las prendas están hechas añicos. No hay nada que hacer. Incluso si contase con las telas y herramientas de trabajo necesarias, harían falta semanas para reconstruir todo lo que se ha destruido. Y eso solo para mis diseños. En cuanto al resto...

—Esa respuesta no me sirve. —Jules se tensó. Comprendía que el mazazo para la revista debía ser enorme, pero que se negase a aceptar lo evidente y le pidiera un imposible de aquellas formas la molestó.

—Es la única que te puedo dar. —Hizo ademán de marcharse, pero Grace se interpuso en su camino.

—Espera... —La editora suavizó el tono al advertir que no iba a conseguir nada de ella con aquel enfoque—. No tengo tiempo de organizar una nueva sesión de fotos con todo lo que ello implica. Eres una mujer de recursos. Mira lo bien que solucionaste ayer lo del pendiente. —La sujetó por los hombros y la miró con determinación —. Busquemos alguna solución.

Jules sacudió la cabeza y se puso las manos en las caderas. Apenas había echado un vistazo a los restos de las prendas desparramadas por el suelo; las náuseas que había sentido al verlas le habían impedido quedarse más tiempo del necesario, y no podía decir con seguridad en qué estado había quedado todo. El problema era que, hasta que no llegase la policía, Blake había pedido que no entrase nadie para no alterar la escena, así que tampoco podía acercarse a valorar los daños reales.

—Todavía tenemos el vestido azul para las dunas —musitó Janet de repente, restregándose las manos con nerviosismo. Jules y Grace se volvieron hacia ella al mismo tiempo, la primera con una expresión de asombro y la segunda con un brillo de renovada esperanza en la mirada—. Me lo llevé a nuestra caravana ayer por la tarde, antes de ir a cenar; quería darle un último vistazo antes de que nos marchásemos hoy para asegurarme de que todo seguía en su sitio y no había nada que repasar.

Cuando acabó de explicarse, la joven estaba sin aliento, con una expresión culpable por haber sustraído aquella prenda sin habérselo consultado antes a su jefa, cuando esta, en realidad, estaba exultante con la proactividad de su ayudante. Sin saberlo, Janet había salvado su diseño más especial de las manos de quienquiera que hubiese asaltado la caravana mientras ellos habían estado cenando.

Grace lanzó un grito y abrazó a Janet con efusividad mientras, a su espalda, Jules le dirigía una sonrisa agradecida a la chica y su cabeza empezaba a darle vueltas a las alternativas.

—¿Me he perdido algo? —Blake se acercó a ellas con cara de asombro al escuchar las risas. Tras lo que había sucedido lo que menos

esperaba era encontrarlas de tan buen humor.

—¡Que seguimos en el juego! —exclamó Grace con aquella voz aguda tan característica. En un arrebato de efusividad, le sujetó de la cabeza y le plantó un beso en la boca, sonoro y lleno de alegría, que dejó al fotógrafo con cara de espanto y a Jules mordiéndose el labio para no estallar en una carcajada—. Janet, vamos ahora mismo a guardar el vestido bajo llave. No nos podemos arriesgar...

Mientras Blake observaba a las dos mujeres alejarse con los brazos entrelazados y paso enérgico, Jules aprovechó para contemplarle con detenimiento.

Era la primera vez que estaban a solas tras lo sucedido en el restaurante, y las ganas de abalanzarse sobre él y besarle hasta deshacer ese ceño fruncido que arrastraba desde la noche anterior eran enormes. Tenían una conversación pendiente y, vistas las circunstancias, iban a poder tenerla más pronto de lo que ella pensaba. Tal como estaban las cosas, ya había dado por perdido el vuelo de aquel mediodía y preveía pasar el resto de la semana con el grupo buscando la forma de salvar lo que quedaba del reportaje.

Pero primero necesitaba que las cosas entre ellos volviesen a estar bien.

Se había pasado la noche dando vueltas en su estrecha litera, luchando no solo contra el fuego que Blake había despertado en su cuerpo, sino con la sensación de que se le estaba escapando algo importante. Se sentía incómoda en su propia piel, con una presión constante en el pecho que le impedía respirar con normalidad y un malestar que crecía a medida que avanzaba la madrugada. Había necesitado varias horas de insomnio para comprender que había mentido a Blake al decirle que nada había cambiado, y lo que era peor: se había mentido a sí misma.

Y es que todo era distinto desde que Blake había vuelto a entrar en su vida. Los sentimientos que despertaba en su interior iban más allá de la atracción física, y aunque todavía no era capaz de ponerle nombre y tampoco sabía cómo se sentía Blake al respecto, restarle valor a lo que había surgido entre ellos decía muy poco a su favor y le dejaba un regusto amargo en la boca.

Ninguno de los dos se lo merecía.

—¿Se puede saber qué está pasando?

Tras su expresión interrogante, Blake ocultaba una tensión que no le pasó desapercibida. Se cruzó de brazos y se irguió cuan alto era en un gesto de alarma al ver que Jules recortaba la distancia que los separaba y le ponía una mano sobre el antebrazo. A pesar de eso, no se apartó.

—Sé que ahora no es el momento —dijo Jules, ignorando su pregunta—, pero después necesito hablar contigo sobre lo que pasó anoche.

—Olvídalo —dijo Blake con frialdad—. Fue un momento divertido y ya pasó.

Ella hizo una mueca. Se tenía merecido el desplante y quizá para él había significado solo eso y nada más, pero ella no pensaba quedarse callada ahora que conocía su propia verdad.

—Fue divertido... y maravilloso —confesó con un susurro, acercándose hasta que su pecho le rozó los brazos cruzados. Blake tragó saliva y sus ojos se fueron oscureciendo a medida que transcurrían los segundos, su mirada tan intensa que perdió el hilo de lo que quería decirle—. Ayer no fui del todo sincera y no..., no quiero que pienses que no me importas.

Jules carraspeó al percibir el titubeo en su propia voz. Cuando estaba nerviosa le costaba encontrar las palabras para expresar lo que sentía, y tenía la impresión de que con Blake lo estaba haciendo fatal.

—No tienes que darme ninguna explicación.

—No me entiendes. Lo que quiero decir es que...

—Jules —dijo él exasperado, sujetándola por los hombros para callarla—. Soy lo suficientemente mayorcito para saber interpretar las señales que me lanza una mujer cuando no quiere nada más conmigo.

—¡Joder! —exclamó ella de repente, dando una patada en el suelo —. ¡¿Quieres dejarme hablar?!

Blake apretó los labios y la insinuación de una sonrisa hizo que sus hoyuelos asomaran bajo su barba.

—Me parece que estar a punto de correrme entre tus brazos contra la pared de un restaurante, con decenas de clientes a pocos metros, no

es precisamente una señal de que no quiera nada más contigo —masculló ella entre dientes—. El problema es que estoy hecha un lío y esto que hay entre nosotros me está volviendo loca. Y tú no ayudas con tantas idas y venidas, maldita sea. ¿Quieres saber si lo que pasó ayer cambió algo? —La pregunta fue puramente retórica; tan inmersa estaba Jules en su apasionado discurso que apenas era consciente del rostro demudado de Blake y de que la estaba apartando poco a poco de la vista del resto del campamento—. ¡Pues no! ¿Y sabes por qué? —No esperó su respuesta. Se sentía desatada ahora que por fin había abierto la compuerta a aquel torbellino de sentimientos—. ¡Pues porque todo había cambiado mucho antes! Desde el maldito instante en que te volví a ver en la hamburguesería todo cambió, pero tú te mostrabas tan frío y distante que…

Las palabras murieron en su boca cuando Blake la sujetó de la barbilla con fuerza y se inclinó sobre ella con expresión febril.

—Frío y distante… —Ella se sujetó a su muñeca con ambas manos ante la ferocidad de su gesto. No estaba asustada, Blake jamás le haría daño, pero le sorprendió ver tanta crudeza en alguien que siempre solía mantener la calma. El pecho de Blake subía y bajaba como si acabase de correr un maratón y sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos eran casi negros—. ¿Sabes por qué? ¿Sabes por qué he intentado mantener la distancia todos estos meses?

Jules negó con la cabeza con suavidad, incapaz de producir un solo sonido.

—Porque, a diferencia de ti, para mí nada cambió el día que nos volvimos a encontrar. —Se interrumpió de golpe al darse cuenta de lo que acababa de decir en el calor de la discusión. Masculló en silencio y trató de apartarse, pero ella le retuvo apretando las manos con fuerza alrededor de la mano que todavía la sujetaba.

—Blake, por favor, háblame —le rogó ella en un susurro, consciente de que le estaba pidiendo un gran esfuerzo—. Lo que sea que haya entre nosotros no va a funcionar si no somos sinceros el uno con el otro.

—¿Y qué pasa con eso que dijiste de disfrutar del momento y nada más?

—Blake... —gruñó Jules en advertencia.

Las señales de un intenso debate distorsionaron cada línea del rostro de Blake. Algo más fuerte que él parecía impedirle dar aquel paso y un atisbo de dolor cruzó su mirada al tomar una decisión. Jules creyó que iba a encerrarse de nuevo en sí mismo cuando, de pronto, musitó con voz ronca:

—Para mí nada ha cambiado porque no recuerdo un solo día de mi vida en el que no quisiera besarte. —Jules se quedó petrificada—. He deseado besarte desde la primera vez que te vi..., aquel día en la cocina de tu abuela.

Las manos de Jules se aflojaron y un suave temblor sacudió todo su cuerpo al empezar a comprender lo que implicaban aquellas palabras. Instantes de la época que habían pasado juntos en Washington cruzaron por su mente como estrellas fugaces a las que no conseguía atrapar; memorias que el tiempo y las circunstancias habían distorsionado y que ahora, con aquel giro inesperado, de nuevo volvían a mutar, obligándola a revisar todo lo que creía haber vivido.

—Pero, tú nunca..., nunca me dijiste nada —balbuceó.

—Pensaba hacerlo el sábado siguiente a lo de tu abuela. —Se pasó una mano por la nuca y sonrió con ironía—. Supongo que preferiste ahorrarme el mal trago.

Oh, Dios... Aquel día...

Jules tragó saliva y las náuseas le revolvieron el estómago. Todavía era incapaz de revisitar aquella época sin sentir que el dolor y la pena la asolaban de nuevo. Ahora, al saber cómo se había sentido Blake respecto a ella, el sentimiento de asfixia y de culpa fue todavía peor.

El sonido de un motor y la gravilla saltando al paso de las ruedas de un vehículo los devolvió al presente, atrayendo la atención de ambos y dándole a Jules el respiro que necesitaba para pensar.

—En este sitio es imposible mantener una conversación decente —masculló Blake apartándose de ella.

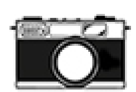
Con la tensión entre ellos todavía latente, se dirigieron de vuelta al centro del campamento a tiempo de ver aparcar un todoterreno blanco con el símbolo de la policía y las siglas K-9 pintadas en el lateral. Al instante, un precioso pastor alemán saltó de su interior y se sentó

junto a la rueda trasera en posición de espera. El movimiento constante de su cola, que se tornó frenética cuando su dueño bajó del vehículo, demostraba la energía y juventud del can.

Jules intuyó que Blake conocía al policía al ver que se acercaba a él para saludarle con familiaridad, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando el joven perro dejó su posición de espera para abalanzarse sobre el fotógrafo, que le recibió con una carcajada y varias palmadas en la cabeza y el lomo. El policía sacudió la cabeza con resignación y sonrió levemente antes de llamarle al orden con voz autoritaria, momento en el que Jules comprendió que ella también conocía al agente de la ley.

Aquel día llevaba el cabello recogido en una cola a la altura de la nuca, las gafas de sol con cristales de espejo ocultaban la intensidad de su mirada y el uniforme caqui y verde militar eran muy distintos de la ropa tejana que llevaba el día que le conoció. Sin embargo, no tuvo ninguna duda sobre la identidad del imponente policía nativo.

Era Idaho.



Determinar quién había sido el responsable del asalto iba a resultar complicado.

La puerta de la caravana no había sido forzada y, aunque Idaho tomó muestras de varias huellas dactilares, tenía poca esperanza de extraer alguna prueba concluyente, pues todo el equipo había tenido acceso al vehículo en las horas previas. Los testimonios del grupo tampoco fueron de mucha ayuda; todos habían estado cenando en el pueblo y nadie escuchó ningún ruido sospechoso durante el transcurso de la noche. Solo quedaban pendientes Ed y Valentina, que habían vuelto al hotel para descansar un rato y no se les esperaba hasta más tarde, pero considerando que habían dormido en el pueblo, Idaho intuía que poco más podrían añadir.

Tras más de una hora revisando el interior del tráiler, con su precioso pastor alemán olfateando cada rincón, más como parte de su entrenamiento que porque su dueño le hubiese dado algún objetivo

concreto a detectar, Idaho se reunió con Blake y Grace para compartir sus impresiones.

—Si decís que no falta nada tengo que descartar el robo como móvil. Diría que se trata del típico caso de vandalismo, pero me resulta extraño que solo hayan ido a por esa caravana. Sinceramente, visto el desastre que han hecho, hay algo que no me acaba de cuadrar.

—¿A qué te refieres?

Idaho echó un vistazo a Grace antes de dirigir a Blake una elocuente mirada.

—La forma como han destrozado todo denota algún tipo de implicación personal. Hay demasiada violencia contenida como para tratarse de la simple diversión de algunos gamberros. Y el hecho de que la cerradura no haya sido forzada...

La directora creativa le miró con espanto, pero fue Blake quien expresó lo que estaba pasando por la mente de ambos.

—Crees que ha sido alguien del grupo.

El nativo asintió con expresión grave y al fotógrafo se le crispó el rostro.

—¿Se os ocurre alguien? ¿Ha sucedido algo en estos días que os haga pensar en algún motivo para boicotear el reportaje? —Se volvió a Grace—. ¿Alguna disputa en la revista?

La mujer abrió la boca dispuesta a descartarlo, pero su titubeo y la mueca que la siguió a continuación dejaron abierta cualquier posibilidad. Un profundo ceño de preocupación reemplazó su anterior desconcierto cuando admitió:

—No sabría decirte.

—Convendría que hagáis una lista con todos los miembros del equipo y que penséis qué razones podría haber tenido cada uno para hacer algo así.

—A Jules no hace falta incluirla en esa lista.

El policía alzó una ceja y miró a Blake.

—Sé que es difícil, pero no deberíais descartar a nadie movidos por sentimientos personales. La gente tiende a esconder muy bien la parte más oscura de su personalidad.

El fotógrafo se cruzó de brazos.

—Jules no ha sido —insistió sin titubear.

—Estoy de acuerdo —añadió Grace—. Es imposible que ella haya destruido sus propias creaciones. A decir verdad, es una suerte que la tengamos aquí. Cuento con ella para salvar lo que queda de semana.

—¿Quieres seguir con el reportaje? —preguntó Blake, sorprendido.

—Por supuesto. No pienso darlo por perdido. —Alzó el mentón—. Por suerte, uno de los vestidos ha quedado intacto y le he pedido a Jules que revise el resto de prendas a ver si alguna tiene remedio. No tengo tiempo de pedir que me envíen nuevos modelos, así que voy a tener que confiar en que su creatividad sea suficiente.

—Si vais a continuar el viaje os recomiendo que toméis precauciones —intervino Idaho mientras tecleaba en su móvil.

—¿Crees que puede volver a pasar algo parecido?

El policía se encogió de hombros y guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Hasta que no averigüemos quién lo hizo, y por qué, es difícil decirlo. Mientras tanto, es mejor que no mencionéis a nadie lo que hemos hablado.

—Maldita sea —masculló Grace cuando sonó su teléfono y vio el nombre de Marie Delphin en la pantalla—. A ver ahora qué le cuento...

Ambos la vieron alejarse a un lugar apartado del campamento, lejos de oídos indiscretos.

—¿Tu qué vas a hacer? —preguntó Blake.

—Voy a llevar las pruebas a comisaría y a dar una vuelta por el pueblo, a ver si por casualidad alguien vio o escuchó algo extraño. Si ha llegado alguien más en estos últimos días, aparte de vosotros, no tardaré en averiguarlo.

—¿Te quedarás a cenar con nosotros?

Idaho inspiró con fuerza y su torso se ensanchó bajo la camisa hasta tensar la tela.

—No sé si es buena idea.

Cruzaron la mirada.

—¿Crees que a ella le molestará que estés aquí?

—Es probable.

—No te pareces en nada a él.

Idaho asintió y apretó la mandíbula.

—Pero eso ella no lo sabe, ¿verdad?

—¿Entonces?

—Estaré aquí sobre las siete —dijo Idaho, volviendo a colocarse las gafas de sol—. Va siendo hora de que Valentina y yo tengamos una charla.

—Fantástico.

Blake observó cómo el policía subía a su vehículo, con el joven pastor alemán pisándole los talones y acomodándose en la parte trasera. Una vez los tuvo fuera de su vista se volvió hacia el campamento y rastreó la zona en busca de Jules.

Se le acababa de ocurrir una idea.

22

Encontró a Jules en el tráiler del vestuario, rodeada de metros de tela rasgada y con el corazón encogido, a juzgar por las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos, mientras hacía inventario de las prendas que todavía podían recuperarse y desechaba el resto con rabia.

—Nos vamos —anunció Blake de repente.

—¡Joder! —exclamó Jules, volviéndose sobresaltada—. Qué susto me has dado.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

Resoplando, Blake se acercó a ella con cuidado de no pisar las telas del suelo y se inclinó para sujetarla del codo.

—Vamos.

—Ahora no puedo. ¿No ves el lío que tengo entre manos? —dijo, desasiéndose de su mano para seguir inspeccionando un trozo de paño de color burdeos.

—No te lo estoy preguntando. —Volvió a cogerla del brazo, esta vez con más firmeza, y la obligó a levantarse—. Necesitas que te dé el aire.

—¡Estoy bien, maldita sea!

—No, no lo estás, pero con lo que voy a mostrarte pronto te sentirás mejor.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando?

Blake se acercó a ella hasta tocar nariz con nariz.

—Lo sabrás si me acompañas —susurró juguetón.

Jules gruñó y entrecerró los ojos.

—Eso es jugar sucio. Sabes perfectamente que mi curiosidad va a ganar la partida.

—Contaba con ello.

Con una sonrisa de satisfacción en el rostro, la cogió de la mano y se alejaron de allí, con Jules rezongando a su espalda.

Su estado mental y emocional era un auténtico caos antes de que Blake apareciese por el tráiler, pero cuando el fotógrafo compartió con ella las sospechas de Idaho con relación al asalto, creyó que iba a perder la poca serenidad que le quedaba.

—No me lo puedo creer.

—No puedes decírselo a nadie —le advirtió él con tono duro y la miró un instante antes de volver a prestar atención a la carretera—. Ni siquiera a Janet.

—Ella no ha sido —respondió de inmediato con brusquedad. La sola idea de que alguien sospechara de su ayudante la ofendía—. Jamás haría algo parecido. Adora este trabajo tanto como yo.

—Está bien, te creo —dijo él con tono tranquilizador—. Pero ya me ha costado convencer a Idaho de que te eliminase a ti de la lista de sospechosos, así que será mejor dejar las cosas como están. Si ella no ha sido... —Jules le lanzó una mirada asesina y él resopló armándose de paciencia—. Si ella no ha sido no importa que esté en esa lista, ¿no crees?

—¿A quién se le ocurriría hacer algo tan espantoso? —musitó Jules para sí misma con el rostro vuelto hacia la ventanilla.

Estaba tan alterada que no conseguía centrarse en un solo pensamiento.

Nada estaba saliendo como ella había imaginado. Su colaboración con Valentina había resultado ser un fiasco, gran parte de su trabajo había sido destrozado —su corazón todavía sangraba cada vez que lo recordaba—, el responsable de aquella barbaridad se encontraba en el grupo, y encima Grace se negaba a suspender el reportaje, con la enorme presión que aquello significaba, no solo por el reto que ella debía afrontar, sino por el hecho de tener que seguir conviviendo con un potencial delincuente durante los próximos tres días.

Y para acabar de tensar las cosas, estaba Blake. Cuando se había embarcado en aquella aventura, lo había hecho dispuesta a explorar la atracción que estaba surgiendo entre ellos. En ningún caso imaginó que tendría que revisitar el pasado para entender el origen de todo

aquello, y aquel ejercicio la estaba confundiendo todavía más, pues la obligaba a cuestionarse cada una de las acciones y sentimientos que había experimentado junto a él a lo largo de los años.

Se mordió el labio compulsivamente y un gesto grave transformó su rostro mientras escudriñaba en lo más profundo de sus recuerdos.

—Eh... —Blake puso dos dedos con suavidad bajo su barbilla y la obligó a mirarle. Su expresión contenía tanta dulzura que Jules sintió que un nudo le oprimía la garganta y un peligroso picor empezaba a cosquillearle en los ojos—. Todo va a salir bien. Lo solucionaremos, ¿de acuerdo?

Ella asintió en silencio, poco convencida.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —preguntó con el ceño fruncido al ver que se habían detenido en el pueblo.

—Se me ha ocurrido una idea.

—Blake... —inspiró con fastidio—. Ahora no tengo tiempo para tus ideas. Hay un millón de cosas de las que debo ocuparme, necesito concentrarme...

De repente, Blake se inclinó hacia ella, tan cerca que sus alientos se entremezclaron. Aquella brusca maniobra hizo saltar por los aires cualquier pensamiento racional de su cerebro y reavivó el anhelo de la noche anterior. El cinturón impedía que Jules salvase los pocos milímetros que la separaban de él, así que, con movimientos torpes y el ansia corriendo por sus venas, palpó entre sus cuerpos en busca del anclaje que la liberaría. Soltó un gruñido de frustración al no encontrar el dichoso botón y Blake lanzó una ronca carcajada que la puso a mil mientras recortaba el espacio entre ellos. Cuando sus bocas por fin se fundieron, ella todavía percibía retazos de su sonrisa en los labios.

A diferencia del día anterior, aquel beso fue lento y persuasivo. Blake se dedicó a darle pequeños besos aquí y allá; algunos superficiales, otros tentadoramente húmedos explorando su boca. Caricias que la hicieron olvidar hasta el suelo que pisaba y que la convirtieron en una masa de hormonas dúctil y temblorosa. Suspiró de placer e introdujo los dedos en el cabello de Blake, recreándose en su suavidad y textura.

—¿Para esto me has traído aquí? —musitó algunos minutos después, cuando Blake trasladó su atención a la curva que unía su cuello con la clavícula. Se estremeció al sentir un pequeño mordisco en el trapecio.

—No, esto lo he hecho porque empezabas a estar histérica y era la única manera de que te callases —dijo él sin detener su exploración.

Jules ronroneó y cerró los dedos alrededor de su pelo, tirando de él hasta que le tuvo enfrente.

—Un método de lo más curioso.

—Y efectivo —añadió él, guiñándole un ojo.

Ella se obligó a contener la sonrisa, reacia a demostrarle cuánta razón tenía. Lo cierto era que, lo pretendiese o no, Blake había conseguido rebajar la ansiedad que la carcomía desde aquella mañana. Recordar lo que había sucedido borró todo gesto de diversión de su rostro.

—En serio. ¿Por qué me has traído aquí?

Blake expulsó el aire lentamente y apoyó la frente sobre su hombro en un intento de recuperar la calma. Al instante, carraspeó y se centró en lo que importaba.

—Sé lo que te ha pedido Grace y se me ha ocurrido algo que podría ayudarte.

Salieron del vehículo y él la condujo al restaurante en el que habían cenado el día anterior. Jules le acompañaba en silencio, mirándole de reojo de vez en cuando, sin acabar de creerse que la llevase cogida de la mano como si hubiesen paseado así toda su vida. La felicidad que sintió con aquel simple gesto la sorprendió.

Entró en el local tan despistada que necesitó algunos segundos para comprender qué tenía Blake en mente. Cuando por fin centró su atención, miró estupefacta la maravilla que tenía frente a sí.

—No es alta costura, pero quizá algo de aquí podría servirte —dijo él.

Se habían detenido frente a la tienda de objetos nativos que solo un día antes ella había estado contemplando con fascinación. El colorido fular con pequeñas gemas incrustadas de distintos tonos continuaba expuesto, y a la luz del día era todavía más bonito de lo que

recordaba.

Se volvió hacia Blake con los ojos brillantes de emoción.

—¡Eres un genio! —Saltó sobre su cuello y Blake prorrumpió en carcajadas al bajarla al suelo.

Jules entró en la tienda sin perder un minuto de tiempo y se paseó por sus estrechos pasillos con una imagen muy clara de las prendas que había podido rescatar de la escabechina. Entre tanta tela rota, Janet y ella habían descubierto algunas piezas que habían salido casi intactas, pero que, por sí solas, no servían de mucho. Escondidas en aquel recóndito pueblo, sin embargo, había auténticas obras de arte, piezas artesanales que no solo podían complementar a la perfección lo que ya tenían, sino que iban a conseguir un resultado mucho más genuino de lo que hubiera supuesto la colección original prevista.

Llevaba ambos brazos y manos ocupados con una ingente cantidad de ropa cuando se detuvo en seco al recordar un pequeño detalle.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

Blake apareció a su lado y la descargó de gran parte del peso que llevaba.

—Acabo de recordar lo de la cesión de derechos. ¡Joder! —gimió con frustración—. No puedo utilizar nada de esto.

Se desinfló al pensar en lo complicado que resultaría salvar aquel obstáculo. No tenían tiempo de averiguar quién había diseñado cada prenda, contactar con cada uno y pedirles los permisos pertinentes. Les podía llevar semanas, ¡y ella solo tenía varias horas!

El fotógrafo sonrió como si supiese un secreto que ella desconocía.

—Ya me he encargado de eso. —Blake le puso una mano en la parte baja de la espalda y la acercó al mostrador de la entrada—. Te presento a Nita. Ella y sus hijas han confeccionado todo lo que has visto en la tienda y se sentirían muy honradas si decidieras utilizar alguna de sus prendas para el reportaje.

Estupefacta, Jules reparó en la nativa americana de edad avanzada que había salido de la trastienda y que se encontraba frente a ellos. La mujer inclinó levemente la cabeza y le regaló una sonrisa tan dulce y acogedora que Jules sintió el deseo irrefrenable de acercarse y darle

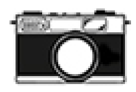
un abrazo.

Su cabello era del color de la luna llena y lo llevaba recogido en dos largas trenzas que caían sobre su pecho y de cuyos extremos pendían abalorios de todo tipo, sin duda símbolos de su tribu. Su piel era de un intenso color marrón y cada arruga hablaba de una vida llena de esfuerzo y sacrificio, pero también de noches disfrutadas a la intemperie, de risas y alegrías. Tenía unos chispeantes ojos negros que iluminaban todo su rostro, y el modo en que le ofreció sus prendas, con los brazos extendidos en señal de ofrenda, llevaba implícita una bondad tan evidente que era imposible no sentirse bien en su compañía.

—¡Mil gracias! —Cogió las manos de la anciana, suaves a pesar de las callosidades que las cubrían, y una idea brillante surgió en su mente—. ¿Podrían ayudarme usted y sus hijas a modificar algunas prendas? Solo tengo algunas horas y me sería de gran ayuda tener algunas manos extra.

Al ver que la mujer la observaba sin responder, dirigió la mirada a Blake en busca de ayuda. No estaba segura de que la nativa entendiese su idioma.

—Será un honor —dijo esta entonces con un acento perfecto.



A partir de aquel momento el día se convirtió en un cúmulo de idas y venidas del pueblo al campamento y de vuelta al taller que Nita y su familia tenían en la trastienda.

Janet fue la primera en llegar, cargada con las piezas que habían rescatado, mientras Jules se acercaba al hotel donde Valentina se alojaba con su novio. En aquella ocasión no iban a tener tiempo para trabajar con patrones y glasillas, así que iba a necesitar a la muchacha para modelar las nuevas prendas directamente sobre su cuerpo, en tiempo real.

Había cierta magia en presentar un figurín de aquella forma. Durante ese proceso solo estaba ella, con la idea que tenía en la cabeza tomando forma y dimensión, su habilidad con las manos, su

creatividad y el cuerpo de la modelo como un lienzo en blanco sobre el que esculpir la tela. Con aquella técnica, además, no existía el margen de confeccionar una prenda poco favorecedora para la modelo, pues se podían adaptar las telas sobre su cuerpo tantas veces como fuese necesario hasta conseguir resaltar sus puntos fuertes y matizar los débiles.

Encontró a Valentina acurrucada en un sillón de la cafetería del hotel, con una larga chaqueta de punto rodeando su cuerpo y una expresión cansada en el rostro, mientras miraba a través del ventanal que daba a la calle. Por alguna razón, aquella estampa le transmitió desasosiego, pero iba tan acelerada que se deshizo de la sensación con rapidez. Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

—Qué bien que te encuentro aquí. —Jules frenó en seco cuando Valentina dio un salto sobre el asiento y la miró con un atisbo de pánico en los ojos—. Perdona, no quería asustarte.

—Lo siento, estaba distraída.

—Eso he visto. —Se sentó frente a ella y miró a su alrededor—. ¿Y Ed?

—Tenía que hacer algunas llamadas —dijo, volviendo a mirar a través del ventanal—. En vista de lo que ha pasado y de que Grace quiere seguir con el reportaje, ha decidido quedarse conmigo lo que queda de semana. —Jules asintió. Sabiendo lo que sabía, no le pareció una idea tan descabellada—.Ya le he dicho que no hacía falta, pero insiste y no me apetece discutir…

—Es un gesto muy bonito. Solo se preocupa por ti.

La muchacha se encogió de hombros. Continuaba sin mirarla a los ojos.

—Supongo… Es solo que no era esta la idea que tenía de estos días. Tengo la sensación de que todo se me ha ido de las manos. No soy capaz de hacer nada bien.

—No digas tonterías, lo que ha pasado no es culpa tuya y, con un poco de suerte, vamos a darle un vuelco a la situación y el reportaje va a ser todavía más espectacular de lo que ya era. Por eso estoy aquí. Necesito que te vengas conmigo para modelar las nuevas prendas.

Valentina giró la cabeza con brusquedad.

—¿Ahora?

Jules consultó su reloj.

—En realidad, desde hace una hora. He intentado localizarte en el móvil, pero me saltaba el buzón de voz. Por eso he venido hasta aquí.

La joven se mordió el labio con nerviosismo y Jules la estudió con detenimiento por primera vez desde que había llegado. Unas profundas ojeras oscurecían su mirada y su piel mostraba un tono más pálido de lo habitual. Lo cierto era que tenía un aspecto bastante demacrado, pero no era de extrañar considerando todo lo que estaba sucediendo. Si ella llevaba todo el día alterada, no quería ni imaginar lo impactante que debía haber resultado para la chica ser una de las primeras en descubrir la horrenda escena.

—Está bien —dijo Valentina, poniéndose de pie—. Vamos.

Cuando se inclinó para recoger el bolso, hizo una mueca de dolor y, sin margen para reaccionar, tropezó con la mesita frente al sofá.

—¡Cuidado!

Jules la sujetó del brazo a tiempo de evitar que cayese, pero la chica, lejos de agradecérselo, siseó y se apartó de golpe. La diseñadora alzó las manos a los lados como si se hubiera quemado, y la sensación de alarma volvió a hacer acto de presencia, esta vez con una intensidad que no le permitió ignorarla con tanta ligereza.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona. —Valentina se pasó una mano por la frente y le lanzó una sonrisa trémula mientras se reincorporaba—. Apenas he desayunado y se me ha ido un poco la cabeza.

En el poco tiempo que hacía que la conocía, Jules nunca la había visto tan desvalida, y aunque sabía que su humor podía cambiar en cuestión de segundos, algo más fuerte que ella la empujó a insistir y averiguar qué estaba pasando realmente.

—¿Seguro? —dijo con suavidad, acariciando su brazo.

Valentina tragó saliva y asintió en silencio al tiempo que se apartaba de su contacto, esta vez con menos violencia.

—Lo siento —dijo la muchacha de repente. Cuando Jules la miró descubrió una humedad desgarradora en sus ojos que le puso un nudo en la garganta. Aquella vulnerabilidad no era fingida, igual que no lo

era la sinceridad en sus pupilas—. Lo siento mucho… por todo.

La disculpa, lejos de tranquilizarla, la dejó todavía más confundida.

23

Jules rodeó la taza de porcelana con ambas manos para absorber el calor de su té y se recostó amodorrada contra una roca a su espalda.

Tras la cena todo el grupo había acabado reunido alrededor de una fogata que Blake y Joe habían improvisado cerca del campamento. Arropados unos cerca de los otros para resguardarse del viento frío que había empezado a soplar un poco antes del anochecer, se encontraban tan relajados tras el extenuante día que las anécdotas y confidencias surgieron con naturalidad entre ellos.

Grace explicaba algo acerca de un rodaje en Japón durante la década de los setenta cuando Jules se desconectó de la conversación. Se sentía tan a gusto entre aquella gente que le costaba creer que alguno de ellos fuese el responsable del ataque de la noche pasada. Observó con detenimiento a Idaho, y luego a Blake, sentado a su lado, mientras acariciaba la cabeza del perro policía. Ambos habían pasado la tarde en el pueblo tratando de averiguar cualquier movimiento extraño durante la madrugada anterior, pero habían vuelto con las manos vacías. Nada extraño, ningún forastero aparte de su grupo.

No podía ser. Debía haber algún detalle que estaban pasando por alto; por fuerza tenía que haber otra explicación.

A pesar de la forma catastrófica en la que había empezado la jornada, Jules recordaría aquel día por muchas otras razones que nada tenían que ver con aquella mala experiencia.

El espíritu de comunión que había surgido en el taller de Nita había sido una de las experiencias más inspiradoras que recordaba haber vivido nunca. La anciana indígena no solo era un pozo sabiduría, sino que desprendía paz y amor en cada una de sus palabras y acciones. La armonía que surgió entre las seis mujeres reunidas en torno a la mesa de trabajo fue tan especial que casi parecía mágica, y propició que la tarea que tenían entre manos fluyese con una facilidad pasmosa.

A medida que avanzaba el día, Jules había descubierto que el

proceso creativo que Nita seguía a la hora de confeccionar sus prendas era lo más cercano al concepto de moda sostenible que jamás había visto. El modo de vida de los indígenas —su respeto hacia la naturaleza y la íntima comunión que mantenían con la Madre Tierra— continuaba tan arraigado en las tribus actuales que sus creaciones eran intrínsecamente ecologistas.

—Estos pantalones son de piel de búfalo. —Jules acarició el suave cuero de la prenda, fascinada por lo que le explicaba la anciana—. Para mi tribu los búfalos son animales sagrados, pues al entregarnos su vida no solo nos proporcionan comida para subsistir, sino que nos honran con sus pieles para abrigarnos durante el duro invierno. Eso sí, nunca cazamos de más con el propósito de obtener sus pieles, únicamente lo hacemos para cubrir nuestras necesidades básicas. Por esa razón solo tenemos unas cuantas piezas por temporada.

—Maravilloso...

En la última década había empezado a resonar cada vez con más fuerza una tendencia de moda más ética y consciente; una más respetuosa con el medio ambiente que fomentaba el uso de productos locales y orgánicos para reducir el consumo de agua y de dióxido de carbono; en la que primaba la calidad por encima de la cantidad, volviendo a poner en valor el trabajo artesanal frente a las grandes cadenas de producción. Sin embargo, eran pocas las firmas de moda que estaban dispuestas a adaptar sus colecciones a estos nuevos valores. Ser más sostenible significaba producir menos, y aquello iba en contra de la tendencia de consumo masivo y poco consciente que se había instalado en la sociedad.

Jules había continuado su trabajo de reconstrucción con aquel pensamiento rondándole la cabeza durante todo el día, decidida a encontrar la manera de introducir prácticas más sostenibles en sus próximas colecciones. Todo parecía ir sobre ruedas hasta que, de repente, Valentina se negó a desprenderse de su ropa para el modelado.

—Prefiero dejarme la camiseta puesta.

Jules resopló con fastidio. Por más que lo intentaba no conseguía acostumbrarse a las excentricidades de la muchacha. No es que

importase demasiado que se dejase puesta la dichosa camiseta, al fin y al cabo la cazadora que tenía en mente iría sobre un top. Lo que le molestaba era su inclinación a llevarle la contraria en todo lo que ella le pedía.

Masculló un juramento por lo bajo mientras se dirigía a la mesa de trabajo para recuperar el armazón de la chaqueta que tenía entre manos. Habían descosido las mangas y el cuello originales para tunearlos con las nuevas piezas, así que lo cogió con cuidado y se dedicó a revisar las costuras con gesto enfurruñado.

—Antes de juzgar a alguien, camina tres lunas con sus mocasines —susurró Nita a su lado con expresión compasiva.

Sus palabras la pillaron desprevenida. Dejó la prenda a medio hacer sobre la mesa, observó a la anciana durante unos instantes y después, inquieta, se volvió para mirar a Valentina. El aspecto de la muchacha no le hacía justicia a su belleza, que se veía apagada y retraída en sí misma mientras se desabrochaba los pantalones. El recuerdo de lo sucedido en el hall del hotel unas horas antes la apaciguó y enfrió su temperamento.

Arrugó la frente. ¿Qué habría visto Nita en Valentina en las pocas horas que hacía que la conocía y que ella había sido incapaz de ver en todos esos meses? Tomó una fuerte inspiración y asintió en dirección a la mujer en un gesto de agradecimiento. La anciana se limitó a darle unas suaves palmadas sobre la mano antes de continuar con el bordado de cuentas que Jules le había encargado.

Ahora, arrebujada en una fina manta y plenamente concentrada en la conversación que tenía lugar alrededor del fuego, Valentina parecía más relajada de lo que la había visto en todo el día. Ni siquiera la presencia de Idaho, que inexplicablemente había alterado bastante a la muchacha, o la ausencia de Ed, que ni siquiera había aparecido para la cena, parecían perturbarla en aquellos momentos.

—Bueno, basta ya de anécdotas casposas —exclamó Grace, picando de palmas—. ¡Estamos en tierras sagradas! Vamos, explíquennos alguna leyenda india.

Idaho y Joe intercambiaron una significativa mirada, seguramente hartos de recibir aquel tipo de peticiones; en especial Joe, dada su

profesión como guía turístico. Fue Blake, sin embargo, quien respondió por ellos.

—Quizá podríais explicar la historia de «la mujer cambiante». —Incluso a través de las llamas, Jules pudo percibir el brillo divertido en el gris de sus pupilas—. Seguro que a las señoras les encantará saber que el pueblo navajo se rige por un sistema matriarcal. La descendencia y la herencia se transmiten por línea materna y la mujer más anciana de la familia es quien administra la economía del hogar.

Las mujeres exclamaron animadas, socavando las quejas y murmullos de los pocos hombres que formaban parte del grupo, que se veían venir alguna chorrada reivindicativa y feminista. Janet, mientras tanto, ya tenía su cámara de vídeo encendida para inmortalizar el relato.

—Dice la leyenda —empezó Joe, su voz profunda y el tono melodioso que utilizó puso en evidencia que no era la primera vez que contaba aquella fábula a una audiencia— que «la mujer cambiante» fue la primera diosa del pueblo navajo, y también la más importante de las deidades. Nacida de la unión entre el Cielo y la Tierra, se la considera la creadora de toda vida en la Tierra, y la razón de que la mujer navajo ocupe un rol tan predominante en nuestra cultura. Se le dio ese nombre por su extraordinaria capacidad de cambiar a lo largo de las estaciones del año; en primavera y verano crecía y florecía hasta convertirse en una joven vital, fértil y hermosa, mientras que durante el otoño e invierno envejecía hasta que eventualmente moría, para volver a renacer a la primavera siguiente.

»Según cuentan nuestros antepasados, el dios del Sol y el dios de la Lluvia impregnaron a la bella diosa con su esencia y de ellos nacieron dos niños gemelos, el Destructor de Monstruos y el Nacido del Agua, que destruirían toda la maldad que habitaba el mundo y traerían la paz a todos los territorios.

—Mi tribu cree que fue el dios del Sol quien cayó rendido de amor ante la mujer cambiante —intervino Idaho con voz susurrante para no romper el hechizo que se había creado entre el grupo, que había enmudecido y escuchaba con una expresión reverencial—. Engendró a los gemelos gracias a la ayuda del dios del Agua, que transportó un

rayo de luz hasta el vientre de la mujer cambiante mientras ella tomaba un baño. Después, construyó una casa para su familia en el lugar situado más al oeste, adonde, desde entonces, el dios del Sol vuelve cada atardecer para disfrutar de las horas de la luna junto a su mujer.

El romanticismo de aquella nueva versión arrancó más de un suspiro entre las chicas.

Jules, por otro lado, no había apartado la vista de Blake durante todo el relato. Mecida por las hipnotizadoras palabras de los indígenas y abrigada por el calor del fuego, Blake la observaba con una expresión indescifrable que la hizo desear que toda la gente a su alrededor desapareciese. Empezaba a estar harta de la falta de intimidad de aquella expedición; no se trataba solo de que estuvieran rodeados por decenas de personas durante las veinticuatro horas del día, sino que cuando por fin conseguía arañar unos minutos a solas con él, siempre había alguien que acababa interrumpiéndolos.

—Un momento —exclamó Janet de repente—. Idaho, ¿tú no eres navajo?

A la muchacha no le había pasado desapercibida la alusión que había hecho el policía a su tribu.

—Sí que lo es —espetó Valentina, sorprendiéndolos a todos. Idaho contempló a la muchacha con una ceja arqueada, pero no dijo nada—. Su padre es navajo.

El rostro de Idaho se endureció cuando ella le retó con la mirada a que la contradijese. La incómoda tirantez que surgió entre ambos jóvenes fue tan palpable que incluso el joven can alzó la cabeza y sus orejas se elevaron en señal de alerta. Solo Blake parecía conocer la razón del conflicto, que miró de reojo al policía con el cuerpo en tensión.

—No sabía que os conocierais —dijo Grace con asombro.

—Ojalá no lo hiciera. —Valentina no hizo el menor esfuerzo por ocultar el rencor que sentía por Idaho. Recogió sus cosas y se puso de pie con impaciencia—. Jules, ¿te parece bien si hoy duermo en la caravana?

—Claro…

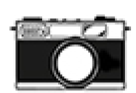
La diseñadora continuaba procesando lo que acababa de suceder cuando vio que Valentina desaparecía dentro del campamento. Roto el hechizo que los había mantenido alrededor de la hoguera, el resto del grupo se desperezó como si hubiesen despertado de un sueño y fueron marchándose uno a uno hasta que solo quedaron Blake, Idaho, Janet y ella.

Idaho no había movido un solo músculo desde que Valentina había empezado a hablar; solo el movimiento espasmódico de su mandíbula delataba el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse.

—¡Vaya! Eso ha sido… intenso. —El comentario jocoso de Janet no surtió el efecto que ella esperaba, pues solo consiguió que el oficial de policía se envarase todavía más y que Jules la mirase con reproche—. Bueno… Creo que lo mejor será que yo también me vaya a dormir. Jules, ¿vienes?

En aquel momento Blake la miró a través de las llamas, y cuando vio sus ojos encendidos con algo más que el calor del fuego, Jules supo que no habría nada en el mundo que la moviese de allí.

—Me quedo un rato más.



—¿Por qué no le has dicho nada?

—No vale la pena. —Idaho lanzó un pequeño guijarro con fastidio contra el fuego y se levantó—. Y tampoco me apetecía dar un espectáculo. Mi vida no le interesa a nadie.

—Si quieres averiguar algo no te va a quedar más remedio que hablar con ella y aclararlo todo.

—Lo sé.

Perpleja, Jules no se atrevió a abrir la boca mientras los dos hombres hablaban. No comprendía a lo que se referían, pero lo poco que atisbó solo aumentó su curiosidad. Sabía que el policía conocía a Valentina porque intervino en su nombre para conseguir la colaboración de Bethany Yellowtail, pero en vista del intercambio que acababa de presenciar entre ellos no pudo evitar preguntarse qué tipo de relación tenían exactamente Idaho y Valentina.

—En fin. Yo también me marcho. —El policía sacó las llaves del coche del bolsillo y volvió a comprobar su teléfono—. Aseguraos de que todas las puertas están cerradas antes de iros a dormir, no queremos más sorpresas mañana por la mañana.

—¿Todavía creéis que ha sido alguien del grupo?

—No podemos descartar ninguna posibilidad. Vamos a ver qué pasa esta noche. Blake, ¿me acompañas un momento?

Cuando los dos hombres se alejaron en dirección al todoterreno, Jules se abrazó las piernas al sentir un escalofrío recorrer su espina dorsal. La idea de que se produjese otro incidente mientras ellos dormían le ponía el vello de punta. Sabiendo lo que sabía, no iba a poder pegar ojo en toda la noche.

Blake volvió al cabo de unos instantes, recogió varias ramas secas, las introdujo en el fuego y avivó la llama con un suave soplido que le obligó a entrecerrar los ojos.

—Será mejor que tú también te vayas a dormir —dijo él, volviendo a sentarse cómodamente.

—¿Y tú? —preguntó, extrañada.

—Esta noche dormiré aquí.

—¿Aquí fuera? —Miró a su alrededor, al desierto inhóspito que los rodeaba, vasto y de una oscuridad penetrante que aquella noche ni siquiera el intenso resplandor de la luna llena atravesaba, y se estremeció. No entendía qué atractivo podía encontrar en dormir a la intemperie en aquel entorno. De pronto, un pensamiento surgió en su cerebro y la sola idea de estar en lo cierto le heló las entrañas—. Oh, Dios mío... Te quedas para vigilar el campamento...

Las brasas de la hoguera se reflejaron en los ojos de Blake, que mantenía la mirada fija en la evolución de las llamas. Su silencio y el gesto grave en su rostro fueron más contundentes que cualquier respuesta que pudiese darle y despertaron en ella un temor que la dejó temblando.

—Ni se te ocurra. —Rodeó la hoguera y se precipitó a su lado con el corazón desbocado golpeando sus costillas—. ¡¿Por qué no se ha quedado Idaho para vigilar?! ¡Puede ser peligroso!

Sus susurros furiosos parecieron divertir a Blake, que se cruzó de

brazos y la miró con una ceja levantada.

—Me las apañaré.

Jules gruñó.

—¡Arg! ¡Eres un tonto testarudo! ¿Y si te quedas dormido y alguien te ataca?

Él rio con suavidad.

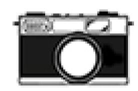
—Me parece que has visto demasiadas películas. —Blake dejó de bromear al percibir su angustia—. No te preocupes. Es solo una precaución. Vete a dormir.

Ella se cruzó de brazos con obstinación. Se había despejado y en lo que menos pensaba en ese momento era en dormir.

—Si tú te quedas, yo también lo hago.

—Jules... —la advirtió.

—De Jules, nada. No voy a poder dormir si sé que estás aquí fuera, así que te va a tocar aguantarme. Déjame ir a buscar una manta.



Una vez solo, Blake sopesó sus opciones.

Antes de marcharse, Idaho le había insinuado que prestase especial atención a la caravana de Jules. La agresividad implícita de la escena apuntaba a una motivación personal, y era cuanto menos curioso que, de todos los objetos de valor que había en la caravana, lo que más dañado hubiera salido fueran varias prendas de las que ella había diseñado.

Masculló y se frotó la cara varias veces, más inquieto de lo que estaba dispuesto a reconocer ante ella. De la noche a la mañana aquel trabajo se había convertido en una locura, y la sola idea de que Jules saliese malherida en cualquier sentido le ponía enfermo.

Obligarla a que se quedase en la autocaravana iba a resultar un esfuerzo inútil; recordaba demasiado bien el gesto decidido que surcaba su frente cuando se empecinaba en algo como para esperar una cosa distinta en esta ocasión. Por otro lado, que permaneciese junto a él toda la noche le permitiría cuidar de ella mejor de lo que había previsto, pero también le colocaría en una situación que todavía

no tenía claro si quería evitar: quedarse a solas con ella.

Resopló para sus adentros. A quién quería engañar. Podría estar en medio de una multitud y aun así sentiría el irrefrenable impulso de acercarse a ella. Cualquiera diría que era un asalvajado incapaz de mantener las manos alejadas de una mujer, pero en lo que respectaba a Jules nunca había actuado de forma demasiado racional.

—He traído almohadas.

Blake la contempló con gesto incrédulo cuando ella apartó algunos matojos con los pies y extendió un par de mantas sobre el terreno desértico. A continuación dejó caer un par de mullidas almohadas y se volvió hacia él con los brazos en jarras y una sonrisa orgullosa en los labios.

Él sacudió la cabeza. Si no lo estuviese viendo con sus propios ojos, no se lo creería. Se la veía tan fuera de lugar, allí parada, tan digna y resuelta, con sus pantalones de marca y la chaqueta tejana llena de brillos, que no pudo más que estallar en una carcajada.

—¿De qué te ríes?

Ignorándole, Jules se sentó sobre una de las mantas y se tapó con otra, asegurándose de que no había ni un grano de arena sobre la tela que pudiese colarse durante la noche. La diversión de Blake se dulcificó al ver la incomodidad con la que ella se colocaba. Que estuviese dispuesta a pasar la noche a la intemperie, probablemente por primera vez en su vida, solo para que él no corriese ningún peligro le pareció absurdo e infinitamente conmovedor a la vez.

Y era precisamente por cosas como aquella por las que debía mantener la distancia. El efecto que Jules tenía en su corazón era mil veces más peligroso que el que producía a su cuerpo, y temía que si no iba con cuidado, aquella vez no habría tiempo ni espacio suficiente que consiguiese borrarla de su alma.

24

Jules jamás había dormido a cielo raso.

Lo más parecido que había hecho en su vida era pasar la noche en una hamaca junto a la piscina en casa de sus padres, pero en aquella ocasión había caído rendida por los efectos del alcohol, así que técnicamente no contaba. El espanto de su madre cuando la descubrió allí tirada, con la ropa del día anterior y el maquillaje corrido, fue digno de inmortalizar y solo por eso mereció la pena la resaca que sufrió durante el resto del día.

Aquella fue la primera vez que se emborrachó. Lo recordaba con claridad porque sucedió a raíz de perder a dos de las personas más importantes de su vida en el margen de apenas unos días.

Miró de reojo a una de ellas, Blake, estirado a su lado con las manos tras la cabeza y la mirada perdida en el magnífico espectáculo que tenía frente a sí, y se preguntó, no por primera vez, cómo había podido ser tan ingenua en el pasado como para creer que la complicidad que compartió con él se repetiría con facilidad con otras personas.

La cabeza todavía le daba vueltas al recordar la confesión que le había hecho aquella misma mañana. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Tan centrada en su propio ombligo había estado aquella chiquilla de diecisiete años que le habían pasado inadvertidas todas las señales de que su amistad podía convertirse fácilmente en algo más? ¡Si hasta su madre se había dado cuenta!

Se puso de costado y coló una mano entre su cabeza y la almohada, acomodándose para poder observar a Blake a su antojo. El abanico de sus espesas pestañas apenas se movía mientras contemplaba el cielo nocturno con expresión perezosa. Siempre le había fascinado lo cómodo que se sentía con los silencios, cuando ella no hacía más que parlotear a su alrededor.

Ese día, sin embargo, no le apetecía romper aquella quietud.

Recorrió con la mirada el perfil de su garganta y se perdió en el sugerente hueco entre sus clavículas. La forma de sus bíceps, hinchados por la posición de sus brazos, captó su atención de inmediato y le provocó un irremediable deseo de acercarse para acariciar con los dientes la fina piel que los cubría. Descendió por su atlético torso, cubierto por una fina camiseta, y sus ojos se detuvieron en la cremallera de sus tejanos, más abultada de lo que esperaba dada la actitud de Blake, aparentemente ajeno a su exploración. Tragó saliva al sentir que se le resecaba la boca y todo pensamiento inocente desapareció de su mente. Le miró a la cara y él pareció detectarlo al instante.

—Te estás perdiendo uno de los espectáculos más impresionantes que jamás hayas visto.

Su voz rasgada arañó un punto sensible de la columna vertebral de Jules, que se movió hasta quedar más cerca de él y se apoyó sobre el codo para no perderse detalle de su rostro.

—¿Qué te hace pensar que me lo estoy perdiendo? —respondió con picardía.

Él giró la cabeza y sus deliciosos hoyuelos hicieron aparición.

—Me lo tomaré como un halago.

—Deberías —ronroneó mientras deslizaba un dedo sobre la piel que quedaba expuesta entre su camiseta y la cinturilla de sus pantalones, y se recreó en la firmeza y suavidad de su vientre plano.

Sonrió con anticipación cuando le escuchó inspirar con fuerza y sintió como se le tensaban los abdominales de forma deliciosa bajo su caricia. Esperó… Esperó que él hiciese algún movimiento para salvar el espacio que los separaba y calmase el intenso deseo que se había instalado en su vientre, pero este no llegó.

—En serio. —La voz de Blake surgió algo estrangulada—. En ningún otro lugar del mundo podrás contemplar las estrellas como aquí. Las noches de Arizona hacen las delicias hasta de los astrónomos más inexpertos.

La mano de Jules se detuvo.

¿Qué demonios le pasaba? Cuando por fin tenían un tiempo a solas y las posibilidades de verse interrumpidos eran escasas, ¿él decidía

ponerse a contemplar las malditas estrellas?

Su falta de reacción la molestó. No se trataba tanto de que su actitud supusiera una bofetada a su orgullo femenino —jamás había impuesto sus atenciones a ningún hombre—, sino de que tenía la impresión de haber retrocedido varios pasos en su relación y volvían a encontrarse en el punto de partida.

¡Que la matasen si algún día llegaba a entender lo que pasaba por su mente!

Por muy egoísta que sonase, en aquel momento no le apetecía explorar las razones por las que él volvía a mantener las distancias. Lo único que necesitaba era olvidarse del mundo y de todas las preocupaciones que arrastraba los últimos días.

Quería dejar de estar asustada por el potencial peligro en el que se encontraban; quería olvidarse de los nuevos diseños, que descansaban a salvo en su caravana, y no agobiarse por el hecho de que no eran tan perfectos como a ella le gustaría. Necesitaba sacudir de su cuerpo la persistente sensación de que algo no cuadraba con Valentina, pero por encima de todo quería disfrutar del presente y de aquel preciso instante. Nada de perturbadores viajes en el tiempo, no más confesiones reveladoras que sacudiesen el suelo que pisaba.

En definitiva, ansiaba bajar la guardia y dejar que otro tomase las riendas de la situación para que ella pudiese dejarse llevar con libertad. Quería vaciar su mente y entregar su cuerpo al placer hasta que cada una de sus células estallase de pura pasión, y sabía que solo Blake sería capaz de lograrlo.

Él, sin embargo, parecía encontrarse a años luz de allí.

Frustrada hasta lo indecible, apartó la mano de su cadera y resopló de forma muy audible mientras volvía a tumbarse de espaldas y colocaba un brazo sobre sus ojos.

—Jules…

—¿Qué? —respondió con brusquedad, todavía con los ojos tapados.

—Mírame.

—No me da la gana.

—No seas chiquilla y mírame.

Blake le apartó el brazo con delicadeza, y cuando sus ojos se

encontraron ella sintió un retorcido placer al ver la tensión que distorsionaba sus rasgos. Que él lo estuviese pasando tan mal como ella le dio ganas de chillar y llorar de rabia.

—No te entiendo —confesó a media voz.

Ahora era él quien se apoyaba sobre un costado, así que ella pudo contemplar de primera mano la lucha interna que tenía lugar en su interior. Cuando finalmente él sacudió la cabeza y se pasó una mano por la cara, la última chispa de esperanza murió y Jules supo que aquella contienda la había ganado el enemigo.

—Confía en mí, es mejor así.

—¿Mejor para quién? —gruñó ella con rabia.

Estaba harta de que él tomase decisiones por los dos basándose en un criterio desconocido para ella. Le había costado media vida sentirse dueña de su vida y sus acciones como para que ahora él viniese dándole lecciones sobre lo que era mejor para ella. Solo ella tenía derecho a decidir lo que más le convenía y no iba a volver a permitir que nadie, ni siquiera él, le arrebatase su libre albedrío.

Llevada por un arrebato, ignoró la tristeza que sentía en el corazón y se esforzó en recordar que no necesitaba a nadie para satisfacer sus deseos. Quizá él tuviese una voluntad de hierro, pero ella le superaba en determinación.

Se abrió la cremallera de la chaqueta con dedos ágiles y apartó la tela a los lados, con lo que dejó expuesta la camiseta que llevaba debajo. Sin ningún sujetador que los protegiese, sus pezones reaccionaron al contacto con el aire frío de la noche y se erizaron contra la fina tela bajo la intensa mirada de Blake. Lanzándole una mirada desafiante, Jules introdujo una mano bajo su escote y su espalda se curvó ligeramente al sentir el contacto de sus propios dedos sobre la fina piel de sus pechos.

Cada vez más agitada, cerró los ojos e imaginó que eran las manos de Blake las que recorrían su sensible pecho. La sola idea de sentir el roce de sus dedos sobre la piel desnuda la excitó de tal modo que se le escapó un gemido y al instante un fuego abrasador se concentró en su entrepierna, ansiosa de recibir la misma atención que su pecho. Juntó las rodillas para calmar las palpitaciones y deslizó su otra mano a lo

largo de las costillas y el vientre en una caricia que la hizo retorcerse de placer.

Entreabrió los ojos al escuchar un grave gruñido, y a través de los párpados vio que Blake se había incorporado hasta sentarse y la recorría con la mirada de arriba abajo entre profundos jadeos. Tenía el rostro sudado y sus manos yacían en duros puños a cada lado de su cuerpo. A decir verdad, todo su cuerpo exudaba ansia y contención, y aquella visión provocó que Jules se lanzara a desabrochar el cierre de sus pantalones con dedos temblorosos e impacientes.

Necesitaba tocarse mientras él la contemplaba. Darse placer frente a Blake estaba resultando ser la experiencia más sensual de su vida. Tenía los sentidos tan a flor de piel que una sola mirada suya la estaba poniendo a mil. Frunció el ceño cuando la cremallera se atascó con la tela de sus braguitas. Echó un vistazo y probó a tirar de la lengüeta arriba y abajo sin éxito cuando, de repente, unas manos hábiles y fuertes sujetaron pantalón y braguitas a la vez y tiraron de ambos hasta dejarla desnuda de cintura para abajo.

Jules jadeó con sorpresa y su cuerpo ardió en llamas cuando se encontró con Blake prácticamente encima de ella, agazapado como un animal salvaje, sin ningún indicio de control en su atractivo rostro.

—No juegas limpio.

El ronroneo sonó a amenaza y su mirada, oscura y famélica, a la promesa de que se iba a cobrar cada segundo de tortura que le acababa de prodigar. Ella se desperezó como un felino satisfecho y sonrió ante la perspectiva de encontrarse por fin a su merced. Pillándola de nuevo desprevenida, abrió los ojos de par en par cuando Blake la sujetó por la muñeca y se llevó sus dedos índice y medio a la boca. Los músculos de su vagina se contrajeron al percibir la aspereza de la lengua de Blake en la yema de sus dedos y un vacío profundo se instaló en su vientre cuando los extrajo con lentitud, acariciando la carne de sus labios por el camino, y le ordenó:

—Sigue.

Sin pudor y comprendiendo a lo que se refería, Jules separó las piernas mientras él se acomodaba de cuclillas frente a ella, de espaldas al fuego y con una privilegiada panorámica de toda su anatomía.

Aquella posición dejaba a oscuras su rostro, pero Jules no se dejó engañar. La tensión de cada uno de sus músculos la advertía de que podía lanzarse sobre ella en cualquier momento.

Acercó los dedos mojados a su propia humedad, y saber que era la saliva de Blake la que la rozaba con intimidad elevó la experiencia de masturbarse a otro nivel. Jugó consigo misma hasta que la necesidad de tenerle dentro empezó a doler.

—Blake, por favor… —gimió, al borde de la locura.

—No —dijo con voz ahogada—. Sigue.

¡Sigue tú!, quiso gritar ella, pero estaba narcotizada de placer. Sin aliento, se incorporó sobre los codos y clavó la mirada en su abultada entrepierna. Aunque había sido ella la que había empezado, ya se había hartado de aquel jueguecito. Basta ya de preliminares, necesitaba que se la follase hasta perder la conciencia.

Alargó el brazo, ansiosa por acogerlo entre sus manos y sus piernas, pero él le impidió avanzar y la tendió sobre su espalda sujetándole ambos brazos sobre la cabeza.

—¡No! —rugió esta vez Blake.



Hacía rato que Blake había cruzado el punto de no retorno.

Negarse a Jules era como renunciar a una parte vital de sí mismo, y si ella, además, se le ofrecía de aquel modo, no había forma humana de resistirse. Verla darse placer era lo más erótico que habían contemplado sus ojos; era tan expresiva y desinhibida que cuando la vio recorrer su propio cuerpo casi había sentido que era él quien la estaba acariciando.

Casi.

Con ella inmovilizada bajo su cuerpo, desnuda de cintura para abajo y sus ojos reflejando una pasión similar a la que él sentía, le costaba recordar las razones por las que había decidido mantenerse apartado de ella. Toda su sangre rugía en un punto muy concreto de su anatomía, reclamándole una liberación que sabía que le mantendría prisionero durante el resto de su vida.

Apretó la sujeción de sus muñecas y dejó caer la cabeza entre sus hombros, debatiéndose en silencio. Si se permitía hundirse en ella ya no habría vuelta atrás, cada átomo de su cuerpo lo sabía, y solo su instinto de autoconservación le impedía moverse. El problema era que tampoco se veía capaz de alejarse de nuevo de ella, especialmente en aquel momento.

Como si hubiese percibido su plan de huida, Jules le rodeó las caderas con las piernas y cruzó los pies para anclarlo a ella.

—Ni se te ocurra —susurró con violencia.

Blake alzó la cabeza al escuchar el lamento en su voz, y la mueca de congoja que vio en su rostro rompió el último hilo que le mantenía sujeto. En apenas un instante, Jules pasó de tener los brazos retenidos contra la almohada a clavar las uñas con ansiedad en su espalda, retorciéndose mientras él devoraba uno de sus pechos a través de la camiseta y acariciaba el otro con la mano. Consumido por el deseo tantos años contenido, Blake rasgó la tela del escote con un tirón seco y se abalanzó sobre el pezón, contraído e hipersensible, que permanecía a la espera de sus atenciones.

—Eres deliciosa.

Cada rincón que descubría era un regalo y una tentación. Su boca, sus manos y su lengua no eran suficientes para saciar las ansias que tenía de ella. Más. Necesitaba más. La sujetó con fuerza de la nuca y estampó su boca contra la de ella, invadiéndola con violencia, mientras su otra mano se aventuraba hacia la parte inferior de su cuerpo. Ella ronroneó de anticipación en la cavidad de su boca al sentir sus dedos tanteando la fina piel de sus ingles, y lanzó un quejido lastimero cuando él interrumpió el beso con brusquedad.

Se miraron.

Sus respiraciones eran un desastre descontrolado, sus labios brillaban, inflamados por el ímpetu de sus besos, y sus corazones latían desaforados contra sus costillas. Blake alzó una mano y Jules gimió cuando él le introdujo dos dedos en la boca. Ávida por hacer lo mismo con su miembro, los chupó con tanta ansia y fruición que él apoyó la frente sobre la de ella con un gruñido que los hizo temblar a ambos.

De repente, Blake retiró la mano y la penetró con los dedos húmedos en un movimiento certero que los dejó a ambos sin respiración. Hacía rato que el cuerpo de Jules estaba listo, así que la dura invasión solo le produjo placer. Un placer inmenso que parecía no tener fin. Entonces, Blake añadió su pulgar al juego, acariciando su clítoris mientras entraba y salía de ella, y Jules supo que no iba a aguantar mucho más.

—Blake... —Le sujetó de la camiseta y tiró de ella con la intención de desnudarle—. Blake, estoy cerca... Para, por favor... Quiero acabar contigo dentro...

—Shhh... —Sin dejar de penetrarla con los dedos, se metió un pezón en la boca y succionó. Jules se arqueó bajo él—. Hoy es todo para ti.

—¡No! —gritó ella, y no supo si lo hizo para contener su orgasmo o porque no aceptaba su generosa propuesta.

Blake siseó y aceleró el bombeo de sus dedos cuando ella deslizó una mano entre sus cuerpos y rodeó su erección con fuerza a través de los pantalones. La penetró más duro, más profundo, y en respuesta ella tiró de su pelo y aceleró las caricias en su bragueta, tratando de desabrochar el botón de los tejanos para colarse entre su ropa.

Blake supo que si le permitía ir más allá estaría perdido, así que reunió el poco autocontrol que le quedaba y se obligó a apartarse de ella. Al verla tirada delante de él, con el pelo revuelto, la cara congestionada y el cuerpo desnudo desmadejado sobre la manta mientras le miraba con expresión de arrobo, pensó que estaba soñando. Había sido tan inalcanzable para él durante tanto tiempo que ahora le costaba asimilar que solo necesitaba extender un brazo para tenerla. Pero no, aquello no era un sueño: la Jules real era cien mil veces mejor que la que él había imaginado.

—Te juro que como me dejes así mañana te va a faltar una parte de tu anatomía.

Blake sonrió de medio lado.

—Entonces, supongo que tendré que hacer algo al respecto... Le tengo un cariño especial a esa parte de mi anatomía.

Ella observó su erección con ojos hambrientos y asintió mientras se lamía el labio inferior.

—Sí..., creo que yo también me llevaría muy bien con ella.

Blake se puso serio y la recorrió de los pies a la cabeza con una intensidad que la estremeció.

—No tengo ninguna duda.

En un abrir y cerrar de ojos, Blake se puso de rodillas a sus pies y la sujetó de los tobillos con fuerza con una expresión diabólica en el rostro que hablaba de deseo y perversión. Jules apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que él extendiera los brazos en un solo movimiento y hundiera los hombros entre sus piernas. Gritó y se agarró a su pelo con fiereza al sentir la humedad de su boca cubriéndola por completo, y solo necesitó que él presionara la lengua contra su clítoris para sentir que el mundo explotaba en mil pedazos. Ondas de un calor abrasador recorrieron sus extremidades, sus piernas temblando sin control y el placer creciendo sin límites, mientras él la mantenía sujeta con fuerza y no dejaba de succionar y lamerla con deleite.

Cuando Jules por fin relajó sus caderas, Blake inspiró con fuerza y recogió hasta la última gota de su deseo con la mente extraviada. Darle placer y sentirla deshacerse entre sus brazos había sido sublime. A pesar del rígido control que se había autoimpuesto, embeberse de su olor y su sabor había sido un estímulo demasiado potente para su cuerpo, que, sometido a tantos años de represión y anhelo, había acabado explotando dentro de sus pantalones al escuchar sus gemidos de placer.

Estaba perdido, pensó con aprensión. Había creído que negándose a poseerla por completo conseguiría mantener a raya el tumulto de emociones que sentía por ella, pero no podía estar más equivocado.

Jamás había tenido ningún control sobre lo que sentía por Jules.

25

Blake

2004, Washington, D.C.

—Déjame entrar.

—No hasta que te acabes el helado.

—¡Me queda más de la mitad!

—Habértelo pedido más pequeño.

Jules resopló frustrada y se sentó a mi lado, en el primer escalón del porche de casa. Oculté una sonrisa al verla hundir la cucharita en el helado de chocolate con rabia.

—Eres un mandón —dijo con la boca llena y un ceño en la frente que me resultó adorable.

Si no hubiese sabido que iba a parecer un maníaco, en ese momento habría estado a su alrededor haciéndole fotos como un loco. En su lugar, me limité a ponerme cómodo, me apoyé sobre las manos tras mi espalda y extendí las piernas mientras la observaba en silencio.

Degustaba el helado con una concentración que pocas veces le había visto. Siempre solía estar parloteando y moviéndose a la vez, pero ahora se mantenía callada y miraba el dulce como si contuviera todas las respuestas del universo. Estaba claro que el chocolate surtía un efecto tranquilizador en ella porque cuando nos habíamos encontrado, hacía más de una hora, había temido que me arrancase los ojos del mal humor que llevaba.

—¿Estás mejor?

Asintió, pero el ceño, aunque suavizado, seguía ahí.

—Supongo.

Me resultaba tan fácil leer su expresión que no tuve duda de que estaba mintiendo.

—¿Quieres hablar de ello?

Se encogió de hombros y rebañó la tarrina de cartón con la cucharita hasta que no quedó ni una gota. Clavé mi mirada en su boca cuando se relamió, y al instante me obligué a apartar los ojos. Joder, me ponía demasiado nervioso.

—Ya he acabado. Vamos.

Resuelta, se levantó con tanta rapidez que estuvo plantada delante de la puerta de casa antes siquiera de que yo hubiese tenido tiempo de reaccionar. Cabeceé mientras soltaba una carcajada y me adelanté a ella para abrir la puerta.

Mamá estaba trabajando y los gemelos todavía estaban en la escuela, así que tenía la casa para mí solo un par de horas más. De repente, fui consciente de lo que estaba a punto de hacer y titubeé en medio del salón. Me pasé una mano por el cogote y la familiar sensación de inseguridad que siempre notaba junto a ella volvió con toda su fuerza.

«Mierda, ha sido una mala idea.»

Se me había ocurrido alegrarle el humor enseñándole el sótano, por el que llevaba preguntándome desde aquel día que se coló a hurtadillas en casa, pero ahora no estaba tan seguro de mi genial idea. No la podía culpar por sentirme así; ella jamás había hecho o dicho nada para restregarme su estatus por la cara, pero no era necesario que lo hiciese.

No hacía falta más que verla; todo en ella exudaba clase y educación. «Pedigrí», como diría la señora Smith, antigua cantante de ópera venida a menos que se había trasladado al barrio hacía más de veinte años y vivía a base de recuerdos de su época dorada.

Lo más fascinante era que Jules no era consciente de la luz que irradiaba. Al contrario, a veces tenía la impresión de que sus propios demonios la tenían atrapada en una realidad paralela que solo existía en su cabeza y no le permitían disfrutar de todo lo que era.

«Si pudiese verse a sí misma con los ojos que yo la veo...»

—Estás tan tieso que voy a empezar a sospechar que de verdad escondes cadáveres ahí abajo.

Sonreí sin que ella me viera, y de pronto me descubrí deseando

mostrárselo todo. Explicárselo todo, sin omisiones ni mentiras. En las semanas que llevábamos viéndonos, Jules había logrado lo que nadie, ni siquiera mi madre y mis hermanos, habían conseguido: que volviese a confiar en alguien lo suficiente como para exponer todo lo que era y lo que sentía.

Inspiré con fuerza, introduje la llave que siempre guardaba en mi cartera en el paño de la puerta y, cuando la cerradura hizo «clic», un profundo hueco de oscuridad apareció frente a nosotros. Sorprendido, giré la cabeza al notar que Jules entrelazaba sus dedos con los míos. El corazón me iba a mil por hora mientras miraba fijamente nuestras manos unidas; no supe si era porque estaba a punto de desnudar una parte de mí o porque, por primera vez desde que nos conocíamos, nos estábamos tocando. Tenía la piel fina y los dedos delicados, y la sensación de que mi palma engullía la suya con facilidad me provocó un placer que me obligó a apretarle la mano de forma compulsiva antes de retomar la marcha.

Deseaba alargar el misterio, y también el contacto con su piel, así que mantuve la luz apagada y la guie por la escalera que descendía hasta el sótano, donde pasaba la mayor parte de mi tiempo libre, con la confianza de haber recorrido aquel camino miles de veces.

—¿A qué huele? —susurró cuando llegamos abajo.

—Ahora lo verás.

Estaba tan acostumbrado a estar allí que mi olfato ya no captaba ningún olor, y mi cuerpo se movía por el espacio sin tropezar con nada a pesar de estar completamente a oscuras. Me acerqué a la pequeña lámpara que había sobre la mesa y la encendí. La luz roja era tenue y me permitía trabajar sin que su intensidad estropease el proceso que llevaba a cabo allí abajo.

Ahora, el color rojo iluminaba mi secreto y esperé su reacción con el aliento contenido.

Observé lo que nos rodeaba con sus ojos y solo vi deseos frustrados y un cuartucho viejo. Me pregunté qué pensaría de mí. Cuando se acercó a la tabla de madera desvencijada que hacía de mesa de trabajo, nuestras manos se separaron y tuve que hacer un esfuerzo para no adelantarme y volver a tomársela.

Se inclinó y arrugó la nariz cuando olfateó el líquido que había en las tres gavetas.

—¿Qué es esto?

—Un cuarto oscuro.

A pesar de la penumbra, alcancé a ver cómo Jules levantaba una ceja y me miraba con aquella expresión que me advertía de que iba a soltar algún comentario ácido.

—¿No me digas?

Apreté los labios para no sonreír.

—En el mundo de la fotografía se llama así al sitio donde se hace el revelado de fotos. —Jules abrió la boca con sorpresa y volvió a mirar alrededor, a lo poco que le permitía ver la luz roja, con nuevos ojos—. Bueno, solo las fotos de carrete. Con las digitales todo es diferente. Lo que huele raro son los productos químicos que necesito para que aparezca la imagen del negativo en el papel.

Me moví inquieto cuando la vi desplazarse hacia la zona de secado. Recordaba muy bien qué fotos había colgado hacía un par de días y me preocupaba lo que pudiera pensar si las llegaba a ver. Por suerte, la luz roja no alcanzaba hasta allí.

—¿Has montado todo esto tú solo? —preguntó fascinada.

Por un momento me planteé mentir solo para que continuase mirándome con aquel brillo de admiración en los ojos, pero la promesa que me había hecho hacía apenas unos minutos volvió a mi mente para estropearme el momento. No más mentiras ni secretos.

—No, lo instaló mi padre cuando compraron la casa.

—Vaya...

Jules paseó los dedos sobre la ampliadora, un trasto más viejo que yo que, sorprendentemente, todavía funcionaba a la perfección. Me tensé cuando empezó a toquetear los utensilios que descansaban sobre la mesa. Todas las herramientas que utilizaba eran antiguas y me jodería más de lo que estaba dispuesto a admitir si alguna se rompiese. Solo porque en casa no sobraba el dinero como para gastarlo en mis caprichos, me dije, nada que ver con los sentimientos encontrados que me provocaba conservar toda aquella antigualla.

Jules cogió una probeta y la miró del derecho y el revés, jugó con

las pinzas y después comprobó que el cronómetro funcionaba apretando el botón de encendido y apagado varias veces. Se miró los dedos a través de la lupa y se detuvo cuando se topó con la zona de secado, que permanecía a oscuras.

La zona que no quería que viese.

Tragué saliva.

—Bueno —carraspeé a su espalda—, ahora ya sabes qué escondo aquí abajo. Anda, vamos.

—Espera. ¿Qué hay ahí? —Señaló el lugar exacto del cual yo quería alejarla y resopló con frustración—. ¿En serio no tienes una luz decente para moverte por aquí como una persona normal?

«Joder, joder, joder. ¿Qué hago?»

Me acojonaba su reacción cuando viese lo que había más allá. Con lo curiosa que era, sabía que no lo dejaría pasar; me iba a presionar para que le diese una explicación, si es que no la descubría ella antes. Tampoco hacía falta ser un hacha para entenderlo.

Un sudor frío me cubrió la frente y, de repente, ya no me pareció tan buena idea eso de «nada de secretos». Todo el mundo tenía derecho a tener los suyos, ¿no? El problema era que, en el fondo, y aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad, quería que ella lo supiese. Necesitaba que supiese que estaba loco por ella. Arriesgarme y ver qué sucedía.

Sin darme tiempo a cambiar de opinión, me acerqué con paso firme al interruptor que había junto a la escalera y, conteniendo el aliento, encendí la luz del techo.

La vi entrecerrar los ojos y cubrírselos con una mano, y el corazón me subió a la garganta en el momento que descubrió las fotos que colgaban del bastidor de secado. Se acercó a ellas con la cabeza ladeada y las observó con atención, diría que hasta con ojo crítico.

Me aproximé hasta detenerme justo a su espalda y vi por primera vez las fotos ya secas. De inmediato, me abstraje de todo y solo quedó ella ocupando todo el espacio.

Me encantaban las fotos en blanco y negro, especialmente para hacer retratos. La ausencia de colores me permitía enfocarme en la magia que desprendía Jules, la protagonista inconsciente de todas mis

fotos desde hacía semanas, sin que ningún otro elemento reclamase mi atención. Su forma de ser, chispeante y llena de vida, se reflejaba en el brillo de sus ojos claros; y su dulzura y picardía era evidente en cada una de sus sonrisas, que me robaban el aliento cada vez que desplegaba una. Incluso cuando se enfadaba, su ceño no lograba ensombrecer la luz interior que descubrí en ella el día que la conocí.

Durante varios minutos Jules se dedicó a pasearse a lo largo de la cuerda de donde pendían una decena de fotografías, todas con ella como protagonista, y yo ya no sabía dónde meterme de lo incómodo que me sentía. Su mutismo no era normal.

—Salgo horrible.

Fruncí el ceño. De todo lo que había imaginado que diría cuando fantaseaba con la idea de mostrárselas, aquella era lo último que se me habría pasado por la cabeza.

Miré la fotografía frente a la que se había parado y me pregunté qué estaría viendo ella. Precisamente aquella imagen era la más cercana a un retrato que había conseguido; un primer plano de su rostro que ocupaba casi toda la imagen. Aquel día Jules había estado tan perdida en sus pensamientos que no reparó en que yo estaba justo frente a ella apretando el botón de mi cámara.

El juego de luces y sombras de su pelo rubio enmarcaban de forma desordenada el perfil de sus mejillas y centraba la atención en sus ojos, que aquel día habían estado inusitadamente melancólicos. La tristeza que traslucía su gesto me preocupó. No recordaba haber deseado tanto saber lo que pensaba otra persona como en aquel instante.

Me concentré de nuevo en su cara en blanco y negro, y no pude estar más en desacuerdo con ella. A mí me parecía la chica más bonita del mundo, y no solo por lo guapa que era.

—No es verdad. —«Ahora o nunca, chaval»—. Estás muy guapa.

Jules resopló y se volvió para mirarme con frustración.

—Tú no entiendes de estas cosas.

Me crucé de brazos y lancé una carcajada incrédula. Tantas semanas sin atreverme a dar ni un paso y, cuando por fin le decía algo bonito, ella estaba demasiado ocupada con sus propios fantasmas. Tomé una

inspiración y decidí seguirle el juego.

—A ver, dime qué ves tan horrible —le pedí, señalando la foto a su espalda.

—Nariz puntiaguda, acné, boca demasiado grande, cara de dónut, pelos de loca —enumeró de memoria.

Abrí los ojos de par en par y dejé caer los brazos lentamente a mis costados. No me podía creer que aquello fuera lo que veía al contemplar su foto. Ni siquiera me atrevía a divertirme a su costa porque, por la expresión tensa de su cara, me di cuenta de que iba muy en serio. Algo se encogió en mi pecho y la necesidad de sacarla de su error y que se viera como yo la veía, como realmente era, me agobió tanto que me dio igual lo que pudiera pensar de mí después.

—¿Sabes qué veo yo?

—Ya sé lo que opinas de mí. —Sorprendido, alcé una ceja, apremiándola a que siguiera. Entonces masculló—: No paras de llamarme princesa, ¿no?

Contuve una sonrisa y, de repente, las ganas de besarla hicieron zumbar mi corazón más rápido de lo normal. Aunque pertenecíamos a mundos muy distintos, me sentía más cerca de ella que de cualquier otra persona y durante unos segundos fantaseé con la posibilidad de que quizá, si la besaba, ella me sujetaría con fuerza y no me dejaría escapar.

«Céntrate, Blake», me dije, obligándome a que la sangre volviera a subirme al cerebro.

—Te estás mirando con los ojos equivocados. —Sin darle tiempo a responder, la sujeté por los hombros y la obligué a volverse para mirar su retrato—. ¿Y si en vez de mirar lo que no te gusta te centras en lo que sí te gusta? Intenta mirar la fotografía como si no fueses tú. ¿Qué sientes al mirarla? ¿Qué piensas de ella?

Noté cómo se encogía entre mis manos, y aquella reacción me hizo querer abrazarla fuerte y prometerle al oído que no existía una chica más bonita que ella en el mundo.

—Cuando yo la miro —continué— me quedo sin palabras. Me fascina esa chica de rostro perfecto que no oculta sus emociones, ya sea alegría o tristeza, como en esta foto. Aunque cada línea y cada

sombra de tu cara transmiten pena, tus ojos brillan con la misma pasión con la que vives la vida. —Inspiré con fuerza cuando noté que se me empezaba a cerrar la garganta—. Aunque no te conociera, solo viendo esta foto sabría que eres una persona luchadora, sensible, fuerte y valiente, y que esa cara tuya de princesa es solo la punta del iceberg de lo que escondes en tu interior.

Apenas me callé, Jules se dio la vuelta y, por primera vez desde que nos conocimos, me miró diferente. Contuve el aliento. No sabía si la extrañeza en sus ojos era buena o mala, solo sabía que me sentía incómodo, como si estuviera en pelotas frente a ella, y en cierta forma así era. Acababa de desnudar una parte de mí y me aterrorizaba saber qué opinaba ella al respecto.

Joder, seguramente le debía parecer un completo gilipollas, y no era para menos. ¿De dónde cojones había sacado tanta cursilería? Me sudaban las manos y tenía la garganta seca cuando ella, de nuevo, consiguió descolocarme.

—Creo que es la primera vez que te escucho pronunciar tantas palabras seguidas.

Estupefacto, reí por lo bajo pasándome una mano por la cara para arrastrar parte de la tensión. Jules era única hasta para aquello. La miré y me regaló una pequeña sonrisa.

—Gracias. —Me cogió la mano y mis dedos se enroscaron alrededor de los suyos en una reacción automática—. Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca. Ojalá otras personas pensaran igual.

Dudaba que yo hubiese sido el primero en decirle lo guapa que era, pero si había algo que tenía claro y en lo que, a mi pesar, sabía que mi padre había tenido razón, era aquello:

—Dicen que la única opinión que nos debería importar es la nuestra.

Ella entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior para contener una sonrisa.

—¿Desde cuándo te has convertido en este pozo de sabiduría?

No tuve tiempo de responder, pues de pronto su móvil se puso a sonar. Extrañada, lo sacó de su bolso y respondió al tercer tono:

—¿Papá?

Su cara se transformó frente a mis ojos y, a medida que su expresión perdía toda calidez y su piel empalidecía, el nudo en mi estómago creció.

Cuando colgó, su mirada estaba vacía, y lo que me dijo a continuación abrió un hueco en mi pecho como preludio de lo que estaba por venir.

—La abuela ha tenido un infarto.

26

Jules se despertó con el alba.

Al desperezarse, se volvió hacia el hueco que había ocupado Blake a su lado y frunció el ceño. Estaba vacío. Deslizó la mano sobre la manta y cuando descubrió que todavía estaba cálida sintió una punzada en el estómago. Había dormido abrazada a él toda la noche. Plácida y segura al sentirse arropada por el calor de su cuerpo, no había tardado en caer rendida tras las intensas emociones del día anterior y, tonta de ella, había esperado despertarse de la misma manera.

Por norma general, era ella la que dejaba huecos vacíos tras de sí y tenía que admitir que la sensación, ahora que estaba en el otro lado, no era demasiado agradable.

Se pasó una mano por la cara para despejarse y se estremeció al sentir el frescor de la mañana en la piel. Sonrió al mirar hacia abajo y ver la tela desgarrada de su camiseta. Se abrochó la chaqueta para cubrirse y, mientras se calzaba las deportivas, miró a su alrededor. Las cenizas de la hoguera estaban frías a sus pies, y más allá solo se veía una larga extensión de paraje árido, bellamente iluminado por las preciosas luces del amanecer. Con las mantas dobladas bajo un brazo y las almohadas en el otro, distinguió el sonido de algunas voces a medida que se acercaba al centro del campamento.

Blake, Grace y Joe ojeaban un mapa y supo que la conversación no estaba siendo agradable cuando detectó el gesto tenso en el rostro de Blake y vio a Joe de brazos cruzados a su lado en una clara señal defensiva.

—Buenos días.

Los tres se volvieron a mirarla, pero a ella solo le importaba la reacción de Blake, que la repasó de arriba abajo con lentitud y la envolvió de puro calor solo con el modo en que le devolvió la mirada. Jules tembló del esfuerzo que tuvo que hacer para no acercarse a

besarle. Apretó las almohadas con fuerza contra su pecho. Cada átomo de su cuerpo cobraba vida cuando le tenía cerca.

—Hola. —Blake le ofreció la taza de café de la que estaba bebiendo. Dejando a un lado la carga de sus brazos, cogió la taza y sorbió el líquido en un gesto tan natural que pareció que llevaran media vida haciendo aquel ritual. De pronto, Jules se descubrió fantaseando con la idea de tener aquella rutina cada mañana. Despertarse junto a él cada día y compartir un café en silencio, comunicándose sin palabras mientras rememoraban el placer experimentado durante las horas previas...

El anhelo de tener algo así con él la golpeó con fuerza y le produjo una sensación indescriptible en el corazón.

—¿Has dormido aquí fuera? —La pregunta de Grace la sacó de su ensoñación y la obligó a despegar la mirada de Blake.

—Eh..., sí, me apetecía mirar las estrellas.

Escuchó una risa masculina y ella misma tuvo que morderse los labios para no sonreír. Grace observó las almohadas y las mantas que descansaban a su lado y, cuando descubrió que había dos de cada, miró a Blake y alzó una ceja con suspicacia.

—¿Has pasado la noche a la intemperie tú sola?

—Sí. —Se encogió de hombros. No se le había pasado por la cabeza mentir, pero a nadie le importaba lo que ella hiciese en su tiempo libre y le apetecía mantener lo que estaba empezando a sentir por Blake para sí sola—. Bueno, ¿de qué estabais hablando?

—De la próxima localización. —Le gustó que Grace no insistiera en el tema—. Con tanto contratiempo no vamos a poder ir a Blue Canyon, así que les he propuesto que aprovechemos la zona del lago Colgante para hacer ambas sesiones.

—No tenemos los permisos —dijo Joe en un tono que daba a entender que no era la primera vez que se lo advertía.

—Tranquilízate, Joe. No pasará nada. Todo el equipo es respetuoso y solo serán unas horas.

Joe le dirigió una mirada afilada que, por suerte, ella no vio. Era evidente que no le gustaba nada la idea de que la expedición se adentrase en terreno no habilitado para aquel tipo de visitas. Los

indígenas tenían una fuerte conexión espiritual con la tierra que los forasteros no llegaban a comprender. Para ellos la tierra era el origen y la fuente de toda vida, el corazón de su cultura, con la que convivían en armonía y perfecto equilibrio en una relación simbiótica que todos cuidaban y protegían, por eso les dolía tanto el uso egoísta que hacían los demás de ella.

—Me preocupan los tiempos. —Grace apartó la mirada del mapa cuando Blake intervino—. Tenemos seis horas de carretera solo para llegar hasta las inmediaciones del lago. Después tendremos que llevar todo el equipo a pie y eso nos quita una hora más antes siquiera de empezar a preparar la sesión. Creo que es más razonable que la doble sesión la hagamos en las dunas de arena.

Jules, que se había mantenido en un segundo plano en todo momento, se regodeó con la capacidad de persuasión de Blake. A ella no la engañaba. Él se sentía igual de incómodo que Joe con la idea de penetrar zonas restringidas, pero en lugar de vociferar y enfrentarse a Grace como hubiese hecho ella, él buscaba argumentos sólidos y le ofrecía alternativas prácticamente sin despeinarse. El problema era que la directora creativa era gato viejo y no se dejaba manipular con tanta facilidad.

—No. De momento mantenemos el plan para hoy y en función de cómo vaya el día decidiré sobre la marcha.

Joe alzó las manos en gesto de derrota y se marchó con el paso rígido mientras Blake doblaba el mapa que habían estado ojeando con movimientos rígidos.

—Tú mandas, pero si quieres que nos dé tiempo a todo te recomiendo que pongas las pilas a todo el equipo para levantar el campamento cuanto antes.

Jules dio un sorbo al café mientras el fotógrafo seguía con los ojos la partida precipitada de Grace, que fue a aporrear las puertas de las autocaravanas como si hubiese un incendio, y exigió que todos estuviesen listos para emprender el viaje en treinta minutos.

—Te he echado de menos al despertar —musitó ella.

Blake la miró y sonrió de medio lado. Sus ojos se suavizaron y adquirieron un tono color plata cuando le pellizcó la barbilla con

suavidad.

—¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca.

Él asintió satisfecho y le rozó la mejilla con la parte anterior de sus dedos.

—Dormir a cielo raso suele tener ese efecto.

—Entonces tendré que dormir bajo las estrellas más a menudo. —Jules se apretó contra su pecho y coló la mano que tenía libre bajo su camiseta—. Aunque yo creo que es esto lo que necesito con más frecuencia...

Una risa ronca burbujeó en el pecho de Blake cuando la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta inmovilizarla contra su cuerpo. Le dio un mordisco bajo la oreja y Jules se estremeció de pura felicidad y sintió que algo se destensaba en su interior. No había sido consciente de estar a la expectativa, pero lo cierto era que, al no encontrarle junto a ella aquella mañana, el temor a que él volviese a mostrarse distante y esquivo había vuelto a aparecer.

Suspiró y cerró los ojos embobada. Jamás había experimentado un cóctel tan explosivo de emociones; pasaba de la duda a la euforia en cuestión de segundos y sentía la incontrolable necesidad de sonreír y gritar de alegría todo el tiempo. Empezaba a sospechar la emoción que se escondía tras todo aquello y tuvo que admitir que lo que decían era cierto.

No había droga más potente que el amor.

—No nos va a quedar más remedio que averiguarlo —musitó él con voz ronca mientras le daba pequeños besos en la punta de la nariz—. Dormir bien es importante...

Echando un vistazo alrededor para asegurarse de que continuaban solos, Blake le rodeó la nuca y la atrajo hacia su boca, dispuesto a devorarla, pero notó que ella se resistía y le miraba con gesto interrogante.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Eres de esos a los que le va el sexo tántrico y yo no me he enterado?

Esta vez, Blake ya no pudo contener la carcajada. Apoyó la frente contra la suya y sosteniéndola de las mejillas le plantó un sonoro beso

en los labios. A continuación acercó la boca a su oído.

—Según he oído el sexo tántrico es una experiencia sublime —susurró—. Pero no, contigo no voy a ser capaz de contenerme tanto.

—Mmm..., tendrás que demostrármelo. —Enredó los dedos en su pelo mientras inclinaba la cabeza para darle acceso a su cuello y se colgó la taza del asa para poder tener cierta libertad en la otra mano también—. Créeme, no hay nada más frustrante que sentir que no puedes hacer perder el control a tu hombre.

Jules notó que él sonreía contra su piel.

—Así que tu hombre, ¿eh?

Sorprendida, detuvo el movimiento de su mano a lo largo de su espalda y se inclinó para mirarle a la cara mientras procesaba sus propias palabras. ¿Acababa de decir aquello? Descubrió su propio reflejo en la bruma de sus ojos grises, que la observaban a la expectativa, y una certeza que nunca antes había sentido se asentó en su corazón.

—Eso parece. ¿Algún problema?

El rostro de Blake se transformó en una expresión indescifrable, solemne y contenida a la vez, antes de negar en silencio. Jules se estremeció al comprender que, a partir de aquel momento, nada volvería a ser igual entre ellos. Aunque todavía tenían temas pendientes de resolver, habían cruzado la línea imaginaria que los había mantenido separados durante más de una década y, pasara lo que pasase una vez volviesen a sus vidas, ya no había vuelta atrás.

—Ejem...

El carraspeo a su espalda los hizo separarse de golpe.

Janet evitaba mirarlos a la cara cuando les dio los buenos días. Era evidente que había presenciado su actitud cariñosa de los últimos minutos, pero si había alguien con quien Jules se sentía cómoda compartiendo su vida personal, esa era Janet, así que se relajó de inmediato.

—¿Ya nos marchamos?

—Todavía no. Valentina está hablando con Ed en la caravana y el resto está desayunando. —Tras una pausa se volvió a mirarla—. Había salido a buscarte; cuando me he levantado esta mañana no te he visto

en la cama.

—He pasado la noche fuera.

Janet asintió, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Un extraño e incómodo silencio se instaló entre los tres.

—¿Así que Ed ya ha aparecido? —preguntó Jules cambiando de tema con habilidad.

—Sí, parece que no se puede quedar el resto de la semana.

En aquel momento se abrió la puerta de la caravana y vieron salir al jugador, que se colocó las gafas de sol y se fue directo hacia su coche sin despedirse de nadie. Al parecer tenía prisa.

—Será mejor que aproveche para darme una ducha rápida antes de irnos. —Jules miró a Blake mientras le devolvía la taza y recogía las mantas y almohadas del suelo—. ¿Después hablamos?

—Claro.

—Te espero para desayunar juntas —dijo Janet.

—No hace falta. Ya he tomado café y no tengo mucha hambre.

—Como quieras —espetó su ayudante de malos modos antes de irse.

Distraída, Jules tenía la mente puesta en la extraña actitud de Janet de aquella mañana cuando entró en su caravana minutos después, pero cualquier pensamiento al respecto se evaporó al entrever a Valentina a través de un resquicio de la puerta del baño.

Incapaz de procesar lo que veían sus ojos, se llevó las manos a la boca y sofocó un grito de horror.

27

Desnuda de cintura para arriba, Valentina se movía de forma compulsiva mientras trataba de alcanzarse la parte superior de la espalda, pero su cuerpo temblaba tanto que era incapaz de hacerlo.

El sonido de la puerta al entrar Jules alertó a la muchacha, que se volvió para averiguar quién había entrado con una expresión de puro terror en el rostro, sujetándose a la puerta del baño como si fuera lo único que la sostenía en pie.

La cara de Valentina era una amalgama de emociones desgarradoras que el trazo de las lágrimas y los labios hinchados no hacían más que enfatizar. A pesar de su altura, estaba encorvada sobre sí misma de tal forma que parecía una niña pequeña y desvalida que no sabía qué hacer con su propio cuerpo. Pero fue lo que descubrió en su espalda lo que produjo que Jules se estremeciera de horror. Una imagen que quedaría grabada en su retina durante el resto de su vida.

Al volverse a mirarla, la espalda de Valentina había quedado expuesta contra el espejo, y en su reflejo Jules encontró la peor pesadilla de cualquier mujer. La delicada piel de la muchacha era prácticamente irreconocible bajo el mapa de hematomas en distintos tonos que cubrían la extensión entre sus omoplatos y sus riñones, desde un intenso violeta hasta el más tenue ocre. El maltrecho espacio estaba inflamado y lleno de coágulos de distintos tamaños, y en sus hombros, la indudable huella de unos dedos rodeada de pequeños jirones de sangre pervertía la que hacía pocos días era una bonita estampa digna de aparecer en las páginas centrales de *Vogue*.

—Dios mío… —susurró Jules con pavor.

—¡Vete!

Valentina retrocedió, decidida a encerrarse en el baño, pero Jules salió de su estupor con rapidez y se precipitó hacia la puerta para impedir que la cerrase. Forcejearon muy poco. El espíritu de Valentina estaba igual de roto que su cuerpo y el de Jules estaba determinado a

atravesar cualquier obstáculo para llegar hasta ella. Una vez dentro del minúsculo baño, las dos mujeres se miraron con el aliento alterado.

«No puede ser.»

Algo en la mente de Jules se negaba a aceptar la verdad irrefutable ante sus ojos. Un nudo le obstruía la garganta y un picor en la nariz y los ojos empezaba a emborronar la figura de Valentina, que se mantenía pegada contra la pared delante de ella, sosteniendo una camiseta contra el pecho para cubrir su desnudez... y cualquier signo visible de violencia. Era inútil. La desolación que percibió en las dos pequeñas rendijas que ahora eran sus ojos no mentía, como tampoco lo hacían las heridas que mancillaban el resto de su cuerpo.

De repente, detalles que en su momento había considerado intrascendentes, sensaciones que había desechado sin titubear, demasiado centrada en sus propias preocupaciones para ver lo que tenía frente a sus narices, hicieron eclosión en su mente. Una tras otra, las vivencias de aquellos últimos meses se fueron colocando en su lugar como las piezas de un puzle hasta revelar una imagen macabra que le hizo experimentar unas náuseas enfermizas. Miró hacia atrás por instinto. No sabía qué esperaba encontrar, pero la repentina sensación de que alguien la pudiese atacar por la espalda aceleró sus pulsaciones e hizo que pasase el cierre de la puerta del baño con dedos temblorosos antes de volver a mirarla.

—Déjame salir. —A pesar de la dureza que Valentina imprimió a su voz, no pudo evitar que esta temblara, resultando más en una súplica que en una exigencia.

Jules negó con la cabeza.

—Ha sido Ed, ¿verdad?

Valentina dio un respingo.

—No sé de qué me hablas. —La chica se movía inquieta sobre sus pies mientras echaba miradas nerviosas a la salida, pero no se atrevió a acercarse a la puerta—. Déjame salir.

Jules hizo el gesto de acercarse a ella, pero se detuvo en seco y alzó las manos cuando la vio replegarse sobre sí misma y apretarse todavía más contra la pared a su espalda.

Dios mío, ¿pero qué cojones le había hecho ese hijo de puta? Un cúmulo de emociones estalló en su pecho.

Rabia. Una furia pura y sin destilar estaba incendiando sus venas.

Indignación. Quería tener a ese cabrón delante para devolverle cada uno de sus golpes.

Justicia. Aquel miserable se merecía estar en la cárcel.

—Tienes que denunciarle —dijo con determinación, y su cara se iluminó al recordar algo—. ¡Idaho! Tenemos que hablar con él…

—¡No! —El grito fue desgarrador—. Por favor… Por favor, déjame salir.

Frustración. La intensa frustración que siempre le provocaba Valentina y que no la ayudaba a suavizar las cosas.

Entonces recordó el consejo que le había dado Blake un par de días atrás a la hora de tratar con ella: paciencia y sin presión. ¿Acaso él sabía…? Se sacudió aquel pensamiento al instante. No. Él jamás hubiese tratado a Ed con tanta cortesía de haberlo sabido.

Inspiró con fuerza y cerró los ojos. Lidiar con aquello iba a ser todo un reto para alguien tan impaciente e impulsiva como ella, pero si había una ocasión para empezar a ponerlo en práctica, era aquella.

—Está bien. No haremos nada que no quieras, pero déjame ayudarte. —La muchacha la miró con desconfianza—. ¿Qué te parece si echamos un vistazo a esas heridas?

La expresión de Valentina le recordó a la de un animalito asustado frente a los faros de un potente coche. ¿Dónde quedaba la niña orgullosa y altiva a la que se había acostumbrado?

Fachada… Todo había sido pura fachada para ocultar su verdad.

Algo se destensó en su interior cuando vio que Valentina asentía con reticencia y se daba la vuelta con lentitud. Aunque ya la había visto a través del espejo, ver la masacre a pocos centímetros volvió a robarle el aliento. Sintió unas inmensas ganas de llorar y abrazarla, pero sabía que ella no se lo permitiría y tampoco serviría de nada. Lo que Valentina necesitaba ahora mismo era a una persona fuerte a su lado, y eso iba a tener.

—Espérame aquí. Ahora vuelvo.

Abrió el cerrojo y entonces escuchó un hilo de voz a su espalda:

—No se lo digas a nadie.

—No lo haré. —Se volvió a mirarla con expresión grave—. Te lo prometo.

Tardó solo unos minutos en recoger las cosas que necesitaba del tráiler de la cocina. Si a alguien le extrañó verla con una bolsa de hielo, nadie le dijo nada al respecto. Consultó la hora. El equipo volvería del desayuno en breve para emprender la marcha. Tenía que pensar en algo, y rápido.

Valentina se había puesto la camiseta de manga larga y la esperaba sentada sobre la litera, abrazada a sus piernas. Aquella posición, que tantas veces le había visto desde que la conocía, cobró de pronto sentido. Incluso la ropa que llevaba puesta, siempre mangas largas a pesar del bochorno, tenía un propósito claro: ocultar la realidad que sufría.

Dios mío, qué ciega había estado…

—He traído hielo, y también una pomada para los cardenales. Aunque la solución definitiva es esto.

Esbozó una sonrisa y le acercó una taza con chocolate caliente que la muchacha ni siquiera hizo el intento de coger. Su mirada estaba vacía, perdida en un infierno que Jules no alcanzaba a comprender, pero del que quería sacarla como fuera. Dejó la taza sobre una mesita cerca de las literas y carraspeó.

—¿Puedo?

Valentina la miró durante tanto rato que empezó a dudar de que la hubiese oído. Su rostro estaba desprovisto de toda expresión y aquello alarmó a Jules más que cualquier otra cosa. Parecía ida, y no era para menos. No quería imaginar cómo estaría ella en su lugar.

—Es un buen hombre —musitó de repente—. Solo está nervioso por la renovación de su contrato.

Jules no supo qué decir. Había leído que era normal que las víctimas de violencia de género tuvieran una visión distorsionada de su situación y de su maltratador. Suponía que era una cuestión de pura supervivencia; su mente encontraba la forma de justificar las reacciones de Ed y su propia incapacidad para impedirlas. Por muy surrealista que le pareciese que Valentina estuviese defendiendo a ese

malnacido, ella jamás se había encontrado en su situación, así que ¿quién era para juzgarla?

—¿Por qué no te quitas la camiseta y te tiendes sobre la cama para que pueda ponerte la pomada?

Se dedicó a buscar un trozo de tela para rodear la bolsa de hielo y de paso darle intimidad a la muchacha para desnudarse de nuevo. Cuando creyó que ya estaría lista, se volvió y se le cayó el alma a los pies al encontrarla forcejeando con los bajos de la camiseta con una mueca de dolor en sus bellas facciones. Estaba tan entumecida que hasta el gesto más simple le suponía un auténtico calvario.

—Déjame a mí.

Jules no esperó a que ella aceptase; le pasó la prenda por los hombros y la cabeza con infinito cuidado, atenta a no rozar ninguna de las heridas, y cuando la chica se extendió boca abajo en la cama, ella se sentó junto a su torso y le apartó la melena hacia un lado con una caricia consoladora. No se consideraba una persona especialmente amorosa, no solía prodigarse en muchas muestras de cariño, pero ver a Valentina en aquellas circunstancias había despertado en ella un instinto de cuidado y protección feroz, y algo le decía que hacía mucho tiempo que aquella chica no había tenido nada parecido.

La simple tarea de extender la pomada se convirtió en una tortura para ambas. Una se encogía de dolor con cada roce y la otra sentía que su compostura se tambaleaba un poco más con cada nuevo cardenal que descubría. No todos eran recientes; tenía heridas que habían tenido tiempo incluso de cicatrizar.

—¿Desde cuándo? —le preguntó en tono quedo mientras limpiaba los rasguños de sus hombros con toques suaves con un algodón empapado de agua oxigenada.

—No lo sé... Un año, quizá un poco más... —Valentina siseó y clavó los dedos en las sábanas al sentir el escozor.

—Perdona...

Jules no supo cuán profunda era su disculpa hasta que la pronunció. Se sentía rastrera, egoísta e hipócrita por el modo como la había juzgado y tratado. Flashes de cómo la había persuadido para que aceptase el reportaje en su propio beneficio ocuparon su mente

mientras sostenía el hielo sobre su espalda.

Ahora todo tenía sentido. Todo. Sus nervios, su inseguridad, su cambio constante de opinión, su negativa a viajar para probarse los vestidos. Extendió un brazo y acarició la pálida mejilla de Valentina mientras la observaba con un nudo en la garganta. Qué perdida había sonado aquel día al teléfono cuando prácticamente le había suplicado que la acompañase durante el rodaje. ¿Cómo no se había dado cuenta de que le estaba lanzando una llamada de auxilio? Las señales habían estado ahí, solo que ella había estado demasiado ocupada con su salto a la fama y su relación con Blake para detenerse a analizarlo. Había sido más cómodo dejarse llevar por los prejuicios y achacarlo todo a una personalidad volátil y caprichosa.

¿En qué posición la dejaba aquello? ¿En qué se diferenciaba del resto de las personas que se dedicaban a juzgar a los demás sin tomarse la molestia de conocerlas en profundidad?

Valentina lanzó un tembloroso suspiro y cerró los ojos con alivio al sentir los dedos de Jules peinándole el cabello con delicadeza. En aquel momento se hizo una promesa. Había cometido muchos errores, pero no pensaba quedarse ahí sentada y lamentarse ni un minuto más. Se acabó lo de quedarse con la versión edulcorada y conveniente de la vida. Valentina la necesitaba y esta vez no le iba a fallar.

—No estás sola —susurró con la voz llena de sentimiento y una férrea determinación.

Bastó que pronunciase esa sola frase para que el cuerpo de la muchacha empezara a temblar. No con fuertes sacudidas, sino como si un enorme movimiento sísmico estuviera teniendo lugar en el núcleo de su alma y ella hiciese un esfuerzo titánico por contener las ondas expansivas. Su rostro se contrajo en una mueca desgarradora hasta que el dolor y la pena fueron tan grandes que se desbordaron por su lagrimal en un llanto silencioso y constante que podría haber tenido el color de la sangre de lo profunda que era su herida.

La propia Jules sintió que se desmoronaba y las lágrimas rodaron por sus mejillas al comprender que la reacción de Valentina a sus palabras no era fortuita.

Realmente había estado sola hasta entonces.

Hasta hacía unos minutos aquella chica había sufrido el maltrato de la persona en la que había depositado su confianza, del que había esperado amor y respeto, al que había amado a pesar de todo, y lo había hecho en el más absoluto y asfixiante silencio. Sin nadie a quien acudir, sin recibir amor por parte de ninguna otra persona. Ella sola había soportado aquella tortura y hubiera continuado así de no haberla encontrado lamiéndose las heridas. ¿No tenía amigos? ¿Y sus padres? ¿Qué clase de familia tenía que no había sido capaz de acudir ni siquiera a ella? Incluso ella, que tenía una relación tan compleja con sus progenitores, sabía que hubiera contado con su apoyo de encontrarse en una situación similar.

Dejando la bolsa de hielo a un lado, Jules sujetó suavemente a Valentina por el hombro para que se incorporase frente a ella. Una vez la tuvo delante, su rostro un mapa repleto de regueros de dolor, le rodeó las mejillas y la miró a los ojos.

—Escúchame bien. Ya no estás sola, ¿entiendes? —le repitió, sacudiendo las manos al ver que la chica no reaccionaba—. A partir de ahora me tienes a mí.

Aquella vez el desconsuelo ganó la partida y Valentina ya no pudo dominar los espasmos que la sacudieron al prorrumpir en profundos sollozos. Jules la rodeó entre sus brazos con infinita ternura y, con cuidado de no tocar sus heridas, puso una mano sobre su nuca y la otra en su cintura. El sufrimiento de la muchacha se convirtió en el suyo propio, y durante varios minutos ambas permanecieron abrazadas destilando meses de dolor, vejación, humillaciones y miedo.

—Shhh… —Jules la acunó y le susurró al oído como si fuese una niña pequeña cuando percibió que sus temblores no cesaban—. Has sido muy valiente… Eres una mujer muy fuerte y saldrás de esta. Ese malnacido no va a volver a ponerte una mano encima.

Unos fuertes golpes en la entrada las sobresaltaron, y ambas dieron un respingo al ver que alguien trataba de abrir la puerta. Valentina la miró con aprensión y recogió con rapidez la camiseta que yacía a su lado para ponérsela con movimientos rígidos, no sin esfuerzo. Mientras tanto, Jules se estrujaba el cerebro intentando encontrar una excusa que les hiciese ganar tiempo.

—No puedo hacer la sesión..., no puedo... —lloriqueó la chica.

Madre mía. Ese día tenían el rodaje en el lago donde Valentina tenía que posar en bañador. De todas las sesiones, justo la de aquel día era en la que más partes de su cuerpo quedarían expuestas y resultaba obvio que no estaba en condiciones de hacerlo. El problema era cómo negarse sin explicar los motivos.

—Tenemos que hablar con Grace. No nos queda otra opción.

—¡No! —La chica se balanceó adelante y atrás, de nuevo con las rodillas recogidas contra su pecho—. Necesito el dinero de este reportaje... Nadie puede saber nada... Por favor, por favor... Busquemos una solución...

Una pieza más del puzle encajó en su lugar y Jules no pudo evitar ver a Valentina con nuevos ojos y profunda admiración. A pesar de lo consumida que estaba, la muchacha no había dejado de luchar. El reportaje de *Vogue* era su billete para dejar atrás a aquel cabrón.

—¿Jules?

La voz de Blake en el exterior de la caravana la devolvió al problema al que se enfrentaban y a la vez la llenó de energía. Él era su solución, o eso esperaba. Ahora solo necesitaba convencer a Valentina de que confiase en él tanto como ella hacía.

No todos los hombres eran iguales.

28

—De ninguna manera.

—¡Maldita sea! Tenemos que hacer algo, Blake —masculló Jules entre dientes mientras se levantaba y empezaba a pasear por el pequeño reducto tras los asientos de la caravana—. Ese hijo de puta se merece estar en la cárcel.

—Ya estamos haciendo algo. El resto déjaselo a la policía. —Ante su silencio, Blake desvió los ojos de la carretera durante un instante y le lanzó una mirada de advertencia—. Lo digo en serio, Jules.

—No servirá de nada. ¿No ves que es un tío muy famoso? Va a ser su palabra contra la del jugador de la NBA más carismático de los últimos treinta años, ¡que además resulta que es blanco! Sus abogados se la comerán con patatas, y lo sabes.

El fotógrafo inspiró con fuerza y apretó el volante hasta que sus nudillos se quedaron sin riego sanguíneo. Su rostro no había abandonado el gesto grave desde el momento que Jules le había explicado entre susurros lo que había sucedido.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte y ponerte el cinturón de una vez? Me estás poniendo nervioso y así no hay forma de concentrarse en nada.

Jules echó un vistazo a Valentina antes de sentarse en el asiento del copiloto, junto a Blake. Recostada en la litera, la muchacha se había quedado dormida en cuanto se tomó un analgésico para el dolor. En un movimiento improvisado y totalmente loco, Jules había reorganizado las caravanas de modo que Joe y Janet viajasen con el grupo de técnicos y solo ella y Blake estuviesen junto a Valentina. A su ayudante no le había hecho ninguna gracia que la dejase fuera de la sesión de asesoramiento de imagen que ella se había inventado como excusa para estar a solas con Valentina, pero era la razón más plausible que se le había ocurrido con tan poco margen de tiempo.

Decidieron que fuera Blake quien condujese; si lo hubiera hecho ella

en el estado en el que se encontraba ya habría colado las ruedas del vehículo en algún arcén perdido en medio de la nada.

—¿Qué vamos a hacer? —Se mordió los labios y tamborileó los dedos sobre su rodilla—. No puedes hacerle las fotos tal como tiene la espalda.

—Hoy en día el maquillaje hace milagros.

Ella resopló y se pasó una mano temblorosa por la cara al recordar el lamentable estado en el que la había dejado aquel miserable.

—Créeme, no será suficiente para ocultarlo todo. Además, ¿qué le diríamos a Susan? —Negó con la cabeza pensando en la maquilladora y su tendencia al cotilleo, y gruñó con frustración mientras se pasaba las manos sobre la tela de los pantalones. No paraba de sudar de los nervios—. Joder, no sé qué hacer. Valentina no quiere cancelar el rodaje, y entiendo sus razones, pero me deja pocas alternativas si tampoco quiere explicárselo a nadie más. No se da cuenta de que será evidente para todo el mundo en cuanto se ponga el vestuario de hoy.

—Ten en cuenta que si se cancela el viaje tu diseño estrella no aparecerá en el reportaje.

—Me da igual.

Blake le echó un rápido vistazo con las cejas alzadas.

—¿Estás segura?

Que siquiera dudase de su respuesta le sentó como una bofetada. Separando el cinturón de su pecho, se volvió en el asiento con un salto brusco y le miró de frente con los nervios a flor de piel.

—¡¿Qué?! ¿Acaso me crees capaz de anteponer mi carrera profesional a lo que está pasando? ¡Tú no la has visto como yo! Ese desgraciado la ha destrozado, y no hablo solo de su espalda. Esa chica apenas tiene veintipocos años y va a tener un trauma el resto de su vida por culpa de los complejos de un capullo neandertal. ¡¿Y tú crees que a mí me importa más que mi puto vestido aparezca en *Vogue*?!

—Baja la voz, la vas a despertar. —La calma en su voz la irritó todavía más. Si no fuera porque sabía que tenía razón, Jules le hubiera soltado alguna que otra lindeza—. No pretendía insinuar que no te importase, es solo que... Es igual, déjalo, los dos estamos tensos y esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

«Es solo que, ¿qué?», quiso preguntarle ella. Tomó una profunda bocanada de aire y decidió dejarlo pasar. Estaba agotada mental y emocionalmente, y no tenía fuerzas para enzarzarse en otra discusión.

Pasaron la siguiente hora en un tenso silencio hasta que, de pronto, Blake espetó:

—Ya sé cómo vamos a hacerlo.

Ella se volvió a mirarle.

—¿El qué?

—¿Puedes improvisar algo que no desentone con el bañador y le cubra levemente la espalda? Debería ser algo lo bastante transparente como para que se insinúe su silueta, pero que no se vea la piel con claridad.

—Podemos usar alguno de mis pareos —musitó, siguiendo su hilo de pensamiento. ¡¿Cómo no se le había ocurrido a ella?! Se enderezó en el asiento—. ¡Puede funcionar!

—Ya veremos —añadió Blake con el ceño fruncido—. No puedo negarle a Grace las fotografías solo con el bañador, pero puedo apañármelas para que durante ese rato Valentina y yo estemos a solas en el set. Me ayudaría si mientras tanto tú te encargas de entretenerla.

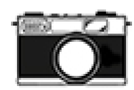
—Eso está hecho —exclamó sin dudar.

—Perfecto. Una vez tenga las fotografías en el ordenador me aseguraré de que no se detecte absolutamente nada. Hoy en día se pueden hacer retoques espectaculares con la fotografía digital que pasan desapercibidos al ojo humano.

—¡Eres un genio! —Sin pensárselo dos veces se abalanzó sobre él y le besó en los labios con fuerza.

—¡Apártate, loca, vas a hacer que tengamos un accidente! —Riendo por primera vez desde hacía muchas horas, Blake la separó de su cuerpo y enderezó el volante. De repente, su expresión cambió y miró a Jules con gesto grave—. ¿Crees que tendrá las fuerzas necesarias para aguantar horas de rodaje?

—Las tendré. —Ambos se volvieron al escuchar a Valentina a su espalda. Se la veía demacrada y frágil, y aun así alzó la barbilla con determinación y añadió con voz temblorosa—: Debo tenerlas.



—¿Me dejas un hueco?

Jules apartó la vista del lago y miró sobre su hombro con reticencia. No estaba de humor para hablar con nadie, pero Blake la esperaba con un par de cervezas frías en las manos y con la mirada cargada de algo que la ablandó por dentro. Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos y asintió en silencio.

—No has venido a cenar —dijo él segundos después, sentado junto a ella en la misma roca y con los brazos apoyados sobre las rodillas.

—No tenía hambre.

Siguiendo con su pasatiempo favorito de aquella tarde, lanzó un guijarro sobre la superficie del agua y ambos se quedaron observando en silencio los círculos concéntricos que se formaron a su alrededor hasta que desaparecieron por la fuerza de la corriente.

—No has comido nada en todo el día.

Le miró con asombro. No lo estaba preguntando, lo decía convencido y no se equivocaba, pero ¿cómo podía saberlo si habían pasado la tarde separados?

—Ya te lo dije. No hay nada de ti que me pase inadvertido —musitó él respondiendo a la pregunta que no había formulado en voz alta.

Así era Blake. Observador y paciente. Capaz de anticiparse y leerla hasta tal nivel que Jules empezaba a sospechar que la conocía mejor que ella misma.

En otro momento sus palabras le hubieran calentado el corazón hasta el punto de hacerla suspirar; o quizá hubieran recibido una respuesta muy del estilo de Jules. «Estoy empezando a pensar que eres un acosador», hubiera bromeado ella para sacarle hierro a los sentimientos que se escondían tras aquella frase y con los que a ella todavía le costaba lidiar. Esa noche, sin embargo, aquellas palabras amplificaron el abismo en el que Jules había empezado a caer desde el momento en que la sesión del día había concluido y se había permitido pensar en todo lo que había sucedido.

Tragó saliva y sintió que la garganta se le cerraba un poco más cuando la asoló una nueva oleada de ansiedad. Le arrebató la cerveza

a Blake y le dio un buen trago; quizá el alcohol aliviara las náuseas que sentía en el estómago cada vez que le venían a la mente imágenes no solo de aquella mañana, sino de los últimos meses.

—¿Dónde está Valentina?

—Se ha ido a dormir en cuanto hemos acabado de cenar. Ella tampoco ha comido nada.

—Debería ir a ver cómo está —dijo de pronto, dejando el botellín a un lado. Necesitaba comprobar que estaba bien—. Tengo que ver cómo tiene la espalda y volver a ponerle pomada.

Blake la sujetó para impedir que se levantase.

—Espera... —La miró con un profundo ceño y le acarició la mejilla —. ¿Estás bien?

—¿Acaso importa?

Él se echó hacia atrás como si le hubiesen dado un golpe en el pecho y sus ojos se entrecerraron.

—Por supuesto que importa. ¿Hace falta que lo preguntes?

Ella chasqueó la lengua e hizo el intento de volver a levantarse, pero él la detuvo de nuevo y esta vez ella no se resistió.

Incapaz de mirarle a la cara, Jules clavó los ojos en la cascada al otro lado del lago, varias decenas de metros del lugar donde se encontraban. En la oscuridad apenas se apreciaba cómo la espuma borboteaba tras caer desde varios metros de altura, pero el hipnótico sonido del agua actuaba como advertencia para cualquier despistado que quisiera darse un baño nocturno.

Aquella noche se estaba planteando muchas cosas: la forma como vivía su vida, las decisiones que había tomado y su manera de ser, y el reflejo que le estaba devolviendo aquel espejo imaginario ante el que se había mirado no la acababa de entusiasmar. Sintió la bilis inundando su boca y se estremeció. En realidad, algunas de las cosas que había visto sobre sí misma la habían horrorizado hasta el extremo de hacerla dudar de todo lo demás.

Deseó estar de vuelta en Nueva York para poder hablar con Samantha al respecto. Necesitaba desahogarse con alguien en quien confiase ciegamente, pero el teléfono no era la vía más adecuada para tener aquel tipo de conversación, así que aquello tendría que esperar.

Entonces miró a Blake, sentado a su lado y esperando pacientemente a que ella hablase, y se dio cuenta de que no hacía falta esperar a volver a casa para sacar lo que llevaba carcomiéndola por dentro todo el día.

—Sabía que algo no estaba bien —confesó con un hilo de voz. La vergüenza y el arrepentimiento abrasaron hasta el último rincón de su cuerpo. No eran sensaciones con las que estuviese demasiado familiarizada y por eso la fuerza de su impacto la dejó sin respiración. Dios mío, no se atrevía ni a mirarle a los ojos—. Cuando los vi juntos en su casa de Los Ángeles... —Tomó una fuerte bocanada de aire. El nudo en su garganta era enorme y cada vez se le hacía más difícil hablar—. Me sentí rara, incómoda... Valentina se comportó de una forma muy rara, pero yo... Yo decidí dejarlo pasar... —Apretó las rodillas más cerca de su cuerpo. De pronto tenía mucho frío—. Debería... Debería... haberle preguntado..., haber insistido, pero...

Hipó con fuerza. Las palabras se habían ido atascando en su pecho a medida que la tristeza ganaba terreno en su pecho, hasta que la pena fue tan grande que la inundó por completo y se desbordó de su cuerpo en desgarradores sollozos y temblores descontrolados.

¿Qué persona permitía que otra sufriese maltrato sin hacer nada? ¿En qué clase de monstruo se había convertido? Se quedó sin respiración al darse cuenta de que su falta de interés la había convertido en cómplice de aquel cabrón. ¡No, no, no! Se tapó los oídos como si así pudiese dejar de escuchar sus propios pensamientos y se hizo un ovillo deseando desaparecer. De inmediato, unos fuertes brazos la rodearon y empezaron a mecerla con suavidad.

—Eh... No seas tan dura contigo misma —susurró Blake en su oído—. Lo que le ha pasado a Valentina no es culpa tuya. No podías saber el infierno que estaba viviendo.

Sabía que no merecía su consuelo, pero fue incapaz de rechazarlo. Hundió el rostro en su cuello y se abrazó a él como si fuese lo único que la mantendría cuerda en medio de todo aquel caos. Sujeta a sus hombros, se permitió exorcizar todo el dolor hasta que el agotamiento la hizo caer sobre él como un peso muerto.

—Podría haberlo evitado —dijo al cabo de un rato con la voz rota de tanto llorar.

Sintió que el pecho de Blake se hinchaba bajo su mejilla antes de expulsar todo el aire.

—Eso no lo sabes. Este tipo de cosas suelen ser difíciles de detectar.

Ella se encogió y sintió que las náuseas le revolvían el estómago al recordar algo más.

—Dios mío… Lo intentó. —Se incorporó y le miró con los ojos abiertos de par en par—. Creo que intentó decírmelo el día que me exigió que la acompañase esta semana. No le gustaba la imagen que tenía la gente de ella, quería cambiar. —Le sujetó la camiseta con los puños y le zarandeó mientras nuevas lágrimas de frustración llenaban sus ojos—. Me lo dijo, Blake, me lo dijo. Llegó a decirme que era la única persona a la que le había confesado algo así. Recuerdo que me extrañó que no tuviese amigas, una madre… Alguien con quien hablar antes que conmigo.

Blake enjugó sus mejillas húmedas con los pulgares y asintió con un gesto apesadumbrado mientras no dejaba de acariciarle el pelo. Jules se sujetó a sus muñecas y cerró los ojos con un suspiro trémulo disfrutando del mimo y delicadeza de sus caricias.

—Valentina no ha tenido una vida fácil. —Jules abrió los ojos con lentitud y le miró interrogante. Había una tensión en su voz que no había estado hacía unos minutos—. Su madre falleció hará unos cuatro años y su padre… las abandonó cuando ella era pequeña.

—¿El padre de Idaho?

—Es complicado. —Blake negó con la cabeza—. Ella cree que comparten el mismo padre, pero no es así.

—¿Y no podría irse con su padre? ¿Crees que la acogería si supiera lo que está pasando?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Es solo una chiquilla, Blake.

—Lo sé… —La apretó contra él y le dio un beso en la sien—. La ayudaremos.

—¿Cómo? ¿Cómo vamos a ayudarla? A duras penas hemos salvado la sesión de hoy. No tengo ni idea de cómo lo haremos mañana, pero ¿y después?

Blake le apartó el cabello de la frente con cariño y apoyó la barbilla en su coronilla.

—No lo sé. Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo? Mañana hablaremos con ella y veremos qué podemos hacer.

—Está bien.

Blake le frotó los brazos al sentirla estremecerse.

—¿Tienes frío?

—Mmm —murmuró soñolienta.

Sonriendo, Blake le pasó un brazo bajo las rodillas y otro por la espalda y la subió a su regazo. Ella se arrebujó contra su pecho con un suspiro al sentir que su calor corporal le penetraba hasta los huesos y musitó:

—Gracias.

Blake detuvo el movimiento de su mano, que subía y bajaba a lo largo de su pierna desnuda.

—¿Por qué?

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y él se recolocó de modo que su nuca descansase en el pliegue de su brazo y pudiesen mirarse a los ojos con comodidad. A pesar de tener los ojos inflamados y los labios enrojecidos de tanto llorar, continuaba siendo la mujer más hermosa que Blake había visto en su vida y todavía le costaba creer que la tuviese entre sus brazos.

—Por todo. Por cómo eres… —Le acarició la poblada mejilla y se incorporó para darle un suave beso en los labios—. Por escucharme… Por estar siempre ahí…

—Siempre —dijo él, como una promesa, como una realidad.

La forma como Jules le miró entonces…

Blake inspiró hondo.

Joder, era todo lo que había deseado en su inconsciente juventud y que jamás creyó que llegase a tener. Y fue entonces, en aquel preciso instante, cuando comprendió que ya no había vuelta atrás. La llevaba tan adentro que sabía que el día que renunciase a lo que sentía por ella estaría renunciando también a una parte esencial de sí mismo.

«Aprovecha mientras puedas», le recordó aquella voz que siempre le acompañaba y que, hasta entonces, siempre le había aconsejado

prudencia.

Decidido a crear nuevos recuerdos a los que aferrarse cuando no tuviese a Jules su lado, redujo el espacio que los separaba y la besó como siempre había querido hacer. Sin las ansias de la primera vez, sin atropellos ni interrupciones, solo recreándose en la dulzura de sus labios y en el cosquilleo que le producían sus suspiros. Sonrió contra sus labios cuando se percató de su actitud dócil y sumisa, sin duda debido al agotamiento que arrastraba del día, y la aprovechó a su favor. Cuando ella tomaba la iniciativa las cosas escalaban demasiado rápido y él la quería explorar sin prisas, sin nada que le distrajese del regalo que suponía tenerla entre sus brazos.

Cuando alzó la cabeza, tiempo después, la observó con el corazón encogido. Su pequeño cuerpo descansaba sobre su regazo en una pose relajada, expuesta a él con confianza y a la expectativa de su próximo movimiento.

En aquel momento maldijo a su género.

Algo debía estar rematadamente mal en la cabeza de los capullos que eran capaces de hacer daño a la mujer que supuestamente amaban.

29

El escenario escogido para poner el broche final a la semana era la Reserva de las Grandes Dunas de Arena; un enclave de ensueño de más de setenta kilómetros de arena desértica con impresionantes elevaciones de distinta altura que cambiaban de morfología según la estación del año y la dirección en que soplaban los fuertes vientos de la zona.

Las dunas estaban completamente rodeadas de frondosa vegetación, bosques y praderas donde convivía una gran variedad de flora y fauna, y a sus pies, el arroyo Médano recogía los restos de arena que se iban desprendiendo de las dunas a lo largo del año. El pico Blanca, considerado como una de las cuatro montañas sagradas que crearon toda vida en la Tierra según la historia de la tribu navajo, coronaba la zona más al este y servía como límite del territorio que aquellos amerindios consideraban su hogar y en el que habían decidido permanecer desde hacía siglos para gozar de su protección y cuidado.

Tal como había anticipado Blake, el día anterior no habían tenido tiempo de realizar dos pases en el lago Colgante, así que aquella asombrosa localización serviría de escenario para las dos últimas sesiones, una al atardecer y la otra al amanecer del día siguiente. La elección de aquellas horas se debía a algo más que a la preciosa estampa que suponía ver la luz del sol besando las doradas ondas al nacer y morir cada día. Lo cierto era que las altas temperaturas que alcanzaba la arena durante la mayor parte del día, que en pleno verano podía llegar a los sesenta y cinco grados, suponían un auténtico peligro de quemaduras, así que no les quedaba más remedio que ajustarse a aquellos estrictos horarios.

En cuanto instalaron las caravanas al pie de la sierra de la Sangre de Cristo, empezaron a preparar la sesión. Tenían cuatro horas hasta que el sol comenzase su caída tras el horizonte, tiempo más que suficiente para llegar hasta el lugar donde Blake quería tomar las fotografías y

preparar a Valentina hasta el último detalle.

De todos los diseños que había creado para ella, el que a Jules le hacía más ilusión ver lucir a la chica era el vestido de chifón de seda, creado específicamente para el escenario de las dunas. Desde que supo que la acompañaría en aquella travesía había fantaseado en más de una ocasión con aquel momento, y cada una de las veces una sonrisa bobalicona había curvado sus labios con excitación.

La atmósfera que se creaba durante la prueba final de un modelo siempre era mágica. De repente, todo encajaba en su lugar; meses de trabajo y esfuerzo, de cariño y dedicación, alcanzaban su máximo esplendor al ajustarse como una segunda piel en el cuerpo de la mujer para la que se había creado el vestido. La imagen que en su día había sido solo una idea abstracta en su cabeza saltaba del figurín a una mujer de carne y hueso, y el resultado no solo era como lo había imaginado sino mucho mejor, pues los metros de tela, los pespuntes y el trabajo artesanal se empapaban de las emociones de su dueña y resplandecían de pura emoción.

Lo que Jules nunca imaginó fue que el proceso de vestir a Valentina estaría rodeado de una tensión y un silencio tan asfixiantes que parecía que la caravana estuviese falta de oxígeno. Valentina había pedido vestirse a solas con ella, exigencia que a nadie del equipo pareció sorprenderle dadas las caprichosas salidas a las que ya los tenía acostumbrados la muchacha.

—Es sorprendente lo mucho que se han suavizado las contusiones en solo veinticuatro horas —dijo Jules para sí misma mientras le cubría las heridas de la espalda con una suave capa de maquillaje.

El escote palabra de honor del vestido le llegaba por debajo de los omoplatos, y ese día llevaría el pelo suelto y ondulado, con mucho volumen, así que, con un poco de suerte, su espalda no estaría visible durante la sesión. Aun así, no querían dejar nada al azar.

—Es por la pomada. He probado muchas y esta es la más rápida y efectiva.

La mano de Jules se detuvo en el aire al comprender lo que implicaban aquellas palabras. Cerró los ojos e inspiró hondo para evitar decir una barbaridad. Cada vez que se paraba a pensar en el

infierno por el que aquella chica había pasado, el cuerpo se le ponía del revés. Todos sus instintos la apremiaban a acudir a la policía, a denunciar a aquel hijo de puta y que se hiciese público la clase de rata que era, pero Blake ya la había advertido de que debía ser Valentina quien acudiese a las autoridades. Ella no tenía ninguna prueba, más allá del malogrado cuerpo andante de la muchacha. Tenía que ser la chica la que estuviese dispuesta a luchar y contase la verdad.

Carraspeó para deshacer el nudo de frustración que tenía en la garganta y siguió con su tarea.

Jules no había osado preguntarle sobre sus planes en todo el día. Valentina había permanecido en silencio durante horas, retraída en sus propios pensamientos, y ella no la había querido presionar, respetando su actitud distante. Ahora, sin embargo, en vista de que por fin parecía dispuesta a hablar, decidió aventurarse y averiguar algo más al respecto.

—¿Ya has pensado dónde vas a ir mañana?

Valentina le lanzó una rápida mirada sobre un hombro y después musitó:

—A casa.

—¿A casa? —Jules parpadeó—. ¿Te refieres a Los Ángeles?

La chica tensó la espalda y asintió con un gesto seco.

—Es la única casa que tengo.

Jules la cogió con fuerza de los hombros y la obligó a volverse. La chica se contrajo y dio un paso atrás.

—¿Qué haces? —preguntó espantada.

—No, ¡¿qué haces tú?! —Estaba a punto de perder los nervios. No se podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Estás pensando en volver a casa de ese cabrón? ¿Es que estás loca o qué?

Tuvo un malísimo presentimiento cuando Valentina desvió la mirada y se retorció las manos. No, no podía ser que hubiese cambiado de opinión.

—Ed me ha llamado esta mañana... Hemos estado hablando mucho rato y... Me ha pedido perdón, Jules. Sonaba muy arrepentido y me ha prometido que no volverá a pasar. Ya te dije que estaba muy nervioso por el nuevo contrato, especialmente después de la lesión que tuvo en

diciembre, pero me ha dicho que eso ya está casi cerrado y que ahora estará más tranquilo. —Valentina sonrió y sus ojos brillaron de emoción y esperanza al añadir—: Cuando acabe la temporada nos vamos a tomar unos días de descanso y todo volverá a ser como al principio.

Jules estaba tan estupefacta que no fue capaz de hilar dos palabras seguidas, solo tomar asiento para procesar lo que acababa de escuchar. Después de la paliza que le había dado, una de tantas según atestiguaban las cicatrices y hematomas más antiguos, ¿Valentina todavía quería continuar con él? ¿Qué clase de amor era aquel que perdonaba golpes y humillaciones y creía ciegamente en la bondad de su maltratador?

—La verdad es que yo tampoco se lo he puesto fácil —continuó Valentina en un discurso que a Jules le parecía cada vez más surrealista—. Ed tiene razón al decir que soy demasiado caprichosa y absorbente. Debería confiar más en él y no querer ir tanto a la mía. Me necesita a su lado...

En aquel momento el cerebro de Jules se desconectó. Si seguía escuchando más barbaridades colapsaría, y bastante le estaba costando ya mantenerse de una pieza. Oír a Valentina menospreciarse y hacerse responsable de la actitud y reacciones de Ed le había revuelto el estómago hasta tal punto que pensó que de un momento a otro vomitaría. La ceguera de la muchacha la estaba asfixiando.

Acostumbrada a tomar las riendas de cualquier situación que se le presentase, darse cuenta de que era incapaz de meter algo de sensatez en la dura mollera de Valentina y comprobar que, además, la chica estaba más que dispuesta a volver a meterse en la boca del lobo voluntariamente, era más de lo que su mente podía soportar. No sabía de dónde le había nacido aquel alto grado de responsabilidad hacia ella. Solo sabía que desde el momento en que había descubierto lo que estaba sucediendo se había cargado sobre la espalda con la misión de salvarla de las manos de su maltratador costara lo que costase.

Pero ¿qué hacía una cuando la víctima no quería ser salvada?

Se observó los dedos con la mirada extraviada y se sorprendió al encontrar todas las yemas manchadas de un tono más oscuro que el de

su piel. Sobresaltada, abrió la palma de las manos y las revisó del derecho y del revés con movimientos bruscos. Aunque su tacto reconocía la textura cremosa del maquillaje que había estado aplicando a Valentina, su mente jugó con el resto de sus sentidos hasta que, a sus ojos, las manchas se convirtieron en sangre.

Sangre de Valentina.

Su respiración se aceleró mientras buscaba a su alrededor algo con lo que limpiarse las manos. Necesitaba quitarse aquello de encima y recuperar la calma. Se restregó una mano contra la otra con fuerza, pero en lugar de eliminar la mancha la extendió más y aquello solo produjo que la opresión en su pecho creciese hasta el punto en que apenas pudo respirar. Tomó rápidas bocanadas de aire, pero el oxígeno se negaba a alcanzar sus pulmones.

Dios mío, ¿qué le estaba pasando? Perdió la cabeza cuando sintió un cosquilleo extendiéndose desde la punta de los dedos y trepándole por las manos y los brazos a una velocidad de vértigo, dejándola insensible y con las manos en una posición amorfa que no podía controlar.

—¿Jules?

Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar y sus ojos se pusieron vidriosos cuando el llanto le resultó incontenible. Había perdido por completo el control de su cuerpo y de la situación.

—No puedo... No puedo... —gimió mirándose el pecho cuando la insensibilidad llegó hasta allí.

—¡Jules! —Alguien la zarandeó por los hombros llamando su atención—. Jules, ¡respira!

A través de las lágrimas distinguió a Blake, que la miraba con el rictus tenso y una chispa de pánico en las pupilas. Le rodeó las mejillas y la acercó a escasos centímetros de su cara.

—Te lo estás provocando tú. —Ella le miró sin comprender—. Tienes que tranquilizarte.

—Mis manos... —dijo con un hilo de voz.

Él se las tomó y le restregó la piel con sus pulgares.

—Es solo maquillaje. —Le mostró sus propios dedos con una mirada dulce y compasiva—. ¿Ves? Solo es maquillaje. Venga, respira

conmigo.

Fue recuperando la sensibilidad de su cuerpo bajo la atenta mirada de Blake, que la observaba con intensa concentración, pendiente del más mínimo cambio en su expresión.

—Esa es mi chica —le dijo con dulzura, y ella solo pudo sonreír en respuesta.

Le gustaba que la llamase así.

«Su chica.»

Alzó la mano y acarició su tez morena, su descuidada barba cosquilleándole en los dedos. Cuando sus miradas se cruzaron, Jules se quedó anclada en sus ojos. Transmitían tanta ternura que supo que podría vivir en su reflejo el resto de su vida y aun así no perderse nunca a sí misma. En aquel instante su pecho se inundó de un sentimiento tan inmenso e indescriptible que solo pudo inclinarse y besarle en los labios con suavidad.

Le amaba.

Su mente había necesitado algo más de tiempo que su corazón para reconocerlo, pero por fin ambos estaban sincronizados y en paz, como si durante largo tiempo el músculo de su pecho hubiese estado en tensión por la cabezonería de su cerebro.

Emocionada por sus sentimientos recién descubiertos, se dejó caer laxa entre los brazos de Blake y apoyó la cabeza en su hombro lanzando un suspiro. Fue entonces cuando reparó en Valentina, que los observaba con una expresión indescifrable desde una esquina de la caravana.

—¿Estás bien? —le preguntó la muchacha con voz temblorosa.

Jules no supo qué responderle. Sabía que Valentina necesitaba comprensión y cariño, pero su cuerpo todavía temblaba preso de una impotencia que no le permitían calmarse del todo y que la impulsaba a zarandearla hasta hacerla entrar en razón. ¿Qué podía hacer para que viera la realidad tal como era, y no como sus golpeados ojos se habían acostumbrado a ver por temor a lo que encontrarían si miraban diferente?

Solo recordaba otra ocasión en su vida en la que se había sentido como en ese momento, y en aquel entonces se rindió sin pelear.

¿Haría ahora lo mismo?

Decidida a no cometer los mismos errores, se concentró en la muchacha, en su expresión demudada, y buscó más allá de lo evidente. Entonces notó que los ojos de Valentina saltaban de Blake a ella con gesto nervioso, y se retiraron esquivos al ser sorprendida mirando fijamente al fotógrafo. Lo cierto era que ni Blake ni ella habían hecho ningún esfuerzo en ocultar la relación que los unía frente a ella y su intercambio de los últimos minutos, especialmente revelador, podía convertirse sin apenas pretenderlo en la clave para abrirle los ojos a Valentina.

—¿Te das cuenta de la diferencia? —le dijo con una mezcla de compasión y desafío en la mirada—. Si un hombre te valora de verdad, no consigue su felicidad a expensas de la tuya. No te trata como un bonito objeto del que disponer a su antojo sin dejarte ni siquiera hablar o decidir por ti misma.

Apartándose de Blake, se acercó a la muchacha con las piernas todavía temblorosas. Sabía que estaba siendo dura y que quizá no iba a servir de nada, pero jamás se había caracterizado por ir poniendo paños calientes. A veces necesitábamos que nos dijesen la cruda verdad, sin matices ni cortafuegos, para que esta traspasase cada falacia que nuestra mente había creado a nuestro alrededor con el propósito de protegernos.

—Si Ed te amase de verdad querría que volases alto y libre, que persiguieras tus sueños y volvieses a su lado cada noche solo para descansar. Te cuidaría y protegería como si fueras una parte de él, no te molería a golpes hasta que perdieses el conocimiento porque está nervioso o enfadado, para después venir pidiendo perdón y ofreciéndote viajes de consolación. Hasta que vuelva a pasar —sentenció—. Porque sabes que habrá una próxima vez, ¿verdad? No te quiere, Valentina, no te quiere como cualquier mujer merece ser querida, y hasta que no lo entiendas y te quieras a ti misma por encima de todos los demás seguirá haciendo contigo lo que le dé la gana.

Con la respiración agitada y las uñas dejando marcas en la palma de sus manos, Jules se arrodilló frente a la muchacha, que había ido

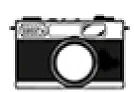
deslizándose por la pared hasta llegar al suelo. Sus ojos se anegaron de lágrimas al ver a Valentina hecha un ovillo y llorando con desconsuelo. No se arrepentía de lo que le había dicho. Solo esperaba que las heridas que ella le pudiese haber causado la sacasen del letargo en el que la muchacha había estado viviendo durante demasiado tiempo.

Aquel cabrón la había ido reduciendo a base de golpes, gritos y humillaciones; manipulándola de forma ladina al darle una de cal y una de arena; jugando con su autoestima ya magullada hasta convertirla en una pobre versión de sí misma y convencerla de que no era nadie sin él.

Era hora de que Valentina empezase a darse cuenta de su valor, que supiese que no estaba sola y que había alguien a su lado dispuesta a luchar por ella hasta que se hiciese lo suficientemente fuerte para luchar por sí misma.

Porque se haría fuerte.

No tenía ninguna duda.



Blake hizo un esfuerzo por sustraerse de las intensas emociones que habían estallado en la caravana y buscó la forma de sacar partido al estado anímico en el que tanto él como su modelo se encontraban, que era de todo menos relajado.

Un enorme ventilador jugaba con los metros de seda de su falda, elevándolos por encima de su espalda como si fueran las alas de un ángel, y su larga melena, ondulada y voluminosa, se apartaba de su cara mostrando las preciosas joyas artesanales en plata y turquesa que adornaban sus orejas y garganta. El azul cerúleo del vestido resaltaba sobre la piel oscura de la muchacha, que con la luz del atardecer brillaba con matices dorados. Aquel efecto junto al fajín hecho a mano con motivos indígenas que rodeaba su pequeña cintura y los anillos y brazaletes que cubrían gran parte de sus brazos y dedos la hacían parecer una criatura fantástica de otro mundo.

Una mujer guerrera venida del más allá.

Valentina se paseaba con los pies descalzos sobre la arena, ajena a todo el set de rodaje que habían desplegado a su alrededor, con el corazón roto y la mente a miles de kilómetros de aquellas dunas. Blake no quiso traerla de vuelta. Su expresión reflexiva y taciturna aportaría a las fotografías un aire tan nostálgico y denso que las emociones traspasarían el papel cuché. Le habían contratado para captar algo más que una cara bonita y un diseño de alta costura, y tenía la intuición de que aquella sesión, de entre todas las que habían hecho hasta entonces, sería la más especial y genuina.

El maquillaje de su rostro, una banda de color azul turquesa que cubría sus ojos como si se tratase de un antifaz, lejos de ocultar sus emociones las enfatizaba dándole especial protagonismo a sus ojos. Y aunque las razones que la habían puesto allí fueran atroces, la profunda desolación que desprendía cada plano y cada gesto de Valentina era cautivador, y mantuvo a Blake apretando el botón disparador hasta que solo la luz de la luna y las estrellas los iluminaron, obligándolos a levantar el set de rodaje hasta el día siguiente.

—Fantástica sesión, Blake. —Grace palmeó su hombro con una sonrisa satisfecha—. Me atrevo a decir que de las tomas de hoy saldrá la imagen que ocupará la portada de la revista.

El fotógrafo asintió en silencio mientras repasaba las fotografías desde la pequeña pantalla de la cámara. En una situación normal habría ido directo a la caravana para descargarlas en su portátil y empezar a trabajar con ellas, pero aquella no era una noche cualquiera. Aquella sería la última noche antes de que el grupo se disolviese y volviera a sus vidas. La última que compartiría con Jules antes de que cada uno emprendiese de nuevo su camino, y quería que fuese especial e inolvidable.

Frunció el ceño y carraspeó para arrastrar el incómodo nudo que comprimió su garganta.

Habían pasado tantas cosas en los últimos días que parecía que hiciese un mes desde que iniciaron el viaje en lugar de una semana. Formar parte de aquella expedición había resultado ser toda una experiencia, pero lo que sin duda la haría inolvidable sería Jules. En

apenas unos días había conseguido lo impensable: que olvidase el pasado y se permitiese volver a sentir.

Estaba cansado de ocultarse. Tantos años protegiéndose habían resultado en una vida estéril, escasa de emociones, sin un lugar al que pertenecer. Quería abrirse a ella, explicarle lo que en el pasado le había avergonzado tanto que impidió que fuese más honesto. Si le mostraba todas sus cartas quizá lograría que Jules le contase su versión de la historia.

Meses atrás se había prometido a sí mismo que nunca sacaría aquel tema. Ahora, sin embargo, tras haber pasado tantas horas a su lado y haber visto cómo se volcaba con Valentina, empezaba a dudar de todo. Jules era alocada, impulsiva, temeraria, inconformista y muy ambiciosa, pero también era honesta, fiel, protectora y muy generosa. ¿Podía ser que hubiese estado equivocado todo aquel tiempo? ¿Había cometido un error al no buscarla tantos años atrás?

Por su vida que necesitaba comprender qué había pasado tras la muerte de su abuela, y esa noche lo pensaba averiguar.

30

—¿Preparada? —Jules sintió rugir la adrenalina en sus venas al mirar la empinada pendiente por la que estaba a punto de deslizarse y asintió—. ¡Agárrate fuerte!

Se sujetó con fuerza de los asideros del trineo, entrecerró los ojos y cuando Blake le dio un empujón entre los omoplatos soltó un agudo chillido que fue *in crescendo* a medida que la fuerza de la gravedad tiraba de su cuerpo y adquiría cada vez mayor velocidad. A medio descenso estalló en una risa nerviosa que sacudió todo su cuerpo; que todavía continuase sobre la tabla de madera era un maldito milagro. Tener la luz de la luna como única iluminación tampoco ayudaba demasiado a controlar aquel trasto del demonio, pero cuando Jules percibió un bulto a lo lejos y se dio cuenta de que su trineo se empeñaba en dirigirse hacia él con testarudez, se le cortó la risa de cuajo y lanzó un grito de espanto.

—¡Inclínate a la izquierda! —Hasta aquel momento no se había percatado de que llevaba a Blake a su lado, de pie sobre una tabla para surfear las dunas, tan cómodo como si estuviese caminando sobre sus propios pies. Con aquella silueta haciéndose más grande a medida que se acercaba, intentó hacer como él le indicaba y dejó caer su peso a la derecha—. ¡Te he dicho a la izquierda, joder, a la izquierda!

Jules maldijo su incapacidad de distinguir la derecha de la izquierda segundos antes de sentir que un enorme peso chocaba contra su pecho, lo que la hizo caer del trineo y tragar un buen puñado de arena. Tosió con fuerza para deshacerse de la desagradable sensación, se pasó la mano por los ojos y se retiró el pelo enmarañado de la cara. Medio cuerpo descansaba sobre el torso de Blake, que había aguantado la mayor parte de la caída y yacía de espaldas sobre la arena con ella encima.

—Menos mal que no te hiciste controladora aérea. —Blake gimió dolorido y la miró con el ceño fruncido—. ¿Se puede saber en qué

pensabas? Por poco te comes el arbusto.

Jules apoyó la frente sobre su pecho para recuperar el aliento y se mantuvo así algunos segundos hasta que su cuerpo comenzó a sacudirse suavemente. Alarmado, Blake la sujetó de la barbilla y le alzó el rostro.

—¿Te has hecho daño?

El rostro de Jules estaba congestionado y sus ojos llenos de lágrimas, pero no de dolor como él había temido, sino de risa. Relajándose de golpe, la contempló desternillarse de aquella manera tan expresiva y natural que era marca de la casa y que a él siempre le había robado el aliento.

Qué bonita era, pensó mientras le colocaba un mechón tras la oreja.

De inmediato, ella buscó el hueco de la palma de su mano con la mejilla y cerró los ojos con placer sin dejar de sonreír. El corazón de Blake dobló el número de latidos al observar su actitud cariñosa y por un momento se permitió imaginar que sentía algo por él. La atracción entre ellos era evidente, pero Jules era demasiado volátil y alocada como para plantearse algo más serio. A veces creía que Jules había nacido para torturarle; el vivo retrato de todo lo que deseaba contenido en una mujer demasiado inalcanzable para él.

La observó con dulzura cuando esta apoyó la barbilla sobre su esternón.

—Gracias. Lo necesitaba más de lo que pensaba.

—Para servirla —dijo él con una floritura de su brazo.

Jules suspiró y se dejó caer a su lado para contemplar el hermoso cielo salpicado de miles de estrellas. Jugó con la fina arena, haciendo que se colase entre sus dedos en un hipnótico movimiento, y sintió cómo iba entrando en un plácido letargo a medida que las dunas fueron arropándola con el calor que todavía conservaban del sol del día.

—Esta tarde me has acojonado bastante. No es propio de Jules, la indestructible.

Ella hizo una mueca y le miró de reojo.

—No soy indestructible.

Y si alguna vez lo había creído así, la última semana le había

demostrado cuán equivocada había estado.

—Tu abuela no opinaba lo mismo.

Jules cerró los ojos e inspiró con fuerza al evocar su recuerdo.

—Mi abuela me quería demasiado —respondió con un nudo en la garganta.

Memorias de todas las tardes y fines de semana que había pasado en su compañía se precipitaron sobre ella con la fuerza de una tormenta.

A pesar de los años todavía había un rincón entre sus costillas que lloraba al recordarla. La nostalgia era un sentimiento complejo. Cuando aquella tristeza tan arraigada en el fondo de su alma se mezclaba con sus recuerdos, no podía evitar que sus labios se curvasen en una sonrisa. En ocasiones deseaba que su abuela pudiese ver en qué se había convertido, segura de que estaría orgullosa de ella; en otros momentos se lamentaba de no haber pasado más tiempo con ella y deseaba que las cosas hubiesen sido distintas. Cientos de escenarios repletos de «y si…» o «si hubiera…» que le aportaban una felicidad pasajera imaginando un destino distinto al que sufrió, hasta que recordaba que ya no estaba en este mundo.

El cariño de su abuela había suplido con creces el amor incondicional que debería haber recibido de sus padres. En ella había encontrado su refugio, su confidente y su apoyo. Incluso una vez muerta había velado por ella. Por eso, el día que la perdió, la tierra se abrió bajo sus pies y vagó entumecida durante meses.

—Todavía la echo de menos.

Blake permaneció en un comprensivo silencio durante un rato más hasta que, de pronto, se levantó de un brinco. Se sacudió la arena de las manos y extendió un brazo hacia ella.

—Vamos. Quiero enseñarte algo más.

Jules le observó, todavía tendida sobre la arena, y se dio cuenta de que, de nuevo, intentaba distraerla. No dejaba de maravillarla la capacidad que Blake tenía de percibir hasta el más ligero cambio en sus emociones y saber qué hacer con ella en cada momento.

Atlético, masculino y seguro de sí mismo, la mano que le tendía era fuerte y delicada a la vez, y sabía que, en el momento en que la tomase, su cuerpo se estremecería de placer. La luz de la luna

recortaba su contorno contra el cielo despejado, ocultando la expresión de su rostro, pero algo le dijo que en aquel momento el brillo de sus ojos podría competir con el de cualquier estrella.

En cuanto le dio la mano, Blake tiró de ella con facilidad, se rodeó la cintura con sus brazos y la inmovilizó contra su pecho. Sin darle tiempo a reaccionar, la sujetó de la nuca y le dio un beso que borró de un plumazo cualquier pensamiento coherente. Jules se colgó de su cuello y le agarró del pelo para devolverle la caricia con ansia.

Jamás hubiese imaginado que alguien tan introvertido y tranquilo como él fuera el hombre que acabaría haciéndola caer. Los prejuicios, de nuevo, la habían llevado a suposiciones equivocadas, pues la contención no estaba reñida con una personalidad ardiente, y no había nada sosegado en Blake cuando devoró sus labios y la saboreó con fruición. Solo una llama que ardía desde hacía demasiado tiempo y que su reencuentro había avivado hasta hacerla eclosionar.

—Esta noche está prohibido ponerse triste —musitó él con voz ronca contra sus labios.

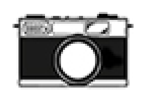
Jules asintió en respuesta con la cabeza todavía dándole vueltas. Con los ojos cerrados y anclada a él, temió que se le escapase el corazón por la boca si se atrevía a hablar. Un deseo sin destilar ardió en sus venas. La necesidad de unirse íntimamente a él se abrió paso por encima de todo lo demás y ya no pudo pensar en nada más que no fuera él y el modo en que había vuelto su vida del revés.

—Esta noche voy a imaginar que eres mía —declaró antes de volver a besarla con posesividad.

«Suya.»

La palabra resonó en la mente de Jules, y de inmediato supo que no había una sensación más conmovedora ni excitante en el mundo que aquella.

La de ser suya.



—¿Se puede saber cuándo has montado todo esto?

—Durante la cena.

Jules le miró boquiabierta.

—Creía que estabas descargando las fotos… —Con las sandalias colgando de los dedos, se acercó a la curiosa tienda de campaña y la rodeó por completo hasta detenerse de nuevo frente a la entrada—. Tiene una forma muy rara.

Blake la había llevado andando durante más de treinta minutos a través de infinidad de dunas, alejándose cada vez más del campamento base. Empezaba a preguntarse cómo lo harían para volver cuando divisó a la distancia una carpa blanca tenuemente iluminada.

—Es un tipi. —Ella le miró con extrañeza antes de adentrarse en su interior. Blake la siguió—. Los solían utilizar las tribus nativas nómadas para acampar por el territorio, pero ahora tienen un uso más recreativo que otra cosa.

—Me siento como en una película antigua del Oeste… ¡Madre mía! —exclamó sin aliento, mirando a su alrededor maravillada.

Desde fuera la forma cónica de la tienda hacía pensar que era más pequeña de lo que era en realidad, pues podía acoger una cama doble, baño y cocina de ser necesario. Para aquella ocasión, sin embargo, Blake se había limitado a lo básico, procurando que los detalles suplieran la falta de opulencia a la que suponía que ella estaba acostumbrada.

Había improvisado una cama con un sencillo pañuelo con motivos indígenas que cubría una buena parte de la superficie de arena, y varios cojines estampados descansaban a la espera de ser utilizados. Bordeando el perímetro interior del tipi, farolillos forjados en hierro destellaban con la cálida luz de las velas que ardían tras sus pequeños cristales, y un ramillete de flores silvestres que desprendía un aroma fresco y relajante la esperaba sobre una mesa auxiliar. Al aproximarse, Jules vio lo que había junto a las flores y se echó a reír, absurdamente emocionada al ver todas las molestias que Blake se había tomado por ella.

—¿Has preparado todo esto para mí?

—Bueno, te juro que no tengo ninguna fantasía sexual con el helado de chocolate —dijo él a su espalda. De pronto, carraspeó y añadió—:

Joder, lo retiro. No la tenía hasta hace cinco segundos.

Jules rio y se dejó caer contra su pecho mientras él la abrazaba por la cintura y la besaba en el cuello. Notó su sonrisa en la piel bajo su oreja y suspiró de felicidad.

—Gracias. —Se volvió entre sus brazos y enlazó las manos tras su cuello con los ojos brillantes. Tragó saliva. Llevaba horas con las emociones agarradas a la garganta, haciendo juegos malabares para mantenerlas a raya, pero entonces venía Blake con aquellos detalles y la desarmaba completamente—. ¿Por qué lo has hecho?

Blake alzó una ceja.

—¿Por qué? ¿Qué clase de pregunta es esa, mujer?

Ella lanzó una risita y una lágrima se escapó rodando por su mejilla.

—Tienes razón. Es una gilipollez de pregunta.

La mirada de Blake era tierna cuando le limpió la humedad de las mejillas con el pulgar. Jules se alzó sobre la punta de los pies y le dio un casto beso en los labios antes de sujetarle de la camiseta y empujarle en dirección a las almohadas, que la habían estado llamando a gritos desde que se habían adentrado en aquel paraíso privado.

Blake se dejó hacer con docilidad y rio con fuerza cuando Jules le hizo caer hacia atrás hasta quedar tendido de espaldas sobre los cojines. Ella le observó con un mohín en los labios y chasqueó la lengua. Cuando Blake le había propuesto ir a dar un paseo, no se le pasó por la cabeza que la noche acabaría así.

—Si lo hubiera sabido me habría vestido para la ocasión.

La mirada de Blake se encendió y negó con lentitud.

—Para lo que tengo pensado hacerte no necesitas ropa. —Se humedeció los labios y la miró de arriba abajo como si se debatiese por dónde empezar a saborearla. Con la respiración cada vez más acelerada, a Jules le sorprendió que su ropa todavía no se hubiese desintegrado bajo su inspección—. De hecho, lo que llevas me molesta. Quítatelo.

Se estremeció de gusto al escuchar su tono imperativo. La orden de Blake le arrebataba el control natural, permitiéndole disfrutar de lo que estaba por venir sin preocuparse de nada más. Nada sobre lo que

decidir, nada que ocultar.

Solo él había sido capaz de comprender que eso era lo que más ansiaba.

Solo a él se atrevería a cederle semejante poder.

Jules se desprendió del fresco mono de pantalón corto con premeditada lentitud, hasta que un nudo de nervios en el estómago la hizo titubear al liberar el último botón que mantenía unida la parte superior de la prenda. Dio gracias a Dios y a Victoria's Secret por ser una fetichista de la ropa interior y no renunciar a la lencería bonita incluso en medio de las áridas tierras de Colorado.

Pendiente de la reacción de Blake, contuvo el aliento y dejó que la tela resbalase por sus hombros dejando al descubierto sus pequeños pechos cubiertos de encaje color esmeralda. El sujetador era una obra de arte, pero no fue eso lo que provocó que Blake se incorporase y se apoyase en las rodillas con una expresión inescrutable.

—¿Sabes cuántos años he soñado con tenerte así? —le preguntó él con seriedad.

Jules tragó saliva y negó en respuesta.

Cuando pensaba que no podía enamorarse más, él decidía estrujar hasta la última gota de amor de su corazón con su abierta franqueza. Que mostrase aquella vulnerabilidad sin pestañear decía mucho de él, y saciaba un profundo anhelo que hasta aquel momento no había sido consciente de tener: ser especial en la vida de alguien, que la amasen por quien era, y a pesar de quien era.

Se llevó las manos a la espalda con dedos torpes, de pronto ansiosa por desprenderse de todo y lanzarse a sus brazos, cuando vio que él alzaba una mano.

—No. Quítate solo el pantalón. Déjame mirarte un rato más.

Siempre había sido muy desinhibida en cuanto a su desnudez, así que le obedeció sin rechistar y se aproximó con un ligero contoneo antes de dejarse caer de rodillas frente a él.

—Y ahora, ¿qué?

Con la mirada extraviada y un músculo palpitando en su mandíbula, Blake deslizó un dedo a lo largo de su clavícula, a través de sus pechos y hasta llegar al borde de sus braguitas.

—Joder..., ni en mis más locas fantasías te imaginé tan...

—¿Perfecta? —Le ayudó Jules con aire coqueto, batiendo sus pestañas—. ¿Sexy? ¿De otro mundo?

Blake se echó a reír y le rodeó las mejillas para acercarla a él.

—Eres todo eso y mucho más, pero no. —Inspiró y sacudió la cabeza—. No sé cómo explicarlo. —Se llevó la palma de la mano al esternón y presionó con fuerza como si algo ahí dentro le doliese—. Es solo que... para mí siempre fuiste inalcanzable y ahora te tengo aquí, a mi merced, y me da miedo pellizcarme y despertar.

El corazón de Jules se encogió al asimilar la inseguridad implícita en sus palabras. Jamás sospechó que se sintiese así junto a ella, pero al parecer había muchas cosas de Blake que habían escapado a su atención en el pasado. Inclinándose, se prometió que no volvería a suceder nunca más y le besó con ternura para sellar el pacto secreto consigo misma.

—Tú sí que eres un sueño hecho realidad.

Él gruñó, claramente incómodo con el cumplido, y le rodeó la cintura con un brazo, alzándola como si fuese una muñeca y dejándola caer desmadejada contra los cojines entre carcajadas. La cercó apoyando un brazo a cada lado de su cara y se quedó con el cuerpo suspendido sobre el de ella.

—Basta de hablar —dijo él, ya sin rastro de diversión en la voz—. Date la vuelta.

31

Durante la siguiente hora el ambiente se llenó de los roncos gemidos de Jules y las apasionadas maldiciones de Blake, que por más que la besaba y acariciaba no conseguía calmar tantos años de ansia por aquella mujer.

Jules sabía que al día siguiente su delicada piel estaría irritada por el continuo roce de la barba de Blake a lo largo de su cuerpo, pero lejos de importarle, continuó agarrándole del pelo y suplicándole sin aliento que no parase cada vez que su húmeda lengua descubría una nueva zona de extrema sensibilidad. Su profunda exploración no dejaba nada al azar, de modo que, mientras su boca andaba ocupada descubriendo nuevos territorios, sus dedos se entretenían con la humedad entre sus piernas, lanzándola una y otra vez a una espiral de placer que parecía no tener fin.

Para el momento en que Blake se deshizo del bóxer y se protegió, dispuesto a hundirse en ella, Jules creyó que no aguantaría mucho más. La oquedad que sentía en el bajo vientre era tan desgarradora que hasta le dolía. Sabía con certeza que se rompería en mil pedazos cuando por fin le tuviese en su interior, y aquello solo aumentó la tensión de su cuerpo y el temblor descontrolado de sus piernas. Sacudidas de puro deseo le impedían hacer nada más que yacer tendida y anhelante mientras se embebía de la cautivadora belleza masculina de Blake.

El modo en que se marcaba cada músculo y tendón de su cuerpo contra su piel bronceada hablaba de la enorme resistencia y autocontrol que estaba ejerciendo sobre sí mismo. Durante la última hora se había dedicado en cuerpo y alma a darle placer a ella, no permitiendo que Jules le pusiese un solo dedo encima.

—Si dejo que me toques, esto acabará antes de haber empezado —le había confesado hacía rato, cuando ella había alargado la mano ansiosa por acariciar su erección y él le había agarrado la muñeca con

brusquedad, apretándosela sobre su cabeza contra el suelo.

Gotas de sudor cayendo sobre sus excitados pechos la devolvieron al presente, a tiempo de contemplar la magnífica visión del atlético cuerpo de Blake abalanzándose sobre ella. Incapaz de seguir respetando las restricciones que él le había marcado, se agarró a su húmeda espalda y deslizó las manos hasta sus duras nalgas cuando él se hizo espacio entre sus piernas.

—Mierda… —Blake reposó la frente entre sus pechos y tomó una honda inspiración—. Llevo demasiado tiempo deseándote. No voy a ser capaz de ir con suavidad.

Jules afianzó los talones en su culo y le clavó las uñas en los tensos músculos de la espalda, demasiado excitada para su propia salud mental.

—No quiero que seas suave. Fóllame, Bla…

Antes de que pudiese acabar, Blake se hundió en su interior de una sola estocada. El rastro de dolor por su dura invasión unido al placer de sentir el grueso vello de su pelvis presionando contra su inflamado clítoris la hizo ronronear de éxtasis. Una bola de tensión y calor de desproporcionadas dimensiones esperaba en su vientre, ansiosa por liberarse, y Jules supo que solo haría falta un pequeño movimiento por parte de Blake para desintegrarse en miles de partículas.

—Esto es una puta locura —siseó él en su oído, completamente rígido, sin moverse ni un milímetro. Jules gimió en respuesta, apretó los dedos contra sus nalgas, apremiándole a que se moviese, y retorció las caderas desesperada por dar rienda suelta al fuego que se había apoderado de sus cuerpos. Él la inmovilizó de inmediato—. Estate quieta. No te vas a correr hasta que yo lo diga. Este viaje lo vamos a hacer juntos.

La faceta dominante de Blake la ponía muy cachonda y en otras circunstancias habría estado más que complacida de obedecerle; sabía que posponer el orgasmo era una forma más de obtener el máximo placer. El problema era que lo que estaba sintiendo era ya tan intenso que no se veía capaz de sostener las riendas de su cuerpo ni un minuto más.

—No puedo… —gimió entre lágrimas causadas por la mezcla de

dolor y placer a la que Blake estaba sometiendo a su cuerpo. Con aquella serían cuatro las veces que se correría, y sus terminaciones nerviosas estaban sobreestimuladas y rayanas al dolor.

—Sí puedes —susurró él sin aliento, y la besó recogiendo la humedad de su sien entre los labios—. Solo un poco más, princesa. Solo un poco más...

Nuevas lágrimas llenaron los ojos de Jules al escucharle llamarla princesa. Su alma y su cuerpo estaban desbordados de sensaciones y por primera vez en la vida creyó que perdería la conciencia si no liberaba el cúmulo de energía acumulada de inmediato.

—Date prisa, joder. —Volvió a restregarse contra él y aquella vez Blake la complació.

Salió de ella con extrema lentitud y gruñó con fiereza cuando volvió a clavarse en ella con rapidez. A partir de entonces ya no hubo más ruegos ni esperas. El instinto primitivo de Blake, que con tanta maestría había dominado hasta entonces, se hizo paso y bombeó dentro de Jules como si quisiera marcarla hasta lo más profundo del alma. La agarró del muslo y se lo subió a la cadera para tener mayor acceso a su interior y Jules gimió al sentir la presión contra su cérvix. Los músculos de su vagina se contrajeron en respuesta y supo que Blake lo había sentido al escuchar el rugido que surgió de su garganta mientras aceleraba sus embestidas.

Conteniendo a duras penas la explosión de emociones que aleteaba en su pecho, Jules abarcó su tenso rostro entre las manos y se incorporó para besarle en los labios.

—Más fuerte, Blake... Te necesito más adentro...

Blake tragó saliva y la volvió a embestir con mayor intensidad, si cabía, y una expresión indescifrable en la mirada.

—¡Ahora! —exclamó él de pronto, anclándose a ella con desesperación.

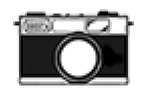
Con las emociones a flor de piel, y las últimas palabras de Jules todavía en el aire, ambos alcanzaron el orgasmo íntimamente abrazados y con sendos gestos de estupefacción en el rostro.

Agotado, Blake se dejó caer a un lado y abrazó a Jules por la espalda. Apenas la acomodó entre sus brazos escuchó su respiración

pausada, y por la laxitud de su cuerpo supo que había caído rendida de extenuación.

Él fue incapaz de dormir.

¿Qué demonios acababa de pasar?



En cualquier momento iba a tener que despertarla. De hecho, ya deberían estar de vuelta en el campamento. En menos de dos horas amanecería y comenzaría la última sesión de fotos, y a él siempre le gustaba adelantarse al resto del equipo para hacer pruebas de iluminación, buscar los mejores encuadres y familiarizarse con el espacio para sacar el máximo partido del entorno.

Pero aquel día no deseaba moverse de donde estaba. Quería que el mundo se olvidase de él y le permitiera permanecer en aquella burbuja de irrealidad unas cuantas horas más.

Hundió la cara en el cuello de Jules y se embebió del aroma y la calidez que desprendía su piel. No había tenido suficiente. Una sola noche con ella no había sido suficiente para saciar el anhelo que sabía que arrastraría toda la vida. En todo caso, había provocado lo contrario. Las fauces de la avaricia se habían clavado con fuerza en su pecho y quería más. Mucho más de lo que podría conseguir, y por aquella razón se resistía a separarse de ella.

«Solo un poco más», pensó, estrechándola contra su pecho. Robaría unos minutos más a aquel amanecer antes de volver a la realidad.

Jules ronroneó y se desperezó entre sus brazos. Cuando giró su rostro congestionado hacia él, el puño que comprimía su corazón se apretó un poco más.

Dios, cuánto la iba a echar de menos.

—La princesa ha despertado de su dulce sueño.

Ella gruñó y le clavó el codo en las costillas con un gesto juguetón.

—Te aseguro que lo que estaba soñando no era apto para princesas. De hecho, mmm… —Blake dio un respingo cuando sintió la pequeña mano de Jules acariciándole—. No era un sueño, sino recuerdos muy muy recientes…

—Jules… —la advirtió sin mucho énfasis—. Tenemos que volver…

—No tardaremos mucho… Te lo prometo…

Entre risas, ella se puso a horcajadas sobre sus caderas y se dedicó a darle mordiscos por la clavícula y el cuello hasta alcanzar su boca. Durante la noche, cada centímetro de piel de Jules había encontrado su hueco en el esculpido cuerpo de Blake, de tal modo que ambos sentían al otro como una extensión de sí mismos. Para cuando ella le rozó los labios con la lengua, Blake ya se había olvidado hasta de la razón por la que debían marcharse. La asió con fuerza del pelo y coló una rodilla entre sus piernas, cogió impulso con un movimiento seco de las caderas y se hundió en ella de un solo golpe. Su humedad le envolvió como la más dulce melaza y un fuego de mil demonios le recorrió la columna vertebral hasta freírle las neuronas.

Madre de Dios, cuando creía que no podía ser mejor, venía ella y le mostraba lo que era el puto paraíso. Y a juzgar por la expresión de asombro y deleite de Jules y los agudos gemidos que soltaba cada vez que él salía y volvía a entrar en su interior, no estaba solo.

—¡Joder! —exclamó él, de repente. Había estado tan perdido en ella que se había olvidado hasta de su nombre—. No me he puesto el condón.

La sintió tensarse entre sus brazos. Claramente, ella tampoco había pensado en protegerse.

—Pues no pienso dejar que te muevas de donde estás, así que más te vale hacer gala de ese autocontrol tuyo y salir antes de acabar. Tomo la pastilla, pero prefiero no arriesgarme.

—¿Estás segura?

Ella le respondió frotándose contra el hueso de su pelvis.

—Confío en ti.

Blake la tumbó de espaldas y le aprisionó los brazos por encima de la cabeza. Una sonrisa felina desdibujó su boca.

—No deberías.

—No me das miedo. —Jules rio y forcejeó con él sin mucho empeño; lo suficiente para continuar disfrutando de la fuerte presión de las manos de Blake contra sus muñecas. Cerró los ojos y gimió bajito cuando empezó a sentir la familiar bola de fuego creciendo en

su interior—. Te conozco demasiado bien.

—¿Eso crees? —Blake ralentizó sus movimientos.

—Sí... Blake, por favor, no pares —suplicó ella.

—¿Y yo? ¿Te conozco lo suficiente?

Extrañada por el sutil cambio en su voz, Jules abrió los ojos y su garganta se contrajo al descubrir una expresión desafiante en su mirada. Extrañada, alzó una mano para tocarle la mejilla y su estómago dio un vuelco cuando él se apartó lentamente, impidiéndole la caricia y negando con la cabeza con rigidez.

—Espera, Jules. Primero, respóndeme.

Confundida, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para deshacerse de la nebulosa de placer en la que había estado inmersa hasta hacía apenas unos instantes y concentrarse en sus palabras.

—Me estás asustando, Blake. ¿Qué está pasando? —dijo ella con un hilo de voz.

Blake se apartó de ella entre maldiciones y se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso al darle la espalda.

Sintiéndose demasiado vulnerable de repente, Jules agarró el pañuelo sobre el que habían yacido y se envolvió con él. Tenía la impresión de que la temperatura dentro del tipi había descendido en cuestión de segundos. Permaneció en silencio y con las rodillas apretadas contra el pecho mientras le veía recoger los tejanos y ponérselos sobre la piel desnuda. Los músculos de su espalda estaban abultados y se movían al ritmo de su respiración acelerada.

—Blake —insistió con tono seco al ver que no le respondía, esta vez más cabreada que preocupada—. ¿Me vas a decir de una puñetera vez qué está pasando?

Todo en el cuerpo del fotógrafo gritaba tensión cuando se volvió a mirarla. Se cruzó de brazos y carraspeó.

—Lo siento, no había planificado contártelo así. —Apartó la mirada —. Pero hay algunas cosas que necesito saber y creo que tendrá más sentido si antes conoces toda mi historia.

—Te juro por Dios que como no me digas ahora mismo de qué estás hablando me va a dar un infarto.

Blake soltó una risa carente de diversión.

—Siempre tan impaciente. —Tomó una fuerte inspiración y clavó sus ojos en ella con un rictus mortalmente serio—. ¿Sabes cuándo fue la última vez que vi a mi padre?

—¿Cómo? —Ella frunció el ceño, totalmente desorientada.

—El 4 de noviembre de 1997 —respondió Blake con la voz desprovista de toda emoción—. Yo tenía catorce años.

Jules estrujó la tela entre sus manos. ¿Catorce años? Su mente hizo algunos cálculos y un mal presentimiento se asentó en la boca de su estómago.

—No puede ser… Tenías veintiún años cuando nos conocimos… —Él asintió de forma brusca—. Me dijiste que tu padre era fotógrafo. Lo recuerdo muy bien.

Él volvió a asentir, un músculo temblando sin control en su mandíbula.

—Y era cierto. Pregúntame por qué no le vi más.

Ella sacudió la cabeza y sus ojos comenzaron a humedecerse. No quería saberlo. Algo le decía que lo que Blake dijese a continuación cambiaría significativamente todo lo que sabía de él y, por ende, de la historia de ambos.

—Pregúntame por qué, Jules —repitió él.

Sus ojos contenían tanta pena y dolor que su corazón sangró por él. Su mirada le suplicaba que le ayudase a desprenderse de aquel secreto que le había carcomido durante más de media vida, y ella fue incapaz de negárselo.

—¿Por qué? —dijo con voz estrangulada.

—No lo sé… —admitió él encogiéndose de hombros con una triste sonrisa, y con aquel gesto Jules vio claramente al niño perdido de catorce años que una vez fue.

—Oh, Blake…

Quiso acercarse para darle consuelo, pero él dio un paso atrás y la detuvo alzando la mano.

—Me pasé los primeros años tratando de encontrar una explicación, pero claro, a esa edad lo único que se me ocurría era que su familia no éramos suficiente para él. Que yo no era suficiente para él. Los gemelos tenían dieciocho meses cuando desapareció.

—Quizá le pasó algo…

—Nah… —Lanzó una carcajada carente de humor—. El muy cabrón se llevó toda su ropa y los pocos ahorros que mi madre guardaba en su habitación. Sabía muy bien lo que se hacía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Una chica preciosa y perfecta aparece ante tu puerta e insiste en pasar tiempo a tu lado. Tiene todo lo que tú no tienes, es divertida e inteligente y además te devuelve la capacidad de soñar y tener ilusiones. —Jules se llevó una mano a los labios y sacudió la cabeza, demasiado emocionada para hablar y sacarle de su error. Ella no lo había tenido todo y, desde luego, no era para nada perfecta—. Había que ser muy gilipollas para venirte con mis movidas. Todavía me quedaba un mínimo de dignidad y no quería parecerte tan patético como me sentía.

—No digas eso…

—Entonces, te enseñé el cuarto oscuro —continuó él en voz baja—, y con él abrí una puerta a lo que sentía por ti. Aquel día estuve a punto de decirte que me gustabas. Estar contigo me había devuelto las ganas de querer más, de creer que podría aspirar a alguien como tú, pero entonces pasó lo de tu abuela.

Jules cerró los ojos y las lágrimas resbalaron por sus mejillas sin control.

La muerte de su abuela no fue el único golpe que recibió en aquel entonces. Aquella época flotaba en su memoria como una nebulosa. Durante meses enmascaró su dolor y frustración con rabia e indiferencia, hasta que se mudó a Nueva York para estudiar y por fin se pudo alejar de sus padres y de todo lo que le recordaba a lo que había perdido. Se obligó a olvidar y aprendió a ignorar el vacío en su pecho hasta el extremo de que nunca volvió a echar la vista atrás.

Lo único que permaneció vivo como testimonio de aquellas semanas era el resentimiento que todavía sentía hacia su padre.

Al escuchar a Blake relatar su historia, sintió que la pequeña grieta que siempre había arrastrado en su corazón se transformaba en una fractura de enormes proporciones. Una avalancha de sentimientos

largo tiempo reprimidos volvió a inundarla con fuerza, y trajo a su memoria momentos amargos que hubiera deseado no volver a recordar.

—¿Qué pasó, Jules? ¿Por qué desapareciste sin ni siquiera despedirte?

32

Jules

2004, Washington, D.C.

La cabeza me daba vueltas.

Estaba agotada del esfuerzo de aparentar serenidad durante toda la mañana cuando, en realidad, me sentía rota por dentro. Había tenido que tragarme las lágrimas y sollozos que pugnaban por salir de mi garganta tantas veces que me había quedado sin voz. Aunque tampoco es que tuviese mucho que decir.

Hacía días que navegaba en un estado de aturdimiento que no me permitía centrarme en nada. A mi madre ni siquiera le había costado conseguir que vistiera con ropa de diseño que me hacía parecer diez años más mayor, y que me comportase como ella consideraba que lo debía hacer una señorita: mostrando la pena justa para no parecer insensible, pero sin perder jamás la compostura.

A la mierda ella y a la mierda todo.

Eso le hubiese dicho si hubiera tenido energía para pelear, pero cuando acababas de perder a la persona que más te había querido en el mundo, todo lo demás dejaba de tener importancia. ¿Qué iba a hacer a partir de ese momento cuando necesitara consuelo? ¿Quién me iba a dar los abrazos y besos que solo mi abuela me daba?

Nada, absolutamente nada, era comparable al amor que ella siempre me dio. Sentía que el destino me la había arrebatado demasiado pronto, convirtiéndome en una huérfana emocional en manos de unos padres más centrados en sus propios intereses que en las necesidades afectivas de su hija.

—Julia. —Mi padre me observaba desde la puerta de su despacho. Unas profundas ojeras en su habitual rostro imperturbable eran el

único signo evidente de que acababa de enterrar a su madre. A veces deseaba ser tan insensible como él—. Ven. Tenemos que hablar.

Hundí los hombros y suspiré. Conocía aquel tono de voz y sabía que no auguraba nada bueno.

—¿Tiene que ser ahora? —Necesitaba recuperar fuerzas para enfrentarme a él.

—Sí.

Se dio la vuelta y entró en sus aposentos, como llamaba yo a su despacho, pues la mayor parte de su vida se la pasaba ahí metido. Muchos días hasta comía y dormía allí.

Arrastré los pies, enfundados en los incómodos zapatos de salón que mi madre me había obligado a llevar, y me detuve asombrada al entrar y encontrármela sentada frente al escritorio. Ella no solía inmiscuirse cuando mi padre me daba alguna de sus charlas, así que su presencia despertó mi curiosidad y también acrecentó mi inquietud.

—Comprendo que hoy es un día difícil para todos, así que no voy a andarme con rodeos. —Mi padre clavó sus fríos ojos negros en mi cara, y mi cuerpo se tensó al instante—. A partir de hoy dejarás de ver a ese chico.

Tragué saliva. Sabía que este momento llegaría, no era la primera vez que discutíamos sobre aquel asunto, pero no esperaba que mi padre cayese tan bajo como para sacar el tema precisamente en un día como ese.

—No. —Me sorprendí respondiendo. Al parecer, aunque estaba destrozada, todavía me quedaban fuerzas para rebelarme contra sus estúpidos mandatos.

—No te lo estoy pidiendo, Julia. —Odiaba que me llamase así. Solo él era capaz de imprimir tanta frialdad a mi nombre—. Hemos sido permisivos hasta ahora porque por alguna razón que no llego a entender tu abuela le tenía cariño y, dadas las circunstancias, no queríamos angustiarla, pero desde este preciso instante se acaba toda relación con él. ¿Queda claro?

Me asqueaba lo esnob que era mi padre. Parecía olvidar que él provenía del mismo barrio que Blake.

—¿Qué tiene de malo que seamos amigos? Si le conocierais...

—No es una compañía adecuada para ti.

Me volví despacio hacia mi madre y la observé estupefacta cuando me di cuenta de que era ella quien había propiciado aquella conversación. El escozor de la traición me quemó la garganta. Por supuesto que había sido ella. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? Mi padre era un auténtico capullo, pero era ella la que medía con precisión quirúrgica el «pedigrí» de sus amistades y, por ende, de las mías.

No sé cómo no lo había visto venir. Cada vez que le explicaba algo referente a Blake, mi madre se envaraba y cambiaba de tema como si no me estuviese escuchando, pero como aquella era su reacción habitual a cualquier tema del que le hablase y no fuese de su interés...

Sacudí la cabeza y se me escapó una lágrima. La desesperación me asfixiaba. Vivir con mis padres me asfixiaba, y saber que ya no podía acudir a la abuela para recuperar el aliento me acabó de hundir.

—No pienso dejar de verle. —Soné mucho más desafiante de lo que me sentía. En realidad, estaba temblando por dentro, pero con Samantha viviendo en la otra punta del planeta, Blake era la única persona que me quedaba con quien podía ser yo misma.

No le podía perder a él también.

—No me provoques, Julia. Estoy harto de tu testarudez y tus caprichos. Esta vez no te vas a salir con la tuya.

Me reí. Me reí tan fuerte que más lágrimas escaparon de mis ojos. Su amenaza me resultó lo más divertido que había escuchado en mucho tiempo.

—¿Salirme con la mía? —Mi risa se convirtió en un sollozo. Estaba tan cansada...—. ¿Cuándo me he salido con la mía, papá? Llevo toda la vida siendo y haciendo lo que vosotros queréis. ¡Mírame! —Me señalé el cuerpo con manos temblorosas—. ¿Crees que me gusta llevar esta ropa que apesta a vanidad y postureo?

—¡Julia!

—¿Qué, mamá? ¿Acaso no tengo razón? ¿Crees que me importaba una mierda lo que iba a vestir para el funeral? Ni siquiera he podido llorar a gusto, ¡joder! —exploté. Que me exigiesen que dejase de ver a Blake fue la gota que colmó un vaso repleto de años de represión—.

Hago dieta desde que empecé a tener curvas para satisfacer tu estricto sentido de la belleza, me comporto como si llevase un palo en el culo siempre que estoy con vuestros amigos, y me obligáis a pasar tiempo con sus hijos, que son igual de estirados y esnobs que sus padres. ¿Y tenéis la cara de decirme que siempre me salgo con la mía? Jamás os he importado lo suficiente como para hacerme una concesión. ¡Si ni siquiera me dejáis estudiar lo que realmente deseo!

—Así que se trata de eso —murmuró mi padre con una mirada tan fría y calculadora que dolió.

Me desesperé. ¿Acaso no había escuchado nada de lo que había dicho?

—¡Se trata de todo! —Me levanté con los puños apretados a los costados. Como sucedía siempre que pasaba más de cinco minutos en la misma habitación con ellos, sentí que empezaba a faltarme el oxígeno y me ofusqué—. ¡Ojalá hubierais muerto vosotros en lugar de la abuela!

—¡Julia! —exclamó mi madre, escandalizada, conteniendo el aliento mientras se llevaba una mano a la boca.

Durante unos instantes mi respiración entrecortada fue lo único que se escuchó en aquel mausoleo lleno de libros de leyes y ambición desmedida. El olor a cuero viejo y tabaco se coló por mis fosas nasales y me produjo náuseas. No soportaba nada de lo que me rodeaba. No los soportaba a ellos.

—Siéntate —ordenó mi padre. Alcé la barbilla y afiancé mis pies en el suelo más decidida que nunca a permanecer en aquella posición, pero di un respingo cuando dio un golpe seco con la palma de su mano contra la lámina de madera pulida del escritorio—. ¡He dicho que te sientes!

Me dejé caer como un peso muerto en la silla y por el rabillo del ojo noté que mi madre se removía nerviosa en su sitio, aunque continuó sin decir nada.

Cobarde.

Mi padre me observó con un músculo palpitando en su mandíbula y los ojos echando chispas, y sentí un retorcido placer al comprobar que había roto su compostura. Su lucha interna acabó bruscamente y el

abogado que habitaba en él tomó las riendas de la conversación. Nada me había preparado para lo que dijo a continuación:

—Antes de morir, tu abuela me hizo prometerle algo —dijo con incomodidad, y durante unos instantes el recuerdo de su madre le arrebató la voz. Carraspeó—. Me pidió que te permitiese estudiar lo que deseas. —Mi corazón se detuvo al tiempo que nuevas lágrimas resbalaban por mi mejilla. Incluso en su último aliento la abuela había pensado en mí—. Así que este es el trato. Podrás estudiar diseño de moda, pero a cambio dejarás de encontrarte con ese chico desde este mismo instante. Si me entero de que le vuelves a ver o mantienes con él cualquier otro tipo de contacto, dejaremos de cubrir el coste de la universidad y de tu alojamiento en Nueva York.

Cualquier felicidad que hubiese podido sentir se nubló en el instante en que mi padre estableció su condición. Me sentí acorralada y una oleada de rabia e impotencia hizo hervir la sangre en mis venas. De pronto, caí en la cuenta de algo.

—No pensabas decirme nada sobre lo que te dijo la abuela, ¿verdad? —dije con un hilo de voz—. Pretendías que dejase de ver a Blake sin tener que cumplir lo que te pidió.

Mi padre desvió la mirada y tuvo la decencia de mostrarse avergonzado. Sacudí la cabeza y lancé una carcajada hueca. Cuando creía que ya no podía caer más bajo...

—¿Por qué le odiáis tanto?

—No le odiamos —intervino mi madre con condescendencia. La creí. Blake era demasiado insignificante para despertar una emoción tan fuerte en ella—. Solo creemos que eres demasiado joven para tener una relación, y menos con un chico de su condición social.

La miré como si le hubiesen salido cuernos en la cabeza. ¿Acaso creían que Blake y yo...? Me reí.

—No tenemos ninguna relación. —Una chispa de esperanza prendió en mi pecho. Quizá si los convencía de que no había nada entre nosotros me permitirían seguir viéndole—. Solo somos amigos.

—De momento —dijo mi madre con una expresión que no logré comprender, como si ella supiese mejor que yo lo que sentía y no hubiera nada más que hablar.

De pronto, un recuerdo del día que Blake me enseñó su cuarto oscuro decidió cruzar por mi mente. La forma como me miró aquella tarde y el nudo de nervios en mi estómago cuando me dijo lo bonita que era...

Tragué saliva y mi entereza flaqueó.

—No es justo.

—La vida rara vez suele serlo. —Mi padre, tan frío y pragmático como siempre, recondujo rápidamente la conversación—. Esta es nuestra oferta. La tomas o la dejas...

Durante varios minutos luché contra la tristeza que me producía estar viviendo aquel momento. Por fin tenía al alcance de la mano la oportunidad con la que llevaba soñando toda la vida: estudiar diseño de moda y, además, hacerlo lejos de mis padres. La universidad estaba en Nueva York, así que tendría que mudarme y dejaría de vivir bajo el mismo techo que ellos. El escenario no podía ser más perfecto y tentador..., salvo porque tenía que sacrificar mi amistad con Blake para conseguirlo.

Desde luego era una jugada maestra. Mi padre acallaba su conciencia y a cambio se aseguraban de que durante los próximos cuatro años me mantuviese lejos de Washington y de Blake. Poco les importaba perderme de vista ellos también si con ello conseguían su objetivo. Al menos no eran hipócritas; jamás me habían necesitado a su lado como la mayoría de los padres solía hacer.

Constatar aquel hecho me hundió un poco más en la espiral negativa en la que llevaba dando bandazos desde que la abuela había exhalado su último aliento, conmigo agarrada fuertemente de su mano, negándome a dejarla marcharse de mi lado.

¿Qué me diría ella si buscase su consejo? Saber que ya no podría buscar refugio en su casa y entre sus cálidos brazos volvió a nublarme la vista y una punzada en el pecho me hizo doblarme sobre mí misma. Dios mío, cuánto la iba a echar de menos... Nadie iba a poder sustituirla jamás.

¿Y si me estaba equivocando al querer agarrarme a Blake con tanto empeño? ¿Y si solo lo hacía porque estar con él, de alguna manera, me recordaba a ella? Noté el cerebro embotado, no podía pensar con

claridad y me daba terror tomar una decisión equivocada.

¿Iba a dejar escapar mi sueño por alguien al que conocía de apenas unas semanas? ¿Iba a desperdiciar el regalo que me había hecho mi abuela?

—No tenemos todo el día.

Alcé la vista y le miré. Le miré durante lo que parecieron horas, pero él ni se inmutó. No era más que un extraño para mí y sabía que a partir de aquel día mi relación con él nunca volvería a ser la misma.

—De acuerdo. Acepto.

33

—Continué yendo al monumento de Lincoln durante semanas. —Blake sonrió sin humor—. Cuando no apareciste el primer sábado tras la muerte de tu abuela me convencí de que todavía estabas demasiado afectada para ver a nadie, pero entonces llegó el sábado siguiente y tampoco estabas. Me negaba a creer que me hubieras dejado tirado sin una mísera despedida, así que continué acudiendo a nuestra cita varias semanas más. Obviamente me equivoqué.

Jules se cubrió la cara, avergonzada, y notó la humedad de sus mejillas.

No sabía cuándo había empezado a llorar. Mirase por donde mirase, todo dolía demasiado. Revivir aquel horrible día en el despacho de su padre, la profunda desesperación que había sentido cuando la obligaron a elegir y darse cuenta de que su cobardía había herido el alma del chico más auténtico y especial que jamás había conocido la hicieron sentir de nuevo como aquella chica perdida de diecisiete años que una vez fue y que solo deseaba ser feliz.

—Me prohibieron volver a buscarte. Me amenazaron con retirar su promesa.

Él le lanzó una mirada escéptica. ¿Desde cuándo una prohibición le había impedido hacer lo que ella quisiera?, parecían decir sus ojos. Jules hizo una mueca y sacudió la cabeza, incómoda con su escrutinio.

—Lo siento… Tienes razón, fui una cobarde. Supongo que me convencí de que tarde o temprano nuestra amistad se habría diluido y… Si hubiera sabido lo de tu padre…

—No habría cambiado nada —declaró él con absoluto convencimiento.

La certeza y frialdad con la que pronunció aquellas palabras la arrancó de su estado de lamentación. Frunció el ceño y una chispa de rabia prendió en su pecho.

—Sí que lo hubiera hecho. —Se levantó y recogió su ropa de un

tirón. Una vez estuvo mínimamente cubierta se enfrentó a él—. No era una cabrona, ¿sabes? Estaba perdida y era muy inmadura, pero si hubiera sabido tu historia habría buscado la forma de despedirme.

Blake alzó una ceja y asintió con brusquedad.

—Al menos no has intentado convencerme de que me habrías elegido a mí —masculló él mientras buscaba su propia ropa para acabar de vestirse.

Cada vez más molesta, Jules puso los brazos en jarras.

—En aquel entonces solo éramos amigos, Blake. Nada más que eso.

—Pues menuda amiga estás hecha —espetó él con aspereza.

Ella aspiró con fuerza. Su afirmación le dolió como si le hubiese dado una bofetada. Con el aire atascado en los pulmones murmuró:

—No estás siendo justo...

—Dime una cosa. —Se acercó a ella colocándose la camiseta por encima de los tejanos, y sus ojos grises le recordaron a un glaciar en un día de tormenta. El ambiente sensual y romántico que habían creado horas atrás había desaparecido del todo. El interior del tipi se había transformado en un espacio impersonal y frío del que Jules no veía la hora de salir. Se restregó los brazos para entrar en calor y se preparó para su siguiente ataque—. ¿Alguna vez llegaste a verme como algo más que un... amigo? ¿O era demasiado poco para alguien como tú?



Aunque pronunció aquellas palabras con todo el sarcasmo del mundo, a Blake le ardía la garganta.

Maldita sea, la decepción le estaba ahogando. ¿Qué demonios había esperado escuchar? Lo había sabido todo ese tiempo y, aun así, esos últimos días junto a ella habían conseguido que se lo cuestionase todo. Sabía que debería aceptarlo con más madurez; al fin y al cabo, habían sido unos chiquillos cuando todo aquello sucedió y ahora ya no tenía ninguna importancia.

El problema era que todo lo concerniente a Jules le dolía. Daba igual el tiempo que pasara sin verla, la sólida coraza que durante años

le había resguardado de establecer cualquier vínculo emocional con los demás se hacía añicos en cuanto la tenía cerca, y ahora todas las dudas e inseguridades de entonces volvían en tropel y hacían tambalear la autoestima y fortaleza que le había costado tanto construir.

—No lo sé —respondió ella, y aunque su sinceridad le escoció como el corte de un cuchillo afilado, odió todavía más la mirada de compasión que le dirigió—. Es posible que si hubiéramos continuado viéndonos...

Él se tensó.

—Gracias, pero no necesito caridad.

—¡¿Qué querías que hiciera, Blake?! —preguntó ella con frustración—. Tú mejor que nadie sabías lo que significaba para mí estudiar la carrera de diseño. Lo hablamos cientos de veces. Vivir con mis padres no era el paraíso que tú siempre creíste. Sí, tenía todas las cosas materiales que cualquiera pudiese soñar, pero jamás recibí amor, comprensión y cariño. Mis padres siempre fueron demasiado ambiciosos y egocéntricos para traer un hijo al mundo, pero llegué yo y no les quedó otra que aguantarse.

Él se pasó una mano por el pelo y resopló al mirar su reloj. Joder, se había olvidado por completo de la sesión de fotos.

—Empieza a hacerse tarde. Tenemos que volver.

—¡No! ¿Querías que habláramos? Pues hablemos hasta el final.

—Ahora ya da igual —dijo tratando de convencerse a sí mismo con un tono de derrota—. Lo mejor será que lo dejemos atrás.

—Siento muchísimo lo que te hizo tu padre —continuó ella con vehemencia, haciendo oídos sordos—, pero yo no recibí un trato mucho mejor, ¿sabes? Quizá siempre tuve a mis padres físicamente a mi lado, pero en cierto modo me sentía igual que tú. —Blake se tensó y entrecerró los ojos—. ¿Sabes lo duro que es no estar nunca a la altura de las expectativas de tus padres? ¿Pasarte la vida intentando encajar en un molde que está lleno de aristas y líneas duras a las que, por más que te esfuerces, no logras adaptarte? Ya has visto cuál fue el estilo de mi padre para conseguir que dejase de verte; no creas que fue distinto en cualquier otra situación. Mi madre no era mucho mejor.

Me mata decirlo, pero tiene una mentalidad retrógrada y machista, está obsesionada con la imagen y el qué dirán y solo le importan las apariencias. ¿Sabes la tortura que fue crecer bajo su constante supervisión? ¿Sentir que nunca era suficiente? Así que, sí. —Alzó la barbilla—. Cuando vi la oportunidad de alejarme de todo aquello la aproveché, y eso me salvó de llevar una vida miserable. ¿Puedes entenderlo?

Blake tragó saliva al percibir la súplica en su voz, pero estaba demasiado ofuscado y confuso para pensar con claridad. Se frotó los ojos y sacudió la cabeza.

Todo estaba mezclado en su mente. El dolor que había sentido al darse cuenta de que su padre los había abandonado le llevaron a una espiral autodestructiva que le dejó tocado durante años. Para cuando Jules apareció en su vida, la sensación de que no valía nada había arraigado en su interior hasta convertirse en una parte de sí mismo. Le costó un tiempo aceptar que Jules quisiera pasar tiempo a su lado, y cuando por fin empezó a permitirse disfrutar de la sensación, pasó lo de su abuela y descubrió lo poco que había significado para ella su amistad.

En cierto modo lo entendió. Comprendió con verdadera facilidad que ella no quisiera permanecer más tiempo a su lado una vez que su abuela murió. En tan poca estima se tenía. Lo que no esperaba era enterarse del modo en que lo hizo.



Para cuando divisaron las caravanas, toda comunicación entre ellos había desaparecido. Blake se había mantenido taciturno y distante todo el camino, y Jules estaba demasiado absorta en sus propios pensamientos como para echar en falta la conversación.

¿Cómo se podía haber torcido tanto aquella velada?

Estaba tan derrotada y falta de energía que caminaba arrastrando los pies, dejando a su paso una estela de pesar sobre la cálida arena de las dunas. En cuestión de horas había pasado de sentirse adorada a prácticamente odiada por la misma persona. Inspiró con fuerza y se

obligó a mantenerse firme cuando empezó a percibir un cosquilleo en la nariz. No sabía qué había esperado al explicarle su historia a Blake, pero desde luego no que él se cerrase en banda de forma tan radical. Jamás se había mostrado tan frío e indiferente con ella como en esa última hora; ni siquiera años atrás, cuando todavía eran unos extraños que justo empezaban a conocerse.

Enfado, rabia, furia, odio. Prefería ser objeto de cualquiera de esas emociones antes que enfrentarse a esa actitud impávida que la dejaba helada.

Incapaz de soportar ni un minuto más de aquel asfixiante silencio, aprovechó los últimos metros antes de adentrarse en la vorágine de la sesión de fotos e hizo un último intento.

—¿Podemos continuar esta conversación cuando volvamos a casa?

—No tengo previsto pasar por Nueva York en varias semanas. Tengo un encargo en Vancouver en un par de días y después aprovecharé para quedarme a descansar.

Jules se detuvo en seco al darse cuenta de lo que Blake estaba haciendo. La estaba apartando definitivamente. Después de una semana de confidencias y complicidad, de volver a acercarse el uno al otro y descubrir que la vida podía ser mucho más bonita a su lado, él reculaba y actuaba como si lo que hubieran compartido no fuera algo especial y difícil de encontrar. La conexión que sentían iba más allá de la atracción sexual. Blake era la pieza que su corazón siempre había anhelado para sentirse completo y ahora ya no concebía volver a latir con normalidad sin él. Ese algo que muchas personas pasaban toda la vida deseando sentir y morían sin experimentar estaba al alcance de sus manos y la testarudez de Blake iba a tirarlo todo por la borda.

Estaba furiosa. Con él, con ella, con su familia y con el destino. Maldita fuera si iba a dejar que aquello terminase sin pelear. Aceleró el paso y le sujetó del codo justo cuando él se disponía a entrar en su caravana.

—Blake. —Él no se volvió a mirarla, pero tampoco trató de deshacerse de ella—. ¿Qué estás haciendo? ¿En serio vas a dejar que las cosas entre nosotros queden así?

Vio cómo sus hombros se tensaban bajo la camiseta.

—Ahora no puedo hablar de esto, Jules. Necesito concentrarme en el trabajo.

—Está bien, lo entiendo… Por Dios, ¿quieres mirarme? —resopló con frustración. Le parecía absurdo estar hablándole a su espalda. Al volverse vio la expresión atormentada de sus ojos y algo en su interior se ablandó—. ¿Qué pasa, Blake? Estábamos bien… Estábamos más que bien. ¿Vas a dejar que aquella tontería nos separe de nuevo?

Él desvió la mirada y un músculo tembló en su mandíbula. Los tendones de su cuello sobresalían como cuerdas de guitarra bajo su piel morena, y las aletas de su nariz se dilataban con cada profunda inspiración que tomaba.

Jules se maldijo en silencio y se frotó la mano contra la frente, cada vez más ansiosa. Tenía la sensación de que, en contra de lo que pretendía, con cada palabra que pronunciaba le alteraba un poco más y ya no se le ocurría ninguna otra forma de hacerle cambiar de parecer. Desesperada, entrelazó su mano con la de él y musitó:

—Estoy enamorada de ti, Blake.

Él giró la cabeza con brusquedad. Una mezcla de sentimientos alteró las facciones de su rostro mientras la recorría con la mirada en busca de alguna señal que le confirmase que estaba diciendo la verdad. Cuando la mano de Blake se contrajo alrededor de sus dedos, ella sintió que la esperanza renacía en su interior, pero la sonrisa murió en sus labios al percibir que él se deshacía de su contacto y daba un paso atrás.

En cuestión de segundos, Blake volvió a adoptar aquella pose distante que ella tanto odiaba, y sus ojos, esos que ella adoraba observar cuando cambiaban de color, se convirtieron en dos obsidianas carentes de luz. Contuvo el aliento cuando vio la mueca sarcástica que hizo con la boca y supo que sus siguientes palabras le dolerían a rabiar.

—Permíteme que lo dude. Te quieres demasiado a ti misma como para querer a alguien más.

Jules jadeó mientras se llevaba una mano a la garganta. No le cabía en la cabeza que alguien que decía amarla pudiera pensar algo tan horrible de ella.

—¿Cómo puedes decir que me quieres si tienes esa opinión de mí?

—¿Amor? —La seca carcajada de Blake le produjo un estremecimiento—. ¿Quién ha hablado de amor? Te dije que siempre había soñado con besarte, nada más.

Jules frunció el ceño. ¿Podía ser que le hubiese malinterpretado todo el tiempo?

No, no, no. Era imposible. Había cosas que no se podían ocultar, y el modo en el que Blake le había hecho el amor hacía tan solo unas horas hablaba de algo mucho más profundo que sexo. Los anhelos confesados a media voz, el modo en que la había acariciado y procurado su placer por encima del suyo propio... Un hombre no se comportaría así si no sintiese algo más fuerte que un puro calentón, ¿verdad? ¿O había estado tan envuelta en su propia burbuja de amor que había confundido las cosas?

Se llevó las manos a la cara y gruñó de pura frustración. Se iba a volver loca.

—Dime una cosa. ¿A qué has estado jugando todo este tiempo? Si tanto rencor sientes hacia mí, ¿se puede saber qué has estado haciendo esta semana?

—Fuiste tú la que dijo que viviésemos el momento, ¿recuerdas? —respondió él con el rostro imperturbable y la mirada hueca.

Jules sintió que la sangre abandonaba su rostro. Recordaba sus palabras, y el momento en que las pronunció, pero habían pasado tantas cosas desde entonces...

—¿Se puede saber dónde os habíais metido? —La voz aguda de Grace los arrancó a ambos del infierno en el que estaban inmersos. Se la veía realmente desquiciada mientras se acercaba a ellos haciendo aspavientos con las manos—. ¡El sol sale en menos de una hora y el fotógrafo sin venir!

—No te preocupes, Grace —dijo Blake con tono monocorde. Unas duras líneas de expresión surcaban su piel, inusitadamente demacrada—. La sesión de hoy la haremos muy cerca de aquí. Estaré listo en cinco minutos.

—Más te vale. No pienso quedarme ni un día más en estas tierras perdidas de la mano de Dios por ningún motivo. Me duele la espalda

de dormir en esas estrechas literas...

Dejaron de escuchar los juramentos de la editora en cuanto entró en la caravana donde estarían arreglando a Valentina.

—Me tengo que ir.

Jules salió del estupor en el que se encontraba al ver que él desaparecía dentro de su caravana. Supo que ya no tenía nada más que hacer allí al distinguir a Blake a través de la puerta entreabierta recogiendo su equipo con gestos rígidos, pero sus piernas se negaron a moverse. Se sentía entumecida hasta el alma y por primera vez en muchos años no supo qué hacer.

¿En qué momento era sano rendirse?, se preguntó. ¿Aprendería alguna vez a aceptar que algunas cosas no podían ser por mucho que ella desease lo contrario?

Le resultada complicado ir en contra de su naturaleza, pero aquella vez no se trataba de demostrar que podía crear un negocio desde cero o vivir por su cuenta sin la ayuda económica de sus padres. En aquella ocasión era su corazón lo que estaba en juego, y estaba descubriendo que en ese terreno no era tan valiente como había pensado. Si se dejaba llevar acabaría suplicando a Blake que la perdonase y le diese otra oportunidad y, muy en el fondo, sabía que aquello no era correcto. No se sentía orgullosa del modo como gestionó las cosas en el pasado, pero tampoco podía arrepentirse de haber elegido labrarse el futuro que siempre soñó.

Alzó la vista cuando escuchó cerrarse la puerta. Blake se detuvo en el primer escalón al descubrir que continuaba allí y, cuando sus miradas se cruzaron, Jules sintió un aleteo en el estómago y su pecho se expandió hasta casi no poder respirar.

Le amaba.

Posiblemente empezó a quererle siendo una chiquilla de diecisiete años, y era muy probable que le quisiese durante el resto de su vida, pero quizá era el momento de madurar en ciertos aspectos y aprender a dejar ir.

Una sensación desgarradora la asoló por dentro al comprender que estaba a punto de perderle... por segunda vez en su vida. Tragó saliva con dificultad y sus piernas apenas la sostuvieron cuando subió los dos

escalones que la separaban de él. El gesto imperturbable de Blake trastabilló cuando Jules le sujetó de la camiseta y le besó.

«Un último beso», se dijo. Para despedirse, para decirle cuánto le amaba sin palabras, para guardar en su memoria cada vez que pensara en él.

Cuando sus labios se rozaron no sintió la electricidad que siempre solía experimentar. La tristeza amortiguaba la carga sexual de aquel gesto íntimo, convirtiéndolo en la caricia más agridulce que ella había dado y recibido en la vida. Una lágrima se deslizó por su mejilla al percibir la delicadeza con la que él la exploró. Le había rodeado el rostro con aquel característico gesto suyo que la hacía sentir tan femenina y deseada, y su respiración entrecortada mientras rozaba sus labios proclamaba a gritos que estaba tan afectado como ella. Incapaz de continuar con aquella tortura, cuando él quiso ahondar el beso, ella se separó y abrió los párpados lentamente. Las pupilas de Blake se habían dilatado tanto que apenas quedaba rastro del precioso color de sus ojos y, por alguna razón, pensar que no volvería a tener ocasión de contemplarlos en todo su esplendor acabó de partirle el alma.

En aquel momento supo que una parte de ella se quedaría con él para siempre.

Seguiría con su vida, aparentaría estar bien de cara a los demás, y solo quien la conociese muy bien sería capaz de percibir que durante aquella semana había perdido algo de sí misma. La parte más auténtica y cercana a su corazón, la que la hacía vibrar y confiar en otro hasta el extremo de ponerse en sus manos. Las de su mejor amigo, su confidente, su amante.

Buscando la fuerza y la voz en lo más profundo de las entrañas, el labio inferior le tembló al musitar:

—Adiós, Blake. Si en el futuro piensas en mí, recuerda que esta vez no fui yo la que no te elegí.

TERCERA PARTE

> La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.
>
> GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

34

—Es un cabrón. Y un gilipollas. Un capullo que no se merece el kilo que he engordado las últimas dos semanas por su culpa —dijo Jules con rabia antes de llenarse la boca con otra cucharada de helado de chocolate.

—Desde luego, eres única lidiando con los desengaños amorosos —murmuró Samantha, mordiéndose el labio para no sonreír.

—¡Ja! ¿Desengaño? ¡Lo que estoy es indignada! —Soltó el bote de Ben & Jerry's sobre la mesa y se puso a pasear arriba y abajo por el pequeño salón de su apartamento—. ¡¿Te puedes creer que me dijo que era incapaz de querer a nadie porque me quería demasiado a mí misma?!

—Eh... Sí, me suena que me lo has mencionado en alguna ocasión...

—¡El muy idiota no reconocería el amor ni aunque le mordiese en ese culo prieto suyo!

—Por Dios, Jules. No necesito detalles de su anatomía —gimió Samantha llevándose las manos a la cara.

—Ni un puto mensaje. No me ha mandado ni un mensaje, joder. —Le tembló la voz. Odiaba sentirse así. Odiaba la mujer ansiosa en la que la había convertido Blake.

—Había entendido que, cuando te despediste, lo hiciste para siempre.

Jules la miró furibunda y puso los brazos en jarras.

—Pero tú, ¡¿de lado de quién estás?!

Samantha ya no pudo aguantar más la risa, que le salió más como un ronquido.

—Lo siento, lo siento —dijo tapándose la boca mientras se acercaba a Jules. La abrazó por los hombros—. Del tuyo. Siempre del tuyo. Pero, si le echas tanto de menos, ¿por qué no le llamas tú?

—Porque me dijo que no quería saber nada más de mí.

—¿En serio? —La miró con el ceño fruncido.

Jules se removió, incómoda.

—Bueno, no me lo dijo con esas palabras, pero se sobreentendía. —Cuando Samantha se cruzó de brazos y la miró con esa cara de resabiada suya, resopló—. Créeme, si hubieras estado allí, tú también lo hubieses interpretado como yo.

—Entonces, no lo entiendo. —Samantha buscó la manera de decirle lo que llevaba días rondándole la cabeza; provocar que su amiga saliese del círculo vicioso en el que estaba envuelta—. Si, según tú, te dijo que no quería volverte a ver, y tú también te despediste, ¿por qué te molesta tanto que no te haya llamado?

—¡Porque soy un desastre! —admitió, gimiendo y dejándose caer en el sofá.

Samantha la miró con ternura y se sentó a su lado.

—No eres un desastre. Solo estás enamorada.

—¡Pues vaya asco! —exclamó con sentimiento, y al instante las dos amigas prorrumpieron en carcajadas.

Al cabo de unos minutos, Jules se sintió lo suficientemente despejada como para reconocer que aquello no estaba funcionando. Estaba llevando la ruptura mucho peor de lo que esperaba. Por más que se esforzaba no conseguía deshacerse de la sensación de que lo suyo con Blake estaba lejos de haber acabado. ¡Qué poco le había durado su propósito de practicar el desapego!

—¿En qué piensas?

—En que los hombres son todos unos obtusos —gruñó Jules.

—Ni que lo digas... —Samantha lanzó un significativo suspiro—. ¿Sabes qué? Creo que esta conversación requiere una buena copa de vino.

Sorprendida, Jules la observó dirigirse a la cocina y llenar dos copas hasta arriba. Había estado tan inmersa en su «Blakedrama» que no se había dado cuenta de que a su amiga también le pasaba algo. Ahora que lo pensaba, era de lo más extraño que estuviese con ella un viernes por la noche. Desde que se habían ido a vivir juntos, Jack y ella reservaban ese día para ellos dos solos. Su ceño se ahondó todavía más.

—Vale. Suéltalo —le espetó en cuanto estuvieron cómodamente

sentadas en el sofá—. ¿Qué está pasando?

—Nada.

—¿Sigues preocupada por lo de las ausencias de Jack? Me dijiste que lo habías hablado con él, ¿no?

—No. Quiero decir sí, pero… —Samantha hizo un gracioso gesto con la mano que pretendía restar importancia al asunto, pero después le dio un buen sorbo al vino y sus esfuerzos por aparentar que estaba todo bien cayeron en saco roto. Madre mía, si seguía bebiendo a aquel ritmo iba a tener que sujetarle el pelo antes de que llegase la medianoche—. Ya te dije que no había nada de eso.

—Sam… —dijo en tono de advertencia. La conocía lo suficiente para saber que tendría que presionarla para que soltara lo que llevaba dentro—. Si no se trata de la absurda idea de que te estaba engañando, entonces, ¿qué ha hecho esta vez? Anda, sé buena y hazme sentir menos miserable.

Samantha se volvió a mirarla, extrañada.

—¿Y por qué tiene que haber sido Jack quien haya hecho algo? ¿Y si he sido yo?

Jules sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Mírate, incluso cabreada le defiendes. No tienes remedio. Y respondiendo a tu pregunta: es uno de los primeros mandamientos del Club de las MACJE. —Jules extendió los brazos frente a ella—. «No importa quién tenga la culpa en la discusión, el hombre nunca tiene la razón.»

Algo achispada, Samantha soltó una risita y el vino se tambaleó en su copa cuando preguntó con voz aguda:

—¿El Club de las MACJE?

—Mujeres Atractivas, Cabreadas y Jodidamente Enamoradas.

A Samantha se le atragantó el vino y acabó tosiendo y riendo a la vez mientras veía a Jules desternillándose de su reacción y de su tonta ocurrencia. A partir de aquel momento la noche se convirtió en una sucesión de copas, helado de chocolate y risas, la mayoría a costa de los hombres que ocupaban su corazón.

Estaban tan perjudicadas que ni siquiera hicieron el intento de irse a la cama a dormir. Como dos adolescentes que empezaran a

experimentar con el alcohol, ambas acabaron espatarradas en el sofá del salón, con la mente turbia de tanto azúcar y suspirando secretamente por alguien que, en aquellos instantes, les parecía inalcanzable.



El insistente sonido del timbre las arrancó del etílico sueño.

Samantha gimió y se tapó la cara con el primer cojín que encontró, mientras Jules se arrastraba hasta la puerta para averiguar quién podía presentarse en su casa tan pronto un sábado por la mañana.

—Como sea Jack, le corto los huevos.

Escuchó a Samantha gruñir a su espalda y no supo si apoyaba la moción o trataba de defender sin mucho entusiasmo las partes nobles de su novio. Cualquier pensamiento al respecto se evaporó junto con los restos de alcohol en el instante en que abrió la puerta.

—¿Valentina?

Por alguna razón, encontrarla frente a su portal le produjo una risa histérica que no pudo controlar. Si creyese en el destino, ahora mismo pensaría que algo más elevado que ella estaba empeñado en que no olvidase su semana en Arizona y Colorado.

A lo largo de las últimas dos semanas había hecho un esfuerzo sobrehumano por no contactar con ella. En su afán por poner distancia con Blake, también había decidido desconectar de todo lo que envolvía a la muchacha. O eso había intentado. Lo cierto era que se había encontrado en más de una ocasión preguntándose si seguiría bien, con un dedo sobre la tecla de «llamada» que nunca se atrevió a presionar. Solo una vez cedió a la tentación y le envió un mensaje: «Recuerda que sigo aquí». No recibió respuesta, tampoco la esperaba, pero no hubiera sido ella si no hubiese hecho un último intento.

«No puedes ayudar a quien no desea ser ayudado.» Sabias palabras, sencillas de comprender, harto difíciles de aplicar cuando te llamabas Jules Simmons.

—¿Quién es?

La voz de Samantha la trajo al presente. Valentina la miraba de hito en hito, claramente incómoda por la extraña reacción de Jules, y también por haberse presentado a aquellas horas intempestivas sin avisar. Cuando Jules se apartó para dejarla pasar, la muchacha se inclinó con dificultad para recoger una bolsa de deporte que había en el suelo y entró con paso dubitativo.

—Sam, te presento a Valentina. —Cerró la puerta y señaló el hueco del sofá que Samantha acababa de dejar libre al levantarse de un brinco—. Siéntate, por favor. Voy a preparar café. Algo me dice que vamos a necesitarlo.

Apenas tardó cinco minutos en tenerlo todo listo, cuatro más de los que Samantha era capaz de mantener una conversación cordial con una extraña. Sonrió y volvió al salón a tiempo de evitar que las dos mujeres muriesen asfixiadas en su silencio.

—Voy a cambiarme —dijo Samantha en cuanto apareció Jules con el café, huyendo aliviada de la escena.

Jules esperó a que su amiga hubiese salido de la habitación para dirigirse a Valentina.

—¿Qué haces aquí?

—Perdona por haber aparecido sin avisar —soltó la muchacha enseguida—. Grace me dio tu dirección y... no tenía ningún otro sitio adonde ir y tú me dijiste que si algún día...

—Espera, espera —la interrumpió llevándose los dedos a las sienes. Todavía tenía el cerebro embotado y la verborrea de Valentina no le estaba haciendo ningún favor a su lucidez. Dio un largo trago al café —. Me refería a qué haces aquí... en Nueva York.

—He dejado a Ed —confesó con un hilo de voz mientras se abrazaba las rodillas contra el pecho.

Jules abrió los ojos de par en par y, sin poder evitarlo, la recorrió de arriba abajo en busca de nuevos signos de violencia. Como solía ser habitual, Valentina iba demasiado cubierta para el caluroso junio de Nueva York, y aquello no podía ser una buena señal. Solo le hizo falta observarla con atención para comprender que la muchacha estaba rota: encorvada, frágil y temblorosa, con profundas ojeras que esta vez no ocultaba ningún maquillaje y los ojos rojos de tanto llorar. No le

pasó desapercibido el rictus tenso en su boca. Se la veía asustada, mirando compulsivamente hacia la puerta de entrada, como si esperase ver a su maltratador entrar en cualquier momento, con el alma exangüe de tanto sufrir.

Apretó los puños sobre el regazo y se obligó a respirar hondo. Cuando volvió a hablar lo hizo con una dureza que no correspondía con la mirada dulce y compasiva de sus ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ahora?

Valentina se encogió y negó en silencio. Tragó saliva con dificultad y dijo con voz trémula:

—¿Te importa si no hablamos de eso ahora?

—Claro. Cuando quieras.

La muchacha apoyó una mejilla sobre sus rodillas dobladas, hecha un ovillo sobre una esquina del sofá. Dubitativa, Jules se acercó, se sentó a su lado y le acarició el rostro y el nacimiento del cabello con suavidad. Cuando Valentina cerró los ojos pudo comprobar lo desmejorada que estaba. El hueso del pómulo se le marcaba profusamente, lo que enfatizaba el hueco de su mejilla. Había perdido peso desde la última vez que la había visto. Se le erizó la piel solo de pensar en el infierno en el que habría estado inmersa para acabar en aquellas condiciones en tan solo catorce días.

Valentina lloró en silencio, con el cuerpo en tensión para evitar las profundas sacudidas que le nacían del pecho, y con los puños apretados sobre sus brazos cruzados para controlar los temblores. Había ocultado su rostro tras ellos y de vez en cuando se limpiaba la humedad de las mejillas con la manga de su camiseta. Había tanta contención en el modo en que lloraba que Jules dudó de que le sirviese de desahogo y temió que aquella forma de expulsar el dolor, ocultando a la vez su desdicha, se hubiese convertido en un hábito retorcido que no le hacía ningún favor.

Unos fuertes golpes en la puerta de entrada las sobresaltaron.

La reacción de Valentina, no obstante, fue mucho más visceral que la de Jules. Cuando esta fue a levantarse para ver quién llamaba, la muchacha la agarró de la muñeca con fuerza.

—¡No abras!

Las pupilas dilatadas y el rictus de terror en su rostro la hicieron titubear. ¿Podía ser que aquel malnacido la hubiese seguido hasta allí? Descartó la idea de inmediato.

—¿Le has dicho que venías aquí?

—Eso no importa. Lo descubrirá, Jules. ¡Lo descubrirá! —gritó histérica—. No sé cómo lo hace, pero siempre se entera de todo.

Al ver que Jules se dirigía hacia la puerta, Valentina se levantó de un salto y se alejó de la entrada del apartamento. Dio un respingo cuando Samantha salió del dormitorio alertada por los golpes en la puerta y los gritos de la chica. Al instante, ambas amigas cruzaron una significativa mirada. Samantha conocía al detalle toda la situación que estaba viviendo Valentina, por eso la inquietud que encontró en sus ojos color miel no ayudó a Jules a mantener la calma. Con el corazón latiendo a un ritmo frenético y los músculos agarrotados por la tensión, rodeó el pomo de la puerta con la mano transpirada y preguntó quién llamaba antes de abrir.

—Soy Jack.

El alivio que sintieron las tres fue indescriptible, aunque solo una le recibió con verdadera alegría. Con una sonrisa encantada en el rostro, Jules abrió la puerta y se recreó en la fabulosa vista que tenía enfrente.

—Creo que nunca me había alegrado tanto de verte. —Y aquello era mucho decir considerando lo guapo que era.

El casi metro noventa de Jack entró en el apartamento como si fuera su casa —probablemente porque durante el tiempo que Samantha compartió apartamento con ella, casi lo fue—, y ocupó todo el espacio del salón con aquel magnetismo masculino tan característico suyo. Se detuvo de golpe y sus anchos hombros se relajaron visiblemente al localizar a Samantha frente a la puerta del dormitorio. Con cada uno situado en un extremo del apartamento, ambos se midieron con la mirada, a la espera de descubrir quién pronunciaría la primera palabra. Como era de esperar, fue Jules la que lo hizo.

—¿Se puede saber qué pasa con vosotros dos?

Samantha desvió la vista. Incrédulo y muy muy cabreado, Jack le preguntó:

—¿No se lo has dicho?

Un carraspeo sacó a los tres de la conversación de besugos en la que estaban inmersos.

—Jules, ¿te importa si descanso un rato? —Valentina los observaba cohibida.

El lado más cotilla de Jules renegó mientras abandonaba el salón. Antes de salir midió a Jack con la mirada y supo que Samantha acabaría calmándole, como hacía siempre.

Ya en la habitación, sacó un juego de toallas del armario y le enseñó a Valentina dónde estaba el baño.

—Las sábanas están recién cambiadas, así que puedes dormir con tranquilidad. Si te quieres dar un baño, hay sales en el pequeño armario al lado del espejo.

—Gracias —musitó la muchacha.

—Bueno, pues... Te dejo para que descanses.

No había atravesado el umbral cuando escuchó a su espalda:

—No le digas a nadie que estoy aquí, por favor.

—No lo haré. Pero cuando te encuentres mejor tenemos que hablar. No puedes quedarte aquí encerrada para siempre.

—Lo sé.

Jules asintió y cerró la puerta tras de sí. Lo último que esperaba era encontrarse a sus dos amigos en la misma posición que los había dejado hacía más de cinco minutos. Inspiró con fuerza y se armó de paciencia antes de situarse entre ambos, con las manos en las caderas. Menuda mañana de sábado estaba teniendo.

—¿Alguien me va a explicar qué demonios está pasando? Porque de verdad os digo que no tengo la cabeza para más dramas.

—Ningún drama —respondió Samantha recogiendo su bolso del mueble de la entrada—. Gracias por la noche de ayer. Me fue de maravilla. —Miró a Jack con gesto airado y desapareció por la escalera.

Jules se quedó mirando la puerta de su apartamento boquiabierta. Se volvió al escuchar a Jack mascullar y le puso las manos en el pecho para detener su salida precipitada tras Samantha.

—No te vas de aquí sin decirme ahora mismo qué pasa entre

vosotros.

Jack se pasó una mano por el pelo y echó una mirada ansiosa a la puerta.

—Jules, ahora no. Necesito hablar con ella.

—¡Jack! —exclamó con frustración. Estaba harta de que todo el mundo pospusiese aclarar las cosas para más tarde.

—¡Le he pedido que se case conmigo, joder!

Una emoción efervescente bulló en su pecho al escuchar aquellas palabras. ¡Dios mío! ¡Jack y Sam iban a casarse! Se lanzó a sus brazos para felicitarle y Jack la detuvo sujetándola por los brazos con gesto adusto.

—Me ha dicho que no.

35

El domingo a mediodía, Valentina apareció en el salón completamente desorientada.

—Buenas tardes, dormilona. —La muchacha se volvió sobresaltada al escuchar la voz de Jules saliendo de la cocina—. Debes estar famélica. ¿Qué te parece si pedimos algo? ¿Te gusta la comida china? Hay un restaurante aquí cerca que hace los mejores *dumplings* vegetarianos del universo.

—¿Cuántas horas he dormido? —preguntó, ignorando su verborrea.

—Veintiocho —dijo Jules mientras consultaba el folleto del restaurante chino sujeto con un imán a la nevera.

—¡¿Qué?! ¿Por qué me has dejado dormir tanto? Deberías haberme despertado antes.

Jules se apoyó en la jamba de la puerta de la cocina y cruzó los brazos mientras observaba, ceñuda, cómo la chica se movía de un lado a otro del salón en busca de algo.

—¿Por qué iba a hacer eso? Está claro que necesitabas descansar... ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Mi móvil. ¿Dónde está mi móvil?

—Lo puse a cargar ayer noche. Está sobre la mesa de trabajo.

Jules hizo el pedido de la comida mientras Valentina revisaba sus llamadas y mensajes con ansiedad. Cuando se unió a ella en el sofá, la chica tenía la vista clavada en la pantalla del móvil.

—¿Alguna noticia?

Valentina negó lentamente con la cabeza.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé... —admitió con la voz todavía tomada tras tantas horas de sueño.

Hasta el momento, Jules había estado actuando llevada por su instinto, sin saber si hacía o no lo correcto. No podía imaginarse el calvario por el que estaría pasando Valentina y no iba a ofenderla

pretendiendo lo contrario. Lo que sí podía hacer era traerle algo de normalidad a su vida y distraerla tanto como fuera posible para que su mente saliese del bucle en el que, estaba convencida, andaba metida.

—Vamos a hacer una cosa. Te das una ducha, comemos, y esta tarde salimos a pasear por la ciudad. A las dos nos irá bien respirar un poco de oxígeno para despejarnos. —Se levantó de un salto, con la energía renovada ahora que tenía un propósito para el día, y extendió un brazo hacia Valentina para que la acompañase—. Arriba, señorita.

Valentina no se movió, solo observó su mano con la mirada vacía durante lo que parecieron horas. De pronto, alzó la vista y dijo en tono quedo:

—Me violó.

Jules dejó caer el brazo como un peso muerto y sus piernas dejaron de sostenerla. Acabó sentada en el mismo lugar de hacía unos instantes, con una expresión horrorizada y sin tener ni la más remota idea de qué decir.

—Hasta ahora solo me había golpeado —continuó—. Me daba alguna bofetada cuando le irritaba, o me decía lo inútil que era cuando hacía alguna cosa mal, pero nunca me había forzado a... —Valentina hizo una mueca con la vista fija en las manos sobre su regazo—. Ya sabes.

La cabeza de Jules daba vueltas. ¿«Solo» la había golpeado? No sabía si reír o echarse a llorar como realmente le pedía el cuerpo. Sintió el sabor de la bilis en la garganta y tragó saliva para deshacerse de su sabor amargo. ¿Qué decirle a alguien que llevaba meses, quizá años, sufriendo tan variadas formas de maltrato, y que acababa de ser objeto de la mayor vejación que una mujer podía experimentar? La rabia y el pavor luchaban en su pecho y, sin saber por qué, un pensamiento asaltó su mente.

—¿Utilizó condón?

Valentina levantó la cabeza como un resorte. El espanto en sus ojos lo dijo todo.

—Yo... no estoy segura... No lo recuerdo... Estaba... Estaba demasiado asustada y no me fijé.

—Dime que tomas anticonceptivos.

—No puedo tomar la píldora —susurró, con la mente muy lejos de allí—. Me sienta muy mal.

—Hay que ir a la farmacia —dijo Jules, levantándose con decisión—. ¿Cuánto hace que...? —Carraspeó—. ¿Qué día ocurrió?

—El jueves por la mañana.

—Tienes que tomarte la píldora del día después inmediatamente. Lo que menos necesitas es quedarte embarazada de ese cabronazo.

La píldora era efectiva durante los tres días siguientes tras haber tenido relaciones sin protección y, aunque estaban rozando los límites, todavía estaban a tiempo de evitar un desastre mayor. Inmersa en sus pensamientos, no reparó en la reacción de Valentina, que, a su lado, permanecía inmóvil y con una mano sobre su vientre extremadamente plano. Un extraño brillo había aparecido en sus ojos y sus rasgos se habían suavizado en contraste con los ángulos afilados que marcaban su rostro. Jules se horrorizó cuando comprendió qué había producido aquel cambio en ella. Sin poder contenerse, la agarró con fuerza de los brazos y la obligó a mirarla a los ojos.

—Ni se te ocurra.

—¿El qué? —La miró, genuinamente confusa.

—Plantearte tener ese bebé.

—¿Por qué no? —respondió la otra moviéndose con fuerza para zafarse de su sujeción, de pronto a la defensiva—. Siempre he deseado ser madre.

Jules lanzó una carcajada seca.

—¿Quieres tener un hijo de ese malnacido? ¿Un hijo fruto de una violación?

Valentina se tensó y alzó la barbilla con obstinación.

—Sería mi hijo, y eso es lo único que importa.

Jules se mordió el labio de forma compulsiva hasta casi hacerlo sangrar, buscando argumentos que le hiciesen comprender a Valentina el error que estaba cometiendo. Pero ¿qué derecho moral tenía ella para ir en contra del deseo de una mujer a ser madre? Estaba al borde de un ataque de nervios y solo se le ocurrió una cosa que decir.

—Júrame que no quieres tener ese bebé para recuperar a su padre. Dime que no eres tan ingenua como para pensar que Ed cambiará al

saber que llevas a su hijo en el vientre.

Valentina apartó la mirada.

—Todavía no sé si estoy embarazada.

—Esa no es la cuestión —masculló entre dientes—. No lo hará, Valentina. Ed no cambiará.

—Eso no lo sabes.

Jules resopló y decidió cambiar de táctica.

—Está bien. Supongamos que al saber que va a tener un bebé, cambia. Deja de golpearte, humillarte y forzarte, y te trata como a una reina. —Se ahogaba con sus propias palabras. Sabía que no sería así—. ¿Qué pasará cuando ya lo hayas tenido? ¿Cómo te tratará cuando ya no lleves a su hijo dentro de ti?

—La gente puede cambiar.

—Cambiar cuesta mucho. Incluso si lo deseas con todas tus fuerzas. —Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Sabía que lo que estaba a punto de decir iba a sonar cruel, pero necesitaba abrirle los ojos a Valentina —. ¿Qué pasará si Ed no cambia y empieza a desahogarse con vuestro hijo igual que lo ha hecho contigo?



Empezaba a caer el sol cuando subieron al ferry de Staten Island.

Habían pasado la tarde visitando la zona sur de Manhattan. El toro de Wall Street, el puente de Brooklyn, el memorial del 11-S o la imponente paloma de Santiago Calatrava, Valentina no sabía cuál de todos aquellos lugares emblemáticos le había gustado más. Decidió que no iba a escoger ninguno de ellos cuando el ferry se fue alejando lentamente de la costa y la silueta del distrito financiero de Manhattan apareció ante sus ojos. Bañada por el color anaranjado del atardecer, la estampa de los enormes rascacielos reflejando la luz del sol en sus paredes de cristal, flanqueada por el puente de Brooklyn a la derecha, era digna de contemplar durante horas.

El sonido del agua espumosa impactando contra el casco del ferry y los murmullos y exclamaciones de admiración de los cientos de

turistas que copaban el pequeño navío fueron lo único que las acompañó durante los primeros diez minutos de trayecto, pero la tensión que habían logrado ignorar durante su ruta turística volvió con fuerza al escuchar el llanto de un bebé al que parecía no entusiasmarle el leve vaivén del ferry.

—Creo que me da pánico estar sola.

Apoyada sobre la baranda, Jules giró el rostro hacia Valentina al escuchar sus palabras, retirándose varios mechones que la fuerza del viento había desprendido de su coleta. Se mantuvo en silencio, no la quería interrumpir por nada del mundo. Algunas personas necesitaban su tiempo para expresar lo que llevaban dentro y presionarlas para que hablasen podía resultar contraproducente.

«Igual que Blake.»

Contuvo el aliento cuando aquel pensamiento cruzó por su mente sin proponérselo. La desgarradora sensación de vacío no la había abandonado en ningún momento, pero con los años había desarrollado la dudosa habilidad de desconectar su mente de su corazón para subsistir. Por muy retorcido que sonase, la aparición de Valentina frente a su puerta, con toda su desdicha y malestar, había sido la excusa perfecta para mantener a raya la enorme mentira que llevaba construyendo desde hacía semanas.

Podía engañarse todo lo que quisiera, pero la ausencia de Blake en su vida la estaba consumiendo poco a poco, y en aquella ocasión no iba a ser capaz de desterrarle a lo más profundo de su mente como hizo la vez anterior. Esta vez ocupaba cada rincón de su alma, le añoraba con cada aliento, le evocaba en la soledad de su casa y le buscaba entre los rostros anónimos de la gente con la que se cruzaba por la calle. Esta vez su corazón estaba ganando la batalla y, aunque prestar atención al torbellino de emociones que bullía en su interior dolía como el demonio, empezaba a comprender que era la única forma de salir medianamente entera de aquella historia. De lo contrario, temía provocar un cataclismo cuando finalmente explotara.

Desterró todo aquello cuando Valentina por fin encontró las palabras que andaba buscando.

—Creo que la idea de tener un bebé... me gusta porque así tendría a

alguien con quien compartir mi vida. Dicen que el amor de los hijos es incondicional y yo… —Suspiró con pesar y dirigió la mirada hacia algún punto del horizonte—. Yo hace demasiado tiempo que no tengo a nadie que me quiera así.

Jules tragó saliva, sobrepasada por un sentimiento de desconsuelo que reconoció solo parcialmente como suyo. ¿Acaso ella no añoraba ser amada de aquella manera también?

—¿Y tus padres? —preguntó con suavidad, consciente de que era un tema delicado—. ¿No tienes familia? ¿Amigos?

Valentina lanzó una carcajada seca y negó con la cabeza.

—Mi madre murió hace cuatro años de cáncer y mi padre nos abandonó cuando yo tenía solo cinco para volver con su familia indígena. —Al escuchar de nuevo aquella pieza de información, Jules advirtió el paralelismo entre la historia de Valentina y la de Blake: ambos habían sido abandonados por su padre. De repente comprendió un poco mejor por qué ambos habían conectado tan bien desde el principio—. La familia de mi madre vive en México, pero ellos la repudiaron cuando se quedó embarazada de mi padre, así que jamás les conocí. Y mi padre… —Al mencionarle su tono de voz adquirió un matiz acerado y sus rasgos se endurecieron ostensiblemente—. No quiero saber nada de ese hombre durante el resto de mi vida. Antes muerta que pedirle ningún tipo de ayuda.

El abandono era razón más que suficiente para que una persona no quisiera saber nada más de su progenitor, pero algo le decía que tras aquellas palabras dichas con tanto odio y rencor había mucho más.

—No sé, a veces me pregunto qué hay de malo en mí. ¿Qué es lo que me falta para conseguir que alguien desee quedarse a mi lado y me quiera como a mí me gustaría?

—No digas tonterías —la interrumpió Jules—. No tienes nada malo. Solo has tenido la mala suerte de cruzarte con personas… inadecuadas, que no han sabido valorarte como te mereces.

—Ya… —dijo la otra, poco convencida.

—Además, sí que hay alguien que siempre ha estado a tu lado. —Valentina la observó con mirada interrogante y cierto aire de esperanza—. Tú… Siempre te has tenido a ti misma. —La chica

resopló y puso los ojos en blanco—. Lo digo en serio. Solo hace falta que empieces a verte con otros ojos y reconozcas todo lo bueno que hay en ti.

—Es difícil hacerlo cuando una persona tras otra en tu vida te ha tratado como si no valieses nada.

El corazón de Jules se encogió al percibir cuánto dolor contenían aquellas palabras y puso una mano sobre la de Valentina para infundirle valor.

—El día que te quieras como te mereces —susurró—, no necesitarás a nadie más.

—Eso son chorradas, Jules.

—No lo son. Vivimos en una sociedad en la que quererse a uno mismo está mal visto, especialmente si lo hacemos las mujeres. Se tiende a confundir tener una sana autoestima con la vanidad, y es un error. No deberíamos depender de la opinión de los demás para valorarnos a nosotras mismas.

—No te digo que no, pero creo que, en el fondo, todos necesitamos que otras personas nos quieran. Quizá tú no seas así, pero creo que la mayoría de la gente desea sentir, al menos una vez en la vida, que alguien los elige y los ama por cómo son.

Jules se incorporó con lentitud, noqueada por lo que Valentina acababa de decir.

Se estremeció, de pronto la brisa del río se le antojó helada; o quizá fue el frío que se instaló en su interior al descubrir que ella había sido una de aquellas personas inadecuadas en la vida de Blake. Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza mientras se tragaba el gemido que amenazaba con salir de su garganta. Desde el principio había estado enfocando su discusión con Blake desde el ángulo equivocado. De nuevo se había centrado en su punto de vista, sin hacer un verdadero esfuerzo por ponerse en los zapatos de él.

Lo había intentado. Blake había tratado de hacerle comprender cómo se había sentido siendo joven. ¿Y qué había hecho ella? Ponerse a la defensiva y tratar de justificar las razones por las que le eliminó de la ecuación sin ni siquiera un simple adiós.

Desde la perspectiva de Blake, ella se había desprendido de él sin

pestañear, como si se tratase de un trasto viejo y sin valor por el que no había sentido ningún cariño. Los paseos junto al río, las confidencias y sueños compartidos, los miedos confesados a media voz. Al desaparecer de su vida como lo hizo eliminó de un plumazo el enorme significado que habían tenido para ambos aquellos momentos. Después, años más tarde y sin pretenderlo, había vuelto a restarle valor a lo que él sentía, anteponiendo su versión de la historia a la de él, sin pararse a pensar en ningún momento que lo único que Blake necesitaba era amor. Que alguien, que ella, validase su sentimiento de abandono y le hiciese ver que merecía ser amado sin reservas.

Valentina tenía razón y se equivocaba al mismo tiempo.

Por mucho que Jules se pusiese en valor a sí misma, no estaba exenta de la necesidad de sentirse amada por otros. Se había pasado media vida anhelando el amor y el reconocimiento de sus padres, perdió una parte de sí misma el día que murió su abuela, y sabía que no sería feliz hasta que no consiguiera hablar con Blake y hacerle entender que lo que compartieron significó mucho para ella. Que había atesorado su recuerdo en el corazón, encerrado bajo llave durante décadas, precisamente para no sentir la angustia que la había acompañado durante los primeros meses tras aquella fatídica tarde en el despacho de su padre.

Había tenido una vida plena hasta ahora, pero tras reencontrarse con Blake, ya no era suficiente. Le amaba, deseaba compartir con él cada día del resto de sus vidas, y no descansaría hasta que él la creyese y admitiese que lo deseaba también.

—La Estatua de la Libertad es mucho más pequeña de lo que esperaba. Menuda decepción.

Descolocada, Jules dirigió la vista hacia la emblemática figura que se vislumbraba en el horizonte y sonrió. Miró a Valentina y descubrió una sonrisa pícara en su bonito rostro. La primera que le veía en mucho tiempo.

—Cuando lleguemos a tierra quiero ir a una farmacia. —Jules agrandó los ojos, asombrada, y asintió en silencio—. ¿Y tú? No creas que no me he dado cuenta de que te pasa algo. ¿Es por Blake?

Volvió a asentir, emocionada, esta vez incapaz de contener las

lágrimas que había estado reprimiendo durante las últimas dos semanas.

—Creo que acabo de convertirme en la persona adecuada para él.

36

Sentado frente al lago, con la hierba cosquilleando bajo sus pies descalzos y el esporádico sonido de las pisadas de algún corredor madrugador como única distracción, Blake sostenía la cámara pacientemente, cual pescador con su caña de pescar, a la espera de ese momento en el que sus ojos detectasen esa composición que haría reaccionar a su dedo, ansioso por capturar el instante.

Aquella solía ser la parte favorita de su trabajo. Su respiración se sosegaba, el corazón disminuía su latido y su mente se vaciaba de todo lo que no tuviese que ver con el escenario que le rodeaba.

Aquel día, sin embargo, no lograba concentrarse en nada. Su mente estaba demasiado ocupada con dilemas más terrenales.

Se rindió a la evidencia de que aquella mañana no lograría ninguna fotografía decente y guardó la cámara en su funda. Al hacerlo encontró la hoja doblada que él mismo había guardado allí hacía apenas unas horas, junto a la vieja fotografía de una Jules adolescente que le había acompañado a lo largo de toda su carrera profesional.

Su amuleto, su tormento, su sueño.

Era curioso cómo funcionaban los sueños. Podías pasarte media vida anhelándolos, peleando duro por acercarte a ellos a pesar de ser consciente de que eran imposibles de conseguir, y cuando de repente los tenías al alcance de la mano, no sabías qué hacer con ellos. Sonrió sin humor ante la ironía de la situación, y se restregó la barba con gesto nervioso mientras leía la oferta del *National Geographic*.

Maldijo en silencio. Joder, era inmejorable.

Eran pocos los fotógrafos que podían vanagloriarse de que su trabajo hubiese aparecido en tan renombrada revista antes de haber cumplido los cuarenta, y a él no solo le estaban dando esa oportunidad, sino que estaban dispuestos a comprometerse con él a largo plazo y le garantizaban un número elevado de trabajos al año. Era el sueño de cualquier fotógrafo hecho realidad.

Era, literalmente, perfecto.

Solo había un pequeño inconveniente, algo que cinco meses atrás hubiera sido el principal aliciente para aceptar tan jugosa oferta y que ahora le hacía dudar. Trabajar a tiempo completo para ellos significaba continuar con su vida errante. Seguir viajando alrededor del planeta, sin ningún lugar específico al que llamar hogar, nadie a quien volver cada noche, nadie con quien compartir algo más que su pasión por la fotografía. ¿Era eso lo que realmente quería? Durante muchos años había creído que sí, pero hacía un tiempo, exactamente el mismo que hacía que Jules había vuelto a entrar en su vida, que empezaba a cuestionarse el origen de aquella necesidad de no parar.

Dejó vagar la mirada sobre el paisaje que tenía enfrente. Todavía no había ninguna barcaza surcando el lago, de modo que sus aguas permanecían serenas; tan cristalinas que la silueta del lado oeste de Manhattan se reflejaba sobre ellas como si fuesen un espejo.

Inspiró con fuerza y el corazón se agitó en su pecho al darse cuenta de que podría acostumbrarse a vivir allí con facilidad. El ritmo de la ciudad era tan infernal que si no ibas con cuidado su ambición podía devorarte hasta los huesos, pero también tenía una chispa de vida que no había encontrado en ningún otro lugar. Siempre podría esconderse en rincones como aquel cuando necesitase encontrar paz y silencio. Al fin y al cabo, no sería ni el primero ni el último en decidir establecerse en una ciudad no tanto por su atractivo, sino por las personas que vivían en ella.

Y Jules vivía en Nueva York.

Podía mirar su situación del derecho y del revés tanto como quisiese, pero muy en el fondo sabía que todo se reducía a ella. ¿Se atrevería a creerla? ¿Aceptaría el amor que ella le ofrecía?

El modo en que se despidieron estuvo teñido de dolor y él era en gran parte el responsable de ello. Habían sido necesarios varios días de oscura reflexión y caer en un estado anímico insoportable del que ni siquiera la fotografía logró arrancarle, para comprender que estaba volviendo a equivocarse.

¿Quién era él para juzgar las razones que la empujaron a actuar como lo hizo?

El odio visceral que sintió hacia su padre el día que supo que los había abandonado, la impotencia de ver a su madre, día tras día, deshecha en un mar de lágrimas en su habitación e intentando apagar los sollozos contra la almohada para que sus hijos no supiesen lo rota que estaba por dentro, le convirtieron en un muchacho rabioso y amargado que se retrajo del mundo.

Tardó años en comprender que aquella ira, en realidad, iba dirigida hacia sí mismo. Siempre se había odiado por no ser lo suficientemente bueno para conservar a su padre a su lado. Se había culpado de la miseria de su madre, de las penurias que pasaron para subsistir y del hecho de que sus hermanos pequeños creciesen huérfanos de un progenitor.

No fue hasta alcanzada la madurez cuando comprendió que era responsabilidad de los padres comportarse como adultos, lidiar con los obstáculos y las dificultades que la vida les ponía en el camino, y cuidar y proteger a los hijos que habían escogido tener libremente. Llegó un día en el que aceptó que, aunque jamás sabría la razón por la que su padre dejó a su familia atrás, él no había sido el responsable de su marcha. No había sido ni mejor ni peor que cualquier otro niño a su edad; fue su padre el que no supo estar a la altura de las circunstancias.

Por desgracia, aquella noche en las dunas permitió que el niño que llegó a odiar a su padre tomase las riendas de su conversación con Jules. La hirió con palabras que en realidad no sentía, y se falló a sí mismo al negar lo único de lo que nunca tuvo duda: su amor por ella.

Resopló y se restregó los ojos con los dedos. La había cagado a base de bien y, lo que era peor, continuaba haciéndolo al no haber contactado con ella en el mismo momento en que se dio cuenta de su estupidez. Su maldito orgullo y un temor visceral a que ella hubiese pasado página le habían impedido buscarla para aclarar las cosas.

Hasta hoy.

Aunque le había costado lo suyo, por fin tenía las ideas claras. Las personas cambiaban a lo largo de su existencia, y sus sueños y prioridades evolucionaban con ellas. Cada etapa de su ciclo vital traía nuevas ilusiones y necesidades y, sin embargo, Blake siempre había

anhelado algo por encima de todo lo demás.

Alguien con nombre y apellido.

Durante mucho tiempo renegó de haber conocido a Jules. Había necesitado volver a reencontrarse con ella para comprender que, sin importar las razones por las que dejaron de verse, durante las semanas que duró su amistad, Blake descubrió el sabor agridulce del amor y se permitió soñar a lo grande. Al perderlo todo se centró en la fotografía como jamás hubiese hecho de no haberla conocido a ella, y gracias a su perseverancia había logrado tener una vida repleta de experiencias y aventuras inolvidables que nadie le podría arrebatar.

Y visto así, ¿quién no decía que quizá las cosas sucedieron así porque ambos necesitaban encontrar su propio camino antes de volver a unirse?

Decidido, se calzó los zapatos, se volvió a colocar las gafas de sol y se cruzó la bolsa de la cámara sobre los hombros. De inmediato, abrió la aplicación de mapas de su móvil e introdujo la dirección del atelier de Jules mientras se dirigía hacia la salida de Strawberry Fields en Central Park.



—¡Jules! ¡Ven, tienes que ver esto!

Jules gruñó e hizo oídos sordos. Agotada, se dejó caer en la silla de su despacho mientras se desanudaba las sandalias de tacón. Tenía los pies inflamados de andar sobre el abrasador pavimento de las calles de Manhattan. ¿Quién le mandaría ir a trabajar caminando desde casa?

—¡Jules!

La impaciencia en la voz de Janet atravesó la fina pared que separaba sus despachos.

—¡Por Dios, Janet! Siempre haces lo mismo. ¿Quieres dejarme llegar antes de acribillarme con mil temas?

—Esto es urgente. No puede esperar.

Estupefacta, Jules vio que su ayudante entraba en su despacho con el portátil en la mano. Lo dejó sobre el escritorio, frente a ella, y

arrastró una silla para sentarse a su lado. La pantalla del ordenador mostraba una imagen borrosa y congelada.

—Sabes que llevo días revisando las cientos de horas de grabación de nuestra semana en Arizona y Colorado. —Jules asintió con hastío. En aquellos momentos no tenía la cabeza para aquello—. Pues bien, me he topado con algo que creo que te resultará de lo más interesante... —Janet hizo una mueca—. Por decirlo de algún modo. Verás, desde que supe que íbamos a preparar un vídeo promocional empecé a pensar en ideas sobre cómo mostrar las imágenes de nuestros días en autocaravana, y se me ocurrió que podría intercalar escenas de las sesiones de fotos, preparación y ratos de ocio con otros en los que solo se viese el paisaje en distintos momentos del día, las estrellas, el amanecer...

—Janet, al grano.

—Sí, sí, perdona. Bueno, la cuestión es que durante varios días dejé la cámara grabando por la noche. Cada día la programaba para tomar imágenes en horas distintas, y la colocaba en ángulos diferentes, dependiendo de la localización en la que estuviésemos.

Jules se tensó de inmediato al recordar la noche que había dormido con Blake bajo las estrellas.

—Al final todas esas horas van a ir a la basura —continuó Janet, ajena a su inquietud—. No caí en que necesitaría una iluminación adecuada y una cámara mucho más potente que la mía para conseguir imágenes nítidas por la noche; pero, rebobinando, de repente me encontré esto...

Janet dio un golpe suave a la tecla de *intro* y la imagen en la pantalla cobró vida.

La calidad de la grabación era pésima, todo estaba tan oscuro y pixelado que Jules se volvió hacia su ayudante con cara interrogante. ¿Qué se suponía que tenía que ver?

—Sigue mirando.

Se separó del portátil para tener una visión más completa de la escena que supuestamente se desarrollaba ante sus ojos. Estaba a punto de soltar un resoplido de impaciencia cuando vio un movimiento en la parte superior derecha de la imagen. Se acercó y

entornó los ojos, haciendo un esfuerzo por distinguir qué era aquello.

—Espera, que se me ha olvidado activar la voz.

En cuanto el vídeo transmitió sonido, Jules escuchó los estertores de una respiración agitada que sin duda provenían de la persona que había aparecido hacía unos segundos en pantalla. La sorpresa inicial se tornó en una creciente tensión que fue agarrotando cada uno de sus músculos a medida que seguía con la mirada los pasos de aquella sombra difusa y temblorosa. El ritmo de su corazón ganó velocidad al reconocer el lugar hacia el que se dirigía.

—¿Esa es...?

—La caravana con el vestuario y atrezo, sí —le confirmó su ayudante, y a Jules ya no le cupo ninguna duda de lo que representaba aquella escena o qué día había sido grabada.

Frunció el ceño al ver que aquella persona titubeaba frente a la puerta de la caravana. Fueron solo unos segundos, pero los suficientes para que la luz que tenían todas las caravanas sobre la puerta de entrada, y que permanecían encendidas toda la noche, iluminase su rostro.

Jules contuvo el aliento al reconocer su perfil. Tragó saliva para deshacer el nudo en la garganta y negó con incredulidad y con un profundo sentimiento de traición en el pecho.

Mientras trataba de procesar aquella nueva información, Janet adelantó el vídeo aproximadamente diez minutos, momento en el que la persona responsable de que gran parte del vestuario del rodaje quedase hecho trizas salía de la caravana y desaparecía del plano con piernas temblorosas.

—¡Joder! —masculló Janet con rabia—. Debería haber revisado las grabaciones en cuanto descubrimos lo que había pasado. No sé cómo no se me ocurrió.

—No me lo puedo creer... ¿Por qué haría algo así? Estaba saboteando su propio trabajo...

—Tenemos que decírselo a la policía.

—Espera un momento, Janet. No te precipites.

—¡¿A qué vamos a esperar?! No, de ninguna manera. Se merece ir a la cárcel.

Jules se apretó el puente de la nariz e inspiró con fuerza.

—Dudo que destrozar una colección de alta costura sea motivo para encarcelar a nadie. No, déjame pensar. Tiene que haber alguna explicación para lo que hizo.

—¿Qué más da por qué lo hizo? Ha sido una víbora desde el principio, Jules, y tú has sido demasiado generosa acogiéndola en tu casa. ¿Y cómo te lo paga? Ni siquiera ha tenido el valor de decirte la verdad después de todo lo que estás haciendo por ella. De verdad que no entiendo por qué demonios la tienes allí.

Jules cerró los ojos y se reclinó contra el respaldo del asiento con gesto derrotado. Descubrir que había sido Valentina quien destrozó todos sus vestidos había sido un mazazo que no esperaba. A lo largo de los meses le había ido cogiendo cariño, en especial a partir del momento en que supo su verdadera situación, pero seguía sin entrarle en la cabeza por qué haría algo así. No, no iba a decir nada a nadie sin hablar antes con ella. Se merecía una explicación.

—Cuánto me alegro de que Ed ya esté de vuelta. Con un poco de suerte hoy mismo regresan a Los Ángeles y desaparece de una vez por todas de nuestras vidas —farfulló Janet a su lado mientras cerraba la tapa del portátil con ímpetu.

Jules se volvió lentamente hacia su ayudante y sintió que se le helaba la sangre cuando preguntó con un hilo de voz:

—¿Cómo dices?

—Ed ha llamado antes. Se me ha olvidado comentártelo —dijo restándole importancia con un gesto de la mano—. Ha preguntado si Valentina estaba por aquí y le he dicho que probablemente seguía en tu casa, así que le he dado la dirección para que fuese a buscarla y nos librase de ella de una vez.

—¡¿Que has hecho qué?! —vociferó, levantándose de golpe, lívida de puro terror. Janet se apretó contra el respaldo de la silla y la miró, asustada por su exagerada reacción—. ¡Te advertí que no dijeras a nadie que Valentina estaba en mi casa, Janet! ¡A nadie!

—Yo... —Una gran confusión teñía su rostro—. Acababa de enterarme de lo que había hecho y yo... No creí que su novio estuviera incluido entre las personas que no podían saber dónde estaba. Di por

supuesto que ya lo sabía...

—¡No tenías ningún derecho a decir nada a nadie! —Jules se estaba atando las sandalias con gestos bruscos mientras buscaba su bolso con mirada extraviada. Tenía que ir a casa inmediatamente, llamarla, avisarla de que Ed sabía dónde se encontraba, que saliese de allí...—. ¿Cuánto hace que ha llamado?

—No sé... ¿Media hora? —Se restregó las manos con inseguridad, asustada por la vehemencia de su jefa—. Sí, media hora como máximo...

—Oh, Dios mío —exclamó Jules con pavor.

—Lo siento, yo creí...

—¡Llama a la policía! —exigió Jules, saliendo del despacho como alma que lleva el diablo—. ¡Que vayan a mi casa inmediatamente!

—¡¿A la policía?! —gritó Janet, espantada, mientras la seguía con paso acelerado hasta la recepción del atelier.

—¡Diles que un hombre está agrediendo a su mujer y que corre riesgo su vida! —Con el teléfono en la oreja, Jules apremiaba a Valentina a coger el móvil con una súplica en la voz—. Vamos, vamos, vamos... ¡Joder!

Con medio cuerpo en la calle en busca de un taxi, volvió a marcar la llamada rápida y esperó. Janet, que permanecía pálida y temblorosa frente al mostrador, la observaba estupefacta.

—¡¿Se puede saber a qué estás esperando?! —exclamó Jules presa de un ataque de nervios al ver que su ayudante continuaba congelada en el mismo sitio—. ¡Llama de una vez, joder!

En aquel instante detectó por el rabillo del ojo un jirón de color amarillo que se aproximaba a más velocidad de la permitida. Sin pararse a pensar demasiado en lo que hacía, se lanzó a la calle como una loca y se abalanzó sobre el taxi con tanto ímpetu que casi consiguió que la atropellase. Se coló en su interior ignorando los insultos furiosos del taxista y le estampó dos billetes de cincuenta contra el pecho para asegurarse de que tomaba la vía más rápida hasta su apartamento.

Con la mirada enturbiada por las lágrimas, Janet tardó unos instantes en recordar el número que debía marcar para contactar con

la policía. Creyó que le daría un síncope cuando la voz calmada al otro lado de la línea comenzó a hacerle preguntas para las que no tenía respuesta. ¡Ella solo quería que mandasen a la policía! Pasaron más de cinco minutos antes de que por fin cortase la llamada. Para entonces le temblaban tanto las piernas y el peso de la culpabilidad era tan grande que tuvo que buscar asiento para evitar caer de culo en el suelo.

Apenas había tenido tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo cuando escuchó el tintineo de la puerta. Gimió y se cubrió el rostro. Aunque su cuerpo se sacudía de forma incontrolable, se azuzó el cabello y se plantó una rígida sonrisa de bienvenida en el rostro, dispuesta a mantener su profesionalidad.

Al descubrir quién esperaba frente a la entrada, sin embargo, algo se rompió en su interior, sus piernas dejaron de sostenerla y estalló en un sentido llanto que pilló a Blake totalmente desprevenido.



—¡¿Se puede saber por qué no vamos más rápido?! ¡Le estoy diciendo que es muy urgente!

El taxista la fulminó con la mirada a través del espejo retrovisor y apretó un poco más el acelerador al mismo tiempo que hacía rechinar los dientes. Por un instante Jules se planteó la posibilidad de recorrer las últimas cuatro calles que la separaban de su casa corriendo, pero aquello no era una película y sus pies doloridos y el calzado que llevaba no harían que fuese más rápido que aquel estúpido taxi.

Calculaba sus opciones cuando sintió que el móvil vibraba entre sus manos. El corazón le hizo un extraño brinco en el pecho al ver el nombre de Blake en la pantalla, pero después cayó hasta el fondo de su estómago al comprobar que no era Valentina. Por un instante pensó en no responder, pero si había un momento en el que necesitaba desesperadamente a Blake era aquel. Descolgó y de inmediato escuchó sus gritos:

—¡Ni se te ocurra entrar en tu apartamento!

—¡Blake! ¡Ed va a por Valentina! —gritó ella a su vez—. La va a matar, la va a matar si no llegamos a tiempo. Hace días que está en mi apartamento y yo…

—Jules, escúchame. Todo va a ir bien. La policía ya está yendo hacia allí, y yo también.

Reclinó la cabeza contra el asiento y varias lágrimas escaparon de sus ojos al cerrar los párpados con fuerza. Escuchar el tono pausado y seguro de Blake tenía un efecto sedante en su corazón.

—Deberíamos haber denunciado a ese hijo de puta… Le deberíamos haber denunciado en cuanto supimos lo que estaba haciendo.

—Ahora no sirve de nada lamentarnos.

—No me perdonaré si le pasa algo —musitó.

—Jules, pase lo que pase, mantente alejada del apartamento.

El súbito silencio al otro lado de la línea obligó a Blake a revisar la pantalla de su móvil. Continuaban conectados, lo cual significaba que Jules había escuchado sus últimas palabras y había optado por no responder. Lanzó una maldición y consultó la pantalla del GPS del taxista. Todavía faltaban diez minutos para alcanzar su destino.

Los diez putos minutos más largos de su vida.

—Maldita sea, Jules. —La autoridad en la voz de Blake estaba revestida de un pánico que no había estado ahí hasta entonces—. Por una vez en tu vida, haz caso de lo que te digo. Ya has hecho todo lo que podías hacer por ella. Si entras allí solo conseguirás que te mate a ti también.

A Jules se le atascó el aliento ante la crudeza de sus palabras. Escuchar el pánico en la voz de Blake le confirmó que sus temores no eran infundados. Aquella pesadilla estaba sucediendo de verdad y nada de lo que ella hiciese podría detenerla. No era estúpida. Era consciente de que una mujer de su tamaño no tenía nada que hacer contra alguien de la complexión del jugador de baloncesto, pero ¿qué esperaba Blake? ¿Que se quedase cruzada de brazos bajo el portal de su casa?

—Cariño, prométeme que no harás ninguna tontería —susurró Blake con la voz tomada por la desesperación—. Por favor…, por favor. Hazlo por mí. Espera a que yo llegue. Estaré ahí en menos de diez

minutos.

En el instante en que divisó su apartamento, Jules desconectó de la conversación y sintió una ráfaga de adrenalina surcando sus venas.

—Acabo de llegar —anunció, apretándose el móvil contra la oreja, ansiosa por descender del vehículo—. Tengo que colgar.

—¡No! Habla conmigo. No cortes la llamada hasta que llegue.

—Blake... —Tragó saliva y alzó la vista hasta el ventanal de su casa —. No me odies por esto. Te quiero.

—¡No!

Blake observó la pantalla de su móvil con aterradora incredulidad y, aunque sabía que ya no le iba a escuchar, musitó:

—Yo también te quiero.

37

En cuanto entró en el vestíbulo del edificio se deshizo de las sandalias con gestos precipitados. Le siguieron el bolso y las pulseras que se había puesto aquella mañana, y tan pronto estuvo segura de que nada obstaculizaría o delataría su ascenso, se lanzó escaleras arriba con las llaves de su apartamento fuertemente sujetas en una mano y el móvil en la otra, subiendo los peldaños de dos en dos con la respiración cada vez más agitada.

Era una locura. Lo que estaba a punto de hacer era una absoluta locura y podía salirle muy caro, pero quedarse abajo esperando a que Blake y la policía llegasen no era una opción. Para cuando lo hiciesen todo podía haber acabado. Qué diablos, incluso a esas alturas podía ser ya demasiado tarde.

Cuando por fin alcanzó el rellano de su apartamento, ralentizó sus pasos hasta detenerse. El corazón le retumbaba en los oídos al mismo ritmo frenético que bombeaba contra sus costillas, lo cual no le facilitaba la tarea de escuchar lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta. Observó la hoja de madera con detenimiento y no detectó que nadie la hubiese forzado. Sintió una chispa de esperanza. ¿Habría llegado a tiempo de evitar una desgracia? Se había asustado tanto cuando Janet le dijo que Ed había llamado que no había reparado en la posibilidad de que el jugador todavía estuviese en Los Ángeles. De ser así, tendrían tiempo más que suficiente para trasladar a Valentina a otro lugar.

Chasqueó la lengua y negó en silencio. No. Su sexto sentido y el nudo que apretaba su estómago le decían que aquel cabrón era más listo de lo que parecía y que el silencio dentro de su apartamento no auguraba nada bueno.

Con las piernas todavía temblando por el esfuerzo físico y con todo el cuerpo transpirado por el pánico, titubeó sobre el siguiente paso a seguir. Se había lanzado a aquella absurda cruzada llevada por el

instinto y ahora que estaba a punto de alcanzar su objetivo sus músculos decidían bloquearse de puro terror.

Hizo una mueca de dolor y se miró la palma de la mano, sorprendida al encontrar pequeñas motas rojas en la piel. Había estado apretando el juego de llaves con tanta fuerza que sin darse cuenta se había clavado sus dientes en la carne hasta hacerla sangrar. Tragó saliva y escogió la llave más larga antes de obligar a sus piernas a andar.

Muchas veces la mejor opción era también la más obvia.

Contuvo el aliento al introducir la llave en la cerradura. De pronto el entrechocar de los metales le pareció ensordecedor y le heló hasta los huesos. Tomó una bocanada de aire y deseó que cada partícula de oxígeno estuviese recubierta de valor, pues iba a necesitarlo para lo que estaba a punto de hacer.

Giró la muñeca y entró en su apartamento con decisión.



En los últimos veinte minutos la habían asaltado tantas escenas horribles en la cabeza que parpadeó con genuina sorpresa al toparse con Ed y Valentina de pie en el salón. Sus hombros se relajaron levemente y sus ojos saltaron de un extremo al otro de la estancia tratando de averiguar qué estaba sucediendo en realidad. Valentina se encontraba parapetada tras el sofá, prácticamente arrimada contra su mesa de trabajo y con su aniñado rostro fijo en su maltratador, demasiado en shock como para percatarse siquiera de su llegada.

—¡Qué alegría que hayas venido! —Jules se estremeció de asco al escuchar el tono jovial de Ed. «A mí no me engañas, cabrón.»—. Precisamente le estaba preguntando a Val si tendría la suerte de encontrarme contigo. Pero pasa, mujer. No te quedes ahí parada.

Demostrando un arrojo que en realidad no sentía, Jules obligó a sus piernas a reaccionar y se acercó a Valentina con paso lento. En cuanto estuvo a su lado entrelazó sus dedos con los de ella y le dio un apretón en un mudo gesto de apoyo. El cuerpo de Valentina se sacudía con tal

fuerza que Jules sintió las réplicas en cada uno de sus huesos; o quizá solo era ella, que al tener a Ed a tan pocos metros de distancia tomó verdadera conciencia de su inmensa envergadura.

La rabia y agresividad que emanaban de su cuerpo, de músculos anchos y rígidos, unido a la expresión desquiciada con la que paseaba su mirada de una a la otra, habían aumentado su ya de por sí enorme tamaño, convirtiendo su pequeño salón en una caja de zapatos y a ellas en dos mujeres que no tenían nada que hacer contra aquel monstruo.

Como si estuviesen representando una danza antigua, en el momento en que Ed intentó aproximarse a ellas y dio un par de pasos hacia la derecha, Jules hizo lo propio hacia la izquierda, arrastrando a Valentina consigo. El muy cabrón estaba jugando al gato y al ratón con ellas, y, por su rostro de satisfacción, estaba disfrutando de lo lindo con la situación. Le vio relamerse con una sonrisa siniestra, sus ojos extraviados devorando a Valentina con enfermiza fascinación antes de lanzar una mirada de odio en su dirección. Jules contuvo el aliento al recibir el golpe de aquella animadversión. El rostro de Ed era una siniestra caricatura, deformado por una amalgama de intensas emociones, a cuál más peligrosa.

Fue entonces cuando Jules comprendió el verdadero riesgo que corrían.

—Así que tú has sido la que le ha estado metiendo esas estúpidas ideas a Val en la cabeza, ¿eh? —Negó con la cabeza mientras continuaba acercándose a ellas con lentitud—. Debería haberlo imaginado. Cuando dos mujeres se juntan no puede salir nada bueno.

Jules hizo una mueca, asqueada por la mentalidad retrógrada de aquel cavernícola. ¿Qué había visto Valentina en él? Sin dejar de moverse en dirección contraria a la que él avanzaba, fueron girando como las agujas de un reloj hasta que el jugador quedó de espaldas a la entrada del apartamento.

Jules aprovechó para mirar hacia allí con disimulo y dejó escapar un pequeño suspiro al comprobar que la puerta continuaba abierta, tal como la había dejado.

¿Por qué demonios tardaba tanto la policía?, se preguntó con

desesperación. ¿Y Blake? ¡Maldita sea! ¿Todavía no habían pasado diez minutos?

—¿No vais a decir nada? —Jules permaneció en silencio. Temía que la agresividad contenida de aquel loco explotase en cualquier momento y no quería ser ella la que dijese algo que espolease a la bestia que moraba en su interior. Valentina, a su lado, parecía haberse convertido en una carcasa vacía—. ¡Oh! Acabemos con esto de una vez. Venga, Val, nos vamos a casa.

En un movimiento inusitadamente ágil para alguien de su tamaño, Ed rodeó el sofá y se plantó frente a ellas en tres zancadas. Tal como Jules había sospechado, había estado jugando con ellas a su antojo, cercándolas hasta dejarlas en una posición de la que no podrían escapar. Con la pared a su espalda y a Ed y el sofá obstaculizando su huida, las tenía exactamente donde había querido todo el tiempo.

En un acto reflejo, Jules empujó a Valentina a su espalda, actuando como su insignificante escudo, y alzó la barbilla tanto como se lo permitió el cuello. Aun así, la diferencia de estatura entre ambos era abismal y el pánico que sintió al percibir la ira de Ed a medida que se inclinaba sobre ella, lo más escalofriante que había experimentado en su vida.

—Valentina no se va a ninguna parte —logró decir a pesar de la bola de nervios que atenazaba su garganta—. Será mejor que te vayas. La policía está a punto de llegar.

Ed inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos, que ardieron en brasas al conocer aquella nueva información.

—Vaya, vaya… Así que eres una de esas putitas que va corriendo a la policía, inventándose historias para joder el buen nombre de un tío.

Jules tragó saliva y se maldijo al instante. Había pretendido que la amenaza le disuadiese de continuar con aquello, y mucho temía que acababa de conseguir justo lo contrario.

—Vete. Todavía estás a tiempo.

Ed estalló en carcajadas.

El jodido cabrón se desternilló delante de ellas, enjugándose las lágrimas mientras todo su cuerpo se estremecía de diversión. Durante unos instantes Jules vislumbró al joven atractivo ante el que Valentina

había caído rendida. Tenía unas facciones algo aniñadas, y sus ojos tenían un brillo travieso que, aceptó, solía atraer a las mujeres como un imán.

Estaba tan sorprendida con su reacción que apenas vio venir el golpe. Ed la abofeteó con el dorso de la mano con tanta potencia que la lanzó varios metros hacia un lado hasta aterrizar desmadejada en el suelo frente al ventanal. Al instante, una explosión de dolor estalló en su mejilla y el cerebro le rebotó dentro del cráneo como si se tratase de una canica hasta que perdió el conocimiento.



—¡Jules! —El desgarrador grito de Valentina resonó en el salón.

Desde que se había encontrado con Ed frente al apartamento había estado demasiado aterida por el terror como para pensar con claridad, pero la brutalidad con la que Ed acababa de golpear a Jules pareció desbloquear la parálisis que había atenazado todo su cuerpo. Ver a Jules tirada en el suelo, inconsciente, y con un hilo de sangre resbalando por su mejilla, acabó de despertarla del letargo en el que había estado inmersa durante demasiado tiempo ya.

Dio un paso hacia ella para auxiliarla cuando se vio impelida hacia atrás hasta chocar contra un sólido muro de músculos. Los dedos de Ed se hundieron con fuerza en la tierna carne de sus brazos y Valentina gimió de dolor. Se removió, intentando sacar energía de donde ya no quedaba nada, y unas lágrimas amargas surcaron sus mejillas al comprender que no tenía nada que hacer. De nada le serviría oponer resistencia. La superioridad física de Ed era evidente, y su alma había sido demasiado castigada como para hallar ni siquiera un rescoldo de fuerza en su interior.

De pronto, Ed la estampó contra la pared y la parte posterior de su cabeza rebotó contra la dura superficie. Percibió un sabor herrumbroso en la boca y al instante notó que le faltaba el oxígeno. Asustada, alzó las manos y se sujetó a aquello que le impedía respirar. Palmeó con fuerza, arañó y clavó las uñas, pero el brazo de Ed era

como un bloque de hierro, y sus dedos, ardientes tenazas que comprimían el paso del aire por su tráquea. Empezaba a sentir una enorme presión en las cuencas de los ojos cuando percibió una suave caricia en la mejilla que la hizo abrir los párpados de golpe. Con la mirada enturbiada y la falta de oxígeno haciendo cada vez más estragos en sus sentidos, Valentina todavía fue capaz de distinguir las facciones del que en otro tiempo pensó que era el amor de su vida.

—¿Por qué me haces esto? —gimió Ed con voz quejumbrosa—. ¿Por qué me obligas a ser así? Yo te quiero…

Valentina boqueó, al borde del colapso, y el estómago se le revolvió de repulsión al notar los labios de Ed sobre su boca. Sollozó y luchó con su último aliento por apartar la cara, pero él la inmovilizó por la barbilla y la obligó a separar los labios con la lengua.

Gimió con desesperación. Ya no podía más. Estaba exhausta de luchar. Vivir dolía demasiado. Solo deseaba cerrar los ojos y que el mundo desapareciese a su alrededor de una vez por todas. Dejarse rodear por la oscuridad que la había estado acechando durante tanto tiempo, rendirse a ella y dejar de sufrir.

Sus rodillas fueron cediendo poco a poco hasta que su cuerpo quedó suspendido de la mano de Ed, que seguía rodeando su garganta con demasiada presión. Sus párpados no soportaron abiertos mucho más. Cada uno de sus músculos acusó la falta de oxígeno y fueron debilitándose en cadena, como si se tratasen de las piezas de un dominó. El último en desconectarse fue su cerebro, que tuvo tiempo de procesar un escalofriante rugido en la lejanía antes de que su cuerpo golpease el suelo como un peso muerto.

38

Jules luchó por deshacerse de la telaraña que le impedía despertar.

El corazón le palpitaba en las sienes y una dolorosa punzada en el costado le hizo dar un respingo al tratar de incorporarse. Presa de la confusión, se apoyó sobre un codo y tragó saliva para suavizar la sequedad de la boca. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se sentía como si la acabase de atropellar una manada de elefantes?

Como si aquellas preguntas hubiesen desbloqueado las compuertas de su memoria, los recuerdos volvieron a ella en tropel robándole el poco aliento que le quedaba. Abrió los párpados con horror y giró el cuello al escuchar unos espantosos jadeos a su espalda.

Sollozó al ver el rostro macilento de Valentina. La muchacha hacía esfuerzos infructuosos por deshacerse de Ed, que la aprisionaba por el cuello contra la pared con la fuerza de su brazo.

¡La estaba estrangulando!

La chica apenas se sostenía ya en pie, parecía una muñeca de trapo en manos de aquel maníaco, con el cuerpo desmadejado, los labios morados y el rostro lívido por la asfixia. La escena de por sí era terrorífica, pero ver cómo aquel malnacido la besaba con enfermizo ardor provocó que una ira desconocida tomara forma en la boca de su estómago y encendiese sus venas como si fuesen pólvora. Dejó de sentir las extremidades entumecidas, el lado derecho de la cara ya no ardía, el dolor del costado remitió y su mente trabajó con sorprendente lucidez cuando se puso a andar a cuatro patas y oteó a su alrededor en busca de algo que la ayudase a apartar a aquel cabrón de Valentina.

Se lanzó sobre su mesa de trabajo y tanteó a ciegas con el corazón golpeando contra sus costillas a un ritmo desenfrenado.

—Vamos, vamos, vamos... —musitó mientras removía papeles a la vez que echaba vistazos a su espalda.

No le quedaba tiempo. Tenía que hacer algo. ¡Ya!

Desesperada, dio un último repaso a la superficie de la mesa y agarró lo único que podría ayudarla mínimamente. Tragó saliva y se obligó a no pensar en lo que estaba a punto de hacer. En caso contrario, era muy probable que no se atreviese y Valentina no se podía permitir ni un segundo de sus dudas.

Solo tenía una oportunidad, no podía fallar.

Empuñó las tijeras de costura, su palma húmeda apretando el metal para que no resbalasen, y echó a correr.

Sus pies descalzos prácticamente volaron sobre el suelo del salón. Saltó sobre el asiento del sofá, hincó un pie en el respaldo y se dio impulso hasta quedar colgada sobre la ancha espalda del jugador. Ed apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Jules cerrase los ojos y lanzase el brazo con toda la fuerza de su pequeño cuerpo contra su pecho. Su grito se mezcló con el fuerte alarido de dolor de Ed al notar cómo se hundía la punta de las tijeras en la muralla de músculos y tendones de su pecho. Incrédulo, se arrancó el objeto punzante con la mano que rodeaba el cuello de Valentina y al instante la muchacha cayó desplomada al suelo.

Jules aprovechó el momento de confusión para soltarse de sus hombros, cayendo de espaldas sobre el sofá.

—¡Puta!

Sin tiempo para recuperarse, se arrastró hacia atrás hincando manos y pies en los mullidos cojines al ver que Ed se abalanzaba sobre ella.

Si la atrapaba estaba perdida.

Chilló al notar que la agarraba de un tobillo y tiraba de ella hacia sí con facilidad. Pateó y lanzó contra él todo lo que encontró a mano: cojines, una revista, el kit de manicura... Nimiedades que no impidieron que quedase sepultada bajo el enorme cuerpo del jugador, con los brazos enmanillados sobre su cabeza y el resto del cuerpo inmovilizado por su peso.

Ed sudaba profusamente y un cerco de sangre manchaba su camiseta, desgarrada en el lugar donde le había clavado las tijeras.

—Tú también quieres recibir lo tuyo, ¿eh? ¿Es esto lo que quieres? —Restregó su entrepierna contra ella y le apretó las muñecas hasta cortarle la circulación—. En el fondo todas queréis lo mismo...

—¡Me das asco! ¡Eres un mierda, un malnacido! —le gritó, llevada por un odio desmedido. Se removió rabiosa, con las lágrimas surcando sus mejillas y los brazos cada vez más doloridos—. ¡Suéltame, cabrón!

Sin pensárselo dos veces, alzó la cabeza, abrió la boca y le hincó los dientes en el antebrazo, con tanta fuerza que de inmediato notó el sabor de la sangre en la lengua. Ed siseó y aflojó su sujeción en un acto reflejo, momento que ella aprovechó para darse impulso y hundir el hombro en el torso de su agresor.

Ed apenas se inmutó con el golpe. Apretó su antebrazo contra el sofá y bajó su rostro hasta que las puntas de sus narices se rozaron y sus jadeos entrecortados coparon sus oídos.

—Estás muerta.

El frío mortal con el que susurró aquellas palabras la paralizó. Para cuando se quiso dar cuenta, la mano de Ed ya rodeaba su garganta del mismo modo que lo había hecho con Valentina minutos antes. Desesperada, le golpeó el brazo, extendió la mano para arañarle la cara y le desgarró la camiseta al agarrarse de su cuello, pero nada de aquello consiguió que la soltase.

Dios mío, ¿de verdad aquel iba a ser su final? Todavía le quedaban muchas cosas por hacer, experiencias por vivir... Blake... Oh, Blake... Habían quedado tantas cosas sin decir entre ellos... Una lágrima resbaló por su sien al empezar a sentirse peligrosamente soñolienta. Era incapaz de sostener los brazos en alto para seguir luchando, sus extremidades pesaban cada vez más, la tentación de dejarse arrullar por el sopor vencía a todo lo demás... De repente, notó que su cuerpo recuperaba la libertad, liviano tras sentir que pesaba toneladas, y sus ardientes pulmones volvieron a llenarse de oxígeno. Boqueando, tosió con lágrimas en los ojos y tomó profundas bocanadas de aire mientras miraba a su alrededor.

Reconoció a Blake entre la maraña de piernas y brazos a sus pies, tendido de espaldas en el suelo y forcejeando con Ed para salir de la posición de desventaja en la que se encontraba. Jules se llevó las manos a la boca al ver que el jugador le propinaba un rodillazo en el estómago que hizo que el otro se doblara en dos. En aquel momento la superioridad física de Ed era tan evidente que Jules supo que ni

siquiera Blake iba a ser rival suficiente contra aquella mole de músculos.

«Dios santo, va a matarle», pensó con los ojos desorbitados y el corazón a punto de estallarle de horror al ver que encajaba otro puñetazo en el rostro. Intentó acercarse a él, pero sus extremidades se habían convertido en gelatina y era incapaz de moverse del sitio.

Apoyado de rodillas y manos en el suelo, Jules se asustó al notar que Blake respiraba con dificultad y sacudía la cabeza para despejarse.

—¡Cuidado! —chilló Jules con impotencia al ver que Ed volvía a la carga.

Blake reaccionó a su advertencia sin siquiera alzar la cabeza. Se dejó caer y rodó por el suelo con agilidad esquivando en el último segundo el siguiente ataque del jugador, que trastabilló al encontrar vacío el lugar al que se dirigía con toda la potencia de su cuerpo. Sin perder ni un instante, Blake aprovechó aquella pequeña ventaja y se precipitó sobre su espalda al tiempo que Jules le gritaba:

—¡El pecho! ¡Tiene una herida en el pecho!

Blake se centró de inmediato en aquella zona, lanzando golpes a ciegas hacia sus pectorales mientras Ed trataba de desembarazarse de él agarrándole los brazos.

Desquiciada, Jules se arrastró por el sofá para ayudarle de alguna forma cuando escuchó que el jugador gruñía y caía en el suelo con una mano agarrándose el pecho y una mueca de dolor en la cara.

En solo unos segundos la situación dio un giro de ciento ochenta grados.

Blake se sentó a horcajadas sobre Ed y le golpeó la cara como si fuese un saco de boxeo, sus puñetazos lanzados con una violencia que Jules jamás hubiera imaginado posible en alguien tan pacífico como él.

Sin poder apartar la mirada, presa de una mezcla de horror y fascinación, por un momento Jules se planteó no detenerle. Su lado más vengativo deseaba ver a Ed convertido en un deshecho humano y no se sentía ni una pizca culpable por pensar así. Recordó la imagen de Valentina empotrada contra la pared, se miró las magulladuras en las muñecas y una imagen del horrible aspecto de la espalda de la

muchacha el día que la descubrió en la caravana cruzó su mente. Entonces, se clavó las uñas en la palma de las manos e inspiró con fuerza.

¿Era esa la solución? ¿Combatir la violencia con más violencia?

Miró a Ed. Ya no se movía. Hacía un par de minutos que había dejado de defenderse, pero Blake continuaba descargando su furia contra él, completamente ido. Dios mío, debía devolverle la cordura antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Señor! ¡No pienso volver a repetírselo! ¡Apártese de inmediato!

Jules alzó la cabeza de golpe cuando su mente registró el alboroto a su alrededor. Estupefacta, vio a varios policías apuntando a Blake con su pistola, gritándole cada vez con más autoridad.

—Blake... —dijo con voz ronca, asustada de lo que los agentes pudiesen hacerle si no los obedecía—. ¡Blake, para ya!

El fotógrafo se detuvo al escuchar el pánico en su voz. Desorientado y todavía con un puño sujetando la camiseta de Ed, la miró con intensidad.

—Ya no se mueve... —susurró con nuevas lágrimas en los ojos—. Déjalo.

Agotado, Blake dejó caer la barbilla contra su pecho y se pasó una mano por el pelo sudado mientras su pecho se movía arriba y abajo con la respiración agitada. Jules se asustó al descubrir una profunda herida en uno de sus pómulos. Quiso acercarse a él y revisar cada milímetro de su cuerpo para asegurarse de que no estaba gravemente herido, pero sus piernas se negaron a responder.

De repente, como si le hubiese leído el pensamiento, él se incorporó sobre sus pies, no sin esfuerzo, y dio un paso en su dirección.

—¡Deténgase!

Blake se volvió hacia la autoritaria voz a su espalda, sorprendido al encontrarse a varios policías apuntándole con sus armas.

—¡No! —gritó Jules—. ¡No es a él a quien deben detener! Él ha venido a ayudarnos. Ese. —Señaló el cuerpo inerte y desfigurado en el suelo de su salón—. Ese es quien nos ha hecho esto.

—Lo siento, señorita —dijo uno de los agentes mientras sujetaba las manos de Blake a su espalda y le rodeaba las muñecas con unas

esposas—, pero hasta que no aclaremos qué ha sucedido aquí debemos detenerlos a ambos.

—¡Yo puedo explicarles lo que ha pasado, y les digo que el único culpable es aquel cabrón! —El pánico atenazó su garganta—. ¡Suéltenle de una vez, maldita sea!

—Jules, está bien. Solo están haciendo su trabajo.

—No, no, no. ¡No! —exclamó, trastabillando para acercarse a él.

Todo su cuerpo temblaba de forma incontrolable y hacía esfuerzos por contener las intensas arcadas que la sobrecogían cada pocos segundos, pero se negaba a dejar que se llevaran a Blake sin antes hablar con él.

—¿Estás bien?

Sus dedos temblaron al rozar su mejilla herida. Sin responderle, sus ojos grises, esos que había echado tanto de menos durante las últimas semanas, la revisaron de arriba abajo con avidez, asegurándose de que estaba entera. Su inspección se detuvo durante más tiempo de lo normal en las huellas de su garganta y en el lado derecho de su cara, que empezaba a inflamarse de forma escandalosa.

—Hijo de puta, debería haberle matado —masculló Blake, con un nuevo brote de violencia desfigurando su rostro.

—Shhh... No digas eso. —Lanzó una mirada nerviosa al policía que esperaba a corta distancia—. Estoy bien. Estoy... —Tragó saliva y contuvo el acceso de lágrimas que pugnaba por derramarse sobre sus mejillas—. Gracias por venir...

Blake negó e inspiró con fuerza, y sus ojos adquirieron un sospechoso brillo cuando sus miradas se entrelazaron.

—Si te llega a pasar algo, yo...

Calló al sentir la yema de los dedos de Jules sobre sus labios. Emocionado, cerró los ojos y se recreó en el leve roce de sus dedos.

—Has llegado a tiempo. Eso es todo lo que importa. Nosotras... —Abrió los ojos de par en par—. ¡Oh, Dios mío! ¡Valentina!

39

«Y ahora vamos con la noticia de la semana. A solo unos días de que arranque la decimotercera edición de la Summer League en Las Vegas, el país se ha despertado con la impactante noticia de que Eddie Thompson, el jugador estrella de Los Angeles Lakers que recientemente había anunciado la renovación de su contrato con el club para los próximos dos años, no acompañará a su equipo en esta ocasión. Fuentes cercanas al deportista aseguran que Eddie habría preferido retirarse del prestigioso torneo y aprovechar estas semanas para recuperarse por completo de la lesión que sufrió el pasado invierno, y así volver a la liga a pleno rendimiento el próximo otoño. Sin embargo, un vídeo filtrado hace apenas unas horas podría desmentir esa teoría y poner al jugador de la NBA en serios aprietos. No es así, ¿Linda?»

«Así es, Jimmy. El vídeo que les mostraremos a continuación fue grabado el pasado 29 de junio. Les advertimos que la dureza de las imágenes puede herir su sensibilidad. —La reportera hizo una pausa dramática y la pantalla se llenó con la silueta de Eddie, tomada desde un extraño ángulo—. En sus minutos iniciales se distingue con claridad al jugador de baloncesto manteniendo una tensa conversación con su novia, la guapa Valentina Sensmeier, y con la persona que grabó la escena con su teléfono móvil. Pero es el audio que sigue a continuación lo que ha conmocionado a todo el planeta y ya ha convertido el vídeo en viral.»

—Jack, por favor, apaga eso.

—No —dijo Jules sin apartar los ojos de la pantalla de plasma—. Quiero verlo.

Samantha lanzó un suspiro y sujetó la mano de su amiga mientras miraba con inquietud a Jack, que, reclinado contra la pared, también escuchaba con atención el audio que proyectaba la televisión.

El vídeo duraba poco más de diez minutos y, con cada segundo que

pasaba, la escena se iba convirtiendo en un infierno más insoportable. Jules no se había atrevido a verlo hasta ese momento, y al oír los gemidos ahogados saliendo de los altavoces comprendió por qué. Revivir aquel momento la estaba afectando más de lo esperado; su corazón se estaba descontrolando y empezaba a notar las mismas náuseas que la habían estado despertando las últimas noches.

Clavó las uñas en las sábanas y su cuerpo se tensó de horror cuando la pantalla se llenó de imágenes caóticas hasta quedar fija en el techo de su apartamento. Aquella confusión correspondía al momento en el que Eddie la había golpeado para apartarla de su camino. Al caer, el móvil que había sujetado en la mano todo el tiempo había salido volando por los aires hasta aterrizar con la cámara enfocando hacia arriba. El micrófono había continuado grabando los sonidos a su alrededor, convirtiendo a aquel pedazo de pared, tan blanca, aséptica y carente de vida, en testigo inanimado de la puesta en escena más terrorífica en la que Jules jamás hubiese participado.

Tragó saliva cuando sintió un acceso de arcadas. No iba a ser capaz de aguantar hasta el final. Todo era demasiado reciente y bastante tenía ya con las pesadillas que la asolaban cada vez que intentaba dormir. Giró la cabeza y cerró los ojos, como si de ese modo pudiese evitar seguir escuchando, y al instante el televisor enmudeció y un vaso con agua apareció frente a su cara.

—Bebe. —Samantha podía ser de lo más autoritaria cuando se lo proponía—. Te lo había dicho, pero eres una cabezota.

—Menudo hijo de la gran puta. —Jules observó a Jack sobre el borde del vaso mientras tragaba un sorbo de agua con lentitud. Estaba lívido de furia—. Menos mal que pusiste el móvil a grabar. Con este vídeo le va a ser muy difícil escapar de unos cuantos años en prisión.

—Estaba aterrorizada de que él se diese cuenta —admitió, y se pasó una mano por el cabello—. Intenté enfocarle para que no hubiese ninguna duda de que era Ed, pero cuando me golpeó y salió disparado… —Se estremeció al recordar aquel momento—. En fin, me alegro de haberlo hecho y de que ahora todo el mundo sepa la clase de animal que es el gran ídolo de masas. Gracias por encargarte de todo.

Cuando supo que la policía había requisado la tarjeta de su móvil como parte de la investigación, a Jules le saltaron todas las alarmas. No confiaba en el sistema ni en la honestidad de muchas personas, inclusive los agentes de policía, y estaba convencida de que, a pesar de los esfuerzos y pequeñas victorias que se estaban consiguiendo, la sociedad en la que vivíamos todavía era demasiado racista y patriarcal. En aquel país, una denuncia por violencia de género contra una de las estrellas más idolatradas de la NBA podía volverse fácilmente en contra de Valentina. En especial si no aportaba como prueba algo más que su palabra, un cuerpo convertido en un saco de huesos rotos y cicatrices en el alma que continuarían allí mucho tiempo después de que el resto de sus heridas se hubiesen curado.

Sabía la facilidad con la que el ser humano podía ser corrompido y no estaba dispuesta a que aquella prueba se perdiese entre el ajetreo de la investigación como por arte de magia. Al pedirle a Jack que se asegurase de que la grabación llegaba a las manos oportunas solo había puesto una condición: que su identidad quedase fuera de todo aquel revuelo.

—En realidad no he hecho demasiado. —Jack se aproximó a la cama donde yacía tendida por segundo día consecutivo—. Solo me ocupé de descargar el vídeo de la nube, tal como me dijiste, pero no es a mí a quien tienes que dar las gracias por todo este despliegue mediático.

—Ah, ¿no? —Se volvió hacia su amiga—. ¿A quién, entonces?

—Ha sido Blake —dijo Samantha.

Jules se incorporó de un salto, pero una punzada en la costilla le hizo recordar que todavía se estaba recuperando y la obligó a recostarse otra vez. Odiaba lo frágil e inútil que se sentía.

—¿Le has visto? —Samantha negó y abrió la boca para hablar, sin éxito—. ¿Te ha dicho cuándo va a venir? ¡Maldita sea! ¿Se puede saber por qué no me lo has dicho hasta ahora? No sé nada de él desde que se lo llevaron arrestado.

Las horas posteriores al ataque seguían difusas en su mente. Una vez pasado el peligro, su cuerpo había entrado en shock. Según le había explicado la doctora, era una reacción del todo normal. La adrenalina

que la había mantenido en guardia frente a Ed se desvaneció tan pronto la policía tomó el control de la situación y le confirmó que Valentina seguía con vida, dejándola exhausta e incapaz de hilar un solo pensamiento coherente hasta casi veinticuatro horas más tarde, cuando despertó en aquella cama de hospital.

—Está en Washington —respondió Jack en su lugar—. Matt y yo movimos algunos hilos a través de mi madre para enterarnos de su situación y cuando supe que le iban a dejar salir tras tomarle declaración me acerqué a comisaría. Le entregué una copia de la grabación y le expliqué lo que me habías pedido. Pensé que, siendo fotógrafo, quizá tendría contactos de confianza que nos ayudarían a filtrar las imágenes tal como querías, y así fue.

—Pero... ¿En Washington? —No lo podía creer. ¿Se había ido?—. ¿Por qué?

—¿No es allí donde vive? —preguntó Jack, confuso.

Samantha le atravesó con una mirada asesina. Le adoraba, pero a veces era de lo más obtuso.

—Bueno, sí, pero...

Samantha estrechó la mano de Jules al escuchar la duda en su voz y le dio un apretón para captar su atención. Comprendía a la perfección a qué era debida la súbita tristeza en su rostro, y ver aquella expresión en alguien tan risueña y positiva como ella le partió el corazón.

—Seguro que tuvo que ir por algo importante y volverá muy pronto —le dijo, deseando tener razón.

¿Más importante que ellos?, se preguntó Jules sintiendo que el corazón se le rompía en pedazos. ¿Qué podía haberle llevado a cambiar de estado estando ella todavía en el hospital?

El dolor hueco en su pecho se transformó en un intenso ardor de estómago y unas inoportunas lágrimas hicieron su aparición. Se las limpió con gesto brusco. Las emociones extremas vividas durante las últimas setenta y dos horas la habían dejado más sensible de lo normal y le costaba reconocerse en la mujer asustadiza y vulnerable de las últimas horas. No acostumbraba a achicarse ante los obstáculos, pero ahora parecía no ser capaz de levantar cabeza, abrumada por los pensamientos negativos que no dejaban de bombardear su cabeza.

—¿Continuará enfadado? —preguntó en un susurro. Dios, cómo odiaba el temblor en su voz.

Jack y Samantha cruzaron la mirada. No conocían a Blake lo suficiente como para suavizar el temor de Jules, pero había sentimientos que eran difíciles de ocultar y la rabia y preocupación en el semblante del fotógrafo al salir de comisaría eran evidentes. Blake parecía un tipo poco acostumbrado a dar explicaciones, así que, cuando le dijo que necesitaba viajar a Washington con urgencia, Jack comprendió que le estaba dando más información de la que solía dar, y que esperaba que él se encargase de transmitirla a Jules.

—Si está enfadado, dudo que sea contigo. ¿No dices que fue al atelier para hablar contigo? —le recordó Samantha.

Jules se encogió de hombros.

—Eso dijo Janet, pero a saber por qué fue hasta allí. Se suponía que estaba en Canadá y, de repente, ¿aparece en la tienda? ¿Desde cuándo estaba en Nueva York? ¿Por qué no me avisó en cuanto llegó?

Samantha la miró boquiabierta.

—¡Pero bueno! ¿Quién eres tú y dónde está la mujer segura de sí misma y luchadora a la que quiero?

Jules resopló y se pasó una mano por la frente. Joder, Sam tenía razón. No se soportaba ni ella. Se estaba comportando exactamente del modo que siempre había criticado a muchas mujeres: dependiente, necesitada, insegura y asfixiante.

Dios, empezaba a dolerle la cabeza otra vez.

—Será mejor que te dejemos descansar —dijo Samantha al ver su gesto cansado mientras recogía su bolso.

—Estoy harta de descansar —se quejó con amargura—. Nunca había pasado tanto tiempo seguido en una cama y me estoy poniendo de los nervios.

—No sé por qué, pero me cuesta creerlo… —murmuró Jack, mirándola con travesura.

Jules soltó una risotada y le palmeó el brazo con una mueca en la cara.

—No me hagas reír, que me duele el costado.

—Cuanto más reposes, más rápido saldrás de aquí —intervino

Samantha—. Míralo así.

—No me dirás que mi futura mujer no da consejos prácticos y llenos de sabiduría —dijo Jack, burlándose de Samantha mientras la abrazaba contra su pecho.

Jules soltó otra risotada cuando de pronto procesó las palabras de Jack.

—Un momento. ¡¿Tu futura mujer?! —exclamó, olvidándose de sus miserias de golpe. Examinó la mano izquierda de su amiga y sus ojos se abrieron desorbitados al ver una sortija adornando su dedo anular —. ¡Oh, Dios mío, os habéis prometido! ¿Qué ha tenido que hacer tu hombretón para arrancarte el «sí, quiero»? ¿Atarte a la cama?

Samantha se sonrojó y pellizcó a Jack en la cintura cuando él prorrumpió en carcajadas.

—No lo quieras saber...

Jules no se tragó ni por un segundo el tono fastidiado de Jack. Exudaba satisfacción por los cuatro costados.

—¡Ah, no! De eso nada. Espero todos los detalles en cuanto salga de aquí.

—Razón de más para que te quedes quietecita —dijo Samantha, mirándola con los ojos brillantes de ilusión—. Tengo muchas cosas que contarte.

Jules observó con secreta fascinación el modo en que su amiga, juguetona, hundía el hombro con suavidad en el pecho de Jack y este le devolvía un guiño cómplice y la besaba en la sien de camino a la salida. Aquellos dos estaban tan enamorados, se veían tan felices juntos, que había que ser muy estúpida para no desear tener algo parecido.

Visto como estaban las cosas, iba a tener que ponerse las pilas y volver a ser la que era para convencer al cabezota de Blake de que esa vez había llegado a su vida para quedarse.

—Por cierto, Jules. —Jack se volvió hacia ella cuando ya estaban a punto de salir, y aunque el tono que empleó fue jocoso, la seriedad de su mirada la hizo retroceder—. Tu apartamento está maldito. Véndelo, quémalo, derrúmbalo o dónalo a beneficencia, pero deshazte de él de una jodida vez.



Aparte de los golpes y contusiones que cubrían su pómulo y garganta, Jules solo se había llevado un esguince en las costillas como macabro recuerdo de la agresión de Eddie.

Valentina no había tenido tanta suerte.

Los minutos durante los que su cerebro había sido privado de oxígeno le habían provocado una hipoxia cerebral que había obligado a los médicos a inducirle el coma. Hasta que no despertase no serían capaces de determinar el alcance de las secuelas neurológicas. Mientras tanto, permanecía bajo constante vigilancia en la Unidad de Cuidados Intensivos del mismo hospital que Jules iba a abandonar aquella misma mañana tras haber recibido el alta médica.

Parada frente a la cama donde la muchacha yacía en estado de inconsciencia, Jules la examinó detenidamente con el corazón encogido. Se la veía frágil y desamparada en aquella enorme cama de hospital, rodeada de un silencio abrumador y conectada a tantos cables y aparatos… Pero lo que más le afectaba era comprobar lo sola que Valentina estaba en el mundo. En los días que llevaba ingresada, nadie, excepto ella, había ido a visitarla. Ningún familiar o amigo, nadie que estuviese genuinamente preocupado por su salud; solo un periodista carroñero que había intentado colarse en aquella zona restringida para obtener alguna imagen sensacionalista que le reportase fama y dinero.

Sus constantes eran estables, respiraba por sí sola y los resultados de las pruebas que le habían practicado eran esperanzadores, así que tenían previsto empezar a reducir la sedación al día siguiente. A partir de entonces, cuánto tardase en despertar del todo dependería de la fortaleza de Valentina y de sus ganas de luchar, y Jules temía que, dadas las circunstancias, a la joven no le quedase ninguna. Se sentó a su lado y rodeó la mano de huesos finos y delicados entre sus dedos.

Descubrir la temperatura de su piel, inusitadamente cálida, la reconfortó y le devolvió la confianza de que iba a salir de aquella.

El espíritu de Valentina era fuerte.

Había perdido la cuenta de las veces que había levantado la cabeza tras haber sido humillada y vapuleada por su novio. Incluso después de haber sido reducida por aquel bastardo a una ínfima expresión de sí misma, había tenido la valentía de buscar una salida con el reportaje de *Vogue*, se había mantenido en pie durante todo un día de rodaje tras haber recibido una paliza, y había huido de su lado a pesar de no tener nada ni a nadie más en el mundo a quien acudir.

Una mujer capaz de levantarse de aquella forma, caída tras caída, no iba a dejarse vencer por el abatimiento a aquellas alturas.

—Vas a conseguirlo —musitó con fiereza transmitiéndole toda su energía.

No tenía ninguna duda de que lo haría. En algunos aspectos Valentina se parecía mucho a ella: luchadora, tenaz, cabezota y con un mal carácter de mil demonios, y al igual que la muchacha, incapaz de dejarse llevar por el decaimiento durante demasiado tiempo.

Y ahí estaba el empujón que necesitaba. No era propio de ella recrearse en sus penas, y su situación no era nada comparada con lo que había sufrido Valentina.

¿Qué demonios había estado haciendo? Luchó contra la sensación de vergüenza que la dominó. No iba a castigarse por haber tenido unos días de debilidad, todo el mundo tenía derecho a sentirse así de vez en cuando, pero tampoco estaba dispuesta a permanecer durante más tiempo en aquel estado emocional. Se acabó lamentarse de todo lo ocurrido. Había cosas que no podía cambiar, pero otras… Había otras por las que valía la pena luchar hasta su último aliento.

De repente, una idea descabellada tomó forma en su cabeza. ¿Y si…?

Espoleada por la urgencia, se incorporó con rapidez y le dio un rápido beso en la mano a Valentina. Después, acarició su frente con ternura mientras le hacía una promesa:

—Volveré pronto. Tengo que ir a librar mi propia batalla, pero volveré.

Dio un paso hacia la puerta y se detuvo en seco al encontrar que la salida de la UCI estaba bloqueada. Sobresaltada, se llevó una mano sobre el corazón y musitó:

—Idaho.

Sin pensar muy bien lo que hacía, se lanzó a sus brazos y le dio un cálido abrazo de bienvenida desoyendo la punzada de dolor que sintió en el costado. Sonrió al apartarse y vislumbrar la incomodidad en el rostro del nativo.

Idaho había resultado ser un hombre de lo más interesante. Su carácter duro y amenazador, con aquella actitud hermética que atraía y aterraba a partes iguales, iba muy en consonancia con su físico, tan impresionante que era imposible no enmudecer en su presencia.

Y no obstante, allí estaba, pensó Jules. En la otra punta del país, sin duda preocupado por Valentina. ¿Su hermana? No tenía cabeza para recordar qué lío había entre la familia de aquellos dos.

—¿Cómo está? —preguntó el policía con el rostro rígido y sin apartar los ojos del cuerpo inconsciente tendido sobre la cama

—Estable. Mañana empiezan a reducirle la sedación, así que espero que en los próximos días despierte.

—Bien.

—¿Vas a quedarte? —Él la miró y alzó una ceja—. Verás, necesito... Necesito hacer algo de extrema importancia y me va a llevar como mínimo un par de días. Sería genial si cuando Valentina se despierte...

Jules se interrumpió cuando Idaho pasó por su lado y ocupó la silla en la que ella había estado hasta hacía unos minutos. El indígena se repantingó en el asiento con actitud indolente y apoyó un tobillo sobre la rodilla.

—No me moveré de aquí.

A medida que abandonaba el hospital, Jules notó que el nudo que le había impedido respirar con normalidad en los últimos días iba aflojándose lentamente. Más tranquila al comprender que ya no sería la única persona que Valentina tendría a su lado, se permitió dedicar toda su atención a la razón principal de sus desvelos.

40

Blake continuaba dándole vueltas a su reunión con el editor internacional del *National Geographic* durante su trayecto hacia el aeropuerto Ronald Reagan.

Por primera vez en mucho tiempo se despedía de Washington con nostalgia. En el último par de días se había descubierto recorriendo su antiguo barrio con una extraña sensación de familiaridad y extrañeza a la vez, saludando con cariño a los pocos vecinos que todavía seguían por allí, pero con la certeza de que él ya no pertenecía a aquel lugar.

El contrato que acababa de firmar con la revista le iba a mantener alejado de su ciudad natal durante una buena temporada, pero le abría las puertas a un futuro que jamás hubiese imaginado posible a los veinte años y que no veía la hora de empezar a explorar.

Pero antes debía pasar por Nueva York. Tan ansioso estaba por volver que no había querido pasar ni una noche más lejos de allí.

El incidente con Valentina había retrasado su conversación con Jules de forma imprevista y ya no podía posponerla más. Se había mantenido ilocalizable intencionadamente; lo que tenía que decirle no podía ser dicho por teléfono. Necesitaba tenerla frente a frente para purgar todo lo que tenía dentro de una vez por todas. Lo bueno y lo malo, aquello de lo que no se enorgullecía, y también todo aquello a lo que no estaba dispuesto a renunciar.

Había malgastado más de media vida culpabilizando a los demás de su amargura, achacando todas sus heridas y malas decisiones a los errores cometidos por su padre, por Jules... Sin embargo, había llegado a comprender que, como adulto, era su prerrogativa decidir de qué forma su pasado condicionaba su presente, y en aquel ejercicio no había más responsable que él mismo. No era una tarea fácil, y Blake sabía que todavía tenía mucho camino por recorrer, pero esta vez contaba con la sabiduría que aportaban los años, y la certeza de que no estaba dispuesto a renunciar a lo que más amaba por las falsas

creencias que él mismo se había autoimpuesto.

El tren se acercaba a la estación del aeropuerto cuando decidió revisar su móvil. Lo había silenciado al entrar en la reunión y desde entonces no le había prestado atención.

Tenía más notificaciones de las que había esperado encontrar, la mayoría eran emails de la revista con copia de toda la documentación firmada, detalles de su próxima asignación y sus contraseñas para acceder a la plataforma interna de la extensa familia del *National Geographic*. Pero todo eso quedó olvidado al encontrar un mensaje de Jules. Lo había enviado hacía más de dos horas y su contenido le dejó tan confundido que necesitó varios minutos para interpretar mínimamente sus palabras.

> Mensaje de *Princesa*:
> Retomémoslo donde lo dejamos quince años atrás.
> Te espero.

¿Qué demonios…? ¿Podía ser que…?

No, era absurdo, se dijo, descartando la idea de inmediato. Jules continuaba ingresada en el hospital recuperándose de sus heridas, y ni siquiera ella sería capaz de hacer semejante locura.

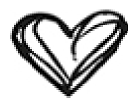
Pero entonces, ¿qué significaba aquel mensaje?

Lo repasó tantas veces que el tren entró en el andén del aeropuerto y no le quedó más remedio que descender. Parado, con la bolsa de viaje colgando de una mano y el móvil en la otra, Blake se sentía dividido mientras la gente cruzaba a su alrededor a paso ligero. Examinó los carteles situados en lo alto de la estación, cada uno con indicaciones en una dirección distinta, y se debatió sobre cuál seguir. ¿Terminal A o andén para coger el tren de vuelta a la ciudad?

Apretó las correas de la bolsa con fuerza y su estómago dio un vuelco al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Era una locura, pero por una vez iba a seguir su instinto.

Se guardó el móvil en el bolsillo y emprendió la marcha.

No tenía tiempo que perder.



Estaba muy nerviosa.

Más de lo que había estado durante las horas previas a su primer desfile, mucho más que cuando se enfrentó a una aguja al hacerse su primer tatuaje, e infinitamente peor que aquella vez que se le ocurrió la genial idea de saltar en paracaídas.

Ninguna de aquellas emociones era comparable a cómo se sentía en aquel momento, y, sin embargo, todas ellas se concentraban en su estómago a la vez: excitación, pánico, vértigo, ilusión, esperanza, inseguridad... Dios, como no apareciese pronto iba a vomitar en medio de todas aquellas personas.

Se frotó las manos con nerviosismo y el tirón en las costillas le recordó todo por lo que habían tenido que pasar antes de llegar hasta allí. Escoger aquel lugar para reencontrarse con Blake no había sido cuestión de azar. Para bien o para mal, aquella tarde iba a cerrar el círculo que dejó abierto tanto tiempo atrás, y solo podía hacerlo estando allí, donde una vez empezó todo.

Tras romper su amistad con Blake, jamás había sido capaz de volver a pisar el suelo de mármol rosa de aquel lugar, y ahora comprendía por qué. Cada rincón de aquel majestuoso monumento evocaba a la niña que una vez fue: llena de sueños y anhelos, impulsiva y testaruda, inmadura y tan inexperta en el amor que no supo reconocer lo especial que era la complicidad que había surgido con Blake hasta que ya fue demasiado tarde.

¡Qué ingenua había sido al creer que volvería a sentir la misma conexión con cualquier otro hombre!

A pesar de lo imperfectas que fueron, no se arrepentía de las decisiones que había tomado. Lamentarse supondría echar por tierra todo lo que había conseguido en la vida y de lo que tan orgullosa se sentía, pero el destino le estaba brindando una segunda oportunidad y esta vez no pensaba desperdiciarla.

«Siempre y cuando Blake venga, claro», pensó haciendo una mueca y jugando con la falda del vestido blanco estampado con grandes

flores rojas que había decidido ponerse para la ocasión.

Inquieta, miró su reloj y, al comprobar que llevaba casi una hora esperando, su confianza se tambaleó. Volvió a consultar el mensaje que le había enviado y en aquella ocasión sí que vio los dos *checks* en color azul. Dejó escapar el aliento contenido.

Recibido y leído.

Podía llegar en cualquier momento.

Lanzó un trémulo suspiro y sintió un cosquilleo en el estómago al recorrer con la mirada la multitud que la rodeaba. Frunció el ceño. El número de visitantes había aumentado significativamente durante la última hora. Quizá quedar allí no había sido la idea más brillante del mundo. ¿Y si no lograban encontrarse entre tanta gente? Ansiosa, se volvió dispuesta a trepar los escalones y situarse frente a la estatua de Abraham Lincoln para ser más visible cuando un tirón en la muñeca la hizo detenerse.

—Jules.

Cada músculo de su cuerpo se relajó de puro alivio al volverse y ver a Blake plantado con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable oculta tras las gafas de sol. Al instante la ya familiar atracción tiró de su vientre. Jamás hubiera imaginado que el estilo de Blake, en apariencia descuidado, le provocaría una reacción tan visceral, pero cuando le miraba era incapaz de imaginárselo de otra forma más que con sus tejanos desgastados, una camiseta sencilla y los mechones de su cabello adorablemente despeinados.

—Has venido… —El asombro en su voz la tomó por sorpresa incluso a ella.

Él se encogió de hombros y la ajada bolsa de viaje que llevaba cruzada a la espalda se balanceó.

—Era lo que querías, ¿no?

Jules asintió y presionó los labios en una fina línea al sentir que las emociones le impedían hablar. Con Blake siempre había sido así. Le había tildado de rencoroso, pero no recordaba una sola vez en la que le hubiese fallado, incluso estando furioso con ella. Era un hombre generoso, sensible y con una capacidad de dar infinita, y ella le amaba tanto que la sola idea de que él no sintiese lo mismo la paralizaba

como nada antes lo había hecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunto Blake con el ceño fruncido.

—Necesitaba hablar contigo.

Él soltó una carcajada incrédula.

—¿Y no se te ha ocurrido nada mejor que coger un avión hasta Washington para hacerlo?

—Ya me conoces. Soy muy impaciente y no podía esperar a que volvieses a Nueva York —dijo con tono ligero, pero su sonrisa titubeó y acabó confesando—: En realidad, no estaba segura de que fueras a volver y yo...

—Si no hubiese recibido tu mensaje, ahora mismo estaría en un avión camino de Nueva York.

—Oh..., ¿de verdad? Bueno, bien. Pues, ya que estamos aquí...

Se apartó un mechón de pelo de la cara y carraspeó para ganar tiempo. Tenía el corazón en la garganta y le temblaba todo el cuerpo. ¿Se podía saber qué demonios le pasaba? Parecía una preadolescente en su primera cita.

Blake se cruzó de brazos y sus hoyuelos asomaron con timidez al observarla con una sonrisa contenida. Que Jules se mostrase cohibida era un espectáculo que pocas veces iba a ver en la vida, y pensaba disfrutarlo a lo grande.

Había hecho todo el trayecto de vuelta a la ciudad con la sensación de estar cometiendo una gran estupidez; con cada paso que daba estaba más convencido de que había malinterpretado el mensaje y que no tenía ningún sentido pensar que Jules estaba esperándole frente al monumento a Lincoln. En Washington. A miles de kilómetros de su hogar y cuando todavía debía estar hospitalizada.

Pero entonces la había visto. Un punto rojo entre la escala de grises que representaban los cientos de turistas a su alrededor. Acostumbrado a funcionar como el objetivo de una cámara, su ojo se había centrado de inmediato en la silueta de Jules, difuminando todo lo que la rodeaba hasta desaparecer de su vista.

Siempre le había fascinado el impacto que le producía verla. No

importaba cuántas veces se encontrase con ella, en todas y cada una de ellas se quedaba sin aliento y perdía un poquito más de su corazón.

Posiblemente los demás verían en ella a una atractiva mujer vestida con un espectacular vestido blanco y rojo y unas sandalias de tacón. Una mujer elegante, sofisticada y femenina, que irradiaba seguridad en sí misma con cada gesto y mirada. A él, sin embargo, lo que de verdad le cautivaba de ella era el brillo de auténtica alegría en sus ojos al sonreír, el modo en que alzaba la barbilla en actitud desafiante, la energía que proyectaba con su pequeño cuerpo y la fuerza interior que siempre la había movido. Todo la convertía en un ser raro y excepcional, alguien que todo el mundo desearía conservar a su lado, él inclusive.

Era una mujer infinitamente hermosa, por fuera y por dentro, y él, a pesar de haberla tenido entre sus brazos y escuchar de su propia boca que deseaba estar con él, todavía luchaba contra la creencia de que alguien como ella jamás estaría a su alcance.

—¿Te duelen mucho?

Descolocado, Blake se centró en el presente y miró hacia donde señalaba Jules. Negó con la cabeza mientras abría y cerraba las manos frente a ella para demostrarle que estaba bien. Las heridas en los nudillos habían empezado a cicatrizar y, aunque todavía tiraban un poco, ya no dolían como el primer día.

—¿Y a ti?

Blake alzó la mano con expresión tensa y vio cómo ella se estremecía al sentir el suave roce de sus dedos en la garganta. Las marcas pasaban desapercibidas para quien no supiese qué mirar, pero no era su caso. Él recordaba cada jodido segundo desde el instante en que había puesto un pie en el apartamento de Jules, y luchaba contra la sensación de asfixia que atenazaba su propia garganta cada vez que visualizaba las manos de aquel hijo de puta rodeando su delicado cuello.

—Estoy bien. —Reacio a creerla, continuó su examen y dirigió la mirada al corte en su pómulo. Apretó los dientes e inspiró con fuerza al detectar el sutil color amarillento que lo rodeaba. Acarició su mejilla con dedos temblorosos y Jules le cogió la mano—. Eh, te he

dicho que estoy bien. Esto no es nada.

—A mí no me parece que sea nada —espetó con voz dura.

—Sigo viva. Estoy entera. Unos cuantos moratones no son nada, y si Valentina y yo seguimos de una pieza es gracias a ti. —Jules entrecruzó los dedos con los de él y una maravillosa calidez recorrió sus extremidades al sentir sus palmas unidas, una contra la otra—. Gracias por venir a ayudarnos.

—No digas tonterías —masculló él con el rostro contraído—. Cada vez que pienso en lo que podría haber pasado si…

—Shhh… Olvídalo. —Le interrumpió ella, poniendo la yema de los dedos sobre sus labios.

Jules se acercó y paseó los dedos sobre su mejilla en un gesto íntimo. Le encantaba la sensación áspera de su barba en la mano, adoraba cada centímetro de él y estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para no lanzarse a sus brazos y abrazarle hasta sentir que no quedaba un resquicio de aire entre ellos. Con lentitud, alzó la mano y se preguntó de qué color encontraría sus ojos al retirarle las gafas de aviador tras las que seguía ocultándose.

Él no hizo ningún gesto por detenerla y, cuando por fin quedó expuesta aquella parte de su rostro, retrocedió impresionada al recibir el impacto de su mirada.

¿Se podía ver el alma de una persona a través de sus ojos? A Jules no le cupo ninguna duda de que así era al descubrir el límpido gris claro de los de Blake. Su iris era tan transparente que podía vislumbrar cada recoveco de su ser con pasmosa facilidad. Por primera vez desde que se habían conocido, Blake se mostraba tal cual era frente a ella; le estaba ofreciendo su alma desnuda y sin pretensiones y Jules pensó que jamás había presenciado un acto tan valiente como aquel.

Sobrecogida por el inmenso regalo que Blake le estaba haciendo, sintió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y por una vez las dejó correr.

—¿Lo ves? —musitó él con la voz estrangulada. Ella asintió con rapidez y se tapó la boca con las manos—. Siempre ha estado ahí, pero me daba demasiado miedo mostrarlo.

Incapaz de pronunciar una sola palabra, Jules volvió a asentir y nuevas lágrimas humedecieron su rostro.

—No quiero continuar viviendo anclado en el pasado. Mi temor a sufrir ya me ha arrebatado suficiente y jamás me perdonaría volver a perderte por un absurdo sentimiento de abandono del que nunca fuiste responsable.

—Respecto a eso, yo...

—No —la interrumpió—. Tenías razón. Fui un capullo al continuar resentido contigo tantos años después. Éramos unos críos y tomaste la decisión que consideraste mejor dadas tus circunstancias.

—Quizá, pero podría haber hecho las cosas diferentes —admitió ella —. No estuvo bien desvanecerme sin avisar, sin ni siquiera decirte un último adiós. Y ahora que sé lo que pasó con tu padre... Entiendo todavía más que sintieses mi desaparición como un abandono. Eso es lo que te quería decir al pedirte que vinieses aquí. Que lo comprendo, y te pido disculpas por el daño que te causé. No importa que mis razones fueran válidas o mi elección la acertada, tú también tenías derecho a sentirte traicionado y herido y no estuvo bien que yo le quitase importancia el día que me lo explicaste todo. En realidad me sentía tan avergonzada que preferí justificarme y descargarme del dolor que vi en tus ojos aquella noche.

Blake tragó saliva y desvió la mirada.

Dejar atrás todo lo que había sufrido de crío le iba a costar un tiempo, todavía lo sentía demasiado arraigado, pero estaba decidido a centrarse en el ahora y para eso debía aprender a perdonar lo que hizo su padre y olvidar.

Sobre todo olvidar.

—Disculpe, ¿nos puede hacer una foto?

Jules parpadeó varias veces al escuchar el fuerte acento asiático de la chica que se les acababa de acercar. Se volvió hacia Blake y alzó una ceja a la espera de su respuesta. Ni en broma iba a hacerlas ella cuando tenía a un portento de la fotografía a su lado. En apenas un par de minutos aquel grupo de turistas consiguió el mejor set de fotos que nadie podría tener, y el ambiente entre ellos se aligeró lo suficiente como para bromear.

—Solo a ti se te ocurriría quedar en un sitio tan concurrido para tener este tipo de conversación.

Ella elevó un hombro y sonrió coqueta.

—En realidad estaba acudiendo a una cita que tenía pendiente.

Blake chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Pues lamento decirte que llegas un poco tarde. Quince años, siete meses y once días, para ser más precisos.

La sonrisa de Jules se desvaneció lentamente.

—¿De verdad llego tarde?

Esperó su respuesta con el aliento contenido. De las siguientes palabras de Blake dependería una buena parte de su felicidad en el futuro, y aunque quizá no era el pensamiento más evolucionado del mundo, tampoco tenía sentido negarlo.

Una no podía funcionar con normalidad si le faltaba un pedazo del alma.

El ritmo de sus latidos comenzó un vertiginoso ascenso al ver que Blake se inclinaba hacia ella, sus pupilas dilatándose hasta fundirse en negro, para después apresarla con su boca en un beso tan descarnado como sus sentimientos. Una vez desaparecidas todas las barreras, se entregaron a aquella caricia con total abandono, hasta que Blake separó sus labios con suavidad, no sin antes darle un beso en la punta de la nariz.

Después, inspiró hondo, le rodeó las mejillas con las manos y se aseguró de que le estaba mirando al decir:

—No se puede llegar tarde a un lugar del que nunca te has ido. Y tú nunca dejaste mi corazón.

Jules cerró los ojos y sollozó al hundir la cara en su pecho. Cuando creía que no podía enamorarse más, él volvía a hacer desaparecer el suelo bajo sus pies. Se puso de puntillas y le sujetó con fuerza del pelo para aproximarle más a ella. No pensaba dejarle ir nunca más. No quería volver a sentir el vacío de su ausencia ni un minuto más de su vida.

—Te amo —murmuró ella en su oído con la voz desbordada de amor y el cuerpo temblando sin control.

La emoción de Blake al escuchar aquellas palabras fue palpable.

Estrechó su abrazo hasta dejarla colgando sobre las puntas de sus pies y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Ella rio a carcajadas, lanzó la cabeza hacia atrás, tan feliz que ya ni el costado le dolía, y le miró risueña cuando por fin se detuvo.

—Eres el mejor regalo que la vida me podía dar.

—Blake... —Le miró con ternura.

—Es cierto. Desde el principio me inundaste de luz. Ver el empeño con el que luchabas por tu sueño, tu capacidad de apasionarte por todo me devolvió el amor que sentía por la fotografía, y mira hasta dónde me ha llevado.

—¿Hasta dónde? —le espoleó ella, ebria de amor.

—Hasta tus brazos —respondió él, complaciéndola—. Donde he pertenecido desde el día que me pillaste escatimándole unos centavos a tu abuela.

Jules abrió la boca con asombro y le dio un golpe en el brazo.

—¡Serás ladronzuelo! ¿Se puede saber qué más has robado?

Blake rio y le dio un mordisco en el cuello.

—Solo tu corazón, princesa. Solo tu corazón.

Epílogo

—¿Adónde me llevas?

—Ahora lo verás, no seas impaciente.

Escuché un fuerte traqueteo y me sujeté con más fuerza a la mano de Blake cuando noté que el suelo se movía bajo mis pies. Intenté ver algo por debajo del pañuelo que había anudado sobre mis ojos, pero había tan poca luz que lo único que conseguí fue marearme.

—No seas tramposa —me advirtió Blake con tono divertido.

El ascensor se detuvo de forma brusca y el sonido de unas puertas metálicas chirrió para dejarnos salir. De inmediato me llevé las manos a los brazos al sentir una súbita ráfaga de aire frío golpeándome.

El otoño empezaba a hacerse notar en la ciudad, especialmente por la noche.

—¿Tienes frío? —Blake no esperó mi respuesta para cobijarme bajo su abrigo. A continuación, tiró de la tela de mis ojos y murmuró—: Ya puedes mirar.

—¿Dónde estamos? —pregunté boquiabierta en el instante en que mis ojos se acostumbraron a la luz.

—En la torre del reloj, junto a la antigua oficina de correos.

—Dios mío… —susurré—. ¡Se ve todo Washington iluminado!

—Sabía que te gustaría —dijo en mi oído abrazándome por detrás, su pecho pegado contra mi espalda.

Dejé caer mi peso contra él con un suspiro y me regodeé en su calor. Durante los últimos meses habíamos estado inmersos en un ritmo tan frenético de trabajo que apenas habíamos tenido tiempo de disfrutar el uno del otro como deseábamos. El trabajo de Blake en la revista le mantenía alejado de casa mucho más de lo esperado, así que cuando supimos que aquel fin de semana lo tenía libre, habíamos decidido hacer una escapada a la ciudad que nos vio crecer.

La publicación del número de septiembre de *Vogue* había tenido mucha más repercusión de la esperada debido al escándalo

protagonizado por Ed y Valentina, convirtiéndola en la edición más vendida de toda la historia de la revista. Para el público no había nada más atractivo que una morbosa historia entre famosos envuelta de glamour. Poco importó que la entrevista que había concedido Valentina tras despertar del coma apenas mencionase el incidente con su exnovio; la gente devoró el artículo con expectación, embebiéndose de cada detalle y extrayendo sus propias conclusiones al respecto. Incluso Marie Delphin, que había puesto el grito en el cielo al enterarse de todos los contratiempos y cambios de última hora que Grace se había visto obligada a realizar, acabó encantada con el resultado del reportaje y se atribuyó gran parte del éxito del número de septiembre.

Otro efecto colateral del artículo había sido el aumento de la actividad en el atelier.

Desde que se había publicado la revista, hacía solo dos meses, el número de encargos que habíamos recibido ya había superado todos los que tuvimos el año anterior. Mi nombre había empezado a sonar en algunos círculos exclusivos, pero también entre mujeres de clase media a quienes les apetecía darse el gusto de tener una pieza hecha a medida.

Si el volumen de trabajo continuaba creciendo a aquel ritmo, iba a tener que plantearme seriamente hacia dónde dirigir mi negocio, y cada vez tenía más claro que no quería perder mi identidad de *boutique* para convertirme en una marca de grandes dimensiones. A mí lo que me apasionaba era el contacto directo con mis clientas; ayudarlas a descubrir su potencial y sacar a la luz su belleza intrínseca a través de mis diseños. Se me ponían los pelos de punta ante la perspectiva de tener que gestionar una gran empresa.

Además, desde que Blake había vuelto a entrar en mi vida, ya no ambicionaba las mismas cosas que un tiempo atrás. Con lo que había conseguido ya me sentía más que satisfecha, y una hora tirada en el sofá a su lado era infinitamente más valiosa que estar presente en cada pasarela y *showroom* del país.

—Tengo una noticia que darte —susurró Blake en mi oído.

Abrí los ojos y sentí un nudo de malestar en el estómago.

—No me digas que vuelves a marcharte —respondí en tono quedo haciendo un esfuerzo por no mostrar mi decepción.

—No. —Noté su sonrisa en mi sien. Me abrazó más fuerte—. En realidad, no creo que vuelva a viajar en un tiempo. Voy a cancelar mi colaboración con la revista.

Me di la vuelta con rapidez, todavía entre sus brazos, y le miré boquiabierta.

—¿Que vas a hacer qué?

—Lo que has oído. A partir de mañana volveré a tener el control de mi vida. Ya he quedado con ellos para firmar los papeles.

Mi corazón aleteó de alegría, pero al instante fruncí el ceño.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Blake asintió con gesto sereno. Las luces de la ciudad se reflejaron en sus ojos al mirarme—. Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión. Seguro que lo entenderían.

—Lo sé —dijo mientras me apartaba un mechón de pelo que no dejaba de bailar sobre mi cara—. Y no voy a cambiar de opinión.

—Pero trabajar para ellos siempre ha sido tu sueño y ahora que por fin lo habías conseguido...

—¿Todavía no te has dado cuenta? —me interrumpió rodeándome las mejillas—. Tú eres mi sueño. El único que me ha perseguido todos estos años y el único que jamás creí que podría alcanzar. No quiero desperdiciar más tiempo lejos de ti. Trabajos como fotógrafo hay miles, pero estar junto a ti...

Apoyó la frente contra la mía y cerró los ojos.

—Te echo de menos —musitó—. Cada vez que me marcho estoy deseando volver...

—Blake... —musité, conmovida más allá de las palabras. A veces tenía la sensación de que era tanto lo que sentía por él que iba a necesitar más de una vida para demostrárselo.

Sin poder contenerme, le agarré de la camisa y me alcé de puntillas para besarle y, como sucedía siempre desde aquella primera noche en la Nación Navajo, en el instante en que nuestros alientos se mezclaron el mundo desapareció a nuestro alrededor. Nos perdimos en la intimidad del momento, cedimos el control a los sentidos y nos dijimos todo lo que sentíamos el uno por el otro sin necesidad de

hablar. Gemí contra sus labios cuando, de pronto, Blake tomó las riendas de la situación y me aprisionó contra uno de los muros de la torre.

Mi cuerpo ardía en llamas cuando su abrigo cayó a mis pies y sus manos se colaron bajo mi falda lápiz.

—¿Este sitio tiene vigilante? —pregunté entre gemidos mientras mis dedos se peleaban con los botones de su pantalón.

La risa ronca de Blake contra mi mejilla me provocó un escalofrío de placer.

—De eso nada —dijo deteniendo mi avance—. No me he pasado las últimas dos semanas fantaseando contigo para resolverlo ahora con un polvo rápido.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí en vez de llevarme directa al hotel? —espeté enfurruñada.

Él lanzó la cabeza hacia atrás y una carcajada retumbó en su pecho.

—Eres el colmo del romanticismo. Anda, vamos.

Cinco minutos después atravesábamos las puertas de la torre del reloj entre risas y cuchicheos. En cuanto salimos a la calle, Blake tomó mi mano y la besó con reverencia antes de ponerse a andar. Le observé en silencio mientras nos acercábamos al hotel donde nos alojábamos, maravillada de tener a alguien tan especial en mi vida.

Cada vez que Blake me decía lo afortunado que era por tenerme a su lado, yo callaba, pues sabía que todavía no estaba preparado para escuchar mi respuesta. Para aceptar que era yo la privilegiada, que ya no concebía mi vida sin él y que, si tuviese que volver elegir, esta vez tendría muy clara mi respuesta.

Agradecimientos

Quién me lo iba a decir, pero ¡aquí estoy!, escribiendo los agradecimientos de mi segunda novela, con la misma incredulidad e ilusión que sentí con la primera.

Antes de nada, quiero agradecerte de todo corazón que hayas decidido leer esta novela. Si has llegado hasta aquí significa que ya conoces la historia de Jules y Blake, y solo deseo que te haya enamorado tanto como a mí al escribirla.

Supe que quería escribir la historia de Jules incluso antes de acabar con *Storm*, pero confieso que, una vez que tuve la oportunidad, me costó arrancar. Me daba pavor no estar a la altura y que *Storm* hubiese sido fruto de la casualidad, así que necesité meses de dar rodeos, procrastinando a lo grande, antes de reunir el valor para enfrentarme a la temida página en blanco.

¡Cuánto me alegro de haberlo hecho! No solo porque escribir esta historia me salvó de caer en el agujero negro en el que se convirtió el 2020, sino porque descubrí a unos personajes que me tocaron el alma, me hicieron suspirar, llorar, enamorarme, sufrir... En definitiva, me transportaron a otro lugar mucho más apetecible que el que acontecía en el mundo real.

El proceso de escribir una novela es muy solitario. Una se encuentra frente a una pantalla, con miles de ideas bullendo en su interior, luchando contra la duda, la inseguridad, la indecisión, la autoexigencia, el perfeccionismo..., y solo estar rodeada de las personas adecuadas (a estas alturas ya sabéis a qué tipo de personas me refiero, ☺) nos salva de volvernos, literalmente, locas.

Puedo afirmar sin temor a equivocarme que cada una de las personas que menciono a continuación se ha convertido, en una u otra medida, en un pilar fundamental de mi mundo, y que esta novela nunca hubiera visto la luz sin su presencia en mi vida.

Petar. Mi compañero de viaje, mi muso particular y, según sus

propias palabras, mi inspiración para crear a Jack y a Blake; y a todos los demás que vengan de ahora en adelante LOL. Gracias por seguir estando ahí. Por apoyarme incondicionalmente. Por quererme.

Aranzazu. Mi editora, que junto a Vergara (Ediciones B) y todo el equipo de Penguin Random House, ha vuelto a depositar su confianza en mí. Gracias por tu apoyo, tu acompañamiento y tu cariño en todo lo que haces.

Mi madre. Poco más puedo decir que no haya quedado expresado en la dedicatoria. Si soy una persona medianamente decente, sin duda es gracias a ti y a todo lo que me sigues dando.

Aleks y Novak. Mis hijos, mi mayor tesoro, los que ocupan cada rincón de mi corazón.

Marta e Inés. Mis lectoras –1 (que no 0). Esas que leían cada capítulo recién salido del horno y me animaban a seguir con sus comentarios y su aliento. Que sepáis que sigo esperando ver vuestras obras en mi estantería.

Laura, Yola, Noe y Petar. Mis lectores 0. Gracias por vuestro compromiso y por vuestros consejos y reflexiones. He disfrutado con cada uno de vuestros comentarios y sentires.

Laura. Mi «Samantha» particular. Gracias por las más de cuatro horas de conversación por Zoom para desgranar la novela. Y gracias también por todo lo de antes, y lo que vendrá después.

Carmen. Mi compañera de letras. Es un lujo contar con una escritora de tu calidad humana y artística como amiga. Gracias por los audios compartiendo «pajas mentales» sobre el proceso de escritura y los vaivenes emocionales que supone. Escribir es un poco menos solitario gracias a ti.

Lisa. Mi compi de sello editorial. Me encanta que hayas entrado a formar parte de mi círculo. Gracias por tu frescura, tu generosidad y tu apoyo.

Mis queridísimas lectoras. Tanto a nivel individual (Glori, Noe83, Vane, Irene, Marta…), como las preciosas mujeres tras cuentas de IG y blogs (Huntressofbooks, Abookinmybag, LaAtrapasueños…). A todas ellas y a muchas más que no menciono para no aburrir: gracias, gracias, gracias por todo lo que me dais; por hacerme un hueco en

vuestro corazón y en vuestras estanterías. Os habéis convertido en una parte fundamental de esta aventura y os quiero mil.

Trato de que en mis novelas haya algo más que una preciosa historia de amor, y en esta ocasión, además de las múltiples lecturas que siempre acompañan cualquier proceso de documentación, he podido dar forma a la trama no romántica y ambientar la novela como deseaba gracias a:

Andrea Vilallonga, creadora del método #Mírate en el que Jules se basa para aconsejar a Valentina. Muchas gracias por tu generosidad y consejos, y por permitirme utilizar tu filosofía en mi novela. Os aconsejo que os leáis sus dos libros: *#Mírate* y, el más reciente, *#Enamórate*, ambos publicados con Aguilar. ¡Es hora de empezar a amarse!

Rosa Bouzas, asesora de imagen, estilismo y *personal shopper*. Gracias por tu opinión sobre la descripción de vestuario que aparece en la novela.

Como anécdota, os comento que hace un par de años tuve la suerte de viajar a la costa oeste de Estados Unidos, así que todos los escenarios de Nueva York y Washington que describo son reales. Si algún día queréis la prueba, ¡os enseñaré las fotos!

Me queda pendiente visitar Arizona y Colorado. Os aconsejo que busquéis imágenes de los lugares que menciono en la historia. ¡Son verdaderamente asombrosos!

Por último, nunca me cansaré de decir que no hay nada más gratificante que saber que hay un público al que le gustan tus historias. Por eso os animo a que contactéis conmigo por redes sociales para comentar la novela, y, si se tercia, charlar sobre lo divino y lo humano. Y, si tenéis un momento, sería genial si dejáis vuestra opinión en las plataformas.

¡Os espero!

Solo los locos se atreven a perseguir sus sueños. Solo los valientes son capaces de seguir a su corazón.



Jules Simmons siempre ha soñado con ver sus diseños de alta costura en la revista Vogue. Dedicada en cuerpo y alma a ese propósito, cuando por fin se le presenta la ocasión, nada ni nadie le impedirá conseguirlo.

Carente de un rumbo fijo y con una clara aversión a crear lazos afectivos, Blake Cinnadella disfruta del constante movimiento que conlleva su trabajo como fotógrafo documental. No imagina que al aceptar un nuevo proyecto profesional su estilo de vida está a punto de desmoronarse.

Un reencuentro inesperado.
Un accidentado viaje por las áridas tierras de Arizona.
Una pasión que renace y se desborda.

Condenados a entenderse, la tensión entre Jules y Blake aumentará hasta estallar en el lugar menos oportuno.

¿Serán capaces de resolver sus diferencias?

¿Se atreverán a revelar lo que oculta su corazón?
¿Lo harán antes de arruinar sus carreras en el proceso?
En el reflejo del otro descubrirán sus peores demonios, pero también el mayor de sus anhelos.

Sandra Mir (Barcelona, 1977) descubrió su amor por la lectura a muy temprana edad y ya en la adolescencia inició un idilio con el género romántico que llega hasta el día de hoy. Tras la creación de su primera novela, Storm. *La tormenta perfecta*, comprendió que, aparte de su familia, nada la hace más feliz que la escritura. Por eso araña cada minuto que puede de sus otras obligaciones para sumergirse en los universos que dibuja su mente y darles forma en el papel. Casada y con dos hijos, además de la lectura, le encanta ver películas y series, viajar y pasar tiempo frente al mar.



Edición en formato digital: mayo de 2021

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Fotografía de portada: Miquel Tejedo Castellví

ISBN: 978-84-18045-71-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinromantica
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros

[1] Mujerzuela.

[2] Hombre solitario.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Índice